



Días de
Navidad

Cuentos y recetas

Jeanette
Winterson

Lumen

DÍAS DE NAVIDAD

CUENTOS Y RECETAS

JEANETTE WINTERSON



Traducido del inglés por
Miguel Temprano García

Lumen

narrativa



Título original: *Christmas Days*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2016, Jeanette Winterson

Publicado originalmente por Jonathan Cape en 2016

Primera versión de «La primera Navidad de O'Brien» publicada en *New Statesman*, 1986

Primera versión de «La novia de muérdago» publicada en *The Times*, 2002

Primera versión de «El petardo de Navidad» publicada en *Guardian*, 1990

Primera versión de «El león, el unicornio y yo» publicada en *The Times*, 2007;

© 2007, 2009, Jeanette Winterson

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Katie Scott, por las ilustraciones

© 2009, Rosalind MacCurrach, por la ilustración de «El león, el unicornio y yo»; reproducida con permiso de Scholastic Ltd.

© 2018, Miguel Temprano García, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las

leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0492-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

megustaleer

SÍGUENOS EN



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen

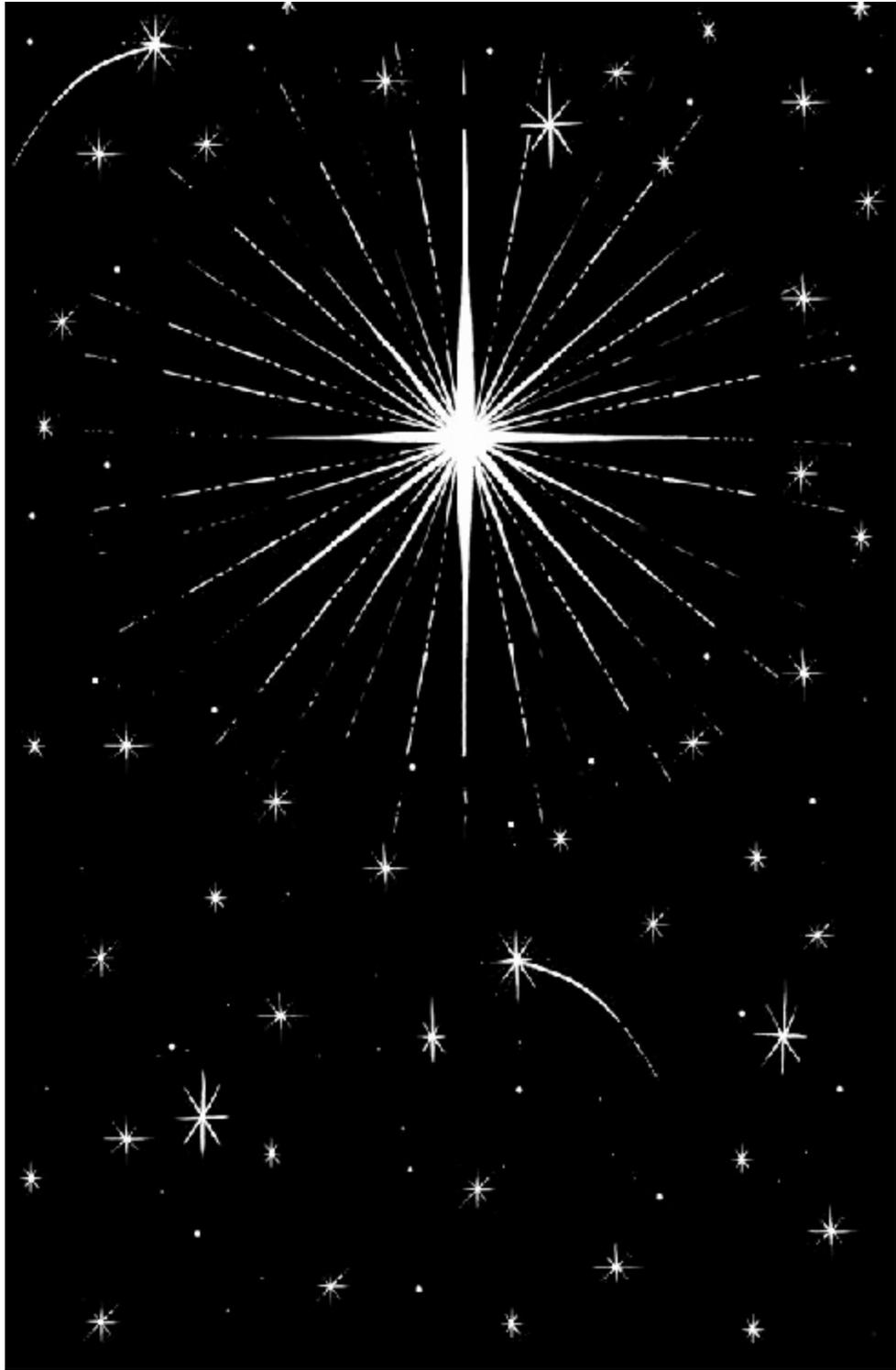


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para mis allegados que de verdad saben cocinar.
Mi mujer, Susie Orbach, y mis amigas
Beeban Kidron y Nigella Lawson.
No hay quien supere una Navidad judía.*





PASCUA DE NAVIDAD

eyes Magos cruzando el desierto detrás de una estrella. Pastores en los campos de noche con los rebaños. Un ángel, rápido como el pensamiento y brillante como la esperanza, que convierte en tiempo la eternidad.

¡Deprisa! Va a nacer un niño.

Creyentes y no creyentes conocen esta historia.

¿Quién no conoce esta historia?

Una posada. Un establo. Un burro. María. José. Oro. Incienso. Mirra.

Y en el centro de la historia, la madre y el niño.

Hasta la Reforma protestante del siglo XVI en Europa, la Virgen con el Niño era la imagen cristiana que todo el mundo veía a diario: en vitrales, estatuas, pinturas al óleo, tallas y en los altares que se hacían en casa.

Imagina: la mayoría de la gente no sabe leer ni escribir, pero su imaginación rebosa de imágenes y relatos; las imágenes son más que las ilustraciones de la historia: son la historia.

Cuando tú o yo entramos en una iglesia antigua en Italia, o en Francia, o en España, no sabemos interpretar la miríada de escenas de los techos abovedados, o de los frescos, o de las colgaduras, pero nuestros antepasados sí sabían. Nosotros nos plantamos con nuestras guías en busca de pistas; ellos alzaban la vista y veían el misterio del mundo.

Amo la palabra escrita —ahora mismo estoy escribiendo, leyendo—; sin embargo, en las sociedades sin alfabetizar, pero vivas culturalmente, la imagen y la palabra cantada o recitada lo son todo. Es otro tipo de vida de la imaginación.

Después de la Reforma, a María, a quien se había tratado como el cuarto brazo de la divinidad, se la degradó. La Reforma no fue buena para las mujeres; enseguida llegamos a las quemadas de brujas en toda Europa, y, por supuesto, los Padres Peregrinos que desembarcaron en Plymouth Rock en 1620 eran puritanos de los más intransigentes: véanse los juicios por brujería en Salem en la última década del siglo XVII.

En Nueva Inglaterra, los puritanos prohibieron la celebración de la Navidad en 1659 y esa ley no se revocó hasta 1681. En Inglaterra, con Cromwell, la Navidad llevaba prohibida desde 1647 y así se mantuvo hasta 1660.

¿Por qué? Demasiado pagana en sus orígenes, como veremos después, demasiado festiva, demasiado placentera (¿por qué ser feliz cuando se puede ser desdichado?) y demasiado peligroso permitir que María volviera a salir de la cocina en su papel estelar.

Lo que más añoraba la gente de a pie después de la ruptura con el catolicismo era el culto mariano.

En los países católicos de Europa, entonces y ahora, y en Hispanoamérica ahora, el culto mariano, el misterio del nacimiento virginal, la unión de la madre y el hijo siguen siendo poderosos y convincentes. Cada vez que una mujer da a luz es la imagen viviente del acontecimiento más sagrado. La vida diaria y devota se mantienen unidas en esta imagen.

Y es una imagen con raíces más profundas que el cristianismo.

Si repasamos la historia griega y romana, vemos que los dioses y los mortales fabulosos nacen a menudo de un progenitor divino y otro humano.

El padre de Hércules era Zeus. Zeus también fue el padre de Helena de Troya. Era conflictiva, pero las mujeres hermosas con un toque divino siempre lo son.

Rómulo y Remo, fundadores de la ciudad de Roma, afirmaban ser hijos de Marte.

Jesús nació en el Imperio romano. El Nuevo Testamento se escribió en griego. Los evangelistas quisieron encajar a su Mesías en la nómina de superhéroes con un padre divino.

Pero ¿por qué tenía María que ser virgen?

Jesús era judío. El linaje judío se establece por vía materna, no paterna, de modo que la insistencia del judaísmo en la pureza y la abstinencia sexual de

las mujeres es un modo predecible de intentar controlar quién es quién.

Si María es virgen, la ascendencia divina de Jesús es indudable.

Todo esto tiene sentido, pero también hay algo más. Detrás de este relato está la potencia de la mismísima Gran Diosa.

La adoración de las diosas en el mundo antiguo no consideraba la castidad una virtud. Hasta a las vestales se les permitía casarse cuando dejaban de estar al servicio de la diosa. La prostitución en el templo era habitual, y la diosa era un símbolo de fecundidad y procreación: resultaba crucial que no perteneciera a ningún hombre.

Por eso el mito de María combina con brillantez dos fuerzas magnéticamente opuestas: la nueva religión del cristianismo ofrece el relato del nacimiento divino de un dios con forma de hombre. María es especial y ha sido elegida, como en los cuentos de héroes. Su embarazo no es un arreglo doméstico normal: ha recibido la visita de un dios.

Al mismo tiempo, su pureza y su sumisión permiten que la nueva religión se aparte de los desenfrenados cultos paganos al sexo y a la fertilidad que odiaban los judíos.

Desde el primer instante, el cristianismo tuvo la habilidad de fusionar elementos centrales de otros cultos y religiones, expulsando cualquier elemento problemático y contando la historia de un modo nuevo. En eso ha consistido parte de su éxito global.

Y la más espectacular de sus exitosas historias es la de la Navidad.

Solo en los evangelios de Mateo y Lucas se habla del nacimiento de Jesús, y las versiones no coinciden. Marcos y Juan ni siquiera mencionan la historia del nacimiento. En la Biblia no se alude al 25 de diciembre en ninguna parte.

Así que ¿cómo ocurrió?

Parte de la explicación la hallamos en la festividad romana de las saturnales. Era una típica fiesta de inicio del invierno que celebraba el cambio del sol (el día más corto del año es el 21 de diciembre, el solsticio de invierno). El emperador pagano Aureliano declaró el 25 de diciembre *Natalis Solis Invicti*, el nacimiento del sol invencible. Ese día la gente se hacía regalos, iba a fiestas, se ponía sombreros absurdos, se emborrachaba, encendía velas y hogueras como símbolos solares y decoraba los sitios públicos con plantas de hoja perenne. A esta fiesta le seguían las calendas, de donde se deriva nuestra palabra «calendario». A los antiguos les gustaba ir de

fiesta.

En la Britania celta, la festividad de Samhain empezaba en lo que es hoy nuestro Halloween —la víspera de Todos los Santos—, cuando se honraba a los muertos; al igual que en los países germánicos y escandinavos, los celtas celebraban el solsticio de diciembre con hogueras y diversiones. De esta época de Yule o *Jól* es de donde proceden palabras como *jolly*, «jovial» en inglés. Las plantas de hoja perenne, el acebo y la hiedra, símbolos de la vida que continúa, se utilizaban tanto como adornos como para el culto sagrado.

En las tribus germánicas, Odín, de barba blanca, merodeaba durante esos días y había que apaciguarlo con pequeños obsequios que se dejaban de noche.

La Iglesia adoptó la juiciosa actitud de «Si no puedes con ellos, únete a ellos», e incorporó a la Navidad todos los elementos a los que la gente se resistía a renunciar: los cánticos, las celebraciones, las plantas de hoja perenne, los regalos y, por supuesto, la época del año.

El 25 de diciembre es un gran día para el nacimiento de Cristo porque significa que María se quedó encinta de Dios el 25 de marzo —el día de Nuestra Señora (la festividad de la Anunciación) en el calendario litúrgico—, y esto permitía a la Iglesia celebrar el equinoccio de primavera el 21 de marzo de un modo no excesivamente pagano. Y también confería a la concepción y a la crucifixión de Cristo (en Semana Santa) una pulcra simetría.

El propio Santa Claus es uno de los muchos mensajes combinados de Navidad. Nicolás era un obispo turco de Esmirna nacido unos doscientos cincuenta años después de la muerte de Cristo. Era rico y daba dinero a la gente necesitada. La mejor historia que se cuenta de él asegura que una noche, al ir a meter una bolsa llena de oro por la ventana, vio que estaba cerrada y tuvo que trepar al tejado y colarla por la chimenea.

¿Quién sabe? Pero, como de costumbre, creció un culto en torno a él, sobre todo entre los marineros, que, como es natural, salían a navegar, y a medida que el culto se extendió hacia el norte, este turco barbudo y dadivoso se mezcló con el dios barbudo Odín, que tenía la ventaja de viajar en un caballo volador de ocho patas.

San Nicolás era Sinta Klaus para los holandeses, y fueron los holandeses quienes llevaron a Sinta Klaus a Norteamérica.

Nueva Amsterdam, la actual ciudad de Nueva York, era un asentamiento

holandés. En 1809, a pesar de los esfuerzos de los descendientes de ese tronco puritano de Nueva Inglaterra, Santa sobrevuela con una carreta las copas de los árboles en *Historia de Nueva York*, de Washington Irving.

En 1822, otro norteamericano, Clement Moore, definió al Santa definitivo en su poema «Una visita de san Nicolás». Todo el mundo conoce los versos iniciales: «Era la noche antes de Navidad y nada se movía en ninguna habitación / ni siquiera un ratón».

Este es el momento en que san Nick adquiere el reno.

Pero todavía iba vestido de verde: su color de dios precristiano de la fertilidad.

Hace su entrada la Coca-Cola.

En 1931, la Coca-Cola Company encargó a Haddon Sundblom, un artista sueco, que le diese a Santa un cambio de imagen. Tenía que ser rojo y desde entonces, gracias al poder publicitario de la Coca-Cola, la vestimenta de Santa es roja.

El árbol de Navidad es un antiguo símbolo del poder de la vida para sobrevivir y prosperar en lo más crudo del invierno. ¿Qué pensaban nuestros antepasados, al atravesar en la oscuridad y con esfuerzo un bosque pelado y cruzarse con una planta de hoja perenne?

Es sabido que la reina Victoria y el príncipe Alberto protagonizaron la primera sesión fotográfica moderna de personajes famosos cuando posaron delante de su árbol de Navidad en el castillo de Windsor en 1848.

En realidad fue un dibujo en el *Illustrated London News*, pero a partir de entonces todo el mundo quiso tener un árbol de Navidad.

El príncipe Alberto era alemán, y la primera noticia que se tiene de un árbol instalado dentro de una casa para las fiestas de inicio del invierno lo sitúa en la Selva Negra, en Baviera.

Martín Lutero, responsable de la Reforma protestante, era alemán, y se cuenta que decoraba su propio árbol de Navidad con velas para emular los millones de estrellas del firmamento divino.

Los árboles en sí mismos son objetos sagrados. Piénsese en el manzano del Jardín del Edén; en el fresno del mundo, Yggdrasil, adorado en la mitología nórdica y germánica; en el roble de los druidas. En la película *Avatar*, de James Cameron, hay una diosa árbol; y en las sagas de Tolkien,

Saruman y los orcos, enemigos del bosque sagrado, talan brutalmente los ents, los árboles andantes y parlantes.

Cristo, como otros dioses sacrificiales, muere en un árbol.

Así, el árbol es simbólico a través de los siglos y las culturas, y el árbol de hoja perenne es un símbolo de la persistencia de la vida.

Los puritanos de Massachusetts odiaban esas asociaciones paganas, pero no pudieron impedir el momento en que, en 1851, dos trineos cargados de árboles transportaron desde las Catskills hasta la ciudad de Nueva York los primeros árboles de Navidad vendidos al por menor en Estados Unidos.

El siglo XIX es el siglo en que la Navidad se convierte en la Navidad que celebramos hoy: el árbol, las postales, la época de la buena voluntad, de los regalos, los petirrojos, las comidas, la caridad con los pobres, la nieve, los poderes sobrenaturales de algún tipo, ya sean fantasmas, visiones o una estrella misteriosa.

Todos los grandes villancicos que tanto nos gusta cantar se compusieron en el siglo XIX.

La felicitación navideña la inventa el siglo XIX. Henry Cole trabajaba en Correos en Londres y reparó en que los sellos de un penique (1840) eran ideales para enviar tarjetas de felicitación, así que en 1843 pidió a un amigo que le dibujara unas cuantas, y antes de que le diese tiempo a decir «pudding de ciruelas» se había puesto en marcha la moda de las postales navideñas.

Tuvieron que pasar treinta años antes de que la postal se popularizara en Estados Unidos. El lector puede culpar a los puritanos. Yo lo hago.

Postales de felicitación, villancicos y, lo más victoriano de todo, relatos de fantasmas navideños.

Contar historias en torno al fuego es tan antiguo como el lenguaje. Y, dado que los fuegos se encienden de noche y en invierno, las festividades invernales eran ocasiones estupendas para contar historias.

Pero la historia de fantasmas como fenómeno es un fenómeno decimonónico. Una teoría sostiene que los espectros y las apariciones que tanta gente decía ver eran el resultado de una intoxicación por el monóxido de carbono, en niveles bajos, procedente de las farolas de gas (causa alucinaciones borrosas y soñolientas). Si se añaden la espesa niebla y mucha

ginebra, empieza a tener sentido.

Pero también hay una parte psicológica. El siglo XIX estaba hechizado de por sí. La nueva industrialización parecía haber desatado las mismísimas fuerzas del averno. Los visitantes de Manchester lo llamaban el Infierno. La señora Gaskell, escritora inglesa, escribió de su primera visita a una fábrica de algodón: «He visto el infierno y es blanco...».

Y los nuevos pobres, los esclavos de las fábricas, los habitantes de los sótanos, los que trabajaban con el hierro, el calor, la mugre y la degradación parecían espectros, delgados, cetrinos, harapientos, semihumanos, medio muertos.

Que este sea también el siglo de la caridad organizada y de la filantropía no es una coincidencia. Y que sea el siglo de la Navidad en su forma más inspirada y más sentimental no debería sorprendernos. La Navidad se convierte en un círculo mágico, la época de la buena voluntad en la que quienes más se han beneficiado de la desolación mecanizada de sus congéneres pueden redimirse y consolar sus propias almas.

Por eso el *Cuento de Navidad* de Charles Dickens empieza con la negativa de Scrooge a dar dinero para ayudar a los pobres: «¿Es que no hay hospicios?».

Scrooge, el polo opuesto (lo siento por el chiste fácil) de Santa Claus, no puede y no quiere dar, y lo visitan tres espíritus, además del fantasma de su difunto socio, Jacob Marley.

Es un relato sobre corazones endurecidos y segundas oportunidades. Sobre el desbarajuste de la Navidad, cuando las leyes normales se ponen patas arriba, y el tiempo significativo se adelanta al tiempo cronológico (una vida sucede en una noche). Y sobre gansos, pudín, fuegos, velas, temibles cócteles calientes (el Obispo Humeante), una nieve tan espesa que la ciudad duerme y «Feliz Navidad para todos... ¡Que Dios nos bendiga a todos!».

Es una historia tan poderosa que puede sobrevivir a los Teleñecos.

En Estados Unidos, la Navidad no se declaró una festividad federal hasta 1870 (después de la guerra de Secesión, como un modo de volver a unir Norte y Sur en una tradición compartida).

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los puritanos, y a pesar de que con toda seguridad la Navidad no es una celebración judía, los

norteamericanos y los judíos norteamericanos han contribuido tanto al folclore navideño como cualquier estrella, pastor, ángel o Santa.

Qué bello es vivir, De ilusión también se vive, Cita en San Luis, Polar Express, El Grinch, Entre pillos anda el juego, Los fantasmas atacan al jefe, Solo en casa 2, Blanca Navidad...; la lista de películas no para de crecer...

Y cada vez que el lector cante «Blanca Navidad», «Rudolph the Red-Nosed Reindeer», «Santa Baby», «Winter Wonderland» o «Let it Snow, Let it Snow, Let it Snow», o tararee «Chesnuts Roasting on an Open Fire», o alce su copa en agradecimiento a esos compositores judíos de canciones que vieron una buena ocasión de componer una melodía y nos brindaron los clásicos que tanto nos gustan.

Los puritanos prohibieron la Navidad en el Reino Unido y en Estados Unidos porque es una mezcolanza hortera de cosas tomadas de todas partes —paganas, romanas, nórdicas, celtas, turcas— y porque su espíritu libre y de celebración, sus regalos, su anárquico desbarajuste hacían que fuese contra la autoridad y el trabajo. Era una festividad —una fiesta— de las mejores, en la que la devoción es alegre.

La vida debería ser alegre.

Sé que la Navidad se ha convertido en una fiesta cínica y comercial, pero depende de nosotros, individual y colectivamente, oponernos a eso. La Navidad la celebran en el mundo entero personas de todas las religiones y de ninguna. Es una ocasión para reunirse, para dejar de lado las diferencias. En tiempos paganos y romanos era una celebración de la luz y de la cooperación de la naturaleza con la vida humana.

El dinero no era lo importante.

De hecho, la historia de la Navidad empieza con una petición de dinero:

«Y aconteció en aquellos días que se promulgó un decreto de César Augusto que ordenaba a todo el mundo inscribirse en el censo» (Lucas 2, 1).

Y termina con un regalo: «Nos ha nacido un niño».

El regalo de la nueva vida va seguido de los presentes de los Reyes

Magos: el oro, el incienso y la mirra.

En el más admirado de todos los villancicos, la poeta Christina Rossetti plantea la cuestión de qué podemos dar que no sea dinero, ni poder, ni éxito, ni talento:

*Siendo tan pobre, ¿qué puedo darle yo?
Le daría un cordero si fuera pastor.
Y si Rey Mago fuese, le daría otro don.
Mas yo, ¿qué he de darle?
Le daré el corazón.*

Nos damos. Nos damos a los demás. Nos damos a nosotros mismos. Damos.

Hagamos lo que hagamos con la Navidad, debería ser nuestra, no algo que compremos en un mostrador.

Para mí, cenar con amigos es una parte encantadora de la Pascua, así que he incluido en el libro algunas recetas que tienen asociadas historias personales. Soy un desastre con las cantidades y cocino con la vista, la textura y el gusto. Si la masa está demasiado seca, añado agua o huevo. Si está demasiado blanda, añado harina, ese tipo de apaños.

Mi editora y yo discutimos mucho sobre si las recetas deberían utilizar el sistema métrico o el imperial. «Hasta Nigella se ha pasado al sistema métrico», argumentó.

Pregunté a Nigella y me respondió: «Usa los dos».

Y cuando digo cosas como «col», volvió a plantearse la pregunta: «Una col ¿de qué tamaño?».

Hay muchas cosas que hacer todos los días..., y preguntarse de qué tamaño es una col no es una de ellas.

Estas recetas no son demasiado metódicas, como si las hiciésemos juntos y yo dijera: «Demonios, se me han olvidado los champiñones» y luego nos las arreglásemos sin ellos. Así que nada de preocuparse demasiado. Con la cocina ha ocurrido lo mismo que con ir en bicicleta. Quiero decir que antes la gente se subía sin más a la bicicleta; ahora todo el mundo tiene que llevar mallas de licra y gafas y superar su propio récord de distancia y velocidad.

Cocinar en casa no es un deporte olímpico. Cocinar es un milagro normal y cotidiano.

Me gusta cocinar, pero prefiero escribir.

Yo vivo en los relatos; para mí son lugares físicos de tres dimensiones.

Cuando era niña y me encerraban en la carbonera por diversos delitos, tenía una elección: contar carbón, una actividad limitada; o contarme una historia, un mundo ilimitado de la imaginación.

Escribo por placer. Me siento delante del teclado a jugar. La Navidad supone una alegría especial, como si fuese una época para animarse. Es una época para contar historias, presidida por el Señor del Desbarajuste, que debe ser el espíritu guardián de la creatividad, igual que lo es de los antiguos doce días de la Pascua de Navidad.

Y curiosamente, en una casa que por lo general era desdichada, la Navidad, cuando era niña, fue siempre una época feliz para mí. No perdemos esas asociaciones; el pasado viene con nosotros, y con suerte lo reinventamos, que es lo que propongo que hagamos con la Navidad. Todo es un relato.

Los cuentos en torno al fuego en Navidad, o contados con el aliento helado en un paseo invernal, tienen una magia y un misterio que forman parte de esta época del año.

Escribir es una epifanía particular, en el sentido de que se revela algo inesperado. La Navidad, que parece tan familiar, tal vez incluso tan gastada, es una celebración de lo inesperado.

Aquí están los relatos que he escrito hasta ahora. Doce, para los doce días que duran las fiestas. Hay historias de fantasmas, intervenciones mágicas, encuentros normales que resultan no ser nada normales, pequeños milagros y saludos a la llegada de la luz.

Y alegría.





EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD

Era la noche antes de Navidad y nada se movía en ninguna habitación, porque hasta el ratón estaba exhausto.

Había regalos por todas partes: cuadrangulares, con lazos; alargados, con cintas. Voluminosos, envueltos en papel de Santa Claus. Minúsculos, tentadores como una pulsera de diamantes, ¿o decepcionantes como una chuleta de cordero?

Había viandas almacenadas como si fuese a haber una guerra: pudines grandes como bombas explotaban en los estantes. Dátiles como balas se apilaban en salvas de cartón. Una ristra de faisanes, como aviones de juguete, colgaba detrás de la puerta trasera. Las castañas estaban listas para asarlas al fuego. El pavo orgánico campero —un buen veterinario habría podido resucitarlo— estaba acurrucado junto a toneladas de papel de aluminio.

—Menos mal que el cerdo de la noche de Reyes todavía está comiendo manzanas caídas en un huerto de Kent —dijiste mientras intentabas pasar por detrás de la mesa de la cocina.

Yo me tambaleaba bajo el peso del pastel de Navidad, que era como una de esas claves de bóveda que los canteros de la Edad Media colocaban en las catedrales. Me lo quitaste de las manos y fuiste a meterlo en el coche. Había que meterlo, porque esa noche íbamos a ir al campo. Cuantas más cosas metías, más probable parecía que acabase conduciendo el pavo. No había sitio para ti y yo compartía mi asiento con un reno de mimbre.

—Hackles... —dijiste.

¡Ay, Dios!, nos habíamos olvidado del gato.

—Hackles no celebra la Navidad —dije.

—Ponle esta cinta dorada alrededor de la cesta y sube.

—¿Prefieres que tengamos ahora la discusión navideña o esperamos a estar en la carretera y que hayas olvidado el vino?

—El vino está debajo de la caja de galletas saladas.

—Eso no es el vino, es el pavo. Es tan fresco que he tenido que ponerle cinta adhesiva para que dejara de intentar abrirse paso con las garras como una criatura de Poe.

—No seas desagradable. Ese pavo tuvo una buena vida.

—Tú también y no se me ocurre comerte.

Corrí a morderte en el cuello. Me encanta tu cuello. Me apartaste en broma..., pero ¿serán imaginaciones mías o últimamente me apartas en serio?

Esbozaste una sonrisita y volviste a meter las cosas en el coche.

Poco después de medianoche. El gato, la cinta dorada, el árbol con lucecitas, el reno, los regalos, la comida y mi brazo asomando por la ventanilla, porque no había otro sitio donde ponerlo, partimos hacia la cabaña en el campo que habíamos alquilado para celebrar la Navidad.

Pasamos entre los borrachos navideños que lanzaban serpentinas y cantaban a Rudolph en solidaridad con su nariz colorada. Dijiste que a esas horas de la noche sería más rápido ir por el centro, y cuando arrancaste despacio en el semáforo me pareció ver que se movía algo.

—¡Espera! —dije—. ¿Puedes dar marcha atrás?

La calle estaba totalmente vacía, y retrocediste, con el motor gimiendo por el esfuerzo, hasta que estuvimos delante de BUYBUYBABY, los grandes almacenes más grandes del mundo, cerrados por fin a regañadientes durante veinticuatro horas a partir de la medianoche de Nochebuena (la compra en línea seguía disponible).

Me apeé del coche. En el escaparate principal de BUYBUYBABY había un decorado con un nacimiento, con san José y María vestidos con ropa de esquí y varios animales de granja calentitos con abrigos de cuadros escoceses. No había ni oro, ni incienso, ni mirra: estos tres reyes habían comprado sus regalos en BBB. Le habían regalado a Jesús una Xbox, una bicicleta y una batería electrónica.

A su madre, María, le habían regalado una plancha de vapor.

Pululando delante del nacimiento, con la nariz apretada al otro lado del cristal, había una niña pequeña.

—¿Qué haces ahí? —pregunté.

—Estoy atrapada —respondió la niña.

Volví al coche y di unos golpecitos en tu ventanilla.

—Se han dejado a una niña en la tienda... Tenemos que sacarla.

Me acompañaste a echar un vistazo. La niña nos saludó con la mano. No mostraste demasiada convicción.

—Será la hija de un guardia de seguridad —dijiste.

—¡Dice que está atrapada! Llama a la policía.

La niña sonrió y negó con la cabeza cuando cogiste el teléfono. Había un no sé qué en su sonrisa que me hizo vacilar.

—¿Quién eres? —pregunté.

—El Espíritu de la Navidad.

La oí con claridad. Hablaba con claridad.

—No tengo cobertura —dijiste—. Prueba con el tuyo.

Lo intenté con el mío. Estaba apagado. Miramos a ambos lados en la calle extrañamente desierta. Empecé a dejarme llevar por el pánico. Tiré y empujé las puertas de la tienda. Cerradas. No había limpiadoras. Ni portero. Era Nochebuena.

Volvió a oírse la voz:

—Soy el Espíritu de la Navidad.

—¡Ah!, vamos anda —dijiste—. Es un truco publicitario.

Pero no te hice caso, estaba concentrada en el rostro del escaparate, que parecía cambiar a cada segundo, como si la luz jugase con él, enmascarando y luego revelando su expresión. No eran los ojos de una niña.

—Es nuestra responsabilidad —dije en voz baja, dirigiéndome no exactamente a ti.

—No lo es —respondiste—. Vamos, llamaré a la policía por el camino.

—¡Sacadme de aquí! —dijo la niña cuando te volviste hacia el coche.

—Te prometo que enviaremos a alguien. Vamos a encontrar un teléfono...

La niña me interrumpió:

—Tienes que sacarme de aquí. ¿Puedes dejar algunos de vuestros regalos y un poco de comida en la puerta, justo ahí?

Te diste la vuelta.

—Esto es de locos.

Pero era como si la niña me hubiese hipnotizado.

—Sí —dije y, sin saber muy bien lo que hacía, fui al coche, abrí el portón trasero y empecé a arrastrar bultos envueltos en papel de regalo y bolsas de comida hasta la puerta de los grandes almacenes. Cada vez que dejaba algo en el suelo, tú lo recogías y volvías a meterlo en el coche.

—Estás mal de la cabeza —dijiste—. Es un truco navideño..., seguro que nos están filmando. Es telerrealidad.

—No, no es telerrealidad, ¡es real! —dije, y mi voz sonó muy lejana—. No es lo que sabemos, es lo que no sabemos... pero es cierto. Hazme caso, es cierto.

—Muy bien —dijiste—, con tal de que volvamos a ponernos en camino...

Aquí tienes las bolsas, ¿de acuerdo? Aquí y aquí. —Las soltaste en la puerta, con el rostro encendido de cansancio y exasperación. Conozco esa cara.

Y retrocediste con los puños cerrados, sin pensar siquiera en la niña.

De pronto se apagaron las luces del escaparate. Y la niña apareció en la calle entre tú y yo.

Te cambió el gesto. Pusiste la mano en el suave cristal, tan transparente y cerrado como en un sueño.

—¿Estamos soñando? —me dijiste—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Os acompaño —dijo la niña—. ¿Adónde vais?

Y así, pasada la una de la madrugada, volvimos a ponernos en marcha, esta vez con mi brazo dentro del coche y la niña en el asiento de atrás al lado de Hackles, que había salido de su cesta y ronroneaba. Al marcharnos miré por el espejo retrovisor y vi unas figuras oscuras que, una por una, se llevaban las bolsas de comida y los regalos.

—Son la gente que vive en los portales —dijo la niña, como si me leyera el pensamiento—. No tienen nada.

—Acabarán deteniéndonos —dijiste tú—. Robo en el escaparate de una tienda. Vertido de basuras en la vía pública. Secuestro. Feliz Navidad a usted también, agente.

—Hemos hecho lo que tocaba —respondí yo.

—¿Qué, exactamente —preguntaste—, aparte de perder la mitad de las cosas que necesitamos y recoger a una niña perdida?

—Pasa todos los años —aseguró la niña—. De distintas maneras y en distintos sitios. Si nadie me libera antes de la mañana de Navidad, el mundo se vuelve más pesado. El mundo es más pesado de lo que creéis.

Seguimos en silencio un rato. El cielo estaba oscuro y tachonado de estrellas. Me imaginé muy por encima de la carretera, contemplando el planeta Tierra, azul en la negrura y con manchas blancas en los polos. Era la vida y mi hogar.

Una vez, cuando era pequeña, mi padre me regaló una bola de cristal con la Tierra y estrellas. Me quedaba en la cama dándole vueltas, me dejaba vencer por el sueño pensando en las estrellas, con una sensación de ligereza y calidez y seguridad.

El mundo es ingrávigo, está suspendido en el espacio, sin apoyo, un misterio gravitacional, calentado por el sol, enfriado por gases. Nuestro regalo.

Solía esforzarme por no quedarme dormida mientras contemplaba con los ojos entornados mi mundo silencioso y giratorio.

Crecí. Mi padre murió. La bola de cristal permanecía en su casa, en mi antigua habitación. Cuando estábamos vaciándola, se me resbaló y el pequeño globo terráqueo cayó del denso líquido cuajado de estrellas. No sé por qué, pero fue entonces cuando rompí a llorar.

Debí de alargar la mano por encima del asiento para coger la tuya mientras avanzábamos de noche por la carretera.

—¿Qué pasa? —dijiste con dulzura.

—Pensaba en mi padre.

—Qué raro. Yo estaba pensando en mi madre.

—¿Qué pensabas?

Me apretaste la mano. Vi tu anillo, que brillaba a la luz verdosa del salpicadero. Me acuerdo de ese anillo y de cuando te lo regalé. Lo veo a diario pero hoy lo veo.

—Ojalá hubiese hecho más por ella, ojalá hubiésemos hablado más, pero ahora es demasiado tarde —dijiste.

—Nunca os llevasteis bien.

—¿Por qué? ¿Por qué tantísimos padres se llevan mal con los hijos?

—¿Por eso no quieres que tengamos hijos?

—¡No! No. El trabajo... Siempre hemos dicho que lo pensaríamos..., pero... sí, tal vez. ¿Por qué iba a querer que mi hijo me odie? ¿Es que no hay suficiente odio en el mundo?

Nunca me habías hablado así. Al mirar tu perfil, a la fantasmagórica luz verdosa, vi la tensión de tu mandíbula. Me gusta mucho tu cara. Iba a decírtelo, pero me interrumpiste:

—No me hagas caso. Será cosa de esta época. Supongo que son días familiares.

—Sí. ¡Qué desastre!

—¿Qué? ¿Nuestra familia o la Navidad?

—Las dos cosas. Ninguna de las dos. No me extraña que todo el mundo se dedique a comprar. Es una actividad de desplazamiento. —Sonreíste, intentando levantarme el ánimo—. Pensaba que te gustaban los regalos debajo del árbol —dije.

—Y me gustan, pero ¿cuántos necesitamos?

Estaba a punto de recordarte que hacía menos de una hora que me habías gritado a la cara, cuando una voz del asiento trasero dijo:

—Ojalá el mundo pudiera librarse al menos de parte de lo que contiene.

Tú y yo nos volvimos. Reparé en que la luz verdosa del coche no era la del salpicadero: era ella. Brillaba.

—¿Crees que además es radiactiva? —dijiste.

—¿Además de qué?

—Además de..., bueno, además..., no sé, además de...

—¿Y si es quien dice ser?

—No ha dicho quién es.

—Sí, es...

—Soy el Espíritu de la Navidad —dijo la niña.

—¿Y si esta noche nos está ocurriendo algo extraordinario? —apunté yo.

—¿Una niña desconocida en un viaje al que vamos como pollos sin cabeza?

—Al menos es temporal.

—¿Qué?

—El pollo sin cabeza.

Esta vez me apretaste la mano y vi que el músculo de tu mandíbula se relajaba un poco.

Quiero hablarte del amor, y de lo mucho que te quiero, y de que te quiero como al sol naciente, todos los días, y de que quererte ha hecho mi vida mejor y más feliz. Sé que te avergonzaría, así que no digo nada.

Encendiste la radio. «¡Que los ángeles tocan...!»

—«¿Qué nuevas me traéis?» —cantaste tú.

Ví que observabas a la niña por el espejo retrovisor.

—Si todo va según lo previsto —dijiste—, tendríamos que ver a Santa con un tiro de renos. ¿Qué dices tú, Espíritu de la Navidad?

—¡Gira aquí a la derecha, por favor! —dijo la voz del asiento trasero.

Obedeces. Dudas, pero obedeces, porque no es una niña como las demás.

Te desviaste por un camino oscuro, aceleraste y frenaste en seco.

Posado en el tejado de una bonita casa georgiana con una guirnalda de acebo en la puerta de color azul, había un trineo tirado por seis renos astados.

Santa Claus nos sonrió y nos saludó con la mano. La niña respondió al saludo y se apeó del coche. Para ella las puertas no tenían seguros. Hackles la siguió.

Santa dio una palmada. La casa estaba a oscuras, pero una mano invisible abrió desde dentro una de las ventanas de guillotina del primer piso; tres sacos llenos cayeron al suelo con un golpe sordo. Santa Claus se los echó al hombro como si nada y los metió en el trineo.

—¡Está desvalijando la casa! —dijiste, abriendo la puerta del coche y saliendo—. ¡Eh, tú!

La figura de rojo se acercó alegremente, dando zancadas con las botas y frotándose las manos.

—Solo podemos ofrecer este servicio una vez al año —te dijo.

—¿Qué puñetero servicio?

Santa Claus aprovechó la oportunidad para cargar la pipa. Exhaló unos anillos de humo en forma de estrella, azulados en el aire blanquecino.

—En los viejos tiempos dejábamos regalos porque la gente casi no tenía nada. Ahora tiene demasiadas cosas, así que nos escribe para que nos las

llevemos. No te haces una idea de lo bien que se siente uno al despertarse la mañana de Navidad y ver que todo ha desaparecido. —Santa rebuscó en uno de los sacos—. Mira, unas pinzas para rizar el pelo, sales de baño para un año entero, más calcetines de los que le hacen falta a nadie, ajo confitado en aceite de oliva, todo lo necesario para bordar una torre Eiffel, dos cerdos de porcelana.

—¿Y ahora qué? —dijiste con una mezcla de enfado y desconcierto—. ¿Al mercadillo de Año Nuevo?

—Ven a verlo, si quieres —dijo Santa—. Sígueme.

Se metió la pipa en el bolsillo y subió al trineo. El Espíritu de la Navidad le acompañó, con Hackles.

—¡Eh, ese gato es nuestro! —gritaste a la parte de atrás del trineo, que acababa de alzarse en el aire.

El Espíritu de la Navidad parecía muy pagada de sí misma.

Subimos al coche y seguimos el trineo lo mejor que pudimos, pese a que acortó campo a través.

—Es una especie de aerodeslizador autopropulsado —dijiste—. ¿Cómo nos hemos metido en este lío?

Ahora habíamos salido de la carretera por un camino que amenazaba con destrozar la suspensión del coche. Sujetabas el volante con las manos.

El trineo se posó. Pocos minutos después le dimos alcance.

Nos hallábamos a la puerta de una cabaña oscura y ajada por la intemperie.

Las tejas estaban sueltas y de los canalones colgaban carámbanos, como esos eléctricos que compra la gente para decorar, solo que no eran eléctricos ni decorativos. Los tablones de la cerca estaban afianzados con pedazos de alambre y la puerta se sujetaba con una piedra. Un perro viejo dormitaba a la puerta abierta de una caravana abandonada.

Cuando el perro levantó la cabeza para ladrar, Santa Claus lanzó un hueso reluciente por el aire. El viejo perro lo cogió encantado al vuelo.

Mientras los renos comían musgo del morral, Santa y el Espíritu de la Navidad fueron a la casa y abrieron la puerta.

—¿Es una trampa? ¿Como en *Amenaza en la sombra*? ¿Nos van a matar?

Noté que tenías miedo. Yo no, pero es que yo creía.

Santa salió de la cabaña, un poco encorvado por el peso de una bolsa comida por la polilla. Llevaba una tartaleta de manzana y un vaso de whisky en la mano.

—Casi nadie deja nada ya —dijo, apurando el whisky de un trago—, pero conozco esta casa y ellos me conocen a mí. El dolor y la necesidad tienen que desaparecer esta noche. Mi poder dura solo una noche.

—¿Qué poder? —preguntaste—. ¿Dónde está la niña? ¿Qué has hecho con mi gato?

Santa señaló la cabaña con las ventanas iluminadas por la extraña luz verde que acompañaba a la niña. Vimos con claridad, incluso desde lejos, que la mesa tenía un mantel limpio y que la niña estaba colocando en ella un jamón, una empanada y queso mientras Hackles ronroneaba con la cola levantada.

Santa sonrió y volcó el saco en el trineo. Lo que cayó estaba raído, viejo y roto. Sacó los trozos de un plato, una chaqueta desgarrada y una muñeca sin cabeza. El saco quedó vacío.

Sin decir palabra, te ofreció el saco vacío y señaló el coche. Quiere que lo llenes, pensé. Hazlo, por favor; hazlo.

No me atreví a verbalizar esto. Era para ti. Sobre ti.

Dudaste, y luego abriste todas las puertas del coche y comenzaste a meter regalos y comida en el saco. Era un saco pequeño, pero, por muchas cosas que metieras, no había manera de llenarlo. Vi que mirabas lo que quedaba.

—Dáselo todo —dije.

Te inclinaste hacia delante y empezaste a coger lo que había en el asiento de atrás. El coche ya estaba casi vacío, solo quedaba el reno de mimbre, y parecía demasiado ridículo para regalárselo a nadie.

Le diste el saco a la figura vestida de rojo, que te miraba con intensidad.

—No me lo has dado todo —dijo.

—Si te refieres al reno de mimbre...

Para entonces el Espíritu de la Navidad había salido de la casa, con Hackles en brazos. También él desprendía luz verde. Yo nunca había visto un gato verde.

—Dale lo que tienes —te dijo la chica.

Se produjo un silencio, un silencio total. Yo aparté la vista como hice

cuando te pedí que te casaras conmigo sin saber lo que contestarías.

—Sí —dijiste—. Sí.

Se oyó un golpe terrible y el saco cayó al suelo con todo su peso. Santa asintió, y con alguna dificultad cogió el saco y lo metió en el trineo.

—Es hora de marcharse —dijo el Espíritu de la Navidad.

Subimos al coche y volvimos por el mismo camino.

La escarcha había iluminado el suelo y endurecido las estrellas. Detrás de las paredes de piedra seca, las ovejas se apiñaban en los campos. Dos caballos de caza corrían a lo largo de la cerca, con el aliento humeando como si fuesen dragones.

Al cabo de un rato paraste el coche y te apeaste. Te seguí. Te abracé. Oí cómo te latía el corazón.

—¿Qué hacemos ahora que lo hemos dado todo? —dijiste.

—¿No nos queda nada?

—Una bolsa de comida detrás del asiento del copiloto y esto... —Te hurgaste en el bolsillo y sacaste un muñeco de nieve de chocolate envuelto en papel de aluminio.

Nos reímos. Era tan tonto. Rompiste un trozo para dárselo a la niña en el asiento de atrás, pero estaba dormida.

—No entiendo nada —dijiste—. ¿Y tú?

—No. ¿Queda algo de chocolate?

Compartimos los últimos pedazos y te dije:

—¿Recuerdas cuando nos conocimos y no teníamos dinero... estábamos pagando los préstamos estudiantiles y yo tenía dos empleos y comíamos salchichas y relleno el día de Navidad, pero no pavo porque no podíamos permitirnoslo? Me bordaste un jersey.

—Y una manga era más larga que otra.

—Y yo te tallé una silla de aquel fresno que había talado el Ayuntamiento.

Dejaron la mitad del tronco en la calle. ¿Te acuerdas?

—Dios, sí, y hacía un frío espantoso porque vivías en aquella barcaza, y no querías ir a casa conmigo porque odiabas a mi madre.

—¡Yo no odiaba a tu madre! Eras tú quien la odiaba.

—Sí... —dijiste despacio—. Qué pérdida de tiempo es el odio.

Te volviste para mirarme. Tenías el gesto serio y no dijiste nada.

—¿Todavía me quieres?

—Sí.

—Yo te quiero, pero no lo digo lo suficiente, ¿verdad?

—Sé lo que sientes. Pero a veces... yo...

—¿Sí?

—Tengo la sensación de que no me deseas. No quiero obligarte, pero echo de menos tu cuerpo. Nuestros besos y la cercanía, y, sí, también lo demás.

Seguiste en silencio. Luego dijiste:

—Cuando Santa Claus, o lo que quiera que fuese, me pidió que le diese lo que temía, comprendí que, si todo hubiese seguido en el coche menos tú... ¿Qué pasaría si la casa, el trabajo, mi vida, todo lo que tengo siguiera en su sitio y tú no estuvieses? Y pensé: eso es lo que temo. Lo temo tanto que ni siquiera puedo pensarlo, pero está ahí todo el tiempo, como el anuncio de una guerra inminente.

—¿Qué?

—Que poco a poco te estoy apartando de mí.

—¿Quieres apartarme de ti?

Me besaste —igual que nos besábamos antes— y noté mis lágrimas, y luego reparé en que eran tuyas.

Volvimos a subir al coche y recorrimos los últimos kilómetros en dirección al pueblo, se distinguían los tejados irregulares a la luz desfalleciente de la luna. Pronto sería de día.

Una figura encapuchada andaba por la carretera. Te pusiste a su lado y bajaste la ventanilla.

—¿Quiere que le llevemos? —dijiste.

La figura se volvió y nos miró; era una mujer con un bebé. La mujer se quitó la capucha; su rostro era hermoso y fuerte. Limpio y sin arrugas. Sonrió y el bebé sonrió también. Era un bebé, pero sus ojos no eran los de un bebé.

Instintivamente, miré al asiento trasero. El gato estaba enroscado en su cesta, pero la niña no estaba.

En el cielo había una estrella con puntas, y vi luz por el este.

—Es casi de día —dije.

Habías parado el coche. Apoyaste el codo en el volante y la cabeza en la

mano.

—No sé qué está pasando. ¿Y tú?

—Ya no está. El Espíritu de la Navidad.

—¿Lo hemos soñado todo? ¿Estamos en casa, en la cama, esperando a despertar?

—Vamos —dije—. Si es un sueño, vayamos como sonámbulos hasta la cabaña. Ya no hay mucho que cargar.

La mujer y el niño nos habían adelantado, andando, andando, andando.

Nos apeamos. Me cogiste de la mano.

En otro tiempo reparábamos en todo: en el agua que se acumulaba en la hiedra cubierta de frutos, en el muérdago sobre el roble de ramas oscuras, en el granero donde el búho se posaba debajo de las tejas, en el humo que se alzaba como un mensaje de las hogueras del bosque, en lo antiguo que era el tiempo y en que éramos parte de él.

¿Por qué habíamos aprendido a apresurarnos todo el día cuando todo el día era lo único que teníamos?

La mujer seguía andando, con el futuro a cuestas, abrazada al milagro, el milagro que da a luz de nuevo al mundo y que nos brinda una segunda oportunidad.

¿Por qué las cosas auténticas, las que de verdad importan, se confunden con tanta facilidad con las que apenas tienen importancia?

—Yo encenderé el fuego —dije.

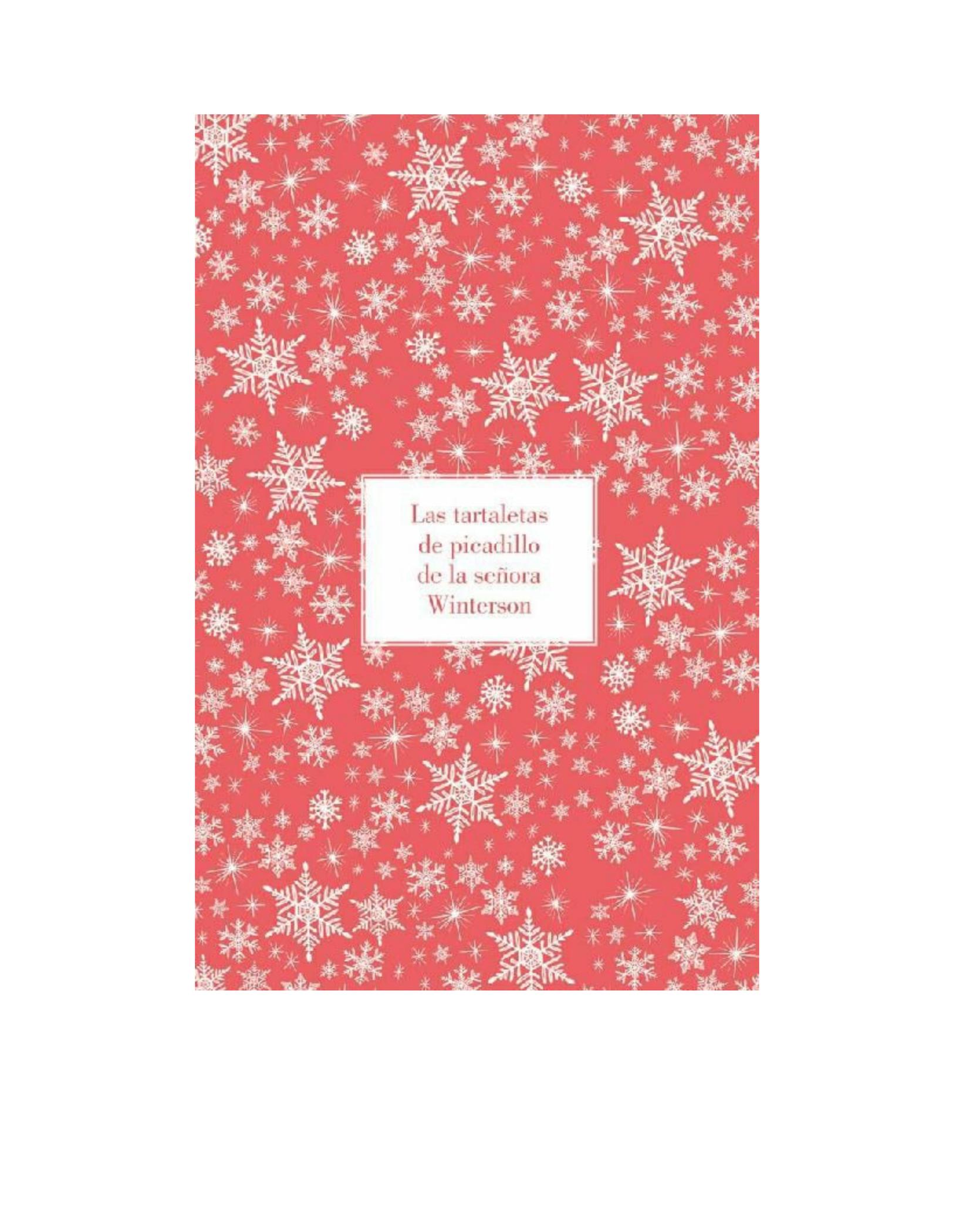
—Después —respondiste tú—. Quiero ir en sueños hasta la cama contigo.

Noté tu timidez. Conozco tu dureza, pero recuerdo esta timidez. Sí. Y sí.

En sueños o no. Sí y sí.

Fuera, a través de los campos surcados de niebla, oí las campanas que anunciaban el día de Navidad.



The background of the entire page is a vibrant red color, densely decorated with white snowflakes and starburst patterns of various sizes. The snowflakes are intricate, with multiple points and delicate cutouts, while the stars are simple, multi-pointed shapes. In the center of the page, there is a white rectangular box with a thin black border. Inside this box, the text is centered and reads: "Las tartaletas de picadillo de la señora Winterson".

Las tartaletas
de picadillo
de la señora
Winterson



La señora Winterson nunca renunció a su despensa de guerra. De 1939 a 1945 aportó su granito de arena a la victoria preparando huevos y cebollas en salmuera, envasando fruta, secando o salando judías y trapicheando con latas de fiambre de ternera en el mercado negro. Le gustaban las cosas que se podían guardar, y, mientras esperaba la guerra nuclear en los cincuenta y los sesenta, o el inminente apocalipsis en cualquier momento, continuó elaborando fiambres y cocinando platos con frutos secos.

Los dos utensilios esenciales de la cocina de nuestro cobertizo tenían asas: el escurridor, para retorcer la ropa los días de colada, y la picadora Spong.

Era la Spong más grande del mercado y vivía enganchada al borde de nuestra mesa de formica. Uno de sus muchos usos era hacer el picadillo para las tartaletas de manzana. La señora Winterson preparaba el picadillo en otoño porque había manzanas caídas de sobra.

Para aquellos cuya tradición navideña no incluye las tartaletas de manzana puede parecer raro que el picadillo no sea de carne sino de fruta.

La respuesta es que las tartaletas de manzana se remontan al reinado de Isabel I (1558-1603), y en esos tiempos las tartaletas se hacían con carne picada, fruta y piel de naranja confitada.

¿Por qué?

La fruta y las especias se usaban para disimular el sabor inevitablemente «rancio» de la carne sin refrigerar. Es probable que ese sea el motivo de que la fruta fuese tan popular en la cocina inglesa hasta finales de los años sesenta. Esto no es Estados Unidos y las neveras eran caras. Nosotros no tuvimos una hasta que empecé a ir a la escuela secundaria en los setenta. Le tocó a mi padre en una rifa. Era una nevera minúscula para instalar debajo de la encimera y casi siempre estaba vacía. No teníamos ni idea de qué hacer con ella. El lechero repartía la leche a diario, comprábamos las verduras en el mercado dos veces por semana, teníamos nuestras propias gallinas ponedoras y, como éramos pobres, comprábamos un trozo de carne una vez a la semana, no más. El sobrante iba a parar a la Spong y reaparecía en empanadas y

pasteles. Lo que no comíamos lo cocinábamos y, si no lo cocinábamos, era que estaba fresco. ¿Quién necesitaba nevera?

Pero si alguien quiere preparar sus propias tartaletas sin carne, con o sin Spong, aquí está la receta. Sí, es posible usar una picadora eléctrica, pero la picadora manual produce una textura mejor. Si no se quiere hacer el picadillo casero, se puede comprar hecho (mejor leer los ingredientes, que no tenga demasiada azúcar, ni puñetero aceite de palma, etcétera), luego, antes de utilizarlo, volcarlo en un cuenco, añadir más brandy y remover. El picadillo industrial siempre está demasiado seco.

PARA EL PICADILLO

1 lb (450 g) de manzanas de guisar, peladas y sin el hueso, y luego ralladas

1 lb (450 g) de sebo bien picado (sí, sebo..., imagínate)

1 lb (450 g) de pasas de corinto, arándanos, uvas pasas y azúcar demerara; se puede añadir piel de naranja confitada (yo la odio)

6 oz (170 g) de almendras peladas y machacadas en el mortero

La ralladura y el zumo de dos limones (orgánicos, sin encerar; al fin y al cabo son para comer)

Una cucharadita de nuez moscada

Una cucharadita de canela

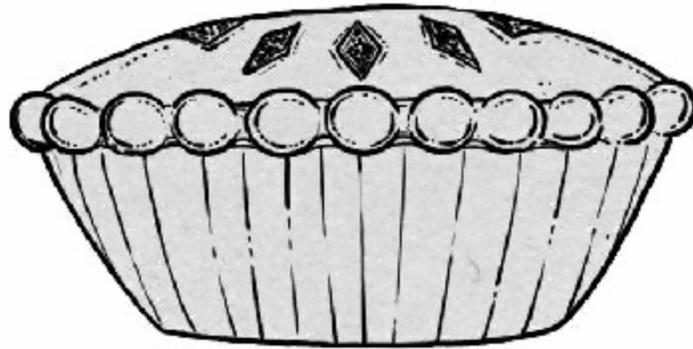
Una cucharadita de sal

Un cuarto de pinta de brandy, o, si se prefiere, de ron

Se pasan los frutos secos por la Spong. Se vuelca la fruta y todo lo demás en un cuenco grande. Se mezcla. Se añade más brandy o ron si la consistencia no está bien. No tiene que quedar ni demasiado líquida ni demasiado dura. Se mete en frascos y se deja en un armario fresco al menos un mes.

Yo preparo las mías la noche de las hogueras: el 5 de noviembre. Podría escogerse igualmente Halloween por ser también una ruidosa celebración de la inutilidad, así que ¿por qué no hacer algo útil mientras uno se dedica a pedir caramelos disfrazado o a encender hogueras y emborracharse?

Luego ya podremos dar un revolcón (a la masa) cuando llegue diciembre.



PARA LAS TARTALETAS

El picadillo de manzana, casero o comprado

1 lb (450 g) de harina corriente; yo utilizo orgánica; la de la señora W. era de la marca Homepride

1 cucharadita de levadura

½ lb (225 g) de mantequilla sin sal; yo utilizo orgánica; ella utilizaba manteca

1 cucharada sopera de azúcar glas

Agua fría (conviene tenerla preparada aparte o el grifo acabará cubierto de masa)

Un huevo batido en una taza para después

También te hará falta una bandeja de horno con huecos individuales para las tartaletas; hay que engrasarlas con mantequilla o con manteca si uno quiere volver a los años sesenta.



ELABORACIÓN

Conviene usar un delantal. Con esta receta se pone todo perdido. La señora W. llamaba al delantal «mandil» porque nuestros años sesenta eran también los años sesenta del siglo XIX.

Hay que poner unos villancicos navideños, Bing Crosby, Judy Garland o *El Mesías* de Händel (se escribió para Semana Santa, pero pronto se convirtió en el clásico navideño de las tartaletas).

Se echa todo, menos el agua y el huevo, en un cuenco grande y se amasa con ambas manos. Cuando la señora W. me enseñó esta receta yo tenía unos siete años, me daba el cuenco y me decía que amasara la mezcla, pero yo no entendía cómo quería que metiera ahí las rodillas.[1]

Cuando la mezcla tenga la textura de migas de pan, se añade agua fría hasta convertirla en una masa.

Después hay que esparcir un poco de harina sobre la encimera o tabla de amasar, volcar la mezcla y extenderla con el rodillo —es bueno para los tríceps—, golpearla y pensar en tus enemigos —si eres como la señora Winterson— hasta que la textura esté bien; debería poder lanzarse contra alguien (tu enemigo) y hacerle daño. Se pone este misil navideño en el cuenco, se cubre con un cubreteteras con un petirrojo bordado (lo del petirrojo es opcional) y se deja en el frigorífico una hora, o bien en el alféizar de la ventana si el tiempo es frío, nieva o está de acuerdo con la estación, siempre

que no llueva.

La señora W. nunca tuvo que hacer esta parte porque no teníamos calefacción central, solo un fuego de carbón, y nuestra casa siempre estaba gélida. Las casas modernas son demasiado cálidas para preparar una buena masa. Antes se decía que manos frías hacen buena masa. Si quieres tener la verdadera experiencia de los sesenta, con manteca y demás, apaga la calefacción la noche anterior y ponte dos suéteres debajo del mandil.

Se saca el picadillo —casero o comprado—. Se vuelca en un cuenco y se comprueba si hace falta añadir más brandy o ron. ¿Está demasiado seca la mezcla? Eso es importante.

Ahora —esto es cosa mía, no suya— sírvete una copa de vino y ve a escribir unas tarjetas navideñas o a envolver unos regalos, algo divertido y típico de estas fechas. No a planchar la ropa.

Se calienta el horno a 200 °C o, si es de gas, al 6. Ya conocerás tu horno así que conviene encenderlo un rato antes mientras la masa coge firmeza. Yo tengo un Aga, así que no tengo ni idea de otros hornos, y la señora W. tenía un horno de gas que desprendía un calor espantoso. Era como unos altos hornos castrados que rugieran por sus pelotas. Rechoncho. Cuadrado. De patas cortas. De fundición. Abrías la llave del gas. Un silbido. Metías la cerilla. Te apartabas. ¡Bum! Rugido. Una llama azul que se convertía en una línea de color naranja. El interior del horno se transformaba en una pista de squash donde rebotaba el fuego. Después se podía cocinar.

Con suerte, tendrás una versión domesticada y más dócil de esta feroz caja ardiente.

Así que vuelta a la nevera.

Al cabo de una hora o así, se saca la masa, se corta por la mitad y se extiende una de las mitades en la encimera enharinada. No demasiado gruesa.

Se usa una taza o un cortador para hacer bonitos círculos de masa y se meten con firmeza en los huecos engrasados de la bandeja.

Después se llenan uno por uno generosa pero no estúpidamente con el picadillo.

Ahora hay dos posibilidades.

Conforme a la tradición, se extiende la otra mitad de la masa y se hacen tapas para los pasteles, las juntas se sellan con un poco de huevo batido y un

pincel por encima de la tapa. Hay que hacer un agujero en la tapa con una aguja para que salga el vapor.

O: se pueden hacer más tartaletas y colocar una X de pasta en dos tiras sobre el picadillo para aquellos que quieran menos masa. No es mi caso.

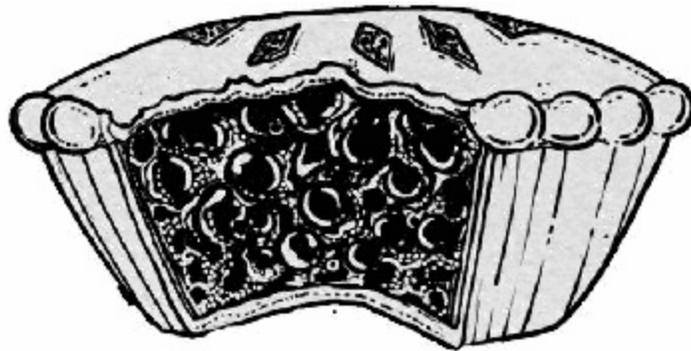
Estos últimos se cuecen más deprisa, así que cuidado con quemarlos.

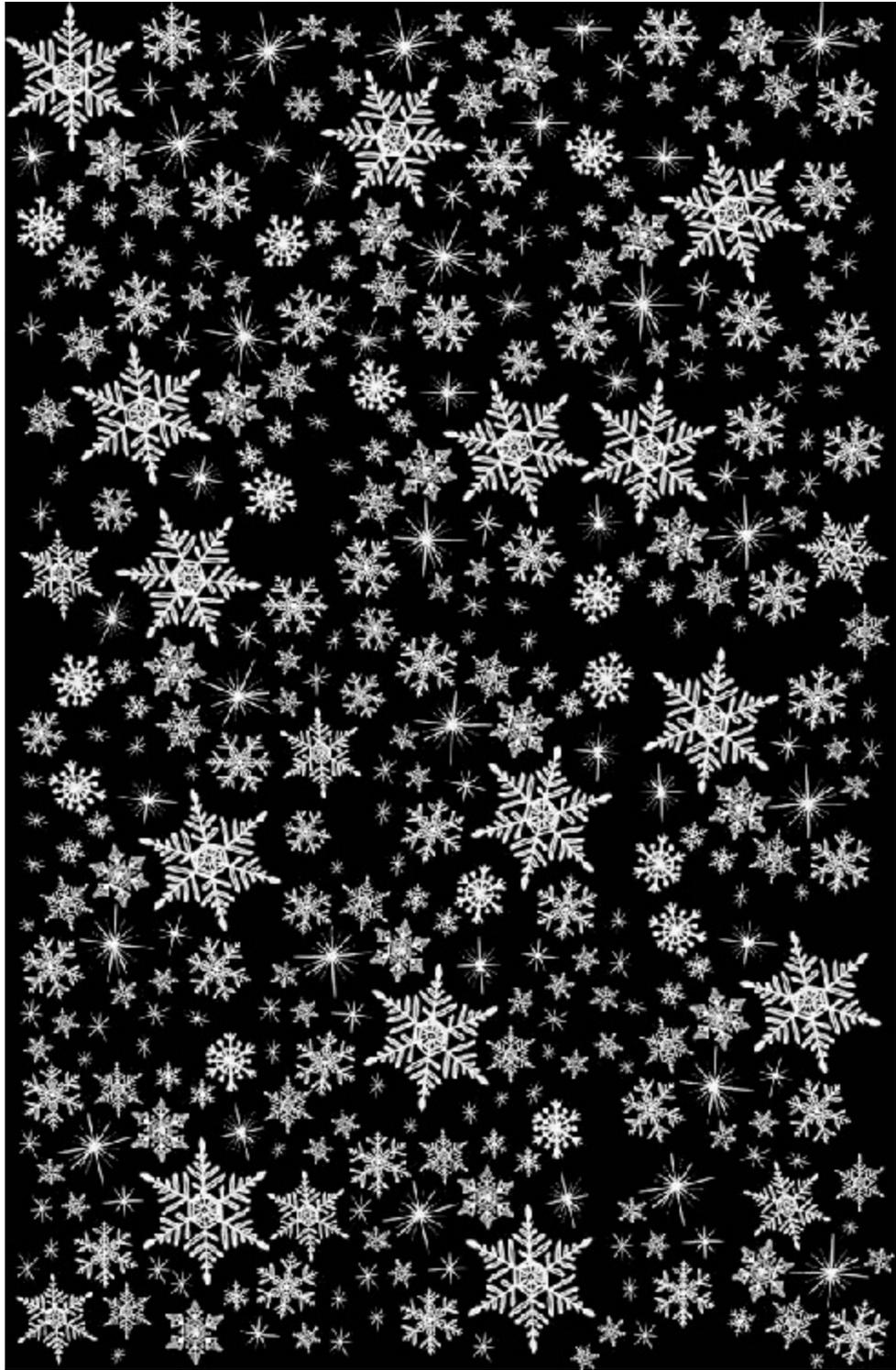
Se hornean veinte minutos con las tapas, quince sin tapas. En un horno

Aga esto no es exacto. En el horno de la señora Winterson eran veinte minutos o comerlos negros.

Se guardan en una lata vieja que no sirva para nada pero de la que uno no quiera desprenderse.

CONSEJO: Vale la pena preparar el doble de masa. Envuelta en papel de aluminio dentro del frigorífico resiste cinco días. Y así se pueden preparar más tartaletas con rapidez y facilidad.





LA MAMI DE NIEVE



Está nevando. En inglés no se sabe quién «está» nevando. Podría ser Dios. O no.

En cualquier caso. Está. Nevando.

¿Qué tipo de nieve cae?

Hay muchos tipos de nieve. ¿No lo sabías? ¡Carámbanos!

Hay nieve de montaña. Y nieve polar. Y nieve de esquí, y nieve espesa, y nieve que revolotea como minúsculas polillas, y nieve a rachas como polillas apresuradas, y nieve en copos como si alguien (¿el que nieva?) estuviese rallando el cielo.

Y nieve punzante como las picaduras de los insectos y nieve suave como la espuma de afeitar y nieve húmeda que no se pega y nieva seca que sí y envuelve el mundo como una instalación hasta ese momento de la noche en que despiertas y el sonido ha desaparecido, hasta el momento de la noche en que sueñas con nieve y el sueño es profundo como la nieve.

Entonces...

¡Abrid la ventanisca!

¡Hala!

Nieve y más nieve y más nieve y más nieve y más nieve.

Suficiente para que desaparezca el perro, y las orejas reaparezcan como alas. Los coches son montículos. Los ruidos son niños nerviosos.

¡Hagamos un muñeco de nieve!

Nicky y Jerry empezaron a dar vueltas a la bola de nieve que cada vez era más y más grande y más y más redonda. Pronto tuvieron un cuerpo más grande que cualquiera de ellas dos.

¿Te parece demasiado gorda?, preguntó Nicky.

¿Cómo sabes que es chica?

Bueno, no lo sabré hasta que le pongamos la ropa.

Pero hablas de ella como si fuese una chica.

Porque es gorda.

¿Cómo se hace un muñeco de nieve delgado?

Lo intentaron. Dieron vueltas a un mástil de nieve, lo levantaron y pusieron encima la cabeza y se cayó.

Nicky no parecía muy impresionada. Hizo una mueca. Dijo:

Podemos hacerla más piramidal. Ponerle un cuello o algo. Un cuello grueso no queda bien.

Jerry no quería hacer un muñeco de nieve piramidal.

Todos los muñecos de nieve son gordos, dijo, tienen que ser así para mantener el calor.

A Nicky eso le pareció una tontería.

Si se calientan, se funden.

¡Calentitos por dentro, tonta! Vamos, Nicky, ayúdame a darle vueltas a la cabeza.

La madre de Nicky salió con dos tazas de chocolate caliente.

¡Anda! ¡Es precioso!

Es una chica. ¿Tenemos ropa para ella?

¡Claro! Id a ver qué hay en la caja para donativos.

Nicky corrió a la casa y dejó el chocolate humeante.

La madre de Nicky era atractiva. Era esbelta con el pelo teñido de tres tonos de rubio. Sonrió a Jerry. Tenía dientes bonitos.

¿Qué tal está tu madre, Jerry? ¿Está bien?

Jerry asintió con la cabeza. Su madre tenía que trabajar mucho y hacer turnos de noche en un hotel. A veces bebía demasiado y perdía el sentido. El padre de Jerry las había abandonado el año anterior, justo antes de Navidad, y no había vuelto.

La madre de Nicky apoyó el peso, que no era mucho, en el otro pie.

¿Por qué no te quedas a dormir esta noche? A Nicky le encantaría.

Lo preguntaré, dijo Jerry.

Puedes telefonarla, sugirió la madre de Nicky; Jerry no podía porque a su madre le habían cortado el teléfono. Pero no quería decírselo y dijo:

Luego iré corriendo a preguntar.

Nicky volvió con un montón de ropa entre los brazos. Probaron un suéter, una sudadera, un vestido con botones, pero nada le quedaba bien.

Es como *La Cenicienta*, dijo Jerry.

¿Como la hermana fea?, preguntó Nicky.

Es la princesa disfrazada. Toma... pruébale esto.

El gorro con borla le quedaba bien.

¡Ya puede ir al baile!

¿Con un gorro con borla?

Sí.

No, no puede porque no tiene piernas. ¿Y ojos? Necesita ojos. Pero no unos botones.

No, botones no... dame tu pulsera... esas piedras verdes pueden ser los ojos. ¡Vamos!

¿Qué haces? ¡Es mi pulsera!

Pero Jerry no le hizo caso: rompió la pulsera y le puso a la Muñeca de Nieve unos ojos verdes grandes y fijos.

Ahora parece de verdad, dijo Nicky.

Necesita una nariz nevosa, respondió Jerry, o a lo mejor un hocico polar.

Jerry se olvidó de Nicky. Le preparó una nariz a la Muñeca de Nieve con una piña y una boca con una enorme sonrisa roja. En realidad era el aro que le tiraban al perro cortado por la mitad, pero parecía una enorme sonrisa roja.

Para entonces Nicky se había puesto a jugar con el iPad. Las tardes eran

cortas y el día, frío. Pronto oscurecería. La madre de Nicky gritó desde la puerta de la cocina:

¡Jerry! ¡Ve a ver a tu madre, si vas a volver después!

Jerry echó a correr, después de prometerle a la Muñeca de Nieve que volvería enseguida. Pero, cuando llegó a casa, su madre aún no había vuelto.

La casa estaba a oscuras. A veces les cortaban la luz; cuando eso ocurría, Jerry no podía usar el portero automático para entrar: tenía que trepar por la pared de la parte de atrás y buscar la llave debajo de los cubos de basura. Eso fue lo que hizo, pero no había ni rastro de la llave, y la casa estaba tan a oscuras por detrás como por delante.

¿Buscas a tu madre?, preguntó el señor Store, que regentaba una tienda llamada Store's Stores. Jerry asintió con la cabeza. No dijo nada. El señor Store prosiguió: Tu madre no está, ha salido y no ha vuelto, menuda novedad.

El señor Store era horrible. Tenía una cara horrible, una mirada horrible y un par de batas marrones horribles. A veces la madre de Jerry le pedía pan y leche a cuenta. Él siempre decía que no. Ahora se metió las manos horribles en los bolsillos marrones de su bata horrible y entró.

Jerry decidió esperar un rato y se acurrucó en el escalón de la entrada, donde estaba un poco a resguardo del frío.

Pensó en la Muñeca de Nieve, medía al menos dos metros y medio, más alta que nadie. Ojalá Jerry midiese más de dos metros y medio cuando se hiciese mayor. Entonces se iban a enterar.

Se enterarían de quién era ella.

La noche cayó. ¿Por qué decimos eso? Como si la noche no quisiera estar aquí pero se hubiera tropezado con la luna al pasar. La luna brillaba. Todo el mundo estaba volviendo a casa, el día había concluido, la noche era fría. Las ventanas de las casas se encendieron una por una. Jerry se puso en pie para calentarse las piernas y los brazos y estuvo andando por la calle, asomándose a las ventanas cuando podía. Gente sentada a comer. Gente viendo la tele.

Gente yendo de un cuarto a otro, diciendo algo —ella no podía oír qué— moviendo y cerrando la boca como peces de colores.

Había un pájaro en una jaula y un perro pastor alsaciano que esperaba a que le abriesen tumbado delante de la puerta principal.

Ahora todas las casas tenían la luz encendida, menos la suya.

A lo mejor su madre pensaba que iba a quedarse en casa de Nicky. A lo mejor había ido allí.

Jerry emprendió la media hora de camino de vuelta a casa de Nicky.

Parecía más tarde de lo que era: las calles estaban silenciosas, no pasaban coches. Un gato negro recorría una pared blanca.

Ahí estaba la casa de Nicky... y la luz estaba encendida. Jerry echó a correr hacia la puerta de acceso al jardín, pero cuando llegó todas las luces se apagaron de repente y la casa quedó tan a oscuras como la suya.

¿Qué hora era? La ranchera familiar se hallaba en el camino de entrada.

Jerry quitó la nieve de la ventanilla y se asomó para mirar el reloj. ¿Las once y media? No podían ser las once y media de la noche.

De pronto Jerry se asustó y se notó cansada y desconcertada. No sabía qué hora era, ni qué hacer. A lo mejor podía dormir en el cobertizo. Dio la espalda a la casa oscura y contempló el jardín, extrañamente blanco, iluminado y casi brillante por la nieve.

La Mami de Nieve la estaba mirando con dos ojos verdes brillantes como joyas.

Ojalá vivieses, dijo Jerry.

¿Viviese qué?, preguntó la Mami de Nieve. ¿Viviese aquí? ¿Viviese aventuras?

¿Has hablado?, quiso saber Jerry, dudosa.

Pues claro, dijo la Mami de Nieve.

No mueves la boca...

Tú la has hecho así, dijo la Mami de Nieve. Pero me oyes, ¿no?

Sí, respondió Jerry. Te oigo. ¿De verdad estás viva?

¡Mira!, dijo la Mami de Nieve, y resbaló un poco de lado. No está mal para no tener piernas. También eso es por cómo me has hecho.

Lo siento, se excusó Jerry. No sabía cómo hacer unas piernas.

No te tortures por las cosas que no puedes cambiar. Lo has hecho lo mejor que has podido. Además, puedo deslizarme. ¡Vamos! ¡Ven a patinar un poco!

La Mami de Nieve se puso en marcha a una velocidad sorprendente para ser un objeto sin piernas, ruedas ni motor. Jerry corrió para ponerse a su altura.

Te diría que me dieras la mano, dijo la Mami de Nieve, pero no me has hecho manos...

¡Espera!, dijo Jerry. ¿Te gustaría tener dos horcas medianas de jardín?

Sería un detalle, respondió la Mami de Nieve.

De modo que Jerry cogió las horcas de jardín (medianas) del cobertizo y las clavó con firmeza en sendos costados de la Mami de Nieve. La Mami de Nieve movió un poco los hombros para encajarlas bien, y después, concentrándose, consiguió doblar los dientes de las horcas.

¡Eh, eh, eh!

¿Cómo lo has hecho?, preguntó Jerry.

Es un misterio, respondió la Mami de Nieve. ¿Sabes tú cómo haces las cosas? ¿Lo sabe alguien? Lo he hecho, y ya está. Vámonos.

¿Adónde vamos?

¡A encontrar al resto!

Jerry y la Mami de Nieve salieron del jardín y siguieron por la carretera. La Mami de Nieve era mucho más rápida que Jerry, que no hacía más que rezagarse.

Me siento como pez en el agua, dijo la Mami de Nieve. Estoy en mi elemento. ¡Sube! Trepa y apoya los pies en los dientes de las horcas.

Enseguida las dos estaban deslizándose a toda velocidad por la calle. Jerry metió los pies en los dientes doblados, como si fuesen estribos, y sujetó los extremos de la bufanda de la Mami de Nieve como unas riendas. En su recorrido, pasaron frente a la escuela y la oficina de correos, o al menos estaban a punto de dejarla atrás cuando una vocecita gritó: ¡ESPERADME!

La Mami de Nieve derrapó con un patinazo para detenerse.

¿QUIÉN ANDA AHÍ?, dijo.

Unos niños habían hecho un Muñequito de Nieve encima del buzón de correos y le habían puesto un gorro de papel.

ESTO ES MUY ABURRIDO, dijo el Muñequito de Nieve. ¡LLEVADME CON VOSOTROS!

¿Por qué hablas en Mayúsculas?, preguntó la Mami de Nieve. ¿No sabes que hablar con Mayúsculas es de Mala Educación?

No tengo familia, respondió el Muñequito de Nieve, y no he ido a la escuela. Disculpadme.

Bueno, vamos, dijo la Mami de Nieve; ponte delante porque el sitio de detrás ya está ocupado, y a ver qué nos encontramos.

¡ENCANTADO DE CONOCERLA, SEÑORITA!, le gritó el Muñequito de Nieve a Jerry; luego recordó que no era de Buena Educación y susurró lo más bajito que pudo: ¡ENCANTADO DE CONOCERLA, SEÑORITA!

Siguieron adelante y dejaron atrás el taller mecánico y la fábrica en la noche callada y silenciosa bajo el cielo como una roca de diamante.

Llegaron al parque municipal.

Los niños se habían pasado el día haciendo Muñecos de Nieve y ahora todos los niños se habían ido a casa y los Muñecos de Nieve seguían allí.

Eran espeluznantes con su ropa blanca y brillante iluminada por la luna blanca y brillante.

Luego Jerry reparó en que algunos Muñecos de Nieve iban despacio hacia el lago, donde había dos de ellos pescando.

Un niño debía de haber hecho estos Muñecos de Nieve pescadores, cada cual con su caña y su sedal, hechos con un palito sin corteza y un trozo de hilo.

Cuando Jerry, la Mami de Nieve y el Muñequito de Nieve llegaron a la orilla del lago, uno de los Pescadores de Nieve se volvió y se quitó el sombrero de copa baja para saludarles.

¡Bienvenidos! Este lago está lleno de Peces de Nieve. Las Chicas de Nieve van a encender una hoguera y espero que disfrutéis con nosotros de la barbacoa. ¡El tiempo es perfecto!

En ese momento el sedal se tensó y tembló, y el Pescador de Nieve estuvo un minuto tirando de algo fuerte e invisible que había debajo del agua; luego, con un diestro tirón del sedal, un Pez de Nieve voló sobre la superficie del lago. Medía unos treinta centímetros de longitud y sus escamas estaban hechas de copos de nieve.

Solo se pescan en esta época del año, explicó el Pescador de Nieve. Antes están congelados y después se deshacen como si no hubiesen existido nunca.

Nunca he visto un Pez de Nieve, dijo Jerry.

Es lógico, respondió el Pescador de Nieve. La mayoría de nosotros solo podemos ver el mundo que conocemos.

¡AY DIOS, AY DIOS, AY DIOS, AY DIOS, AY DIOS!, chilló el Muñequito de Nieve. Estaba tan nervioso que se puso cabeza abajo y le salió al revés: YA SOID, YA SOID, YA SOID, YA SOID.

¡YA SOID!

¿Podéis decirle que cierre el pico?, dijo el Pescador de Nieve. Va a espantar a los Peces de Nieve.

La Mami de Nieve cogió al Muñequito de Nieve por los pies y lo llevó con un grupo de Hermanas de Nieve que estaban apilando un montón de ramas escarchadas. Todas llevaban pendientes hechos con bayas rojas.

¿Os vais a quedar a la barbacoa?, preguntó una que era más alta que las demás. Es humana, ¿no?

Sí, respondió la Mami de Nieve. Se llama Jerry.

¡¿Y YO?!, gritó el Muñequito de Nieve. ¡No os olvidéis de MÍ!

¿Puedo dejarlo con vosotras?, dijo la Mami de Nieve. Necesita un poco de disciplina. Puede traer ramas para el fuego.

¡Claro! Vamos, Pequeñajo de Nada, a trabajar. Nosotras le enseñaremos un par de cosas.

¡Soy huérfano!, gritó el Muñequito de Nieve. Tengo Necesidades Especiales.

Claro que tendrás Necesidades Especiales cuando salga el sol y te derritas, respondió una Hermana de Nieve. ¡Vamos! ¡En marcha!

Vamos a dar una vuelta, le dijo a Jerry la Mami de Nieve. Ya veo que esto es nuevo para ti.

¿Para ti no?, preguntó Jerry. Lo digo porque te hice esta mañana.

Eso es parte del misterio de la historia, respondió la Mami de Nieve. No era. Soy. No seré. Seré.

Era demasiado profundo para Jerry y la nieve también. Mientras corría

detrás de la Mami de Nieve, cayó en una zanja y la nieve le llegó por la barbilla.

¡SNOLLIE! Préstame un sedal, ¿quieres? La Mami de Nieve señaló a uno de los Pescadores de Nieve. Él se acercó, echó el sedal y sacó a Jerry como si fuese una carpa debajo del hielo.

Gracias, Snollie, dijo la Mami de Nieve. Es un buen año, ¿verdad?

Claro, Mami, dijo Snollie. Si el tiempo aguanta, seguiremos por aquí una semana antes de que nos toque irnos.

¿Iros?, preguntó Jerry.

Ya te lo he dicho, es el misterio de nuestra historia. Deja que te explique cómo ocurre.

La Mami de Nieve se sentó al lado de una figura de nieve que había sobre un banco cubierto de nieve e invitó a Jerry a sentarse entre los dos. Cruzó las manos de dientes en el regazo blanco y empezó...

Todos los años nieva y los niños hacen muñecos de nieve. Nos ponen mitones, sombreros, corbatas, bufandas y bonitos ojos, como los que me diste tú de cristal verde.

Los adultos creen que la Gente de Nieve no son más que nieve, pero los niños saben a las mil manievas que no es así. Nos susurran y nos cuentan sus secretos. Se sientan en el suelo y se abrazan las rodillas y apoyan la espalda en nosotros cuando están tristes. Nos quieren, y así cobramos vida.

Échale un vistazo al parque. ¿Ves cuánta Gente de Nieve hay? Todos los años volvemos a vernos, porque volvemos a cobrar vida, vivimos eternamente. Veis que nos fundimos, y así es, pero eso no es más que el modo en que vamos al siguiente sitio donde nieva. Y cuando los niños empiezan a hacer bolas de nieve, volvemos a empezar.

Jerry pensó en esas palabras...

Pero, si os fundís...

La Mami de Nieve levantó la mano para interrumpirla.

Nuestra nievalma no se puede fundir. Todas las Personas de Nieve tienen una nievalma, y la nievalma atraviesa el tiempo y el espacio, y la escarcha y el hielo, y nos encontrarás con los osos polares y los alces y los renos. Nos

encontrarás esperando las nubes blancas para empezar de nuevo. Cuando la nieve cae, nosotros no tardamos en llegar.

Jerry miró a la Persona de Nieve que estaba inmóvil a su lado en el banco.
¿Y esta qué? ¿Por qué no dice nada?

La Mami de Nieve negó con la cabeza.

No dirá nada. No es un Muñeco de Nieve, es solo nieve. Lo ha hecho un adulto que no creía en él y no lo quería. Así que no ha cobrado vida.

Mi amiga Nicky no te quería, dijo Jerry. Pensaba que eras demasiado gorda.

Estoy muy bien, respondió la Mami de Nieve, y tú me quisiste, por eso te estaba esperando en el jardín.

¿Y si no hubiese vuelto?, preguntó Jerry.

Sabía que volverías, dijo la Mami de Nieve. El amor siempre vuelve.

Un Gato de Nieve pasó despacio con un collar de joyas.

¿A que sí?, dijo el Gato de Nieve. Choca esos cinco por el Amor Afortunado.

Y le tendió una pata.

¡Han encendido la hoguera!, exclamó Jerry. ¡La veo! Pero las llamas no son rojizas ni anaranjadas: ¡son blancas!

Fuego frío, observó la Mami de Nieve. No es un fuego normal. ¡Venga!

¡Vamos con los demás!

El fuego ardía muy bien, cada llama y resplandor era como una explosión de copos de nieve despedidos hacia arriba, pero lo raro era que las ramas blancas y escarchadas no parecían consumirse. El fuego frío ardía a través de ellas con estallidos temblorosos y transparentes.

La Gente de Nieve estaba de pie o sentada alrededor de la hoguera enfriándose las manos y los pies.

¡Ven a enfriarte un poco!, dijo la Mami de Nieve.

Ya tengo bastante frío, respondió Jerry, que estaba tiritando.

Vaya, mirad quién está aquí, exclamó una de las Hermanas de Nieve.

¡ABRID PASO, ABRID PASO!

Era el Muñequito de Nieve, cargado con un palo del que colgaban los Peces de Nieve del lago. Los peces parecían hechos de cristal con ojos perlíferos.

Snollie sostenía el otro extremo del palo, estaba intentando dar instrucciones al Muñequito de Nieve...

Ahora sujeta el palo por encima del fuego como...

Pero el Muñequito de Nieve estaba tan nervioso que pasó por encima el fuego y salió por el otro lado.

¡Anda!, exclamó Jerry. ¡Se ha hecho más grande!

El Muñequito de Nieve se había hecho más grande; mucho más grande.

Es lo que pasa con el fuego frío, le explicó la Mami de Nieve. En un fuego normal, las cosas arden y se vuelven más pequeñas hasta que desaparecen. El fuego frío vuelve más grande todo lo que toca: ¡mira los peces!

Los peces se estaban asando, crepitaban dentro de sus escamas de copos de nieve..., pero ahora eran el doble de grandes.

Coged un pez, amigos, les animó el Pescador de Nieve.

Comed ahora que están fríos.

¿Puedo comerme tres?, chilló el MUÑECOTE (antes llamado Muñequito) DE NIEVE.

Ese idiota Don Nieve tiene aguanieve en el cerebro: lo devolveremos a su tamaño... ¡Eh, amigo, cómete esto!

Una de las Hermanas de Nieve le lanzó una especie de piña al creciente y ahora gigantesco Muñeco de Nieve.

¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS!, dijo el Muñecotito de Nieve cuya cabeza rozaba ya las ramas de los árboles.

¿Se pondrá bien?, quiso saber Jerry.

Claro que sí, respondió la Mami de Nieve. En el peor de los casos se fundirá.

¿Tú te vas a fundir?, preguntó Jerry.

Sí.

No quiero que te fundas.

¿Sabes una cosa?, dijo la Mami de Nieve. Creo que debería llevarte a casa... No quiero que acabes como Kay en *La reina de las nieves*, con los pies y las manos azules y hielo en el corazón.

Pero la reina de las nieves era mala, objetó Jerry.

Sí, era mala, pero ser bueno también tiene consecuencias inesperadas. Al fin y al cabo solo eres humana.

Así que la Mami de Nieve cogió a Jerry y dejaron a la Gente de Nieve cantando villancicos alrededor de la hoguera: «Let it Snow, Let it Snow, Let it Snow», «Winter Wonderland», «Snobody Loves You Like I Love You» y «Ain't Snow Stoppin' Us Now».

Al llegar al extremo del parque, los villancicos cesaron y lo único que oyó Jerry fue el viento soplando entre los árboles y el ruido que hacía la Mami de Nieve al deslizarse por los senderos. Canturreaba en voz baja para sus adentros con una voz bonita y profunda.

¿Qué canción es esa?, preguntó Jerry.

Shakespeare: «No temas ya el calor del sol». Es un lamento. Lo cantamos cuando nos fundimos.

¿Conoces a Shakespeare?

Es un misterio, respondió la Mami de Nieve.

Pronto llegaron a la calle de Jerry y a la puerta de su casa. La luz seguía apagada.

Espera, dijo la Mami de Nieve, déjame la puerta a mí. Congelaré la cerradura para abrirla.

Dentro la casa estaba fría y vacía. Había platos apilados en el fregadero y en el mármol de la cocina. El suelo estaba sucio. Había un árbol de Navidad en un rincón del salón, pero sin adornos.

Dentro de poco será Navidad, dijo la Mami de Nieve.

Mi padre se fue la Navidad pasada, dijo Jerry. Creo que mi madre está triste.

Ahora nadie iba a casa de Jerry. Ni a jugar ni de visita. Se había acostumbrado a verla así. Al desorden, a la suciedad y a la tristeza. Ahora la vio con los ojos de la Mami de Nieve.

Limpiémosla juntas, dijo la Mami de Nieve. Tú empieza con los platos. Yo fregaré el suelo.

El método de fregar suelos de la Mami de Nieve era único. Se fundía un poco las faldas, daba vueltas por el salón y luego echaba fuera el agua sucia.

Enseguida los platos estuvieron limpios y secos y el suelo quedó

resplandeciente.

Muy bien, dijo la Mami de Nieve. Ahora coge toda la ropa sucia, las sábanas y las cosas de la cama e iremos a la lavandería.

¡Está cerrada!, objetó Jerry. Y no tenemos dinero.

Confía en mí, soy un muñeco de nieve.

En la lavandería, la Mami de Nieve congeló la cerradura y entraron.

Manejar las máquinas fue fácil. La Mami de Nieve levantó el cierre de la máquina de monedas con sus dedos de acero.

Aquí hay de sobra, dijo, volviendo a colocar el cierre.

Mientras la colada daba vueltas y vueltas, Jerry se notó abrigada y le entró sueño. Soñó que se encontraba en una tormenta de nieve de jabón de lavadora y que el cielo estaba hecho de sábanas.

Un borracho que pasó por allí con su segunda botella de vodka en el bolsillo vio o afirmó ver a un muñeco de nieve haciendo la colada...

«Te digo que medía casi dos metros y medio de altura y que era como un cubito de hielo y tenía unos temibles ojos verdes y dos horcas en vez de manos, y había una niñita dormida en unas sillas.»

«¿Seguro que no estaba también Santa Claus? ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!»

Cuando despertó Jerry, la colada estaba hecha, seca y plegada, así que la Mami de Nieve y ella volvieron a casa.

Tú ve haciendo las camas, dijo la Mami de Nieve; enseguida vuelvo.

Jerry hizo su cama y la de su madre. Por primera vez en mucho tiempo, las camas parecieron un sitio donde apetecía estar, cómodas, calentitas y tentadoras. Empezó a bostezar. Según el reloj eran casi las cuatro de la madrugada.

En ese momento la Mami de Nieve volvió empujando un carrito de la compra lleno de cosas: fruta, café, pasteles, verduras, beicon, huevos, leche, mantequilla, pan, un pavo y un pudín de ciruelas. La boca de aro de perro de la Mami de Nieve estaba más sonriente que nunca.

¡He ido a Store's Stores!

Pero ¡eso es robar!

Sí.

Pero ¡eso no se hace!

Y tener a una niña sin comer, tampoco. Toma...

Y la Mami de Nieve calentó un poco de leche y le dio a Jerry un trozo de queso con una tostada. Casi dormida, Jerry se sentó a comer y beber en la cama.

Ahora tengo que irme, dijo la Mami de Nieve. Podemos vernos mañana en el jardín de Nicky.

No quiero que te vayas, respondió Jerry.

He de estar fuera, al fresco. Muy buenas noches. Te daría un beso, pero no puedo agacharme.

Jerry se puso de pie en la cama y besó a la Mami de Nieve. Notó cómo un poquito de nieve se le fundía en la boca.

Al día siguiente Jerry despertó al oír que se abría la puerta de la calle. Bajó de la cama de un salto. Su madre había vuelto a casa. Parecía cansada y derrotada. No reparó en lo limpia y bonita que estaba la cocina, ni en los cristales relucientes de las ventanas, ni en el ambiente cálido y feliz que respiraba el hogar. Jerry metió una rebanada de pan en la tostadora.

Ya casi estamos en Navidad, dijo.

Lo sé, respondió su madre. Te compraré un regalo, te lo prometo.

Decoraremos juntas el árbol. Necesito descansar un poco... Yo... Se levantó, fue al dormitorio y volvió. ¿Has hecho limpieza? Nunca había visto esto así.

Lo he limpiado todo. Y tenemos comida. ¡Mira!

La madre de Jerry miró en la nevera y en los armarios.

¿De dónde has sacado el dinero para comprar toda esta comida?

Me lo ha dado la Mami de Nieve.

Jerry no le contó que la Mami de Nieve había robado la comida en Store's Stores.

¿Es una organización benéfica navideña?

Sí, respondió Jerry.

La madre de Jerry estaba casi como antes de que las dejara su padre.

No puedo creer que alguien nos haya ayudado..., que hayan sido buenos con nosotras. ¿Han dejado un número?

Jerry negó con la cabeza.

Su madre volvió a mirar su pequeña casa.

Es como un milagro. ¡Es un milagro, Jerry! Ve fuera a jugar y cuando vuelvas habré preparado la comida. Como hacía antes.

Jerry corrió a casa de Nicky. Estaba deseando contarle a su amiga lo que había ocurrido esa noche. Le habló de los Peces de Nieve y del Muñecotito de Nieve, y que había ido encima de la Mami de Nieve. No le contó lo de la lavandería ni lo del robo. Pero Nicky no la creyó. Se acercó a la Mami de Nieve y le arrancó la nariz.

¿Lo ves? ¡Si estuviese viva, habría gritado!

Jerry cogió la piña y empujó a Nicky al suelo cubierto de nieve. Nicky se echó a llorar y su madre salió.

¡Ya está bien de pelearos! Jerry, esta tarde nos vamos de compras navideñas... ¿te apetece venir?

¡No quiero que ella venga!, gritó Nicky.

Jerry fingió volver a casa, pero en realidad se escondió detrás del cobertizo. En cuanto el coche arrancó, corrió a ver a la Mami de Nieve.

¡Se han ido! ¡Ya puedes moverte!

Pero no pasó nada. La Mami de Nieve siguió inmóvil como una estatua, Jerry esperó y esperó, cada vez más helada. Sintiéndose triste y estúpida, volvió a casa andando por el parque. Los Muñecos de Nieve seguían allí, pescando y en corrillos. Vio al Gato de Nieve debajo de un árbol y corrió a saludarle:

¡Hola, Amor Afortunado!

Pero el gato no respondió.

Así que Jerry se fue a casa, dudando de si la casa estaría limpia de verdad, de si la comida estaría de verdad en la nevera y de si su madre estaría preparando la cena.

Cuando pasó por delante de Store's Stores, el señor Store refunfuñaba en la puerta con su horrible bata marrón. Hizo un gesto para llamar a Jerry.

¡Esta noche me han robado! Entraron unos ladrones a robar comida. ¡Uno iba vestido de muñeco de nieve! Lo han grabado las cámaras. ¡Es increíble!

Jerry no pudo reprimir una sonrisa. El señor Store frunció tanto el ceño que las horribles cejas rozaron el horrible bigote.

No tiene ninguna gracia, jovencita.

Jerry abrió la puerta. La casa estaba tan limpia y reluciente como la había dejado. Un olor delicioso salía de la cocina y la madre de Jerry estaba escuchando villancicos en la radio. Había cocinado una lasaña. Comieron juntas y su madre no paró de hacer planes. Conseguiré otro trabajo..., basta de trabajar por las noches. Tendremos la casa arreglada. Que alguien nos haya ayudado lo ha cambiado todo. ¿Lo sabías?

Esa noche la madre de Jerry tuvo que volver al trabajo, pero no pareció tan triste y duro como antes. Jerry pensó en escabullirse para ir al parque, pero descubrió que su madre había dado dos vueltas a la llave. Estaba pensando tal vez en bajar por la ventana del dormitorio sin que nadie la viese, cuando oyó unos golpecitos en la ventana de la cocina.

Era la Mami de Nieve.

Jerry abrió la ventana.

Ahora hace tanto calor ahí dentro que no puedo entrar, dijo la Mami de Nieve. Te he traído esto para adornar el árbol.

Llevaba un saco lleno de piñas como la de su nariz, pero escarchadas y de un blanco deslumbrante.

¿Por qué no me has hablado cuando fui a casa de Nicky?, preguntó Jerry.

Esperé y esperé y eras solo nieve.

Es un misterio, respondió la Mami de Nieve. ¿Por qué no pones los adornos del árbol? Yo te miraré desde la ventana.

Al poco rato el árbol estaba espléndido con las piñas y la casa parecía alegre y animada.

¿Sabías que hay más de un millón de copos en un solo litro de nieve?, dijo la Mami de Nieve.

¿Y son todos diferentes?, preguntó Jerry.

Cada copo se forma mientras cae dando vueltas por el aire y las vueltas y la caída nunca son iguales, siempre son distintas, le explicó la Mami de Nieve. ¿Cómo está tu madre?

Hoy estaba muy contenta, dijo Jerry, y ha hecho una lasaña. Yo he lavado los platos.

Tenéis que cuidar la una de la otra, observó la Mami de Nieve; si no, las

dos estaréis tristes y frías, incluso en verano.

Se supone que los que cuidan de los hijos son los padres, dijo Jerry.

La vida es como es, respondió la Mami de Nieve. Y santas pascuas.

Jerry se asomó por la ventana y vio las estrellas heladas.

¿No podrías venir a vivir con nosotras?, le preguntó a la Mami de Nieve.

Podríamos comprarte tu propia nevera o algo así para que estuvieras muy fría.

Los ojos verdes de la Mami de Nieve centellearon bajo la luz.

Entonces todo el mundo sabría lo que sabemos nosotras, y eso no puede ser porque cada cual tiene que averiguarlo por sí mismo.

¿El qué?, dijo Jerry.

Que el amor es un misterio y que el amor es el misterio que hace que las cosas ocurran.

Jerry durmió toda la noche de calma y silencio y un millón de millones de estrellas.

Cuando oyó llegar a su madre a la mañana siguiente, se levantó de un salto de la cama, corrió a la cocina y besó a su madre que estaba mirando admirada el árbol.

¿De dónde has sacado estos adornos?

Los ha traído la Mami de Nieve, dijo Jerry.

Ojalá pudiera darles las gracias. ¿Estás segura de que no han dejado una tarjeta?

Jerry decidió ir a pedirle a la Mami de Nieve que fuese a conocer a su madre. Mientras su madre se preparaba para dormir después del turno de noche, Jerry se vistió y fue por el parque a casa de Nicky.

Cuando llegó a la puerta del jardín, se detuvo.

Había otro coche aparcado al lado del coche de la familia de Nicky. El coche estaba aparcado justo donde habían hecho la Mami de Nieve.

Jerry entró corriendo y se acercó al coche. En el suelo vio el gorro con la borla y las dos horcas viejas. Jerry se puso de rodillas en el suelo y empezó a cavar frenéticamente en la nieve. Encontró los ojos de esmeralda de la Mami de Nieve. Se echó a llorar.

Nicky salió vestida solo con un jersey y unos leotardos.

¿Qué pasa, Jerry?

Pero Jerry no pudo hablar, así que Nicky dijo:

El muñeco se rompió cuando vinieron mis amigos. Fue al dar marcha atrás con el coche... Lo siento.

Jerry siguió llorando y Nicky no supo qué hacer.

No era de verdad, Jerry... Podemos volver a hacerlo, si quieres. ¿Quieres?

Pero el tiempo estaba cambiando. Había empezado ya a llover y la nieve se estaba ablandando y caía de los tejados. Jerry regresó corriendo por el parque y vio que la Gente de Nieve había comenzado a trasladarse.

Algunos se habían quedado sin cabeza. El Gato de Nieve no era más que un montón con una oreja y el lago helado estaba cambiando de color con el agua más caliente que caía sobre la superficie. El Pescador de Nieve había soltado la caña y el sedal.

Jerry volvió a casa. Cuando su madre despertó, Jerry intentó explicarle lo de la Mami de Nieve, pero su madre no la entendió. Lo que sí entendió fue que Jerry estaba disgustada y la abrazó y le prometió que su vida sería distinta a partir de entonces. Tendrían comida, calefacción, ropa caliente y tiempo.

No beberé, no me deprimiré y no te dejaré sola, le dijo a Jerry y, aunque esas cosas son más fáciles de decir que de hacer, la madre de Jerry cumplió su promesa y no volvieron a pasar ningunas navidades con hambre y frío.

Y llegó el día de Navidad, porque siempre llega, tanto si quieres como si no, y siempre se pasa, tanto si quieres como si no, porque la vida es como es. Y Jerry abrió los regalos debajo del árbol y entre ellos, el mejor de todos, había un microscopio y un libro sobre los copos de nieve.

Todo empezó en Vermont en 1885 cuando un chico llamado Snowflake Bentley empezó a fotografiar copos de nieve con el microscopio. Fue el primero en hacerlo y cuando murió había fotografiado 5.381 copos de nieve, y todos eran diferentes.

Jerry volvió a donde había estado la Mami de Nieve. Pero estaba vacío.

Los años siguientes, Jerry siempre hizo a la Mami de Nieve en invierno, por lo general en el parque junto al lago, pero la Mami de Nieve nunca volvió a cobrar vida.

Jerry se hizo mayor. Con el tiempo tuvo hijos y a todos les encantaba la historia de la Mami de Nieve, aunque no la hubieran visto.

Era Nochebuena.

Los hijos de Jerry estaban acostados.

Habían dejado las medias colgadas al pie de la cama y el gato dormía debajo del árbol de Navidad.

Jerry fue a apagar la luz. La nieve caía despacio. Por alguna razón, ella abrió el cajón de su escritorio y sacó el viejo microscopio que su madre le había regalado hacía tantos años. Luego se puso las botas y salió.

Sus hijos habían hecho tres Personas de Nieve, todas en fila. Jerry apretó el microscopio contra la primera forma blanca y fría y escrutó los copos de nieve ampliados por el cristal. ¿Cómo podía la vida ser tan múltiple, inesperada, normal y milagrosa?

Como el amor, dijo en voz alta.

Y una voz conocida respondió: El amor siempre vuelve.

Ahí estaba la Mami de Nieve. De pie en el jardín.

¡Eres tú!, dijo Jerry.

Siempre, dijo la Mami de Nieve.

Pero todos estos años..., ¿dónde has estado?

Es un misterio...

Se lo contaré a los niños... ¡Les he contado todo!

Esta noche no, dijo la Mami de Nieve. Tal vez algún día, ¿quién sabe?

Supongo que solo quería volver a verte; siempre tuve la esperanza de hacerlo.

Y una especie de nívea lágrima cayó del ojo de la Mami de Nieve.

¡Espera!, exclamó Jerry. Espera...

Entró corriendo en casa y volvió a su escritorio. Había guardado los ojos de cristal verde envueltos con el microscopio.

Son tuyos, dijo. ¿Te los pongo?

Luego besó a la Mami de Nieve y notó que un poco de hielo se le fundía en la boca.

Funcionó, dijo Jerry.

Lo sé, dijo la Mami de Nieve. A veces lo único que hace falta es una pequeña ayuda.

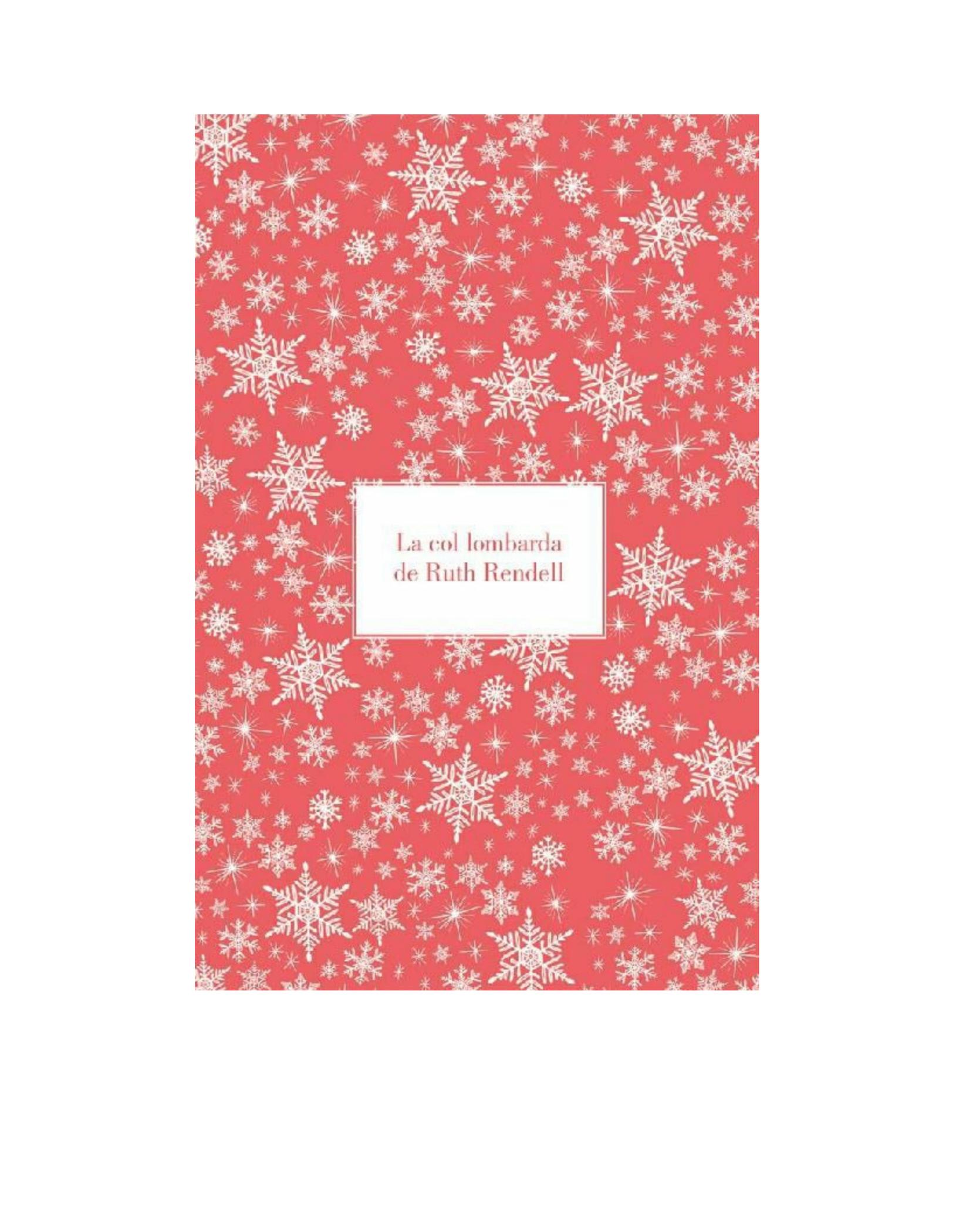
¡No te vayas!, exclamó Jerry cuando la Mami de Nieve empezó a deslizarse.

No te quitaré ojo, dijo la Mami de Nieve. ¡Ja, ja! ¿Y quién sabe lo que nos deparará el futuro?

Y se marchó, deslizándose tan silenciosa como las estrellas hasta que estuvo tan desdibujada y lejana como una de ellas.

Un millón de millones de estrellas y amor afortunado.



The background of the entire page is a vibrant red color, densely decorated with white snowflakes and starburst patterns. The snowflakes vary in size and complexity, with some having six distinct arms and others being smaller, simpler designs. The starbursts are also of various sizes, some with many points and others with fewer. The overall effect is a classic, festive winter theme.

La col lombarda
de Ruth Rendell



Conocí a Ruth Rendell en 1986, cuando ella tenía cincuenta y seis años y yo veintisiete.

Fuimos amigas hasta su muerte en 2015, cuando ella tenía ochenta y cinco y yo cincuenta y seis. La conocí cuando ella tenía la edad que tengo yo ahora y eso cambia mi manera de pensar en nuestra amistad y en lo amable que fue conmigo.

En aquel entonces yo había publicado solamente un libro, *Fruta prohibida*. Ella era una escritora de éxito internacional. La reina del crimen.

Nos conocimos porque necesitaba que alguien le cuidara la casa mientras hacía una gira literaria de seis semanas por Australia. Yo estaba escribiendo mi segunda novela, *La pasión*.

Con su característica delicadeza con los escritores jóvenes, Ruth dijo que ella también estaba escribiendo su segunda novela, con el seudónimo de Barbara Vine, que hacía poco que había adoptado para escribir novelas de un aterrador calado psicológico.

Ruth y yo nos caíamos muy bien. En muchos sentidos era solo eso. Con los años empezamos nuestra propia tradición de pasar juntas la Navidad o el día siguiente a Navidad. Su hijo vive en Estados Unidos y, después de la muerte de su marido, Don, nuestros días navideños se volvieron más importantes para ambas.

La rutina era siempre la misma. Me decía cuándo llegar para que pudiéramos dar un largo paseo por Londres. Planificaba la ruta, siempre había algo que quería ver. En sus últimos libros aparece mucho Londres. Le encantaba caminar y el día de Navidad es un día muy tranquilo en Londres.

Después del paseo venía la cena. Cocinaba Ruth. Era una cocinera muy hábil, sin complicaciones. No era que le interesase mucho la comida, pero le gustaba preparar la cena de Navidad.

¿Qué cenábamos? Faisán, patatas asadas, zanahorias y alguna verdura; por lo general, cualquier cosa que yo hubiese cultivado en mi huerto y que hubiese

sobrevivido a las babosas y las palomas. Así que comíamos coles de Bruselas, si teníamos suerte, y col verde en caso contrario. Mucha salsa de carne y, la clave de todo, la col lombarda en vinagre de Ruth Rendell.

Ruth preparaba la col lombarda en vinagre a principios de otoño. Siempre me llamaba por teléfono para advertirme del día. «¡Ah!, Jeanette; soy Ruth, voy a preparar la lombarda y luego iré dando un paseo hasta la Cámara».

Se refería a la Cámara de los Lores, de la que era miembro por el Partido Laborista.

Poca gente sabe que Ruth era muy aficionada a la música country y western, así que preparaba la lombarda al son de Tammy Wynette o k.d. lang.

Nunca estuve presente en el proceso. Ruth era una alquimista e, hiciera lo que hiciese, lo hacía mejor que yo. Tengo su receta, pero no su toque. Las mujeres de la generación de Ruth sabían preparar encurtidos. Ruth nació en 1930. De adolescente, durante la Segunda Guerra Mundial, ayudó a la victoria preparando conservas. Además, su madre era sueca y, bien pensado, sus habilidades se remontaban al cambio de siglo y las había heredado de una tradición cuyas reservas de alimentos para el invierno dependían de los salazones y las salmueras.

Y, por supuesto, cuando Ruth vivió su juventud en Londres, primero llegó la Depresión, luego la guerra y después el racionamiento; y nadie tenía nevera.

Cuando vivía su marido, ella le preparaba pepinillos en vinagre. A Don le encantaban los pepinillos. Ruth me contó que en la guerra había llegado a preparar conejo en escabeche.

—¿A qué sabía?

—¿Cómo voy a saberlo? Tenía un aspecto asqueroso. ¡No querías que me lo comiera, Jeanette! —Y luego esa risa. Ruth tenía una risa maravillosa, dirigida a la comedia de la vida, a su absurdo.

Es justo decir que era una sibarita de los encurtidos. Le encantaban los arenques escabechados. Yo adoro los pepinillos en vinagre y siempre los pido cuando voy al restaurante Wolseley de Piccadilly en Londres.

A Ruth le gustaba que la llevara. Por lo general, en la vida a Ruth siempre le tocaba pagar la cuenta; era rica y generosa, así que le gustaba que la sacaran a comer, y nuestra norma era que en el Wolseley nunca pagaba ella.

Yo siempre llegaba la primera para poder pedir champán sin tener que discutir.

El champán y los pepinillos en vinagre me parecen una combinación excelente. Ruth en cambio, no tenía muy buena opinión de los pepinillos del Wolseley.

—Los míos son mucho mejores, ya lo sabes...

Y lo eran.

Ruth tenía unos tarros antiguos de conservas con goma y tapas atornilladas. Después de llenarlos hasta el borde los dejaba al fondo de la despensa como una pregunta cuya respuesta nadie conoce aún.

La apertura del tarro era un momento de impaciencia y preocupación. La fermentación es peligrosa. Puede salir algo exquisito, o algo apestoso.

Nunca salía mal, pero hasta que abres el tarro no se puede saber.

El color de la lombarda en vinagre es exquisito, y el rojo perfecto para un banquete navideño. Ruth la servía en un cuenco de color verde pálido. El sabor amargo es un estupendo contrapunto para la pesadez de una cena navideña.

Aparte de las verduras, lo único que yo tenía que llevar era el vino. Ruth no entendía nada de vinos y de haberlo dejado en sus manos, habría comprado un chardonnay de supermercado. Pero le encantaba el champán, y eso era lo que yo llevaba. Veuve Clicquot.

Después de la cena era el momento de ver la televisión. Ruth elegía lo que veíamos, pero tenía que ser algo programado en tiempo real, ni DVD, ni grabaciones.

Ruth se instalaba con los pies en el sofá y su querido gato, Archie. Yo me tumbaba en el otro sofá y nos quejábamos de la tele. Era importante poder quejarnos de la tele.

A eso de las diez en punto, Ruth soltaba el mando a distancia.

—No aguanto más esta basura, ¿y tú? —(No era una pregunta.)

Luego seguía otra no-pregunta:

—¿Probamos el pudin de Navidad?

El pudin —hecho siempre por una amiga suya de la Cámara de los Lores — era del tamaño de una bola de cañón y casi igual de pesado. Se trataba de un arma mortífera disfrazada de postre. Ruth lo dejaba hervir horas y horas envuelto en un trapo en una cazuela, a la antigua usanza. Como la ventilación de la cocina no era muy buena, pasábamos la última parte de la velada en una niebla hitchcockniana que olía como si estuviésemos haciendo la colada.

Hasta el gato tosía.

Cuando el pudin estaba listo —y Ruth, la persona más precisa del mundo, no usaba reloj—, empezaba a preparar las natillas. Mientras lo hacía canturreaba, un poco de country y western, o a veces Händel; era muy aficionada a Händel. En ocasiones era «Jolene» mezclado con fragmentos de *El Mesías*.

Las natillas eran caseras, hechas con leche y huevos. El esfuerzo siempre requería abrir otra botella de champán, pero solo media.

Luego volcaba el pudin en un plato, yo lo cubría de brandy y Ruth lo flambeaba. Ruth siempre decía que estaba demasiado cansada para probarlo, y luego se comía exactamente la mitad.

Al día siguiente me despedía con la lombarda que hubiese quedado en el tarro.

La última Navidad que pasé con ella fue la de 2014. Ruth Rendell sufrió un derrame cerebral el 7 de enero de 2015 y ya no se recuperó.

Echo de menos las navidades que pasábamos juntas. Y la col lombarda.

Esta es la receta.

INGREDIENTES

Col lombarda orgánica, que no esté demasiado vieja o dura; puede usarse una grande o dos pequeñas

Vinagre para encurtidos; más detalles abajo

100 g de azúcar; no todas las recetas de este plato llevan azúcar, pero la de Ruth sí

150 g de sal marina gruesa de buena calidad; la sal depende de cuánta lombarda se vaya a preparar; el objeto de la sal es extraer el agua de las hojas de col

A propósito del vinagre: se puede comprar en la tienda, pero Ruth lo hacía ella y siempre tenía un poco a mano en el armario para preparar lombarda falsa (encurtido instantáneo). El vinagre para encurtidos dura años si se guarda en una botella herméticamente cerrada y se va pasando a botellas más pequeñas a medida que disminuye el volumen. He aquí cómo hacerlo:

Se ponen dos pintas (un poco más de un litro) de vinagre de malta en una olla grande con seis hojas de laurel fresco, un par de cucharaditas de granos de pimienta, unas semillas de cilantro o comino, si se tienen, también de mostaza, o (ya he dicho que es una receta muy personal) unos pocos clavos.

Lo que sea. En el caso de Ruth era más bien lo que sea, porque sabía lo que convenía más.

Se pone a hervir. Se deja enfriar en algún sitio para que no apeste toda la casa a vinagre. Yo lo tapo y lo dejo fuera toda la noche.

Se dejan las especias en el vinagre hasta el día siguiente cuando se cuele.

Hay quien empieza el proceso metiéndolas en una bolsita y luego retira la bolsita, pero Ruth pensaba que eso era una pérdida de tiempo. «¿Qué tiene de malo el colador?» (Otra no-pregunta.)

ELABORACIÓN

Se quitan las hojas viejas de fuera. Después de todo, es una conserva para comer.

Se pica la col en tiras lo bastante finas para poder cogerlas con el tenedor.

Se meten en un cuenco grande y se echa la sal por encima. Se tapa y se dejan una noche en la nevera.

Al día siguiente se vuelve a hervir el vinagre para encurtidos, se deja enfriar y se añade el azúcar sin dejar de remover. Si añades el azúcar cuando la mezcla está demasiado caliente, obtendrás una especie de jarabe de vinagre sacado de una desastrosa clase de química. No conviene.

Se lava la col con agua y se seca.

Se alinean los tarros herméticos, que hay que esterilizar si se han usado antes y deben estar totalmente limpios y secos. Todos tenemos que morir, pero no por intoxicación con col.

Se llena un tercio de los tarros con el vinagre, luego se llenan con la col muy apretada. Y cuando digo muy apretada quiero decir ¡MUY! APRETADA. A continuación, se llenan los tarros hasta el borde con el vinagre. ¡Que no queden burbujas!

Se cierran los tarros, se limpia cualquier salpicadura y se guarda la prístina col lombarda en vinagre en un sitio oscuro y melancólico hasta que haga falta.

Lo malo de la receta es que Ruth era una virtuosa de los encurtidos, así que, si le apetecía añadir un poco de vino tinto a la mezcla, o utilizar vinagre de manzana, lo hacía. Del mismo modo, a veces troceaba manzanas caídas del árbol con la lombarda. O un poquito de cebolla. (Lo sé, LO SÉ.)

Nunca le salía mal. Al contrario que a mí.

¿Recuerdas al bueno de Sam Beckett? «Inténtalo de nuevo. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.»

Feliz Navidad, Ruth.





NAVIDAD SINIESTRA



Los había prestado la casa un amigo a quien por lo visto ninguno conocíamos. Highfallen House se alzaba en un promontorio sobre el mar. Era la sobria residencia victoriana de un caballero. Los grandes ventanales miraban a los pinos en dirección a la orilla. Seis escalones de piedra llevaban al visitante hasta la doble puerta principal donde un tirador gótico producía un sonoro y quejoso tañido a lo lejos en el interior de la casa.

Los laureles flanqueaban el camino de acceso. Las dependencias de los establos estaban en desuso. El jardín amurallado lo habían cerrado en 1914 cuando llamaron a filas a los jardineros. Solo había regresado uno. Me habían advertido de que la alta tapia de ladrillo no era muy segura. Al pasar por delante en el coche vi un cartel descolorido descolgado en la puerta oxidada: NO PASAR.

Llegué antes que nadie. Mis amigos iban a ir en tren y quedamos en que los recogería al día siguiente en la estación y luego nos instalaríamos para pasar la Navidad.

Había conducido desde Bristol y notaba el cansancio. Llevaba un árbol de Navidad atado en el techo de mi 4 × 4 y el maletero lleno de comida. No había pueblos cerca, pero el ama de llaves había dejado leña apilada para encender fuego y yo había llevado una empanada de carne y una botella de Rioja para la primera noche.

Después de encender el fuego y de poner en marcha la radio mientras desenvolvía nuestros suministros festivos, la cocina me pareció bastante alegre. Comprobé el teléfono: no había cobertura. Daba igual, tenía el horario del tren, y era un alivio saber que me hallaba lejos del mundanal ruido. Puse la comida a calentar en el horno, me serví una copa de vino y subí en busca de un

dormitorio.

En la primera planta había tres. Todos tenían una alfombra apolillada, una cama metálica y una cómoda de caoba. Al fondo del rellano había otro tramo de escaleras que conducía al piso de arriba.

La habitación de la doncella y el cuarto de los niños no me inspiran novelorías, si bien ese segundo tramo de escaleras tenía un no sé qué que me hizo vacilar. El rellano estaba iluminado con el ocaso repentino de una tarde invernal. Pero la luz se interrumpía al pie de las escaleras como si no pudiera ir más allá. No me apeteció estar cerca de esas escaleras, así que escogí la habitación que daba a la parte delantera de la casa.

Mientras bajaba a por mi bolsa de viaje, empezó a sonar el timbre; su martilleo seco y metálico resonó en algún lugar en las entrañas de la casa. Me sorprendió, pero no me asusté. Había quedado con el ama de llaves. Abrí la puerta y no había nadie. Bajé los escalones y miré a mi alrededor. Admito que sentí un escalofrío. Hacía una noche silenciosa y despejada. No se veía ningún coche en la distancia. No oí pasos alejándose. Me obligué a controlar mi temor y me quedé fuera unos minutos. Luego, al volver a entrar, lo vi: el alambre del timbre iba a lo largo de la casa debajo de un tejadillo. Unos treinta o cuarenta murciélagos colgaban cabeza abajo del tembloroso alambre. Otros tantos revoloteaban en un negro amasijo. Evidentemente el movimiento en el alambre había hecho sonar el timbre. Me gustan los murciélagos. Son unos bichos muy listos. Bien. A cenar.

Cené. Bebí. Me pregunté por qué el amor es tan difícil y la vida tan corta.

Me acosté. La habitación ahora estaba más caldeada y me dispuse a dormir.

El ruido del mar se coló en el reflujó de mis sueños.

Desperté de un sueño muy profundo en la oscuridad al oír... ¿qué? ¿Qué pude oír? Era como un rodamiento de bolas o una canica que rodara en el suelo sobre mi cabeza. Rodaba y rodaba hasta chocar con la pared. Luego volvía a rodar en la dirección contraria. Eso podría no haber tenido importancia de no ser porque el suelo estaba en pendiente. Las cosas pueden soltarse y caer rodando, pero no pueden soltarse y rodar hacia arriba. A no ser que alguien...

La idea resultaba tan inquietante que la descarté junto a la ley de la gravedad. Fuera lo que fuese tendría una explicación natural. La casa llevaba

mucho tiempo cerrada y había corrientes de aire. La techumbre del desván era de tejas y el viento podía colarse por debajo. El viento o cualquier animal.

Recuerda los murciélagos. Me tapé hasta las cejas y fingí no oír nada.

Otra vez: rodaba, rodaba, chocaba con la pared, una pausa y rodaba.

Esperé a quedarme dormido, mientras esperaba a que se hiciese de día.

Hasta los peores tenemos suerte, porque se hace de día.

Ese 21 de diciembre amaneció un día triste. El día más corto del año. Café, el abrigo, las llaves del coche. «¿No debería subir a echarle un vistazo al desván?»

El segundo tramo de escaleras era estrecho, las escaleras de los criados.

Conducían a un pasillo forrado de listones de madera y escayola poco más ancho que mis hombros. Empecé a toser. Me costaba respirar. La humedad había hecho que la escayola cayera en pedazos sobre los tablones del suelo.

Igual que abajo, había tres puertas: dos estaban cerradas; la puerta del cuarto de encima del mío estaba abierta de par en par. Me obligué a entrar.

Tal y como había imaginado, la techumbre era de tejas. El suelo, tosco. No había ninguna cama, solo un lavabo y un perchero.

Lo que me sorprendió fue el belén del rincón.

Medía cerca de dos metros de altura y parecía más una casa de muñecas que un adorno navideño. Dentro del establo estaban los animales, los pastores, la cuna y José. Encima del tejado, sujeta con un poco de alambre, había una estrella abollada.

Era antiguo, hecho a mano de forma competente, pero no artesanal; la madera pintada ahora estaba pelada y descolorida como el pigmento del tiempo.

Pensé en bajarlo y ponerlo al lado del árbol de Navidad. Debían de haberlo hecho para los niños, cuando había niños en la casa. Me metí las figuras de los animales en los bolsillos y salí a toda prisa, dejando la puerta abierta.

Tenía que ir a la estación. Stephen y Susie me ayudarían a bajar lo demás.

En cuanto salí de la casa volví a notar los pulmones despejados. Debía de ser el polvo de la escayola. La carretera a la estación discurría a lo largo de la costa. Solitaria e inflexible, se desviaba por caminos sin salida y serpenteaba

en curvas muy cerradas. No me crucé con nadie ni vi a nadie. Las gaviotas describían círculos sobre el agua.

La estación era una marquesina al lado de la vía. No había tablón de anuncios. Comprobé el teléfono. No había cobertura.

Por fin el tren apareció a lo lejos por la vía. Me entusiasmé. Los recuerdos de los tiempos en que iba a visitar a mi padre cuando estaba en su base de las fuerzas aéreas me alegran siempre que viajo en tren o voy a recoger a alguien a la estación.

El tren aminoró la marcha y se detuvo. El revisor bajó un momento.

Observé las puertas —era un tren de cercanías, no muy grande—, pero no se abrieron. Le hice un gesto al revisor, que se acercó.

—He venido a recoger a unos amigos.

Negó con la cabeza.

—El tren está vacío. La siguiente parada es la última de la línea. —Me quedé perplejo. ¿Se habrían apeado en la parada anterior? Se los describí. El revisor volvió a negar con la cabeza—. Siempre me fijo en los desconocidos.

Habrían subido en Carlisle y me habrían preguntado dónde apearse... siempre lo hacen.

—¿Hay algún otro tren antes de mañana?

—Uno al día ya es más de lo necesario para un sitio como este. ¿Dónde se aloja?

—En Highfallen House. ¿La conoce?

—¡Oh, sí! Todos la conocemos. —Dio la impresión de ir a decir algo más. En vez de eso sopló su silbato.

El tren vacío se marchó y me dejó contemplando la vía y observando la luz roja como si fuese una advertencia.

Tenía que ir a un sitio donde hubiese cobertura.

Dejé atrás la estación y seguí pendiente arriba con la esperanza de que la altura me conectase con el resto de mundo. Al llegar a la cima, detuve el coche, me bajé y me subí el cuello del abrigo. Los primeros copos de nieve me golpearon la cara con insistencia de insectos. Punzantes y rencorosos como picaduras.

Miré hacia la bahía cada vez más blanca. Eso debe de ser Highfallen House. Pero ¿qué es eso? Dos figuras pasean por la playa. ¿Son Stephen y

Susie? ¿Han venido en coche, después de todo? Luego,forcé la vista y reparé en que la segunda figura era mucho más pequeña que la primera. Iban muy decididas hacia la casa.

Cuando llegué casi era de noche.

Encendí la luz, reavivé el fuego hasta que ardió con fuerza. No había ni rastro de la misteriosa pareja que había visto desde la montaña. Tal vez fuesen el ama de llaves y su hija, que habían ido a comprobar que todo iba bien. Tenía el teléfono de la señora Wormwood, pero sin cobertura no podía llamarla.

La nieve se fue espesando en ventosos remolinos. Calma. Tómate un whisky.

Me apoyé en la encimera de la cocina con el whisky en la mano. Las figuras de madera que había bajado del desván estaban sobre la mesa.

Debería subir a por el belén.

«No quiero.»

Subí dando zancadas el primer tramo de escaleras, usando esa energía para descartar mi desasosiego. Al llegar a mi dormitorio encendí la luz. Así me sentí mejor. El segundo tramo de escaleras estaba en sombras al final del largo rellano. Otra vez tuve la misma sensación de opresión en los pulmones.

¿Por qué me sujeto al pasamanos como un vejestorio?

La única luz del desván estaba en lo alto de las escaleras. Encontré el interruptor de baquelita marrón y redondeado. Bajé la pestaña. Una única bombilla se encendió a regañadientes. La habitación se hallaba justo delante.

La puerta estaba cerrada. ¿No la había dejado abierta?

Giré el pomo y me quedé en el umbral, con la habitación tenuemente iluminada por la luz de las escaleras. Lavabo. Belén. Perchero. En el perchero había un vestido de niña. Antes no lo había visto. Supongo que debieron de ser las prisas. Descarté mis recelos, entré decidido y me agaché para coger el belén de madera. Era muy voluminoso y justo cuando acababa de cogerlo, la luz del rellano se apagó.

—¿Hola? ¿Quién está ahí?

Alguien respira como quien apenas puede respirar. No con languidez. Con esfuerzo. Más vale que no me vuelva porque quienquiera o lo que quiera que

sea está justo detrás de mí.

Me quedé inmóvil un minuto, serenándome. Luego me adelanté arrastrando los pies hacia la luz que llegaba de las escaleras. A la altura de la puerta oí unos pasos detrás de mí, perdí el equilibrio y alargué el brazo para sujetarme. Mi mano tocó algo húmedo. El perchero. Tiene que ser el vestido.

El corazón me latía desbocado. «No te dejes llevar por el pánico.» El interruptor es de baquelita. Los cables son viejos. Es una casa desconocida.

Oscuridad. Soledad.

«Pero no estás a solas, ¿o sí?»

Ya en la cocina con un whisky, Radio 4 y un poco de pasta puesta a hervir miré el vestido. Era de una niña pequeña y estaba tejido a mano. La lana olía mal y estaba empapada. Lo lavé y lo colgué para que goteara encima del fregadero. Supuse que debía de haber un agujero en el tejado y que el vestido llevaba mucho tiempo expuesto a la lluvia.

Me comí la cena, intenté leer, me dije que no había sido nada. No eran más que las ocho. No quería irme a la cama, aunque fuera la nieve era como un edredón.

Decidí montar el belén. El burro, las ovejas, los camellos, los Reyes Magos, los pastores, la estrella, José. Había una cuna, pero estaba vacía.

Faltaba el Niño Jesús. Y María. ¿Se me habrían caído en la habitación oscura? No había oído ningún ruido y las figuras de madera medían quince centímetros de alto.

José llevaba una túnica de lana, pero en las piernas de madera le habían pintado unas polainas. Le quité la túnica. Debajo, el José de madera llevaba un uniforme pintado. De la Primera Guerra Mundial.

Al darle la vuelta vi que tenía un tajo en la espalda como la herida de un cuchillo.

El teléfono sonó.

Solté a José, cogí el móvil. Era un mensaje de Susie: ESTAMOS INTENTANDO LLAMARTE. SALIMOS MAÑANA.

Apreté la tecla de llamada. Nada. Traté de enviar un mensaje. Nada. Pero ¿qué más daba? De pronto, sentí calma y alivio. Se habían retrasado. Nada más. Llegarían al día siguiente.

Volví a sentarme delante del belén. A lo mejor las figuras que faltaban

estaban dentro. Metí la mano. Mis dedos se cerraron en torno a un objeto metálico. Era una llavecita de hierro con un aro en un extremo. Tal vez fuese la llave del desván.

Fuera había caído la nieve, nieve sobre nieve. El cielo se había despejado. La luna se alzaba sobre el mar.

Después de acostarme, cuando estaba en pleno sueño, lo oí con claridad. En el piso de arriba. Pasos. En la habitación. Dudaban. Daban media vuelta.

Volvían.

Me quedé en la cama, mirando el techo sin verlo. ¿Por qué abrimos los ojos si no se puede ver nada? ¿Y qué quería ver? «No creo en los fantasmas.»

Quise encender la luz, pero ¿y si no se encendía? ¿Por qué iba a ser peor estar en la oscuridad sin querer que en la oscuridad queriendo? Me incorporé en la cama y descorrí un poco la cortina. La luna estaba muy luminosa esa noche, seguro que habría luz.

La había. Fuera de la casa, de la mano, vi las figuras calladas e inmóviles de una madre y una niña.

No me dormí hasta el amanecer y, cuando me dormí y volví a despertar, era más de mediodía y la luz empezaba ya a declinar.

Corrí a prepararme un café. Vi que el vestido había desaparecido. Lo había dejado goteando sobre el fregadero y había desaparecido. «Sal de la casa.»

Fui a la estación. Había caído una escarcha que había cubierto los árboles de un blanco reluciente. Era hermoso y mortífero. El mundo congelado.

En la carretera no había roderas de coches. Solo se oían el rugido y los golpes del mar.

Conduje despacio y no vi a nadie. En el paisaje blanco e inmóvil me pregunté si quedaría alguien con vida.

Esperé en la estación. Esperé un rato más de lo que debía esperar, hasta que el tren silbó. El tren se detuvo. El revisor se apeó y me vio. Negó con la cabeza.

—No hay nadie —dijo—. Nadie.

Estuve a punto de echarme a llorar. Cogí el teléfono. Le enseñé el mensaje:

ESTAMOS INTENTANDO LLAMARTE. SALIMOS MAÑANA.

El revisor lo miró.

—A lo mejor quien debería irse es usted —dijo—. Hasta el 27 no habrá más trenes desde Carlisle. Mañana era el último y lo han cancelado. Por el tiempo.

Escribí un número de teléfono y se lo di al revisor.

—¿Le importa llamar a mis amigos y decirles que voy a volver a casa?

En el lento viaje de regreso a Highfallen House no hice más que pensar en el momento de marcharme. Viajar de noche sería lento y peligroso, pero no podía imaginar otra noche solo. O no solo.

Únicamente tenía que recorrer sesenta y seis kilómetros hasta Inchbarn.

Había una taberna, una pensión y una vida lejana pero normal.

No dejaba de darle vueltas al mensaje de texto. ¿De verdad significaba que tenía que irme? ¿Y por qué? ¿Porque Stephen y Susie no habían podido venir? ¿Por el tiempo? ¿Por enfermedad? Vete a saber. Lo cierto es que tengo que irme.

La casa parecía adormecida cuando llegué. Había dejado las luces encendidas y fui directo al piso de arriba para hacer el equipaje. Enseguida vi que la luz del desván estaba encendida. Me detuve. Tomé aliento. Pues claro que está encendida. No la apagué al irme. Eso demuestra que es un problema de los cables eléctricos. Tengo que decírselo al ama de llaves.

Terminé de hacer la maleta, metí toda la comida en una caja y llevé todo al coche. Dejé el whisky en el asiento de delante, una manta que cogí de la cama y preparé una bolsa de agua caliente por si acaso.

Eran solo las cinco. En el peor de los casos llegaría a Inchbarn a las nueve.

Subí al coche y giré la llave. La radio se encendió un segundo, se apagó y cuando oí el ruido que hacía el motor supe que me había quedado sin batería.

Dos horas antes, en la estación, el coche había arrancado a la primera.

Aunque me hubiese dejado los faros encendidos... Pero no los había dejado encendidos. Me invadió un pánico frío. Tomé un trago de whisky. No podía dormir en el coche. Moriría.

«No quiero morir.»

De vuelta en la casa, me planteé qué iba a hacer toda la noche. Todo menos

quedarme dormido. Había visto unos libros viejos mientras exploraba el piso de abajo el día anterior, libros de aventuras polvorientos e historias del imperio. Mientras rebuscaba entre ellos encontré un álbum de fotografías encuadernado en terciopelo descolorido. En la habitación fría y vacía empecé a descubrir el pasado.

Highfallen House en 1910. Mujeres con falda larga y talles increíbles.

Hombres vestidos de tweed para cazar. Mozos de cuadra con chaleco, jardineros con gorra. Doncellas con mandiles almidonados. Y aquí están otra vez con sus mejores galas: una fotografía de boda. Joseph y Mary Lock.

1912. Él era jardinero. Ella, camarera. Al final del álbum, sueltas y sin ordenar, había más fotografías y recortes de periódico. 1914. Hombres de uniforme. Uno de ellos era Joseph.

Volví a llevar el álbum a la cocina y lo dejé junto a mi soldado de madera.

Me había puesto la bufanda y el abrigo. Me instalé en dos sillas al lado de la chimenea y esperé y esperé adormilado.

Serían las dos de la mañana cuando oí llorar a un niño. No a un niño que se ha arañado una rodilla, o ha perdido un juguete, sino a un niño abandonado.

Un niño cuya voz es su último asidero a la vida. Un niño que llora y sabe que no acudirá nadie.

El llanto no llegaba de arriba, sino de más arriba que arriba. Supe de dónde procedía.

Me tapé los oídos con las manos y metí la cabeza entre las rodillas. No pude tapar el llanto; un niño encerrado, un niño hambriento, un niño que tiene frío, y está mojado y asustado.

Dos veces me levanté y fui a la puerta. Dos veces volví a sentarme.

El llanto cesó. Silencio. Un silencio espantoso.

Levanté la cabeza. Oí unos pasos que bajaban por las escaleras. No con un pie después del otro, sino con un pie que se arrastraba un poco y luego el otro le seguía, se paraban y volvía a avanzar.

Al final de las escaleras los pasos se detuvieron. Luego hicieron lo que sabía que harían, lo que todo el terror de mi cuerpo sabía que harían. Los pasos se encaminaron hacia la puerta de la cocina. Lo que quiera que hubiese allí estaba a unos cuatro metros de distancia, al otro lado de la puerta. Fui

detrás de la mesa y cogí un cuchillo.

La puerta se abrió con tanta violencia que clavó el picaporte en el yeso de la pared. El viento y la niebla se colaron en la cocina y las fotografías y los recortes de periódico que había sobre la mesa salieron volando. Vi que la puerta principal estaba abierta de par en par y que el vestíbulo era como un túnel de viento.

Con el cuchillo en la mano, fui al vestíbulo para cerrar la puerta. El farol metálico que colgaba del techo se balanceaba en su larga cadena. Una racha repentina lo empujó hacia delante como a un niño que se columpia demasiado alto. Golpeó con fuerza el enorme montante semicircular que había sobre la puerta. El montante se hizo pedazos y cayó sobre mis hombros como una lluvia de agua sólida. Un parpadeo. Un zumbido. Oscuridad. Las luces de la casa se apagaron. El viento cesó. El llanto también. Otra vez silencio.

Cubierto de cristales en el vestíbulo iluminado por la nieve, salí a la noche.

En el camino de entrada me desvié y las vi: la madre y la niña.

La niña llevaba el vestido de lana. No tenía zapatos. Alzaba lastimera los brazos hacia su madre que seguía en pie como si fuese de piedra.

Salí corriendo. Cogí a la niña en brazos.

No había ninguna niña. Caí de bruces en la nieve.

«¡Ayuda!» Esa no es mi voz.

Otra vez estoy de pie. La madre va por delante. La sigo. Va hacia el huerto.

Parece atravesar la puerta, y me deja al otro lado.

NO PASAR

Tiré del aro oxidado y se desprendió junto con un trozo de madera. Di una patada a la puerta para abrirla. Se arrancó de los goznes. Tenía delante el huerto en ruinas y abandonado. Un huerto de media hectárea rodeado por una tapia y utilizado para alimentar a veinte personas. Pero de eso hacía ya mucho.

Había unas pisadas en la nieve. Las seguí. Me condujeron a la casa de los criados, cuyo techo habían reparado con planchas de uralita. No había puerta, pero el interior parecía seco y confortable. En la pared había un calendario con las hojas arrancadas: 22 de diciembre de 1916.

Metí la mano en el bolsillo y reparé en que llevaba la llave que había encontrado en el belén. Al mismo tiempo oí el chirrido de una silla en el suelo de la habitación de al lado. Ya no tenía miedo. Igual que el cuerpo al principio tiembla y luego se adormece por el frío, mis sentimientos se habían congelado. Me movía entre las sombras como si estuviese soñando.

En la habitación de al lado ardía un fuego en la minúscula chimenea. La madre y la niña estaban sentadas una a cada lado. La niña jugaba con una canica. Tenía azulados los pies descalzos, pero no parecía tener más frío que yo.

«Entonces ¿estamos muertos?»

La mujer se había cubierto la cabeza con el chal y me miró, o más bien me traspasó con la mirada, con ojos profundos e inexpresivos. La reconocí. Era Mary Lock. Miraba hacia un armario muy grande. Supe que la llave era de ese armario y que tenía que abrirlo.

Hay segundos que contienen una vida. Quién eras. En qué te convertirás.

Gira la llave.

Un uniforme polvoriento cayó al suelo y se arrugó como una marioneta. El uniforme no estaba vacío. La parte de atrás de la chaqueta de lana tenía una cuchillada donde habrían estado los pulmones.

Miré el cuchillo que llevaba en la mano.

—¡Abra la puerta! ¿Está usted ahí? ¡Abra la puerta!

Me despertó un blanco cegador. ¿Dónde estoy? Algo se está zarandeando. Es el coche. Estoy en mi coche. Un grueso guante quitaba la nieve. Me senté, encontré las llaves, apreté el botón de apertura. Era por la mañana. Fuera estaban el revisor del tren y una mujer que dijo ser la señora Wormwood.

—Menudo desorden ha organizado —dijo ella.

Fuimos a la cocina. Yo temblaba tanto que la señora Wormwood se aplacó un poco y empezó a preparar café.

—Alfie fue a buscarme —dijo—, después de hablar con sus amigos.

—Hay un cadáver —dije—. En el huerto amurallado.

—¿Es ahí donde está? —dijo la señora Wormwood.

La Navidad de 1914 Joseph Lock se fue a la guerra. Antes de partir a Flandes había hecho el belén para su hija pequeña. Volvió en 1916 después de

sobrevivir a un ataque con gas. Lo oían subir las escaleras, jadeando sin aliento con los pulmones destrozados.

Dijeron que había perdido la razón. De noche, en el desván donde dormía con su mujer y su hija, se apoyaba con la mirada perdida contra la pared y echaba a rodar una y otra vez las canicas de la niña, una y otra vez, andaba de aquí para allá. Una noche, justo antes de Navidad, estranguló a su mujer y su hija. Las dio por muertas y se marchó. Pero su mujer no estaba muerta. Lo siguió. Por la mañana la hallaron sentada al lado del belén, con el vestido manchado de sangre, las marcas de los dedos del marido en el cuello. Estaba cantando una nana mientras clavaba la punta del cuchillo en la espalda de la figura de madera. A Joseph nunca lo encontraron.

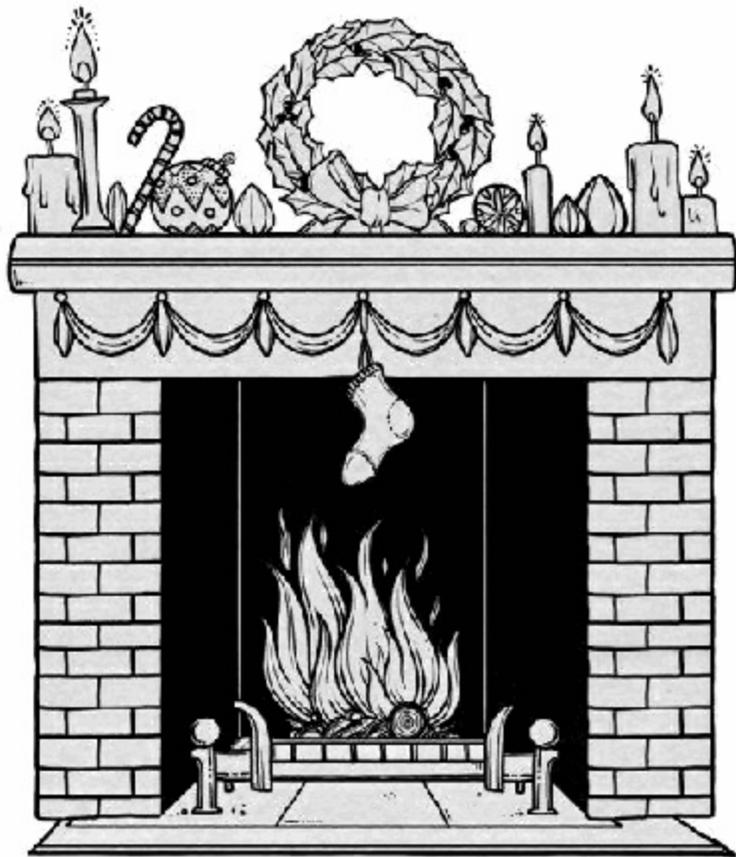
—¿Va a llamar a la policía? —pregunté.

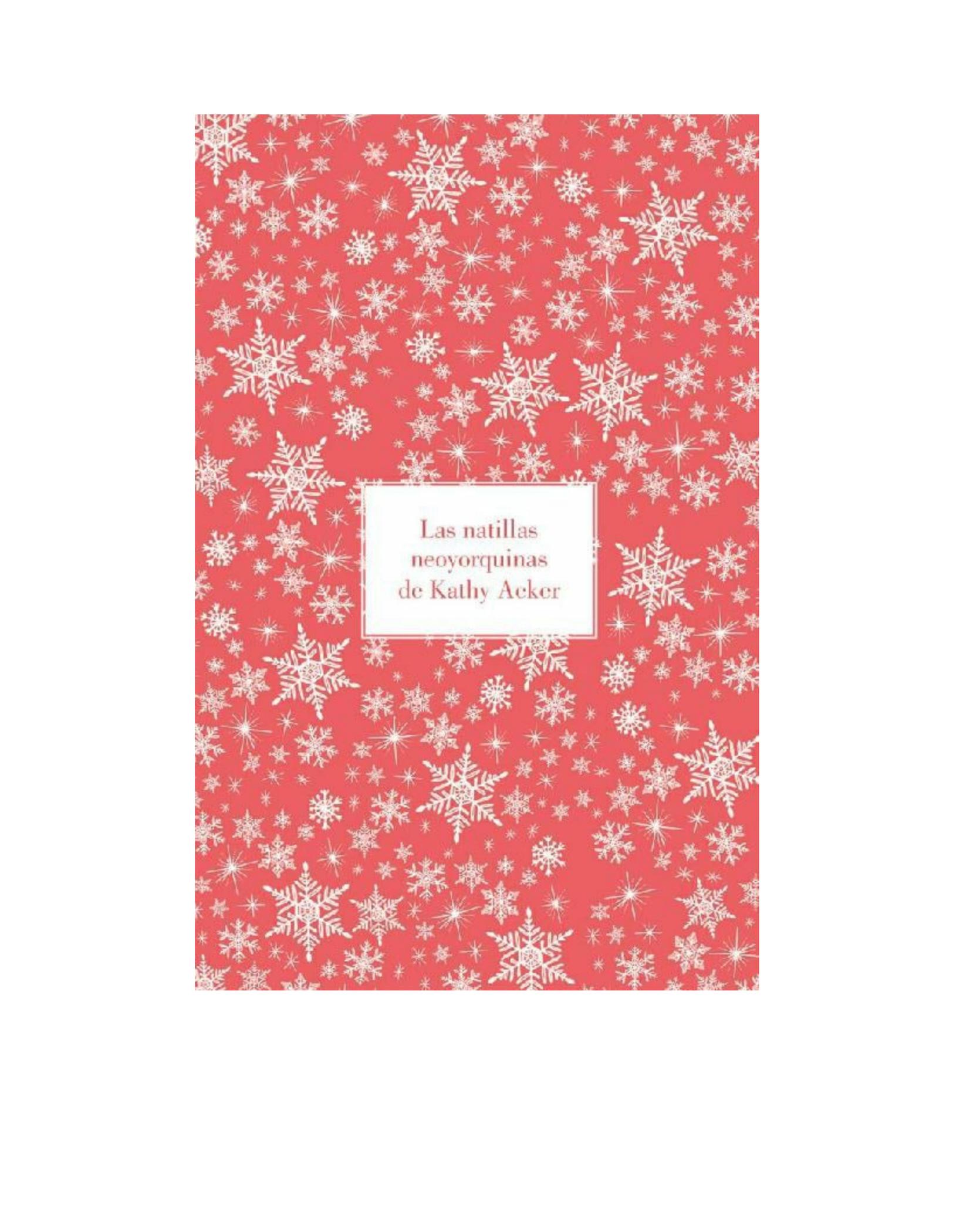
—¿Para qué? —respondió la señora Wormwood—. Que los muertos entierren a los muertos.

Alfie salió a probar mi coche. Arrancó a la primera, el humo azulado del tubo de escape se alzó en el aire blanquecino. Los dejé limpiando la casa y estaba a punto de marcharme cuando recordé que me había dejado la radio en la cocina. Volví a entrar. La cocina estaba vacía. Los oí en el desván. Cogí la radio. El belén estaba encima de la mesa tal como lo había dejado.

Pero no estaba tal como lo había dejado.

Joseph seguía allí con los animales, los pastores y la estrella abollada. Y en el centro estaba la cuna. Al lado de la cuna vi las figuras de madera de la madre y el niño.



The background of the entire page is a vibrant red color, densely decorated with white snowflakes and starburst patterns. The snowflakes vary in size and complexity, some featuring intricate, multi-pointed designs. The starbursts are smaller, simpler shapes with radiating lines. In the center of the page, there is a white rectangular box with a thin black border. Inside this box, the title is written in a black, serif font, centered and arranged in three lines.

Las natillas
neoyorquinas
de Kathy Acker



principios de los años noventa, Kathy Acker dejó Londres y volvió a Estados Unidos.

Harold Robbins había intentado demandarla por cortar y pegar un pasaje de uno de sus libros, *El pirata*, en una de sus crispadas reediciones, *Young Lust*.

Robbins, el popular escritor de novelas eróticas de aeropuerto, no estaba interesado en los ataques de toda una vida de Acker contra las estructuras de poder, o en su método de destripar textos existentes —grandes o insignificantes— cortando y pegando para crear textos nuevos que perturbaban la relación del lector con lo que leía.

Leer a Harold Robbins no requiere el menor esfuerzo mental, por lo que a Kathy le sorprendió que el hombre que había vendido más de setenta y cinco millones de ejemplares con su fórmula de sexo y mala literatura dedicara tantos esfuerzos mentales a demandar a una forajida literaria.

Pero Robbins tenía una gran opinión de sí mismo como escritor. La apropiación que hizo Kathy de su obra dejó cómicamente claro que, fuera del contexto de los relatos sexuales —donde el lenguaje no tiene otro propósito que ser el lubricante para que el lector se deslice de un acto sexual a otro—, la prosa de Robbins resultaba atroz. Esa era la cuestión. Kathy Acker había desenmascarado a Harold Robbins ante sí mismo.

Robbins insistió en que se disculpara, que en realidad era la típica actitud machirula que Kathy detestaba.

Como Kathy era como era, escribió una disculpa más incendiaria que la bomba que había detonado.

Luego, con un estilo muy propio de Acker, la valiente forajida se sintió de pronto vulnerable, criticada e incomprendida. Hizo el equipaje y volvió a Manhattan.

Pero Manhattan tampoco acababa de gustarle —a Kathy no acababa de gustarle ningún sitio— y no tardó en instalarse cerca de mi casa en un piso de alquiler que le busqué. Y poco después llegó la Navidad.

El piso fue una última bocanada de excentricidad inglesa antes de que la codicia y el ansia de beneficios engullesen hasta el último rincón de Londres.

Era un sótano abovedado y resonante con suelos de piedra en una espléndida y vacía casa georgiana. Pensé que a Kathy le gustarían los grandes ventanales que daban a un huerto amurallado y lleno de maleza. El propietario había muerto. Los herederos estaban esperando la validación del testamento y, sí, Kathy podía quedarse en el piso casi por nada, y yo vivía muy cerca en la misma calle.

Pero también tenía pegas. Cuando se lo conté a mi mujer, Susie Orbach — que es judía y norteamericana, ha vivido mucho tiempo en Manhattan y tiene la misma edad que Kathy— me dijo:

—Espera un momento, ¿has metido a una judía criada en Sutton Place en un apartamento sin nevera?

No la entendí.

—No le hace falta —respondí—; la casa no tiene calefacción.

No era una buena respuesta. Susie apoyó la cabeza en las manos y dijo:

—Sutton Place es uno de los sitios más privilegiados de Manhattan... Es como Belgravia.

—¡Pero Kathy era una forajida!

—¡Y también una princesa!

Cierto. Y eso explica por qué esa Navidad Kathy se puso su sombrero ruso de piel cuando estaba en casa. Entonces no lo entendí, pero ahora sí.

Nunca dijo nada, claro, porque lo que suele olvidarse de Kathy Acker, fugitiva sexual e icono pospunk, es que tenía unos modales exquisitos.

Era Navidad.

—Kathy, tenemos que hacer natillas —dije.

La historia de las natillas se remonta a los romanos, que repararon en que la leche y los huevos casan bien prácticamente con todo, sea dulce o salado.

Como los romanos iban a todas partes, las natillas también fueron a todas partes. En la Edad Media se hacían pasteles de natillas, parecidos a nuestras quiches y flanes: un pastel crujiente que utilizaba el huevo y la leche para ligar los demás ingredientes.

Los franceses son muy aficionados a las natillas, pero no tienen una

palabra propia para designarlas; ellos las llaman *crème anglaise*, aunque tanto si la utilizan para rellenar un *éclair* como una quiche, son natillas.

Las natillas líquidas, tan típicas de Navidad, alcanzaron su mayor popularidad en el siglo XIX junto con la propia Navidad en toda su gloria. El responsable, tanto si queremos culparle como alabarle, fue un farmacéutico de Birmingham llamado Alfred Bird, cuya mujer era alérgica al huevo. A la pobre señora Bird le gustaban las natillas, pero no podía comerlas, así que en 1837 Alfred preparó una versión en polvo que utilizaba maicena en vez de huevos. La señora Bird le añadió azúcar y colorante amarillo y pronto las natillas en polvo Bird's se pudieron comprar en latas de vivos colores en toda Inglaterra y en el resto del imperio.

La moda de enlatar sustancias en polvo que se diluían con leche cruzó el Atlántico cuando los hermanos Horlick emigraron desde Inglaterra y en 1873 montaron una planta en Chicago para producir su leche malteada famosa en el mundo entero.

Por una u otra razón, a partir de finales del siglo XIX hombres y mujeres bien alimentados empezaron a temer una enfermedad totalmente inventada llamada «inanición nocturna». Las bebidas como la de los hermanos Horlick eran la solución.

A Kathy Acker le gustaba la leche malteada Horlicks y yo se la preparaba.

Mientras se bebía la leche malteada Horlicks y se reía de la imposibilidad de las natillas (no sabía cocinar, ni siquiera sabía remover), Kathy, obsesiva con todo, descubrió que Dylan Thomas había inventado un producto imaginario llamado Natillas Nocturnas.

En los años treinta, mientras dormía en el sofá de un amigo adinerado que trabajaba en la publicidad y que dio la casualidad de que tenía un contrato con Horlicks, a Dylan se le ocurrió que podría hacer una fortuna con las Natillas Nocturnas, y especuló con que también podrían utilizarse como suavizante capilar o lubricante vaginal.

Eso me quitó las ganas de comer natillas durante un tiempo. Pero la Navidad es la Navidad, y la Navidad son las natillas.

De hecho, Acker, con sus fascinaciones literarias y sus nulas habilidades culinarias, unió para siempre las natillas con la ciudad de Nueva York.

Después de todo, Bob Zimmerman había cambiado su nombre por el de Bob Dylan en homenaje a su héroe Dylan Thomas (tal vez «Mr. Tambourine

Man» se lo deba todo a las Natillas Nocturnas).

Y Dylan Thomas murió en Nueva York, en el hotel Chelsea.

Siempre que preparo natillas pienso sin pensar, imagino sin imaginar, una Nueva York tan desaparecida como la Atlántida; de hoteles beatnicks, poetas borrachos y voces diamantinas tan diversas como Andy Warhol y Patti Smith, Bob Dylan, Dylan Thomas y Kathy Acker..., que murió no mucho después de esto, en 1977, tras luchar ferozmente contra el cáncer e insistiendo en el poema de Dylan Thomas:

*No entres dócilmente en esa buena noche [...].
Enfurécete, enfurécete por la muerte de la luz.*

Nuestros grandes gestos y nuestros pequeños actos no son tan diferentes.

Recordamos a nuestros amigos por las cosas tontas e insignificantes que hicimos juntos, y también por su grandeza.

Aquí están las natillas.

INGREDIENTES

1 pinta (570 ml) de leche

Un chorrito de nata

4 yemas de huevo

1 oz (30 g) de azúcar refinado o demerara tamizada

2 cucharaditas de maicena (opcional)



ELABORACIÓN

Se baten bien las yemas en un cuenco hasta que estén cremosas. Se pueden usar las claras para hacer merengues o una tortilla de claras de huevo.

Se añade el azúcar mientras se baten.

Se calientan la leche y la nata, pero sin dejarlas hervir.

Se vierte la leche en el cuenco de las yemas y ¡se bate, se bate, se bate!

Se vuelve a meter todo en el cazo y se pone en el fuego. ¡Que no hiervan!

Sí: puedes añadir coñac o ron. Hay a quien le gusta añadir vainilla, en cuyo caso se añade con la leche y la nata.

Y, como hacía el señor Bird, se puede añadir maicena como espesante, solo un par de cucharaditas a las yemas, NO a la leche, y se bate, se bate, se bate.

Lo de batir se hace mejor con una batidora de varillas. Yo uso una batidora de latón, un cuenco de latón y un cazo de latón, pero solo porque queda mejor.

La clave está en seguir removiendo cuando se echan las natillas en el cazo y se calientan. Si el encargado de batir es una especie de poeta o alguien soñoliento, es fácil que acaben siendo huevos revueltos.

Estas natillas deberían servirse enseguida. Y comerse.





NAVIDADES EN NUEVA YORK



La semana antes de Navidad, a mis compañeros del trabajo y a mí nos gusta salir a tomar una copa y picar algo. Conocemos un sitio en la calle Doce llamado Wallflower, con el techo forrado de hojalata y los taburetes de color naranja. Sirven comida francesa y cócteles norteamericanos.

La noche que salimos estuvimos hablando de las navidades del pasado, sobre todo de la infancia, cuando, según nuestra memoria —nuestra declaración jurada contra la historia—, las navidades no eran tan comerciales y, aunque nadie iba de compras, siempre había regalos al pie del árbol. Los niños iban en trineo y entraban en casa para jugar a juegos de mesa delante del fuego. Todo el mundo tenía un perro viejo y una abuela que tocaba el piano. Todos llevábamos suéteres tejidos a mano.

Todo el mundo hacía un muñeco de nieve con una nariz de zanahoria y una bufanda alrededor del cuello, y cantaba «Winter Wonderland».

Y en Nochebuena hacías todo lo puñeteramente posible por no dormirte y ver al tipo de rojo en su trineo... y nunca lo veías, pero aun así llegaba y se bebía el whisky de la encimera de la cocina.

—Santa era alcohólico.

—Sí, pero se pasa el resto del año en rehabilitación.

—¿Queréis otro bourbon? ¿Un Martini? ¿Un Twinkle?

—¡Vamos! Esta la pago yo.

Me levanté para ir al baño. Volví a sentarme. Veía doble.

—¿Sam? ¿Estás bien?

Era Lucille, que se apretujó a mi lado con su vestidito gris con el cuello blanco. Trabaja en la oficina de dibujo. Yo trabajo en diseño. Le digo que

estoy bien.

—No has dicho nada cuando hablábamos de la Navidad... ¿No te gusta la Navidad?

La verdad es esta: no me gusta la Navidad. No sé qué tienen estas fechas, excepto que suben las facturas y hay que pelearse con la familia. Vivo solo, así que me lo tomo con calma. Vivo solo. Eso es bueno.

—Voy a ir a casa por Navidad —dijo Lucille—, ¿y tú?

—Yo me quedo aquí —repliqué.

—¿Solo? —dijo Lucille.

—Sí, necesito un tiempo a mi aire, ¿entiendes?

Lucille asintió con la cabeza como si negara. Luego dijo:

—Venga, cuéntame algo de una de tus navidades pasadas. Solo una.

—Elige la que quieras, todas eran iguales. No celebrábamos la Navidad.

—¿Tu familia es judía?

—No. Solo desagradable.

No dije más porque los otros habían empezado a cantar su versión de «Fairytale of New York», que era incluso peor que la de The Pogues.

No sé, ¿a qué viene este buen rollo? ¿Solo porque estemos en un falso bar francés hemos de tener falsos sentimientos franceses y besarnos como si fuese verdad?

No lo es, pero ahí están, mis compañeros, entrechocando las copas y dándose gambas en la boca unos a otros.

Lucille se inclinó, empezó a cantar y supuse que el interrogatorio de Pascua navideña había terminado. Tomé aliento profundamente, fui otra vez al cuarto de baño y decidí marcharme y volver andando a casa.

Cogí el abrigo del perchero y me volví para mirar al grupo. Que os divirtáis.

Fuera, en la acera, había gente riéndose, cogida del brazo, alzando el rostro hacia la nieve que caía.

¿A qué viene tanto revuelo? La nieve no es más que lluvia puesta a enfriar.

—Me encanta cuando nieva —dijo Lucille, apareciendo de pronto a mi lado con su gorro ruso de piel y su abrigo de *Doctor Zhivago*.

Lucille me cae bien pero es rara. Lleva flores a la oficina.

—¿Te apetece pasear un rato? —dijo.

Así que empezamos a andar entre la luz blanca y la amable pantalla de nieve silenciosa. Las calles eran ruidosas pero no lo parecían. La nieve calmaba la ciudad y ralentizaba su pulso. Y el aire olía a limpio.

—Este mundo roto... —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—Hart Crane.

—¡Ah...!

Así que paseamos; pasamos por delante de los bares, las tiendas de comida, las tiendecitas que abren hasta tarde, el tipo que vende bolsos debajo de una lona impermeable y el montón de harapos sentado delante de una puerta con un cartel que decía: FELIZ NAVIDAD, AMIGOS. Por el conducto de ventilación que tenía al lado, salía vapor y el olor químico de la limpieza en seco. Lucille le dio cinco dólares.

—Bueno, ¿cómo eran tus navidades?

—Nada..., cero, ya te lo he dicho. Ni adornos, ni árbol, ni regalos, ni comida familiar. Mi padre conducía camiones con destino a Canadá y siempre pedía el turno de Navidad, decía que pagaban el triple, aunque no sé para qué quería el dinero ni en qué se lo gastaba.

—¿Estás diciendo que nunca te han hecho un regalo de Navidad?

—¡No! Soy un hombre adulto. He tenido novias. Tengo amigos. ¡Pues claro que me han hecho regalos! Pero la Navidad en sí misma para mí no significa nada.

Había un perrillo con una correa que saltaba y lanzaba mordiscos a la nieve como si pudiera atraparla.

—Sí que significa algo para ti —dijo Lucille—. Significa tristeza.

¡Oh, no!, me dije, es New Age, o va al loquero cinco veces por semana. Lo que me faltaba.

Llegamos a la esquina al lado de la tienda, con su toldo de plástico para proteger una fila de árboles de Navidad en macetas. Noté el olor de pino frío y detergente.

—Yo sigo por aquí —dije.

—Tienes la barba blanca —observó ella—. Será por la época.

Me quité la nieve de la barbilla, hundí las manos en los bolsillos y fui hacia mi edificio. A mitad de camino me volví. No sé por qué. Lucille ya no

estaba.

Pues claro que ya no estaba. Las chicas no se quedan en una esquina bajo la nieve.

Subí por las escaleras a mi apartamento; es un apartamento de una habitación en un edificio con un portero que está muerto, pero al que conservan para darse tono, y supongo que porque es más barato que contratar a alguien vivo.

Se sienta en su garita con la televisión encendida. Llevo viviendo aquí dos años. Le he visto la nuca, pero jamás le he visto moverse.

Abrí la puerta —tres cerraduras en una placa de implacable acero rectangular— y encendí la luz. Mi apartamento es como mi ropa: me da igual, pero algo hay que ponerse. Lo alquilé amueblado. Nunca he traído nada mío.

Justo enfrente de mí, en mitad de la habitación, como si ese fuese su sitio.

Un árbol de Navidad.

Bajé corriendo y golpeé el cristal de la garita donde se supone que hay un portero vivo y dispuesto a ayudar a los residentes del edificio.

No hay respuesta. Juraría que ha subido el volumen del televisor.

Pues tendré que llamar a la policía.

Quisiera denunciar un incidente.

¿Qué tipo de incidente?

Hay un árbol de Navidad en mi apartamento.

Amigo, ¿ha bebido?

No. Sí. Pero no mucho. Quiero decir que alguien ha entrado en mi apartamento y ha dejado un árbol de Navidad.

¿Ha causado algún daño? ¿Falta alguna cosa?

No.

Amigo, llame a sus colegas, deles las gracias y las buenas noches. Felices Pascuas y que descanse.

Colgó el teléfono. Telefoneé al portero muerto. No respondió.

El día siguiente era el último día en el trabajo. Me levanté temprano y no

me costó mucho esfuerzo porque apenas había dormido. El árbol de Navidad seguía allí. Tuve que rodearlo para llegar a la puerta. Cuando miré atrás al ir a cerrar la puerta, tuve la seguridad de que el árbol estaba sonriendo.

En la oficina, pregunté a Lucille:

—¿Crees que los árboles pueden sonreír?

Ella sonrió a su vez, una sonrisa sincera y amable que nunca le había visto.

—Eso no es típico de ti, Sam. Es casi romántico.

—Estoy un poco nervioso —respondí.

Era un día invernal con un sol que arrancaba a la ciudad destellos como perlas y diamantes. Un cielo azul eléctrico iluminado como un neón. Los escaparates de los grandes almacenes parecían espejos mágicos que condujeran a otro mundo.

Eché a andar hacia el Rockefeller Center, no sé por qué. Las muchedumbres se han vuelto locas, todo el mundo lleva seis bolsas encima y es imposible encontrar un taxi.

Todos los años la ciudad instala un árbol de Navidad de más de veinte metros de altura, lo rodea con ocho kilómetros de luces y lo remata con una gigantesca estrella de cristal Swarovski.

Fui hacia allí. No sé por qué. Me detuve al pie del árbol. La escala hace que un hombre adulto vuelva a sentirse como un niño pequeño.

¡Sam, Sam! Entra en casa ahora mismo.

Quiero ver el árbol, mami. ¡Van a traer el árbol del bosque!

Ya me has oído. Ven ahora mismo o te quedas sin cenar.

Entro en la casa oscura. Me meto en la cama. Y nada.

—¿Sam? —Era Lucille—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo?, ¡ah!, he venido dando un paseo.

Lucille seguía sonriendo... ¿Es que siempre sonríe? Y, en tal caso, ¿por qué?

—Me encanta venir a ver el árbol. Me alegra —dijo.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué te alegra un árbol?

—Porque es gratis, y en Nueva York nada es gratis, y es bonito, y mira lo

relajada que está la gente con sus hijos, y esa anciana de allí parece que esté soñando con algo bueno.

—Probablemente vaya a pasar las navidades sola —dije.

—¿Y tú? —preguntó Lucille.

—No, no. Pues claro que no. Oye..., que pases un buen día, Lucille, tengo que...

—Iba de camino a Bouchon a tomar un chocolate caliente. ¿Quieres uno?

Así que nos sentamos... y Lucille siguió sonriendo y yo seguí sin sonreír, y ella charló de las vacaciones y de pronto le dije:

—Anoche, en mi apartamento, encontré un árbol de Navidad. Apareció sin más.

—¿Estás seguro?

—Llamé a la policía.

—¿Llamaste a la policía porque hay un árbol de Navidad en tu apartamento?

Un tipo con un forro polar de cuadros escoceses pasó a nuestro lado cargado con dos tazas de café con jengibre. Se agachó y le dijo a Lucille de modo que yo pudiera oírle:

—Búscate un novio mejor, guapa.

Lucille se rio, aunque yo no le vi la gracia.

—¡No es mi novia! —le grité.

El tipo del forro polar de cuadros se volvió.

—O sea, que eres idiota. Ya lo pillo. Felices Pascuas.

—¡Alguien ha entrado en mi apartamento! ¡Gilipollas!

Pero el tipo del forro polar se había ido, y yo estaba de pie, avergonzado y solo. No estaba solo. Lucille seguía allí.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—El chocolate estaba muy bueno, sí..., gracias.

—El árbol. ¿Te ha gustado el árbol?

Volví andando a casa, solo, pensando en lo que me había preguntado. ¿Me gusta que, por primera vez en mis treinta y dos años de vida, haya un árbol de Navidad en mi casa?

Doblé la esquina. Los afganos que regentan la tienda estaban fuera.

—¿Entregasteis anoche un árbol en mi apartamento? —pregunté.

Negaron con la cabeza y me invitaron a castañas asadas. ¿Voy a volver a casa por Navidad? ¿No? A ellos les gustaría volver. Uno de ellos sacó la cartera y me enseñó una foto impresa arrugada del sitio donde vivían sus padres: un edificio de una sola planta, de bloques de hormigón, apoyado en la pendiente de una montaña cubierta de nieve. No dijo nada... Sostuvo la fotografía como si fuese una luz, un espejo o una respuesta a una pregunta.

Luego llegó una mujer que quería naranjas.

Entré y compré un poco de pollo con arroz, anacardos y albaricoques y doblé la esquina hacia mi edificio. Mi apartamento está en la cuarta planta y la ventana del salón da a la calle.

Hay una luz en mi ventana que se ve desde el exterior. Es una lámpara baja. No tengo ninguna lámpara baja. Soy un hombre de lámpara de centro.

Corrí al edificio.

El Portero Muerto seguía en su garita viendo la televisión. Le hice gestos desde fuera para llamar su atención, pero lo único que oí fue cómo subía el volumen. Va a conseguir que explote el televisor.

Mi edificio no tiene ascensor, así que subí los escalones de dos en dos y derramé un poco de salsa del pollo. Abrí la puerta, las tres cerraduras están cerradas. No hay indicios de que la hayan forzado. Una vez dentro alargué la mano hacia el interruptor, pero no hizo falta.

El árbol de Navidad está iluminado.

Fuera, en las escaleras, oigo a alguien que respira con dificultad. Me quedo en el umbral, tenso, esperando que suceda alguna cosa. La señora Noblovsky del quinto piso baja jadeando, cargando o cargada por una flotilla de bolsas chillonas. Apenas se la ve.

—Deje que la ayude —digo, porque es lo que hay que decir.

La señora Noblovsky hace una pausa, sin aliento, en la puerta de mi apartamento. Mira el árbol de Navidad que brilla serenamente y suspira.

—¡Qué bonito, Sam! El mío es de plástico.

—¿Lo quiere? Si lo quiere, se lo regalo. Se lo subiré.

—Qué buen chico. Muy amable. No, gracias. Mañana voy a casa de mi hija, en Filadelfia. Supongo que usted pasará aquí la Navidad si tiene un árbol

tan bonito.

Y luego sigue subiendo por las escaleras; yo voy tras ella cargado con las bolsas y oigo lo que me cuenta de las navidades en la Rusia soviética y del vodka especial de su abuela que volvía clarividente a todos los que lo bebían.

—Cuando estábamos allí, la abuela me decía: «Agata, tú vivirás en América». Y aquí estoy.

No se puede negar. Abre la puerta y dejo las bolsas en el vestíbulo. Su piso es más grande que el mío. Nunca he visto el interior.

Todo es de color marrón: alfombras de color chocolate, muebles de color caramelo, cortinas de terciopelo color café. Hay una lámpara con el pie de caoba y la pantalla de color alga marrón y una vetusta televisión en un armarito de contrachapado. Se oye el zumbido de la nevera y parece que el apartamento esté haciendo la digestión. Es como si viviese en las entrañas de un gran oso pardo.

La señora Noblovsky me da una botella de la alacena.

—Vodka —dice, poniéndomela en las manos—. Clarividente. La receta de mi *babushka*. Mi hermano lo hace con patatas en Brooklyn.

—¿Hay patatas clarividentes?

—Tiene un ingrediente secreto. Secreto de familia. Llévesela. Es un buen chico.

Pongo reparos, dudo, dudo, pongo reparos. De pronto se me ocurre algo.

—Señora Noblovsky, el portero, abajo, ¿cree usted que está vivo?

—Creo que sí —dice—. ¿Por qué?

—Llevo ya dos años aquí y nunca he hablado con él.

—Yo hablé con él hace unos veinte años. Tuve un escape de gas. ¿Por qué quiere hablar con él? ¿Tiene un escape de gas?

—Es el portero.

Ella se encogió de hombros y encendió la televisión. Le di las gracias por el vodka y fui al piso de abajo.

Vuelvo al apartamento y ahí sigue el árbol. El árbol reluciente. Quienquiera que lo haya adornado ha tenido buen gusto con las luces, pero esa no es la cuestión. Me comí el pollo con el arroz y dejé los albaricoques. Podría haber apagado las luces del árbol. En vez de eso me quedé mirándolas.

Después de cuatro vodkas clarividentes de la señora Noblovsky, casi me gustó el árbol.

Me imaginaba comprando uno parecido las navidades siguientes.
Me quedé dormido en el sofá.

Te he comprado esto, mami. Es un regalo de Navidad.

Nosotros no celebramos la Navidad, Sam.

¿Por qué?

Nunca lo hemos hecho y nunca lo haremos.

He ahorrado el dinero yo.

Mi madre desarrolló el regalo. Era un plato de aluminio para la mantequilla. Con forma de mejillón.

Creo que es de plata —dije.

Gracias, Sam.

¿Te gusta?

Fría luz del día. Me despertó el camión de la basura. Fui a la ventana. El edificio aún estaba a oscuras. Había caído más nieve de noche como si guardáramos un secreto. El camión se alejó y los sucios neumáticos pronto se cubrieron de blancas plumas del ganso de nieve del cielo.

¿El ganso de nieve? ¿Qué me está pasando?

Levántate, sal y compra lo que necesitas. Es Nochebuena.

Fui a Russ and Daughters. Compré salmón ahumado, queso y pastrami.

Estaban repartiendo galletas. Cogí unas pocas. A la vuelta de la esquina está el restaurante y pensé que un poco de caviar con tostadas y un cóctel tal vez fuese lo más indicado a las nueve de la mañana de una Nochebuena.

Entré, me senté en la barra y cogí el menú que sirve de mantel.

—Hola —dijo Lucille. Estaba tomando café en una mesa—. ¿Quieres sentarte?

¿Por qué no?, pensé. Demonios, esta mujer está en todas partes, tengo un árbol de Navidad iluminado y una botella de vodka clarividente en mi apartamento.

Se lo conté. No lo de ella, pero sí lo demás. Asintió comprensiva.

—¿Tomamos un helado?

—¿A las nueve y media de la mañana?

—¿Te parece peor que un Martini a las nueve de la mañana?

No le faltaba razón. Nos comimos el helado; yo de jengibre y ella de fresa.

—¿Vas a ir a casa de unos amigos mañana o van ellos a tu casa?

—Lo decidiremos después —dijo al borde del pánico. Quiero decir que claro que tengo amigos, pero no en Navidad, aunque eso tampoco se lo digo.

Asintió con la cabeza.

—¿Quieres venir de compras conmigo? ¿A comprar los regalos de última hora?

Negué con la cabeza.

—No hago regalos. No tengo esa tradición.

—¿Nunca has escrito la carta a Santa Claus?

—No existe —dije.

—¿Nunca hubo nada que quisieras tanto que escribieses para pedirselo a Santa Claus?

—¿Te burlas de mí? —No se burlaba—. No sé, siempre quise tener un trineo, uno de verdad, de madera, con correas de cuero y patines metálicos.

—Podrías comprarte uno ahora.

Negué con la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Lo bueno del tiempo —dijo Lucille— es que está siempre ahí. No lo hiciste entonces, así que hazlo ahora.

—Es demasiado tarde.

—Para ser un niño prodigio, sí, es demasiado tarde. Para tener un trineo, no.

Sonreí al ver que me sonreía. Me levanté y cogí el abrigo.

—Felices Pascuas, Lucille. Te veré en la oficina el año que viene.

Asintió con la cabeza y miró el menú. Dudé. Soy un capullo. Pero como soy un capullo no dije lo que habría querido decir. Me fui.

Más nieve y menos coches. Hora de volver a casa. He leído en alguna parte que más de la mitad de los habitantes de Manhattan viven solos.

En la tienda de la esquina, Farouk estaba asando más castañas. Me dio un cucurucho y atizó las brasas.

—Cerramos a las cuatro. Vamos a dar una fiesta. ¿Quieres venir?

—Claro, ¿qué llevo?

—No traigas nada... eres mi invitado.

Recordé que Lucille había pagado la cuenta dos veces. La del café y la del desayuno. Esta mañana ni siquiera he pensado en pagar mi propio desayuno.

Debería llamarla. No puedo. No tengo su número.

Entré en mi edificio.

Una enorme campana plateada con un lazo rojo había aparecido delante de la garita del Portero Muerto. Aporreé con fuerza el cristal, pero lo único que vi fue su nuca y a Angela Lansbury en *Se ha escrito un crimen*.

¿Me asesinará el misterioso duende-árbol de Navidad? Me lo merezco.

Al abrir las cerraduras de la puerta del apartamento sentí tanto miedo como emoción. ¿Qué encontraría ahora?

Respuesta: nada. La decepción es la posición por defecto de mi vida. Ahí seguía el árbol. Ahí seguían las luces, pero nada más.

Así que envié unos correos electrónicos del trabajo que tenía atrasados. En todos recibí una respuesta automática de estoy-fuera-por-vacaciones. En Norteamérica se ha perdido la ética del trabajo. Apenas son las once de la mañana del día de Nochebuena.

A mediodía me había duchado, afeitado y vestido y no tenía nada más que hacer. Pensé en dar un paseo. Comprar alguna cosa para Farouk. Le gustaban las gorras de béisbol.

Estaba pasando por la librería McNally. Había un ejemplar de un libro de Hart Crane en el escaparate. Me quedé mirándolo, y me oí recitar en voz alta:

No pude recordar

el hirviente y constante aplanamiento de las marismas

hasta que la edad me llevó al mar.

Crane lo escribió cuando tenía veintiséis años. Murió a los treinta y dos. Yo tenía el rostro húmedo por la lluvia o la nieve. Entré en la tienda y compré el libro.

El Hart Crane no es para Farouk, pero la gorra de béisbol de piel de leopardo sí.

Estoy sentado con él en los peldaños oxidados de la escalera de incendios de detrás del edificio. Dentro hace demasiado calor... Todos los afganos de Nueva York están en la fiesta. Hay música en directo y muchas risas. Farouk debe de haberme visto escabullirme a la escalera de incendios. Me siguió con una cerveza, así que saqué la gorra que le había comprado.

—¿Es de tu talla? Pruébatela.

Hay una nevera rota con las puertas de cristal apoyada en la barandilla de la escalera de incendios. Farouk se mira en el espejo improvisado del cristal iluminándose con el teléfono y calándose la gorra de forma que la visera le queda justo sobre los ojos, que son negros como el carbón.

—Nunca había visto una gorra de béisbol de piel de leopardo.

—Debe de ser para el invierno.

—Me siento como un gato salvaje en el Hindu Kush. ¿Has estado en Afganistán?

—No.

—Es el sitio más bonito del mundo. Te enseñaré unas fotos. Mi teléfono.

Cabras, águilas, el mercado donde trabaja mi padre, esos sacos son de arroz.

Tiene setenta años y todavía puede cargar con ellos. Es muy fuerte. Cree que soy taxista. Siempre quiso serlo él.

—¿Volverías a tu hogar si pudieras?

Farouk niega con la cabeza.

—¿Qué es eso de tu hogar? ¿Dónde está? Eso del hogar es un sueño. Un cuento de hadas. Ese Afganistán no existe. No para mí. Tu hogar está donde tú lo hagas, amigo. ¿Qué tal me queda del revés?

Vuelve a colocarse la gorra. Luego dice:

—Tu novia..., chica guapa, muy sonriente; ¿dónde está?

—No es mi novia.

Farouk parece lamentarlo.

—Una chica así..., deberías esforzarte más.

Es tarde, mucho más tarde, estoy otra vez en el apartamento mirando el árbol y terminándome el vodka clarividente de la señora Noblovsky. Veo el futuro y es exactamente igual que hoy. ¿Qué clase de futuro es ese?

Abro la ventana. Respiro profundamente el aire. Aún se oye la música de la fiesta. Debería dormir un poco. Me basta con dormir vestido en el sofá.

Pero antes quiero hacer algo.

Encima del armario hay una caja dentro de una caja. También hay otras cosas, pero lo que quiero es la caja que hay dentro de la caja, una caja de cartón atada con una cuerda de cocina.

Mi madre me la dio cuando me fui de casa para ir a la universidad. Sonreí, la besé y la guardé para el tren.

La abrí igual que la abro ahora. ¿Qué me había dado para que tuviese un recuerdo de mi hogar?

Dentro estaba el plato de aluminio para la mantequilla con forma de concha.

Nunca supo recibir. Nunca supo dar.

Tendría que haberlo tirado por la ventanilla del tren. En vez de eso lo guardé como un veneno que hubiese tragado ya. ¿Por qué?

Me temblaban las manos. Fui a la ventana, me agaché y lancé el plato con todas mis fuerzas, más allá de los compresores de aire acondicionado y de las antenas de satélite, lejos entre las estrellas nocturnas. A la nada. No lo oí caer.

Luego me dormí.

Llegó la mañana. Siempre llega.

Fui bostezando en calzoncillos y camiseta al salón. Ahí seguía el árbol.

Ahí seguían las luces. Debajo del árbol había una caja alargada de cartón con una cinta plateada.

Regresé al dormitorio, pasé otra vez por la rutina de bostezar y desperezarme y volví con cautela al salón. El regalo —tenía que ser un regalo, ¿no?, porque estaba debajo del árbol— seguía allí.

Entrar en el salón empezaba a ser tan impredecible como tener un animal

salvaje en la casa. ¿Qué se suponía que debía hacer? Preparé café, comprobé el teléfono: no había mensajes. No estaba borracho. Sí, el objeto de debajo del árbol seguía ahí.

Muy bien. Respira. Ten calma. Vístete. Unos tejanos. Una camisa. Un suéter. Ahora lleva la caja al pasillo, baja las escaleras, sal a la calle y ábrela.

Lo que hay dentro necesita estar ahí fuera.

Cogí un cuchillo de la cocina para cortar el cartón. La caja pesaba y era voluminosa. En el vestíbulo vi que la persiana de la garita del Portero Muerto estaba echada. Arriba. Abajo. ¿Y qué? Si está muerto, está muerto.

Vale, ya estoy fuera. Hace una mañana preciosa. Las temperaturas bajo cero de la noche anterior han convertido la nieve en una alfombra quebradiza tan grande como el edificio. La luna sigue en el cielo aunque ha salido el sol. El aire es cortante como un cuchillo. Mi cuchillo no es tan cortante como el aire, pero rasgo el cartón y lo aparto del objeto que hay dentro.

Los objetos no son la felicidad. Pero este sí.

Dentro de la caja hay un trineo de madera bien barnizado con correas de cuero rojo y patines de acero azulado. Pero este trineo tiene los reposapiés articulados y se puede conducir. Me olvidé de todo, me senté y probé la dirección. Es genial.

No reparé en el coche que aparcaba al lado hasta que los tapacubos bruñidos del Volkswagen Escarabajo reflejaron el sol en mis ojos.

—¿Quieres ir a probarlo a Riverside?

Es Lucille con un gorro con borla, la capota del coche está quitada.

—¿Me has regalado tú esto, Lucille?

¿Adónde no fuimos? Pilgrim Hill en Central Park, Hippo en Riverside, Owl's Head Park. Y me deslicé por el tiempo, o tal vez no hubiese tiempo porque el día de Navidad es solo una vez al año.

El sol se estaba poniendo antes de que terminásemos.

—¿Te apetece comer un poco de salmón ahumado con queso? No es una cena de Navidad, pero... tengo pan negro y un vodka interesante... en realidad ya no; me lo acabé anoche.

—Iremos a mi piso —dijo Lucille—. Es pequeño y compartido, pero los

otros se han ido a pasar la Navidad a sus casas. Y prepararé la cena. Pero pasemos antes por tu apartamento. Tengo que dejar una cosa.

—¿No has dejado ya suficiente? El árbol, las luces... Fuiste tú, ¿no?

Lucille asintió con la cabeza. Qué mirada tan dulce. Me encanta cómo sonrío.

—Pero ¿cómo entraste?

De vuelta en el edificio dejé a Lucille en el vestíbulo mientras yo subía las escaleras a grandes zancadas, me ponía ropa seca y empaquetaba el salmón.

Dudé, luego metí una muda extra y mi cepillo eléctrico. Y otra cosa. Algo que sabía que había comprado para Lucille cuando lo compré.

—Gracias —le dije al árbol al salir.

En el vestíbulo Lucille estaba con un anciano que tenía una sonrisa tan luminosa como la suya. Me pareció vagamente familiar. Cuando me vio, ella le dijo:

—Este es Sam.

—Ya sé que es Sam —dijo el tipo vagamente familiar—. Siempre quiere algo, así que nunca le hago caso.

Luego besó a Lucille en la coronilla y volvió a su garita. Reconocí su nuca.

—Hasta mañana, cariño.

La puerta se cerró detrás del Portero no tan Muerto.

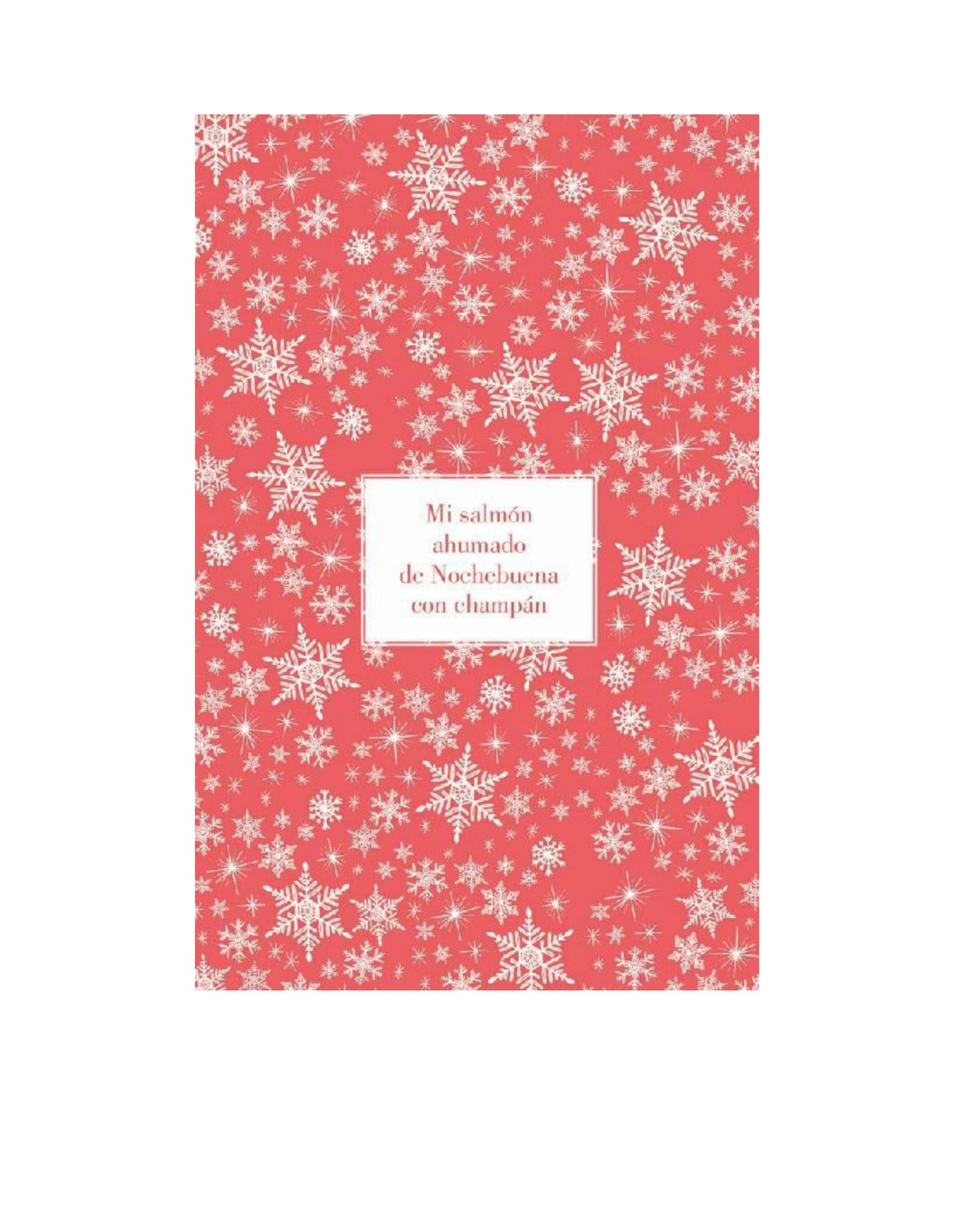
—Es mi abuelo —dijo Lucille.

Subimos a su Volkswagen. Fuimos a su piso, pequeño como una lata de sardinas. Comimos. Hablamos. Estuve a punto de besarla, pero entonces le di el ejemplar de Hart Crane y fue ella quien me besó. Supongo que era ella la que llevaba la batuta.

—Te debo el café y el desayuno —le dije.

—Tenemos por delante todo el año que viene —respondió.





Mi salmón
ahumado
de Nochebuena
con champán



«reamos nuestras propias tradiciones.»

La Nochebuena es gélida. El cielo está despejado. Las estrellas parecen campanas. El día es corto y el fuego está encendido. Reinan la paz y la ilusión.

Así es en mi imaginación. Da igual cómo sea en realidad. Por lo general llueve, o hay atascos en el centro, o la cena no está preparada, o falta envolver los regalos, y otra vez son sales de baño para tu tía.

Hace unos años comprendí cómo quería empezar la Navidad.

Siempre me ha gustado y siempre he escuchado una misa que transmite Radio 4 de la BBC llamada «Festival de nueve lecciones y villancicos». Se retransmite en directo desde la capilla del King's College de Cambridge a las tres de la tarde del día de Nochebuena, y así lleva haciéndose desde 1928.

La misa dura noventa minutos. Es un túnel en el tiempo con lecturas bíblicas del Antiguo y el Nuevo Testamento que profetizan y cumplen la promesa del Mesías. Mezcladas con las lecturas, el coro y la congregación cantan villancicos nuevos y antiguos, y se interpreta música encargada ex profeso a compositores contemporáneos. La misa empieza con un único niño con voz de soprano que lleva una vela en la mano. Entra en la capilla cantando «Once in Royal David's City».

Ahora puede verse en la televisión, pero ¿para qué?

La belleza está en la música, las voces, las lecturas y las oraciones. Y en un sentido de continuidad, eso a la religión se le da bien.

Y también en una sensación de pertenecer a algo más importante que salir de compras e ir a fiestas. Esta es una experiencia espiritual, tanto si se cree en Dios como si no.

Esté donde esté oigo esta misa. Lo dejo todo a un lado y esta es una hora y media de relajación mental y concentración espiritual. Escucho las lecturas, aunque me las sé de memoria, y acompaño los cánticos.

Si estoy en casa, enciendo el fuego y las velas. Me aseguro de que la cocina esté ordenada, y preparo siempre la misma cena, porque este es un ritual. La clave del ritual es que su repetición concentra y luego despeja el

espíritu. Por eso los judíos, incluso los no practicantes, encienden las velas del *sabbat* el viernes por la noche.

El ritual es una forma de alterar el tiempo. Y con eso me refiero a un modo de interrumpir la constante intromisión de nuestra atareada vida.

He aquí mi ritual del día de Nochebuena.

Se cuece un buen pan negro: un pan de centeno o uno de masa fermentada.

Por supuesto, también puedes comprarlo, pero hacerlo es parte del placer de tener ese tiempo para uno mismo.

Se compra la mejor mantequilla que uno se pueda permitir.

Se compra el mejor salmón ahumado que uno se pueda permitir.

Limón.

Y hace falta champán rosado. Yo prefiero Veuve Clicquot o Billecart-Salmon en Nochebuena, porque son vinos con cuerpo y exuberancia sin ser pesados. El Bollinger es un poco demasiado fuerte para mí por la tarde.

Bueno... Si uno no puede permitirse nada de lo que he dicho hay alternativas.

Yo misma las he utilizado.

Insisto en lo del mejor pan, pero se puede probar con taramosalata, sobre todo la casera, o comprar un par de latas de sardinas de buena calidad.

Con el aceite ya no hará falta mantequilla.

O prepara paté de hígado de pollo el día anterior: es barato y está bueno si lo hace uno mismo.

Corta el pan negro en cuadraditos, añade la guarnición; y no escatimes. ¡Es Navidad!

El salmón ahumado y el champán rosado quedan preciosos juntos en contraste con la negrura tostada del pan.

Se prepara un buen plato.

Si no te va el champán, puedes buscar un vino que te guste y tomarlo en su lugar.

En fin, se podría hacer lo mismo con una tetera y una tostada.

Se podría hacer con una taza de café y un plato de galletas de chocolate, si las prepara uno mismo.

La razón por la que insisto en que uno haga parte de la comida es porque en el ritual la anticipación tiene su relevancia: nos preparamos para él, en la práctica y desde un punto de vista psicológico; en eso radican parte de sus beneficios.

Consiste en fabricar tu propia balsa de tiempo. Tu propia puerta de entrada a la Navidad.

Por supuesto, se puede hacer con la familia y los amigos, si están cerca. Y sí, se pueden envolver al mismo tiempo los regalos, pero no sería tan intenso.

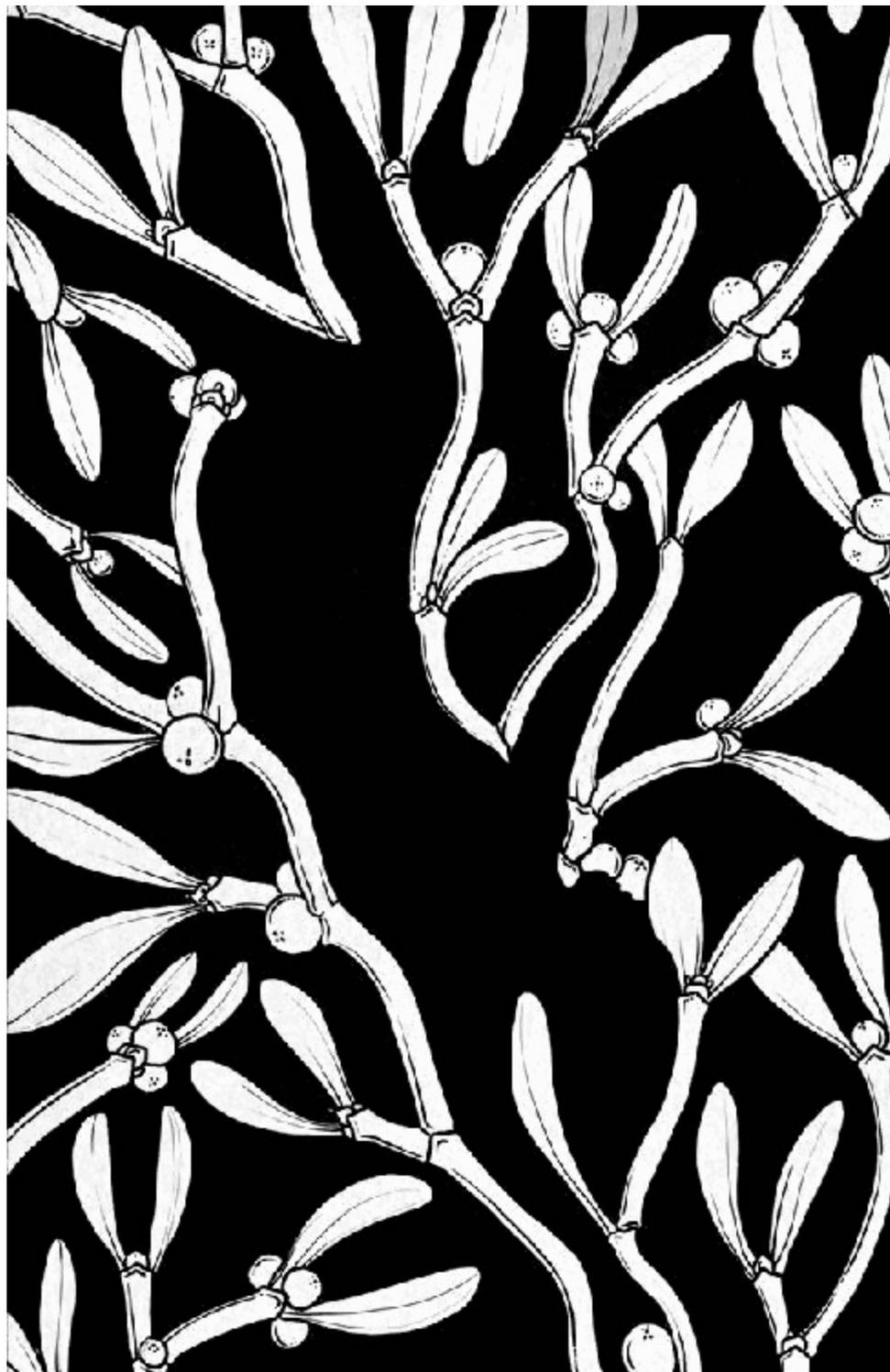
El ritual no es compatible con la multitarea.

El ritual es un tiempo extraído del tiempo. Bien hecho tiene profundos efectos psicológicos.

Estamos demasiado ocupados y demasiado distraídos. Todo el mundo sabe que el tiempo se acelera como un coche de carreras y que corremos a su lado intentando alcanzarlo. La Navidad es la época más atareada de todas, lo cual es una locura. Es muy agradable ir de aquí para allá para visitar a la familia y a los amigos, pero ¿por qué no disfrutar de una hora y media para uno mismo?

Empezar requiere un esfuerzo consciente, todo lo que vale la pena comienza con un esfuerzo consciente. Pero uno podría descubrir que este ritual o tu versión de algo parecido se convierte en una parte preciosa e inesperada de la Navidad.





LA NOVIA DE MUÉRDAGO

En esta parte de Inglaterra hay costumbre de jugar al escondite en Nochebuena. Se dice que la costumbre procede de Italia, donde la gente echa a suertes quién será el Demonio y quién el Papa. Una vez decidido, todos los demás corren a esconderse lo mejor posible. Acto seguido, el Demonio y el Papa registran la casa en busca de los pecadores. Unos se condenan y otros se salvan. Después cada cual tiene que dar una prenda al Demonio o al Papa. Por lo general un beso.

Esta noche mi marido anuncia que vamos a jugar al cazador y la corza. Las señoras se esconderán. Los caballeros les darán caza.

Mi marido me sienta con cariño en sus rodillas y me besa. Soy su captura, pero aún no me ha tenido. Ya habrá tiempo.

Es mi noche de bodas. En esta región la costumbre es casarse en Nochebuena. Es un día sagrado, pero en él brillan luces extrañas. Aún no es el día de Cristo; todavía es el día de las visitas inesperadas y las mascaradas.

Yo soy de otro sitio. De una región agreste, aunque de noble cuna. Mi nuevo marido, con sus treinta y cuatro años, me dobla en edad. Dice que soy lo más parecido a un pájaro que puede ser un animal que no tenga alas. Lo dice sin mala intención. Soy de huesos finos y no dejo huella al caer. Mis pisadas no dejan rastro. A mi marido le encanta mi cintura, fina como una soga. Dice que mis manos y mis pies son delicados como una tela de araña.

Me llama su hilado. Cuando nos conocimos me soltó con cuidado el pelo y me besó.

—Aprenderéis a quererme —dijo.

Soy la hija más joven de mi padre. Mi dote es pequeña y pensaba que me meterían en el convento. Pero mi nuevo marido es rico y le traen sin cuidado las joyas de su esposa. Yo soy su joya. Prefiere que resplandezca a su lado a que brille apenas detrás de la tapia del convento.

La costumbre aquí es que el vestido de boda lo ponga el novio; blanco, pero con una manchita roja donde quiera marcar la pérdida de la virginidad.

La doncella vino a vestirme para la boda. Me deseó salud y felicidad.

—¿Es mi marido un buen hombre? —le pregunté mientras me abrochaba el vestido.

—Es un hombre —dijo—. Lo demás tendréis que deducirlo vos misma.

Cuando acabó de vestirme me miré en el espejo plateado. La doncella tenía una botellita con sangre.

—Para la mancha —dijo.

Dio unos toquecitos con la sangre sobre mi corazón.

Mi futuro marido y yo habíamos viajado a caballo desde la casa de mi padre.

Los caminos se hallan en demasiado mal estado para ir en carroza. La región está cubierta de blanco, tapada con un manto de nieve. La brida de mi caballo tiene trazas de escarcha.

—Pureza —dijo mi marido—. Este mundo blanco es para vuestro día de boda.

Mi aliento era palpable. Creí poder interpretar las formas que exhalaba mi boca. Era como si estuviese hablando conmigo misma en un lenguaje vaporoso que nadie más entendía. Mi aliento formaba palabras.

AMOR. CUIDADO. VALOR. OCULTA.

Este juego me entretuvo en el largo carámbano de nuestro viaje. Mientras cabalgábamos por el bosque de Bowland, mi futuro marido se incorporó en los estribos y cortó una rama de muérdago de un roble. La retorció para hacer una corona y la colgó del pomo de la silla. Era para mí, dijo, cuando nos casáramos. Yo sería su Novia de Muérdago.

Lo miré de reojo; tiene tanta confianza en sí mismo... Yo soy tímida y

delicada. Me gustan su seguridad y su desenvoltura.

—Es nerviosa como una liebre —dijo mi padre—. Nerviosa como una liebre cuando no está a cubierto.

Mi marido dijo que él me cubriría. Todos sus hombres rieron, y mi padre también. Me ruboricé. Pero no es grosero.

Mientras avanzábamos imaginé que mi infancia había cabalgado conmigo un rato. Luego, en el primer cruce, había vuelto grupas y me había dicho adiós. Todos esos kilómetros solo había pensado en mi casa y en lo que dejaba atrás. Dejaba una parte de mí.

Otras partes de mí también desaparecieron en ese camino desolado. Mi parte libre, despreocupada y desconsiderada, como cuando estoy sola en el páramo, o leyendo boca abajo de noche a la luz de una vela: no pudo venir conmigo por más que lo intentó.

Cuanto más hablaba mi futuro marido amablemente de mis obligaciones, más me sentía atrapada en un largo día dando órdenes y recibiendo a gente.

No sería propio de la mujer del señor echarse una capa sobre los hombros y correr bajo la lluvia.

Pero en eso consiste crecer, y sin duda no había nada que temer. Otro nuevo yo me estaría esperando.

Trompetas. Banderas. Ruido de pasos. Destellos.

Mi señora, este es vuestro hogar.

Sí. Este lugar. El castillo. Antiguo y amurallado. Su familia lo construyó hace siglos. Es como si estuviésemos viviendo dentro de ellos.

Y, en el puente levadizo, ahí está: esperándome. Mi nuevo yo, mayor, más serio, más sombrío. Me saludó con la cabeza mientras pasaba sobre la lengua del puente levadizo. No sonrió.

Trompetas. Banderas. Cabezas inclinadas. Destellos. Música.

Estamos casados.

Mi nuevo marido me cogió de la mano y susurró que siempre me encontraría dondequiera que me escondiese. Me dijo que podía olerme.

Hundió la cara en mi cuello cuando estaba sentada en sus rodillas. Me dijo que era mi cazador, que dirigiré la casa como me plazca. Que aquí no puede

pasarme nada malo.

Mientras me acariciaba así con la nariz se oyó llamar con fuerza a la puerta. En Nochebuena la costumbre es que cualquier desconocido puede presentarse sin anunciarse y sin que se le espere, y hay que dejarle pasar con mucha pompa y ceremonia.

Pero es el día de mi boda.

Abrieron las enormes puertas. El ruido de los cascos retumbó en el amplio vestíbulo de piedra como si estuviese lleno de caballos y jinetes invisibles.

Una dama cubierta con un velo y vestida de verde llegó a lomos de una yegua negra. Frenó su montura. No desmontó. Mi marido fue hacia ella, le ofreció la mano y la ayudó a desmontar. Le besó la mano y le dio la bienvenida. La condujo hasta mí. No pude ver su rostro, pero sus labios eran rojos y su pelo negro.

—Mi esposa —dijo al presentarme a la dama, aunque me dio la impresión de que esas palabras suspendidas en el aire igual que mi diccionario de escarcha habrían confundido a un extraño que no habría sabido cuál de las dos lo era.

La dama inclinó la cabeza.

Sonó la música. Él bailó con ella, mirándola a los ojos, mientras yo observaba vestida de blanco y esperaba. Enseguida volvió e, inclinándose hacia mí, dijo:

—Es una costumbre... el Invitado Inesperado.

—Entonces ¿no la conocéis? —dije.

—¿Que si la conozco? —respondió con una sonrisa—. Es la Nochebuena.

Ahora la dama estaba bailando con otro. La sala estaba iluminada y el baile era animado y feliz. Bebí vino. Comí. Todos los invitados querían rendirme homenaje. Yo también estaba feliz. Las horas pasaron.

Y entonces...

Mi marido desenvainó la daga del cinturón y golpeó con fuerza la mesa con la empuñadura. La música cesó.

—¡Y ahora la caza! —dijo, y todo el mundo se rio.

Sacó del bolsillo una máscara blanca y me la dio. Las damas comenzaron a ponerse sus máscaras, y los caballeros también. Mi marido tenía una de

leopardo calada sobre los ojos como una visera. Empezó a contar.

Ahora era el momento en que las damas y yo corriéramos riendo y charlando por los pasillos grises y largos como un sueño.

No sabía por dónde iba. Las velas altas y gruesas de las ventanas con parteluz se alzaban inmóviles y silenciosas como criados, pero apenas iluminaban los pasadizos de piedra. Seguí a una joven de mi edad, que parecía conocer todas las escaleras y recovecos.

Mientras corría delante de mí, vi un par de puertas que daban a una estancia de techos altos. Ella siguió corriendo. Yo dudé y entré.

En la cama había dos cisnes tallados. Sobre la almohada había pétalos de rosas de invierno cultivadas en invernadero para la boda navideña.

Las velas de la habitación no estaban encendidas. Solo la luz del fuego iluminaba la escena.

Supe sin saberlo que esta era la cámara nupcial. Aquí era donde me traería cuando me encontrase. Aquí era donde empezaríamos nuestra vida juntos.

Colocados sobre la colcha dorada, como dos caballeros durmientes, había dos prendas, las dos blancas, aunque la suya estaba bordada con leopardos y la mía con corzas.

Sonreí al ver nuestras imágenes dormidas y en paz y me pregunté cuántos años yaceríamos el uno al lado del otro, antes de que el tiempo nos reclamara.

Sobre la almohada estaba la corona de muérdago; misteriosa, ponzoñosa, blanca como la muerte, verde como la esperanza.

Llevada por un impulso, me quité del cuello el colgante que me había dado mi padre como regalo de despedida. Lo besé y lo deposité sobre la prenda de mi marido. Así me entregaba a él. No tenía necesidad de cazarme.

Desbordante de felicidad, salí corriendo de la habitación, ligera como una sombra. Estaba en mitad de la casa. Me detuve a mirar y oí unos pasos no muy lejos que retumbaban en las escaleras de piedra. ¡Rápido! ¡Escóndete!

Supe que era él.

Debajo de la ventana, al final del pasillo, había un gran arcón antiguo.

Apenas conseguí levantar la tapa. Tiré con fuerza. Oí voces que ascendían dando vueltas y vueltas por las escaleras de la torre. Abrí la tapa y salté adentro. El arcón estaba vacío y era bastante más grande de lo que esperaba.

Pude sentarme cómodamente mientras aguardaba.

Sí. Su voz. Sus pasos. Pronto levantaría la tapa y me llevaría a nuestra cámara nupcial. Contuve una risa de felicidad y expectación. Tal vez le había pedido a la chica que me llevara hasta allí.

Y luego oí la voz de una mujer. La oí reírse y preguntar:

—¿Aquí?

—Aquí no —respondió él.

—¿Dónde entonces? —dijo ella—. ¿O es que habéis cambiado de idea?

Ahora fue él quien se rio. Luego silencio. O algo parecido al silencio, si es que los besos y los toqueteos son silencio. Abrí la tapa del arcón lo suficiente para ver.

Apoyada en la pared estaba la dama de verde. El Invitado Inesperado. En honor de la Pascua de Navidad.

Se había bajado el vestido hasta el talle y mi marido tenía las manos en sus pechos. Las de ella estaban en su espalda y más abajo, tirando con ansia de la camisa para sacarla de los calzones. Él retrocedió, se quitó el jubón y la camisa sin hacer caso del frío. Era apuesto. Fuerte. Esbelto. Sin apartar los ojos de su rostro, ella le desabrochó los calzones y se arrodilló.

Quise dejar de mirar. Ya lo había visto antes. De día y en sueños. Había visto a los mozos de cuadra con las criadas. Ahora estaba viendo a mi marido. Sentí deseo, emoción, temor y noté un desagradable sabor a vómito en la garganta. Estuve a punto de levantar la tapa del arcón y enfrentarme a ellos. Pero mi marido obligó a la dama a ponerse en pie, le dio la vuelta y la empujó contra el arcón. Oí el chasquido de la tapa, el frufú de su falda, luego el ruido de ellos y de su placer.

El arcón resistió el asalto. Alcé la mano, justo debajo de su vientre, apenas nos separaba un centímetro de madera. Deslicé la palma por la tapa hasta donde él había entrado en ella. Respiré a la vez que ellos dos y esperé.

Esa fue mi noche de bodas.

No tardé en oírles marchar. Sus risas y sus susurros. Luego sus pasos por las oscuras escaleras de piedra.

Tenía las manos húmedas y temblorosas y no me quedaban fuerzas, así que me puse a cuatro patas y empujé la tapa con la espalda.

No pasó nada. Estaba atrapada.

Tenía el cuerpo empapado de sudor. El corazón me latía a toda prisa.

Inhalé el poco aire que había, y me las arreglé para tumbarme boca arriba y empujar la tapa con los pies.

El arcón era viejo pero no cedía. El ligero chasquido que había oído cuando él la empujó había sido el pestillo, que llevaba años sin usarse, y ahora estaba enganchado en el hueco oxidado.

Grité. Me oiría. Alguien vendría. Alguien. Respira. Escucha. Respira. No queda aire. Lo único que se oía era el vacío. ¿Por qué iría a su cámara nupcial sin su esposa?

¿Que si me desmayé? Creí estar en casa a la orilla del río esperando a que saliera el sol. ¿Pasé allí toda la noche? Luego comprendí con horror que nunca volvería a ver salir el sol. Mi cuerpo era como una niebla evaporándose.

AMOR. CUIDADO. VALOR. OCULTA.

Las palabras llenaron el espacio cada vez más y más pequeño del arcón. El espacio cada vez más y más pequeño de mi pecho. Con mi último aliento..., con mi último aliento...

No morí.

Me vi tumbada en el suelo junto al arcón, la doncella estaba a mi lado.

—He visto lo que habéis hecho —dijo—. He visto lo que han hecho ellos.

—Me enfrentaré a él —le dije.

Pero ella negó con la cabeza.

—Esa dama es su prima. El obispo le ha prohibido desposarse con ella.

Necesita un heredero. Cuando se lo hayáis dado, se librá de vos y se casará con ella como desea.

—¿Se librá de mí?

—Os envenenará con bayas de muérdago. La próxima Navidad destetarán al niño que concibáis hoy. Vuestro cometido estará cumplido. Y ella vendrá a buscarlo, igual que ha venido esta noche.

—¿Quién lo sabe? —pregunté.

—Todos lo sabemos.

—Entonces ¿me ayudaréis a escapar?

Me ayudó. Me buscó ropa en el armario de mi esposo. Demasiado grande,

pero mi cuerpo estaba seguro en ella.

Me quité el vestido nupcial y lo guardé en el arcón. Cogí unas monedas de oro y de plata de su habitación, y le di a la doncella las únicas monedas que había cogido de mi casa. Dejé el collar donde estaba, sobre su camisa de dormir, para que me recordara.

La doncella me guio por unas escaleras que me llevaron a una puerta al pie del castillo.

La figura oscura y encapuchada que había visto al entrar aún esperaba, inmóvil en el puente levadizo. La figura se volvió hacia mí. La miré, desafiante, y negué con la cabeza. El futuro no está fijo a menos que nosotros lo permitamos.

Me alejé del castillo iluminado hacia la negrura de la Navidad. Anduve a través de la noche como si la noche fuese un país que pudiera atravesarse, y al amanecer del día de Navidad llegué a un convento que había a unos kilómetros de allí y tiré y tiré de la campana con tanta fiereza como si fuese el principio del mundo.

Las monjas llegaron corriendo a la puerta y me acogieron.

Dijeron que en Navidad siempre se producía algún milagro o algún misterio inexplicable.

No me pidieron explicaciones y yo tampoco se las di.

Y así me quedé en el convento del Primer Milagro. Soy quien elabora la cerveza. Mi misión es convertir el agua en vino.

Dos años después, el día más corto del año, en el solsticio de invierno, llegó un mayordomo del castillo a comprar unos barriles de mi hidromiel. El señor del castillo iba a casarse de nuevo.

—Es un hombre desafortunado —dijo el mayordomo—. El pasado día de Año Nuevo se casó con una joven. Eran muy felices. Tuvieron una criatura, un niño, y luego ella se cayó al foso. A menudo se aparece su fantasma; merodea por las gélidas almenas que dan al sitio donde cayó al agua y notó el hielo cerrarse sobre su cabeza.

Yo no sabía que se hubiera casado. Al menos no tan pronto. Le di más vino al mayordomo.

—Creía que el señor se había casado ya —dije—. La llamaban la Novia de Muérdago.

—¡Ah, sí! —respondió el mayordomo—, ya os he dicho que es desafortunado. Esa dama desapareció en su noche de bodas, hace dos navidades. Nadie sabe qué fue de ella.

Luego se inclinó hacia delante con aire confidencial y me susurró que se contaban otras historias. El vestido nupcial de la novia había aparecido en un viejo arcón con el cuerpo totalmente descompuesto. Cuando los criados sacaron el vestido, el cuerpo había desaparecido y no había más que polvo.

—Es una historia muy rara —le dije al mayordomo—, y, como decís, el señor del castillo es desafortunado en amores. ¿Con quién va a casarse ahora? ¿Una joven de buena cuna?

El rostro del mayordomo se ruborizó y no con los vapores del vino especiado.

—El señor del castillo ahora tiene un hijo y heredero, pero no tiene esposa y el obispo le ha autorizado a desposar a su prima.

—Con el cabello oscuro, la boca roja y un vestido verde —dije casi para mis adentros.

El mayordomo pareció sorprendido.

—Sí —dijo—. Dicen que hace tiempo que son amantes.

—Murmuraciones —respondí—. Sin duda.

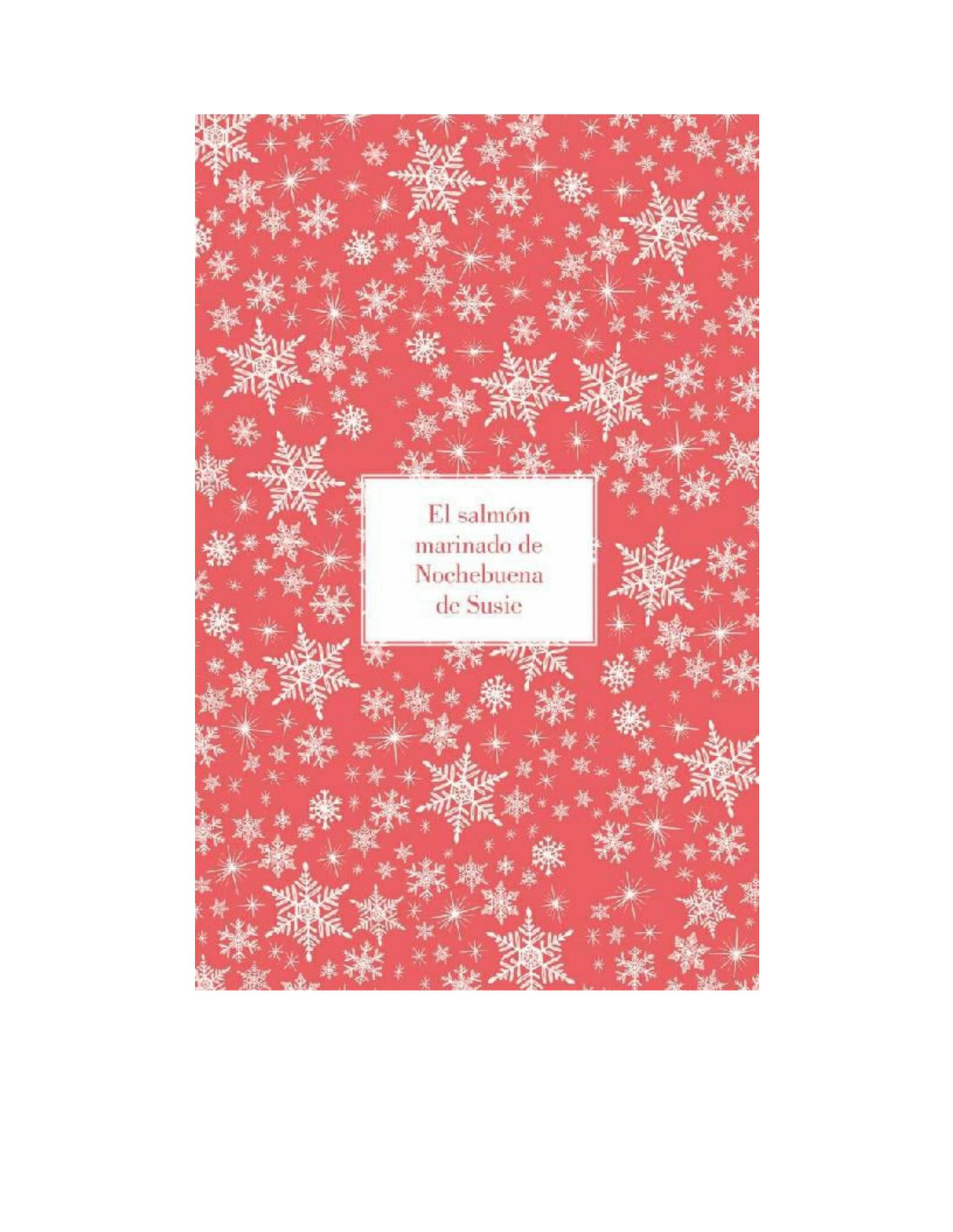
—Sin duda.

Mandé cargar los barriles en el carro, pero antes le di uno especial, un tonel para el novio, la novia y su cáliz de amor. Trencé una corona de muérdago en forma de lazo nupcial.

—Regalo del convento —dije.

Lo que no le dije es que había añadido un destilado de bayas de muérdago. No tiene sabor. Solo el sueño del que nadie despierta.





El salmón
marinado de
Nochebuena
de Susie

En la receta del bizcocho borracho al jerez de mi padre contaré cómo pasó su última Navidad conmigo y luego murió antes de Año Nuevo.

Cancelé todas mis obligaciones de enero, entre ellas una cita con la psicoanalista Susie Orbach a propósito de su último libro, *Bodies*.

Hacía años que la leía y me encantaban sus clásicos: *Fat is a Feminist Issue* y *The Impossibility of Sex*. Pero no nos conocíamos en persona.

Al recordarlo, creo que fue providencial que no nos conociéramos ese triste enero de 2009.

Yo acababa de salir de una larga crisis nerviosa. Lo he contado en *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?* Me encontraba mejor, ya no estaba mentalmente enferma. No tenía la sensación de que la gente pudiera atravesarme con la mano igual que a un fantasma en vida; estaba volviendo a solidificarme. Pero aún no estaba preparada para enfrentarme al mundo exterior. Y entonces murió mi padre, y, aunque no empeoré, fue significativo.

Susie, como pronto sabría yo, estaba saliendo de un doloroso divorcio después de treinta y cuatro años casada con un hombre maravilloso, o, supongo que es justo decirlo, con un hombre que había sido maravilloso.

Ahora él vivía con otra persona, y Susie había hecho lo más sensato y había pasado un duelo de dos años desde que se separó sin amargarse ni venirse abajo.

De modo que, cuando por fin nos conocimos en abril de 2009, las dos estábamos volviendo a empezar. Lo que no imaginamos era que empezaríamos la una con la otra.

Los amores son como el descubrimiento de un mundo nuevo. El mundo que descubrimos la una en la otra estaba lejos de nuestra geografía conocida.

Sobre todo porque Susie siempre había sido felizmente heterosexual. Y yo no estaba interesada en hacer de misionera con mujeres heterosexuales.

Por suerte, el amor es flexible. El sexo fue la menor de nuestras diferencias.

Soy solitaria por naturaleza. Vivo en un bosque. Necesito un tiempo no lineal para imaginar y escribir. Puedo pasarme semanas sin hablar con nadie.

El sitio donde soy más feliz es mi jardín. Me encanta dormir. Las vacaciones en la playa no me van. Y mi época favorita del año es la Navidad.

Susie es sociable, extrovertida, ruidosa y atareada, tiene una vida en Nueva York (su madre era neoyorquina, su hija vive allí y Susie pasó años en esa ciudad con su marido norteamericano), le encanta estar en un avión rumbo a alguna parte, adora ir a tomar el sol a Miami, apenas duerme, no le gusta la jardinería (se le estropean las uñas), es ultraurbana y judía.

Eso último tiene importancia en Navidad.

Nuestras primeras navidades juntas aparecí con una gigantesca guirnalda hecha a mano de acebo y hiedra del bosque de detrás de mi cabaña.

—Es para la puerta de tu casa —le dije.

—¿Estás loca? —respondió.

Pero con el paso de los años hemos encontrado formas de sobrellevar la Navidad. Es cierto que, por lo general, consisten en que Susie se vaya unos días a Miami con amigos, y yo me quede en casa leyendo al lado del fuego, pero en Nochebuena siempre celebramos una gran fiesta en su casa y a su manera.

Si se mira mi Nochebuena, se verá que tengo mi propio ritual para señalar el inicio de los doce días de Pascua navideña. Es lo que me gusta... y después hay tiempo de sobra para una fiesta.

Querer a alguien muy distinto —no solo desde el punto de vista cultural sino también del temperamento— es un desafío. Susie y yo hemos aprendido a no confundir un desafío con una pelea. Nos peleamos, claro que sí, pero procuramos no discutir por ser quienes somos.

Es como el chiste: ¿te enamoras de alguien por cómo es y te pasas el resto de la vida peleándote por cómo es?

Somos diferentes. Y, o queremos que la cosa funcione, o no. No es una guerra de a mi manera o a la tuya, es una experiencia compartida.

En cualquier caso, ¿qué hago cuando se hace tarde y la fiesta se vuelve más ruidosa? Doy un paseo alrededor de la manzana y me voy a dormir.

Feliz.

Aquí va un delicioso plato de la cocina de Susie.

INGREDIENTES

3 lb (1,4 kg) de salmón crudo de la mejor calidad, fileteado y sin espina

Una taza grande de sal marina o sal *kosher*

Una cucharadita o menos de azúcar glas

Un vasito de vodka de patata de la mejor calidad

Rábano picante

También se necesita una bandeja grande para el pescado, mucho papel de aluminio y unos ladrillos o pesos pequeños.

Susie dice: «Lo llamo salmón marinado aunque rompe todas las normas — poco azúcar y nada de eneldo—. No le pongo remolacha porque, aunque me gusta el color, no veo que mejore el sabor y produce demasiado líquido. No soy muy aficionada al eneldo, si bien a veces rallo un poco de rábano picante entre los dos filetes de salmón. Depende del gusto de cada cual.

ELABORACIÓN

Se secan los dos filetes con servilletas de papel. Se quitan con pinzas las espinas que queden. Se cubre la bandeja de papel de aluminio. Sin cortarlo: luego hay que envolverlo alrededor del pescado.

En una tabla grande o una superficie limpia se ponen los dos filetes con la piel hacia abajo y se echa el vodka por encima. Se mezcla la sal con el azúcar y se extiende de manera UNIFORME por encima de los dos filetes con las manos.

Se coge uno de los filetes y se coloca en la bandeja cubierta de papel de aluminio, con la piel hacia abajo. Después se coloca el otro encima con la piel hacia arriba, de manera que quede carne de salmón contra carne de salmón.

Se envuelven bien los filetes en el papel de aluminio. Luego se cubren con otra vuelta de papel de aluminio.

Se colocan los pesos de modo que estén distribuidos de forma uniforme

sobre el pescado.

Se mete en la nevera y se deja reposar doce horas. Cada doce horas se saca, se escurre el líquido, se le da la vuelta al pescado y se vuelven a poner los pesos. Habrá bastante que escurrir.

Se hace eso cuatro veces. El salmón necesita marinarse cuarenta y ocho horas para estar en su punto.

Cuando el salmón está listo, se seca el pescado dando toquecitos con una servilleta absorbente pero no muy fina. También se puede utilizar un trapo de cocina limpio. Se coge un cuchillo afilado como un arma y se filetea el salmón lo más fino posible, en un ángulo horizontal. Se ralla un poco de rábano picante, y si se quiere, se añaden ramitas de eneldo para que quede más bonito.

Si alguien quiere salsa, se puede preparar una mayonesa con un poco de vodka.

Se sirve con vodka de patata recién sacado del congelador.

Y LA MAYONESA...

La mayonesa no tiene ningún misterio. A los estadounidenses les cuesta porque guardan los huevos en la nevera. Los huevos de la mayonesa deberían estar a temperatura ambiente. Si hay un secreto, es ese.

Se separan tres huevos orgánicos. Las claras no hacen falta.

En un cuenco tibio se remueven o baten las yemas hasta que estén viscosas, y se va añadiendo muy despacio un aceite de oliva excelente que no sea demasiado afrutado, tal vez un poquito de limón, desde luego un poco de vodka si se va a tomar con el salmón y una pizca de sal. Si lo prefieres, puedes añadirle mostaza de Dijon. Mucha gente añade vinagre, para el salmón marinado yo no le pongo.

La primera vez, como todas las primeras veces, hay que seguir probando hasta que esté a nuestro gusto.

La mayonesa casera con patatas fritas y un buen filete es un plato para el día después de una fiesta que incluso J. W. hace a mi gusto. Pruébalo si has comido salmón marinado en la fiesta de Año Nuevo y necesitas algo para la

resaca.







LA PRIMERA NAVIDAD DE O'BRIEN



Cualquiera podía ver la pantalla electrónica. Daba más miedo que la que nunca paraba de calcular la deuda nacional. Esta decía: FALTAN 27 DÍAS DE COMPRAS PARA NAVIDAD.

Lo mismo podía haber dicho: FALTAN 27 DÍAS DE COMPRAS PARA EL APOCALIPSIS. El frenesí era idéntico: la precipitación para comprar un montón de cosas que ni necesitabas ni podías permitirte. Cosas tan poco deseadas que se daban como regalo, esa extraña palabra, un significante que significa «decepción que se puede sostener en la mano».

Y comida. ¿Por qué en esta época del año es tan esencial almacenar *pretzels* cubiertos de chocolate? ¿Por qué todo el mundo quiere rellenos instantáneos? ¿O bebidas que son una mezcla de whisky barato y leche esterilizada? ¿O chocolatinas finas de menta?

A O'Brien le habría gustado saber lo de las chocolatinas finas de menta.

¿Cuál era la palabra más importante? ¿Chocolatina? ¿Fina? ¿Menta? ¿Estaban pensadas esas chocolatinas para gente anoréxica? Chutes finos de menta. ¿Tendría algo que ver con el relleno? O'Brien había probado personalmente el relleno de todas las chocolatinas. Y también había probado personalmente todas las botellas llenas de loción corporal. El color, la textura y el olor eran idénticos. En alguna parte, en una ciudad ignota que nadie visitaba y que no aparecía en los sistemas de navegación, había una fábrica dedicada a la manufactura de material pegajoso. Tanques enteros, elaborados a lo largo de todo el año, almacenados a baja temperatura y vendidos a los negociantes que lo comercializaban solo en Navidad.

Los grandes almacenes en los que trabajaba O'Brien se enorgullecían de

no quedarse nunca sin existencias. Podías comprar cuanto quisieras y al día siguiente los estantes milagrosos volvían a estar llenos. Solo se contentaban con demasiado.

A O'Brien no le gustaba la Navidad. Si volvía a su casa en Cork, un enjambre de tías le preguntaba por su futuro matrimonial. Su padre le preguntaba por su futuro profesional. Su madre le preguntaba por su pelo.

Siempre había sido castaño y lacio. Se lo cortaba recto en la nuca y el flequillo.

—¿Por qué no te arreglas más? —decía su madre—. No eres ninguna belleza, pero ¿tienes que parecer siempre la más sosa de la fiesta?

O'Brien llevaba ropa marrón. Su pelo era marrón. Su alma, según pensaba, era marrón. Había leído un libro titulado *Cómo brillar*, pero no pudo pasar de la primera frase: SOY UNA CHISPA EN LA BENGALA DE LA VIDA. Solo decirlo ya la deprimía.

A todas sus amigas les iba mejor que a ella. Aunque vete a saber qué significaba eso. No había hecho nada que se quedase en el cedazo de la apreciación del mundo.

—¿Y cómo has dicho que te ganas la vida?

O'Brien estaba harta de ser la más pequeña de la camada, aunque a su manera tenía un orgullo feroz. Estaba convencida de que podía hacerlo mejor que nada... y nada, o eso le parecía, era lo que quedaba cuando quitabas el envoltorio de la vida de la gente. Se empaquetaban muy bien, pero ¿qué había en la caja?

Pero, si no volvía a Cork, tenía que quedarse sola en Londres. No sola, porque su casera no iba nunca a ningún sitio, por una cuestión de principios.

Pertenecía a la Iglesia de la cienciaología y estaba esperando liberarse de sus engramas negativos. O'Brien entendía que eso era una complicación si querías irte de vacaciones.

—Y además soy húngara —decía su casera.

Nunca explicaba qué importancia tenía eso, pero era su posición por defecto. Si alguno de sus inquilinos le pedía algo —una alfombra nueva o un día más de plazo para pagar el alquiler—, nunca respondía que sí, y nunca respondía que no, se encogía de hombros y movía pesarosa la cabeza.

—Soy húngara.

O'Brien trabajaba en el departamento de Mascotas de unos grandes almacenes y tenía derecho a un treinta y cinco por ciento de descuento en cualquier ser vivo. Tenía sentido comprarse una mascota y además le habría hecho compañía, pero su casera no quería ni oír hablar del asunto.

—El pelo transporta las moléculas perdidas —decía—. ¿Y qué hay más peludo que un animal?

O'Brien no sabía si había algo más peludo que un animal. En vez de eso le propuso un acuario pequeño de peces tropicales. Su casera se encogió de hombros y movió la cabeza.

—Soy húngara —dijo.

Así que a O'Brien le esperaban otras navidades sola.

En el descanso del almuerzo se conectó para echar un vistazo a los corazones solitarios. Había tantos sitios donde escoger, y aún parecía haber más en Navidad, igual que había más de todo. ¿Cómo podía haber tantos hombres y mujeres sanos, delgados, inteligentes, solventes, sexis, sin perversiones evidentes y con sentido del humor que fuesen a pasar las navidades solos?

Igual que ella.

O'Brien ya había probado las citas por internet. Su perfil de ordenador la había emparejado con un joven menudo y nervioso que afinaba pianos.

O'Brien había marcado las casillas que decían que le gustaba tocar el piano y que no le gustaban los hombres altos y ruidosos. Así que le habían enviado al chico callado del diapasón. Casi no había dicho nada en la cena: O'Brien había marcado la casilla que decía que le gustaba una cena tranquila, pero eso no significaba que le gustase una cena tan tranquila que su acompañante apenas hablase.

Al final de la velada su acompañante le propuso que se casaran con una licencia especial. O'Brien declinó con la excusa de que un romance apasionado sería demasiado cansado con tan poca práctica. Sería como hacer una hora de aeróbic cuando no aguantabas cinco minutos en la bici estática.

Le preguntó por qué tenía tanta prisa.

—Tengo una enfermedad cardíaca.

O sea que era como el aeróbic.

Luego se apuntó a un club de fotografía, pensando que la era digital habría convertido la habitación oscura en algo del pasado y no habría manos peludas manoseándola detrás de las cortinas. En último término resultó que el club era una tapadera para un grupo de travestis. Eran muy simpáticos, le regalaron unos bolsos, pero siguió soltera.

Las tías de Cork le dieron su CONSEJO:

—No piques demasiado alto, chica.

Pero lo hizo. A O'Brien le habían gustado las estrellas desde que era una niña y vivían en una casa al lado de una carretera de campo. Allí, cuando la acostaban, se asomaba por la ventana todas las noches e intentaba contar los miles de puntos de luz.

Ahora que era una mujer joven en una ciudad iluminada con luz de sodio, más que verlas tenía que imaginárselas. Pero siguió mirando al cielo: a las constelaciones, a las Siete Hermanas, tan novelescas allí solas, y a Orión, el cazador, con su perro-estrella detrás de sus talones. En diciembre, cuando brillaban las estrellas, a veces iba dando un paseo a Hampstead Heath, solo para contemplar la oscuridad. Para contemplar la noche y verse a sí misma feliz en otra vida.

Su jefe pasó por allí. Iba silbando «Climb Every Mountain». Su mayor afición era silbar. Tenía muchos amigos porque en el mundo entero hay gente a quien le gusta silbar y desde que apareció internet pueden silbarse unos a otros.

Le regaló a O'Brien un elfo de chocolate y le dijo que se animara. ¡Es Navidad!

—Descubre tu sueño —le dijo a O'Brien.

—¿Cuándo empezó eso de buscar tu sueño? —respondió O'Brien.

Su jefe la miró con gesto inexpresivo y se fue con su bolsa de elfos de chocolate a comprobar qué tal estaban los hurones.

O'Brien habría querido saber si la industria del sueño había empezado con Martin Luther King. Pero él tenía un sueño que valía la pena sacar a la luz.

Luego pensó en los sueños como mensajes, los sueños chamánicos. Después pensó en ellos como deseos reprimidos, los sueños freudianos. Por fin pensó en Joseph Campbell y en sus sueños como símbolos de la vida interior.

Los sueños eran tan fatigosos que no entendía cómo nadie se atrevía a

dormir por las noches.

La tienda estaba cerrando. O'Brien fue a su taquilla a por sus cosas. Entró en el servicio de señoras y se miró en el espejo. Marrón, pensó. Mi vida es demasiado marrón.

Incapaz de hacer otra cosa con esa idea que sentirse agobiada, se dirigió al ascensor. Para eso tuvo que recorrer un pasillo de estrellas y pasar por debajo de un enorme cartel que decía: SIGUE TU ESTRELLA.

Todo el mundo se guiaba por las estrellas para navegar; no había otra manera. ¿Suponía alguna diferencia si mirabas el cielo en lugar de a una pantalla? ¿Una diferencia para tu sentido del ser?

—¿Qué has dicho?

Acababa de salir de LA CUEVA DE SANTA CLAUS. Como era natural, en unos grandes almacenes la estrella conducía a una oportunidad comercial.

Santa Claus ya había terminado de trabajar. Se quitó la barba y el sombrero. Era joven, moreno e iba bien afeitado.

—Has dicho algo sobre mirar el cielo y no una pantalla.

—Estaba hablando sola —dijo O'Brien—. Siempre se me olvida que cuando vives en una gran ciudad los únicos que hablan solos son los locos.

—Yo también soy de campo —respondió Santa Claus.

—¿De dónde?

—Del Polo Norte.

—Pues ¡qué coincidencia que estés interpretando a Santa Claus! —Luego O'Brien reparó en que, como de costumbre, no había pillado el chiste. Se ruborizó y se alejó a toda prisa, odiándose a sí misma.

Cuando llegó a su casa esa noche, la casera estaba colgando una guirnalda de acebo en la puerta.

—No es para mí, ya sabe —dijo—. Es por los inquilinos. Yo soy húngara.

O'Brien entró. El vestíbulo estaba lleno de cadenitas de papel. La casera la siguió y le pidió ayuda. Enseguida O'Brien se vio sosteniendo los extremos de las cadenas de papel mientras la casera subía y bajaba a la escalera de aluminio, con la boca llena de chinchetas como los dientes de un vampiro.

—¿No vas a volver a casa por Navidad? —preguntó la casera. Era una pregunta pero sonó como una orden.

—No. Estoy decidida a pensar en mi vida y cambiarla. Mi vida no tiene sentido. ¿De qué sirve?

—La vida no tiene sentido —dijo la casera—. Harías mejor en casarte o apuntarte a clases vespertinas.

Esto era demasiado circular para O'Brien. Había intentado hacer las dos cosas.

—Tu pasado es tu trauma —continuó la casera—. Si ingresas en la ciencia, puedes limpiar tus engramas y convertirte en Tétana.

—¿Usted es Tétana?

—Yo soy húngara —dijo la casera. Y luego, tal vez porque O'Brien le pareció triste, tal vez porque era Navidad, tal vez porque era húngara, dijo—: ¿Puedo invitarte a cenar una lata de sardinas? No son en aceite, sino con salsa de tomate.

Sola en su habitación, O'Brien hizo una lista mental de las cosas que la gente consideraba su futuro: los niños y el matrimonio, en eso las tías de Cork tenían razón. Un buen trabajo, el dinero, más dinero, los viajes, la felicidad.

La Navidad hacía girar la lente y enfocaba estas cosas. Si tenías alguna, todas o cualquiera de ellas, podías sentirte especialmente complacido contigo misma los doce días de familia y celebraciones. Si no tenías alguna, todas o ninguna, notabas más su falta. Te sentías como una extraña. ¿Y si no podías permitirte comprar regalos? Qué raro que una festividad pensada para celebrar el nacimiento más austero hubiese acabado convertida en una celebración del consumo más exagerado.

O'Brien no sabía mucho de teología, pero sí que algo fallaba en alguna parte.

—A lo mejor es que no soy normal —dijo en voz alta.

—Todos deberíamos procurar ser normales —dijo su casera, apareciendo en el umbral sin llamar a la puerta—. Ser normal no es malo. Aquí están las sardinas.

No es malo, se dijo O'Brien, pero ¿qué es bueno para mí?

Pasó la noche despierta, con la radio puesta, escuchando música y programas de entrevistas. Había una historia de una princesa a la que

invitaban a un baile. Su padre le dejaba elegir entre cien vestidos, pero ninguno le quedaba bien y él se negaba a permitir que los arreglase. Sin vestido no hay baile. Pero la princesa se descolgaba por la ventana y corría al baile con el cabello suelto y su camión de seda. Y aun así era más guapa que nadie.

O'Brien debió de quedarse dormida o no habría podido despertarse con la sensación de que ya no estaba sola en el cuarto. Tenía razón. Sentada al pie de la cama había una mujer menuda con aspecto de elfo y con un tutú de organza.

O'Brien no se dejó llevar por el pánico. La otra inquilina de su mismo rellano trabajaba en espectáculos para adultos. Todos los amigos de Vicky llevaban ropa extravagante y algunos iban a visitarla tarde, al acabar su turno.

—La habitación de Vicky está al lado de las escaleras —dijo soñolienta O'Brien.

—Soy el Hada de la Navidad. He venido a preguntarte tu deseo.

O'Brien reparó en que su visitante debía de estar borracha. Sacó las piernas de la cama y se sentó.

—Vamos, te diré dónde es.

—Esta es la dirección que me han dado —dijo el hada—. Tú eres O'Brien.

He venido a concederte un deseo. Puedes pedir amor, aventura, lo que quieras. Dinero no concedemos.

O'Brien se quedó pensando un momento. Debía de ser una broma de algún conocido, aunque ella no tenía conocidos. Decidió seguirle la corriente.

—Muy bien, ¿qué puedes ofrecerme?

El hada sacó un iPad. ¿Qué clase de hada tiene un iPad?

Leyéndole el pensamiento, el hada dijo:

—Los seres elementales funcionan con energía eléctrica. Los humanos han empezado a avanzar. Con nosotros los iPads se cargan solos. Algún día llegaréis a eso.

O'Brien miró la pantalla. Leyó el encabezamiento: «Hombres disponibles».

—Elige un pibe —dijo el hada.

—Querrás decir un píxel —respondió O'Brien.

El hada pareció molesta y borró la pantalla.

—Aquí tienes todas las mujeres disponibles. A mí tanto me da.

—¿No deberías decirlo canturreando? —dijo O'Brien.

—¿Por qué? —dijo el hada—. ¿Te aburren las conversaciones?

—No, pero eres una especie de telegrama cantante, o página web cantante o...

—Soy un hada —dijo el hada—. Tu tía O'Connor me convocó por error... luego, como no sabía qué hacer conmigo y si me convocan no puedo irme hasta haber cumplido mi misión, me envió a verte. ¿Lo entiendes ahora?

No lo entendía. O'Brien miró el reloj: las cuatro y media de la mañana.

—Se acaba el tiempo —dijo el hada—. ¿Cuál es tu deseo?

—Muy bien —dijo O'Brien, que quería volver a dormirse—. Quisiera ser rubia.

—Es un deseo muy frívolo —dijo el hada—, pero es tu deseo. Como estamos en Navidad, añadiré un lavado, corte y cambio de estilo. Cuando despiertes tu deseo se habrá concedido.

—¿Adónde vas a ir ahora? —dijo O'Brien.

—Se ha acabado mi turno. Tengo una cita con un píxel.

O'Brien durmió profundamente. Siguió dormida cuando sonó el despertador y se despertó tan tarde que solo tuvo tiempo de ducharse y ponerse la ropa medio a oscuras: al menos, como era marrón siempre combinaba.

En el ascensor, de camino al departamento de Mascotas, se encontró con Lorraine, del departamento de Lencería, que también estaba en el sótano.

—¡Vaya! —dijo Lorraine—. ¡No te había reconocido! ¡Tu pelo es increíble! ¡Te debe de haber costado una fortuna!

Lorraine siempre hablaba con signos de exclamación porque ¡tenía que vender sujetadores y bragas con las que las mujeres estuviesen fantásticas!

De camino a su taquilla, O'Brien se chocó con Kathleen, de Muebles y Tapicería.

—Te queda muy bien. Pero deberías maquillarte más.

¿Más? O'Brien no se maquillaba nunca, así que escoger un lápiz de labios ya sería maquillarse más. Podía hacerlo.

Fue al lavabo de señoras y se miró en el espejo.

Era rubia. Rubia como una vikinga. Tenía el pelo rubio con mechas de color miel. Su pelo era grueso y flexible. Tal vez fuese una peluca. Tiró de él.

No lo era.

Había gente a quien el pelo se le volvía blanco en una noche..., pero ¿podía una volverse rubia? ¿Y en invierno? Como una mazorca. Como la polenta. Como el pastel de Madeira. Los limones. No había comido nada amarillo. Debía de estar enferma. Debía de tener ictericia. Eso es amarillo.

Pero no se sentía enferma. Se sentía extraña e inexplicablemente feliz.

Cuando salió del servicio de señoras se encontró con Santa Claus, que salía del de caballeros, con unos pantalones rojos, unos tirantes y la chaqueta ribeteada de piel en la mano.

—¿Me puedes abrochar el relleno en la barriga? —preguntó.

Tímida, O'Brien le rodeó el almohadón sobre el vientre plano con el cinturón y se lo abrochó en la espalda. Notó su calor.

—Necesitas una buena comida —dijo.

—¿Es una invitación? —preguntó él, pero como estaba de espaldas no la vio ruborizarse. Cuando terminó, él se volvió y le miró la cabeza. Al menos medía treinta centímetros más que ella—. ¡Bonito pelo! —dijo—. Te lo hiciste anoche, ¿no?

—Más o menos —respondió O'Brien. Luego añadió—: ¿Tú crees en las hadas?

Enseguida se arrepintió.

—¡Pues claro! ¡Soy Santa Claus! —Tenía una sonrisa amable y cordial y una mirada franca—. Oye, tengo que hinchar dos docenas de gnomos inflables para la fiesta de Nochebuena de los niños en la cueva. La cueva es de poliestireno, que no es bueno para los pulmones, así que no voy a hincharlos ahí. ¿Por qué no me ayudas? Podemos hincharlos en el departamento de Mascotas. Luego te invito a comer.

—¿Cómo sabes que trabajo en Mascotas? —preguntó O'Brien, pero Santa Claus, que en realidad se llamaba Tony, se limitó a sonreír por toda respuesta.

En el café vegetariano de la esquina, donde todos los pasteles de lentejas se servían con su propia ramita de acebo, Tony le preguntó a O'Brien si le gustaría ir con él al teatro.

—Soy actor. Ahora mismo estoy sin trabajo, pero mis amigos salen en la obra. Podemos ir gratis.

—¿Podemos quedarnos hasta después de medianoche? —preguntó O'Brien.

Tony pareció confundido.

—Claro, luego iremos a tomar una copa. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Quiero ver qué le pasa a mi pelo, como el peinado me lo hizo un hada... Quiero decir que a lo mejor se vuelve castaño después de medianoche.

Tony se rio.

—Me gustan las chicas que saben reírse de sí mismas. Tienes mucho sentido del humor.

O'Brien se quedó perpleja. ¿No era eso lo que quería todo el mundo en las páginas de corazones solitarios? ¿MSDH?

Fueron al teatro, a O'Brien le gustaron los amigos de Tony y a ellos les gustó ella, y cuando faltaban cinco minutos para medianoche, caminaron hasta la esquina donde vivía O'Brien y el reloj dio las doce.

—¿Crees que podría besarte antes de que llegue el hada? —le preguntó Tony.

Al día siguiente O'Brien tenía el día libre. Así que fue de compras como todo el mundo. Compró un poco de ropa —nada marrón—, comida apetitosa y, en honor a la ocasión, un juego de luces de hadas.

Luego el hombre del puesto de la esquina le ofreció un árbol de Navidad a mitad de precio. Cargó con él hasta casa. La casera la vio llegar.

—Veo que vas a llenar la alfombra de agujas de pino —dijo.

—Es solo en esta época —dijo O'Brien—. Gracias por las sardinas. ¿Quiere unas mandarinas?

La casera negó con la cabeza.

—Y te ha pasado algo en el pelo.

—Sí —admitió O'Brien—, pero es un secreto.

—Espero que no sea por un hombre.

—No. Es por una mujer..., más o menos —dijo O'Brien.

—No tengo prejuicios —respondió la casera—. Soy húngara.

Desapareció en su salón.

O'Brien estaba cocinando linguine de remolacha con una camiseta y una falda rojas cuando llegó Tony con una botella de vino tinto. La rodeó con los brazos.

—¿Así que vas a seguir con tu pelo?

—Eso parece —dijo O'Brien.

—Esa hada... ¿es solo para las irlandesas o también me concedería a mí un deseo?

—¿Qué quieres?

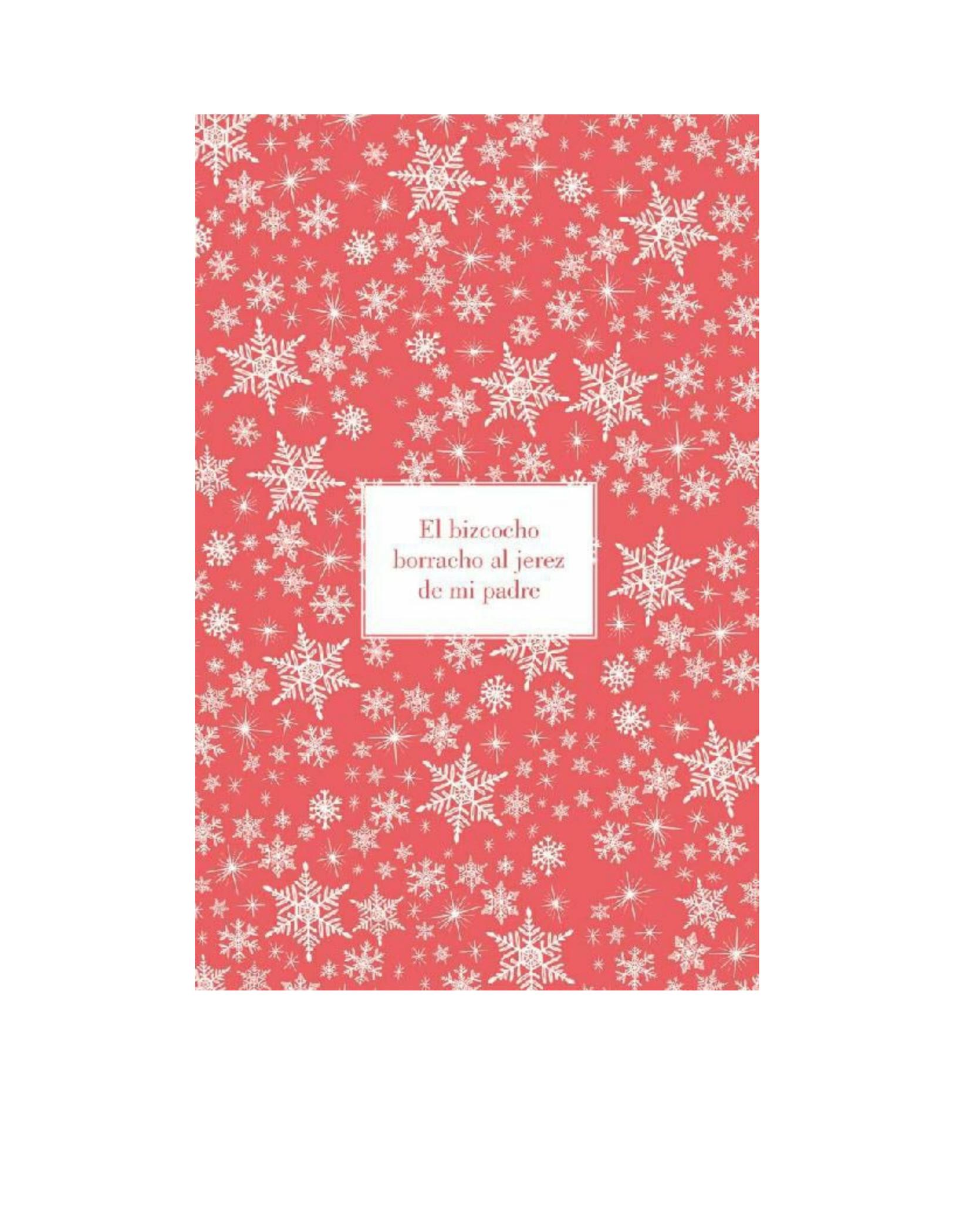
—Pasar la Navidad contigo.

—De eso puedo encargarme yo —dijo O'Brien.

Descorcharon el vino y bebieron cada uno a la salud del otro y a la de Santa Claus, los gnomos, las hadas, los pibes y los píxeles, dondequiera que estuviesen.

O'Brien adornó su ventanita con las luces de hadas y fuera la noche estaba cuajada de estrellas.



The background of the entire page is a vibrant red color, densely decorated with white snowflakes and starburst patterns of various sizes. The snowflakes are intricate, with multiple points and delicate internal details. The starbursts are simple, multi-pointed shapes. In the center of the page, there is a white rectangular box with a thin black border. Inside this box, the text is centered and reads:

El bizcocho
borracho al jerez
de mi padre



mi padre nació en 1919; un bebé para celebrar el fin de la guerra que pronto olvidaron celebrar.

Nació en Liverpool cerca de los muelles. Dejó de ir a la escuela a los doce años y trabajó con los hombres cuando había trabajo. Era la Gran Depresión, no solo en Gran Bretaña, sino también en Estados Unidos, y Liverpool era uno de los puertos de más importancia. Cerca de un tercio de los hombres de Liverpool en edad de trabajar estaban sin empleo.

Esos días de trabajo eventual eran todos de contratos sin horas: ibas a los muelles al amanecer con la esperanza de que te escogieran para ese día, y tal vez te pidiesen que volvieras al siguiente.

Así que papá no creció con muchas cosas, ni siquiera calcetines: lo cual sirvió para que el resto de su vida fuese uno de esos pocos hombres a quienes les ENCANTA que les regales calcetines por Navidad. Calcetines de lana sencillos. Mucho mejor que forrarse las botas con papel de periódico.

Las navidades traían otro regalo: el bizcocho borracho al jerez.

Esto era gracias al Cóctel de Frutas Enlatado Del Monte, lo de cóctel venía a que, en los inicios de Del Monte, el cóctel de frutas llevaba alcohol.

El trabajo de papá en los muelles consistía en descargar mercancías de todo tipo (igual que Eddie, el estibador de *Panorama desde el puente* de Arthur Miller), pero la mejor mercancía era la comida, y la mejor comida eran las cosas que podían deslizarse en un bolsillo y guardarse para después; es decir, las latas.

Y así cada Navidad su madre le preparaba el bizcocho borracho al jerez de la familia. Y, cuando papá se casó en 1947, era la época del racionamiento, pero de algún modo se las arregló para comer su bizcocho borracho de todos los años. En esa época mi madre trabajaba en los almacenes Co-op, así que tal vez las latas procedieran de allí.

Mis padres tenían obsesión por la comida enlatada. En los años sesenta la señora Winterson aún tenía su despensa de guerra llena de conservas que nos habrían envenenado de haberlas abierto. Pero no eran para abrirlas; eran una póliza de seguros contra los comunistas o el apocalipsis, lo que llegara primero.

Pero sí comíamos fruta en lata —era más barata que la fresca— y, hasta que conseguí un trabajo los sábados en un puesto de frutas y verduras del mercado, la fruta enlatada fue el lujo de los domingos, y la fruta enlatada siempre fue un ingrediente del bizcocho borracho.

Para mí, en los años sesenta, el bizcocho borracho al jerez era un sinónimo de la Navidad. Y lo preparaba papá.

INGREDIENTES

Un bizcocho del día anterior

Galletas de almendra amarga; son opcionales, pero están buenas

Gelatina (medio litro a partir de cubos)

Fruta. Una lata grande de cóctel de frutas Del Monte

Natillas (una lata de natillas Bird's)

Nata para montar (se puede usar una lata de leche condensada)

Jerez Cream Harveys Bristol

Un bote de confeti de azúcar de colores

Respecto a lo del bizcocho del día anterior: los cocineros elegantes quieren que uno haga un bizcocho a propósito, y entiendo que los bizcochos comprados no sean del gusto de todos. La clave de la comida es que antes se reciclaba mucho y se usaban las sobras. Con esto pasa igual. Se necesita un bizcocho seco de varios días antes, porque un bizcocho recién hecho tiene humedad y se empapa demasiado cuando se echa el jerez. Un bizcocho seco se moja con el jerez y se mantiene firme en el fondo del cuenco. Dicho queda.

ELABORACIÓN

Se baja nuestro mejor cuenco de cristal tallado de un estante polvoriento en lo alto del armario. O se busca uno en una tienda de segunda mano. Se lava.

Se pone una capa de bizcocho seco en trozos en el fondo del cuenco y un poco por los lados como con el pudín de pan y mantequilla: otro gran pudín hecho con una base de sobras rancias.

Se desmigam unas galletas de almendra amarga para dar sabor, se pueden

utilizar elegantes Amaretti.

Se echa el jerez por encima, apartándose un poco, pues los vapores de una botella de jerez Cream Harveys Bristol son un poco mareantes. Se deja cinco minutos para que empape. Que nadie se beba el resto de la botella hasta que esté desesperado.

Se vierte el cóctel de frutas. Con una o dos latas es suficiente.

Se echa la gelatina líquida por encima de la fruta y el bizcocho y se deja en la nevera para que se asiente. En nuestro caso no hacía falta nevera porque la casa era muy fría (véase «Las tartaletas de picadillo de la señora Winterson»).

Una vez que haya cuajado la gelatina, puedes echar una buena capa de natillas por encima.

Luego para rematar verdaderamente el bizcocho borracho se ponen montoncitos de nata montada sobre las natillas con la manga pastelera. (Si lo prefieres, puedes usar una cuchara, pero la manga pastelera fue una parte muy importante de la Inglaterra de posguerra y de después.) Este es el momento en que puede sustituirse la nata por leche condensada, aunque no lo recomiendo.

Se decora con confeti de azúcar, que son como minirrodamientos de bolas de colores.

Se vuelve a meter todo en la nevera y se come cuando uno esté listo.

Hoy la gente usa frambuesas frescas o congeladas, prepara sus propias natillas y a menudo no pone gelatina. Lo recubre con almendra en láminas y la verdad es que queda precioso.

Pero un día alguien podría encontrarse con que tiene un pastel del día anterior, una lata de natillas, una lata de cóctel de frutas, unos cubos de gelatina, un poco de jerez dulce y nata de montar, o incluso una lata de leche condensada si está de acampada. Estas cosas pasan.

Y así sabrá qué hacer.

En 2008 murió mi padre, pero no antes de pasar sus últimas navidades en la tierra conmigo.

Si has leído mi libro de memorias *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?*, ya sabrás algo de esa última Navidad.

Papá tenía ochenta y nueve años y estaba demasiado débil para dormir en el piso de arriba. Lo instalé sobre unos cojines delante del fuego convencida de que moriría esa noche de Navidad. Había dejado de comer excepto..., sí, le apetecía bizcocho borracho al jerez, y sin florituras.

Se lo hice y vimos *Toy Story* en la tele.

Tres días después, allá arriba en el norte, murió.

Pienso en ese momento y, sin caer en sentimentalismos, me convengo de que, si podemos reconciliarnos con nuestro pasado —sean los padres, las parejas o los amigos—, deberíamos intentarlo. No será perfecto, habrá que transigir en algo, y no me refiero a familias felices o lazos reanudados —a menudo el daño y la tristeza son demasiado grandes—, pero podría significar aceptación y, la gran palabra, perdón.

Con los años he descubierto, dolorosamente, que las cosas que lamento de mi vida no son errores de juicio sino fallos de sentimiento.

Así que me alegro de esa última Navidad que pasé con mi padre, no porque reescribiera el pasado, sino porque reescribió nuestro final. La historia, pese a todo su dolor y en ocasiones su espanto, no acabó en tragedia: acabó en perdón.





LA SEGUNDA MEJOR CAMA



Hay cosas inexplicables?
Y si las hay, ¿cómo explicarlas?

Mi mejor amiga, Amy, dejó este verano la ciudad para vivir a tres horas de aquí en una casa vieja, laberíntica y sin calefacción.

Ella y su marido, Ross, quieren tener hijos. Ross es diez años mayor que Amy; cuando se casaron, tenía piso propio y un buen negocio de informática, pero su sueño siempre ha sido criar a sus hijos en el campo, igual que lo educaron a él.

Amy es comadrona y en el hospital local la contrataron encantados. Ross puede trabajar en cualquier sitio, siempre que tenga una conexión vía satélite y, mientras Amy arreglaba la casa, él se pasó el verano instalando la antena.

En Navidad, ya estaban listos para dar fiestas y tener invitados, así que metí el equipaje en el coche y me puse en camino. Me alegró marcharme. Mi propia relación no ha funcionado muy bien. Sé que Amy tiene la esperanza de que ocurra algo entre Tom, el hermano pequeño de Ross, y yo. He conocido a Tom y creo que es gay.

Fui la última en llegar; orientarme no es mi fuerte, y mi coche es demasiado viejo y demasiado barato para tener un sistema de navegación. Con esas carreteras heladas y sinuosas no se podía correr mucho, y tuve que aminorar la velocidad en cada cruce para seguir la ruta impresa que llevaba en el asiento del acompañante.

Cuando por fin llegué a la casa, Amy estaba sacando la comida del horno, así que Ross me acompañó al piso de arriba para que dejase el equipaje y me

adecentara un poco.

—Te hemos puesto en esta habitación. La llamamos la Segunda Mejor Cama. La nuestra es la habitación principal, justo al fondo del pasillo. He instalado a los chicos lejos, en el otro rellano.

La habitación era grande y cuadrada, con un ventanal que daba a la parte trasera de la casa. Era cálida y luminosa; había una alfombra mullida en el suelo de madera pulida y un escritorio debajo de la ventana. La cama tenía dosel.

—La cama venía con la casa —dijo Ross—. Me han dicho que lleva aquí desde 1840. No te preocupes, el colchón es nuevo.

Abajo sonó un gong.

—Eso también venía con la casa —añadió Ross—. A ella le encanta.

Me dejó mientras me lavaba la cara, me cepillaba el pelo y me ponía una camisa más fina. Casi hacía calor. No era lo que esperaba de una casa de campo. Contemplé la habitación y sonreí. Me estaban mimando. Empecé a relajarme después del viaje en coche.

En la cena, Tom y Sean me abrazaron y me pidieron que les pusiera al tanto de las novedades. Tom trabaja en la televisión y Sean es el hermano universitario de Amy que estudia Medicina. Todos en la familia son médicos.

Amy no estudió Medicina, no porque no sea lista, sino porque ama demasiado la vida. Es alfarera, cocinera y quiere ser mamá, y sabe, porque lo ha visto en casa, a cuántas cosas hay que renunciar para ser un buen médico.

Adoro a Amy. Empezó la carrera de Biología cuando yo estaba terminando Historia. Nos hicimos amigas enseguida. Que Amy se haya ido de la ciudad ha sido difícil para mí. También lo fue cuando se casó con Ross. Aunque nos llevamos bien. Ross a veces es muy quisquilloso —es muy posesivo—, pero en general nos entendemos.

En la cocina, Amy se puso de puntillas para abrazarme, mido casi treinta centímetros más que ella. Fue genial volver a verla. Es como una parte de mí.

A la hora de cenar, con todo el mundo hablando al mismo tiempo, hicimos nuestros planes de Navidad: las películas que queríamos ver, los juegos a los que nos apetecía jugar. Al cabo de uno o dos días, vendría gente del pueblo,

podríamos conocer a los vecinos.

A las once de la noche, yo no paraba de bostezar. Necesitaba acostarme temprano.

—Te he dejado una bolsa de agua caliente en la cama —dijo Amy.

—Como en los viejos tiempos —dije, pensando en cuando compartíamos piso, antes de que ella se fuese a vivir con Ross.

Todo el mundo me deseó buenas noches cuando me fui del salón. Todos menos Ross.

Estaba medio adormilada cuando oí a los demás que subían por las escaleras.

Fuera no se oía nada. Ni los ruidos de la carretera. Ni la gente. Caí en un sueño profundo.

¿Qué hora era cuando desperté? Mi reloj y mi teléfono estaban en el escritorio donde los había dejado. Lo único que sabía era que en la casa reinaba el silencio.

Estaba tumbada de espaldas y me di la vuelta.

Había alguien a mi lado.

Extendí la mano. Sí. Había alguien más en la cama.

El cuerpo estaba muy quieto. Quienquiera que fuese llevaba un grueso pijama de franela o un camisón abrigado. Y quienquiera que fuese estaba frío. Oí una respiración. Una respiración lenta, suave e irregular.

El interruptor estaba en la pared. Había sido fácil de encontrar cuando me metí en la cama y apagué la luz. Ahora mi mano se deslizó por la pared, pero no pude encontrarlo.

El corazón me latía muy deprisa, pero no perdí los nervios. Quienquiera que fuese estaba dormido.

Me levanté con cuidado de la cama y enseguida empecé a temblar. La habitación estaba muy fría. Fui a la ventana, descorrí las cortinas y me asomé al jardín. No la había visto antes, pero ahí estaba la antena de Ross con la tierra movida alrededor. La luna menguante me dio un poco de luz.

Sin querer, me volví y contemplé la cama. Sí había una figura, tumbada de

espaldas, me pareció, aunque las mantas estaban subidas y la cabeza en sombras. La figura era alargada y estrecha. No era una mujer.

¿Sería Sean? ¿Tom? ¿Se habría emborrachado uno de los chicos y se habría equivocado de habitación?

Este era mi cuarto, ¿no? Sí. Vi mis maletas. Entonces no era sonámbula.

¿Lo sería mi visitante?

Pero la gélida temperatura me apartó de la ventana, me puse el batín que colgaba en una silla, salí y bajé por las escaleras.

La casa estaba en silencio. No se oía ni un ruido en los pasillos excepto algún que otro ronquido. Fui a la cocina y encendí la luz. Normal. Todo era normal.

El zumbido del frigorífico. La luz del lavaplatos que indicaba que había terminado. La mesa recogida. El enorme y ruidoso reloj de pared que decía que eran las cuatro de la madrugada.

Abrí la nevera, calenté leche. Comí bizcochos de chocolate. Lo que se puede hacer en invierno, en mitad de la noche, cuando tienes miedo o insomnio.

Y luego me acurruqué en el sofá desvencijado, me tapé con un abrigo que encontré y me quedé dormida.

Esto es lo que soñé.

Estoy en una botica. En los estantes se alinean frascos de cristal llenos de hierbas, polvos, granos, líquidos. Hay un juego de balanzas con los pesos apilados como si fueran fichas. Un anciano pesa una sustancia en la balanza.

La echa en un cucurucho de papel, retuerce los extremos y se lo da a la mujer que tiene delante. Es joven, va bien vestida, con cofia, y parece angustiada.

—¿No hay más?

—Es lo único que puede permitirse.

—¡Por piedad!

El anciano la mira rijoso.

—¿Qué me daría en especie?

La joven se estremece, coge el cucurucho y sale de la tienda.

Me despertó Amy, zarandeándome con cuidado por el hombro y plantándose a mi lado con una taza de café.

—Sally, ¿qué ha pasado?

Me senté anquilosada y medio dormida.

—Alguien se metió conmigo en la cama anoche.

Amy se sentó en el borde del sofá.

—¿Qué?

—Quienquiera que sea llevaba un pijama de franela y no dijo ni hola. Pero fue raro. Creo que uno de los chicos debió de equivocarse de cuarto. ¿Se quedaron bebiendo hasta muy tarde?

—Vamos arriba —dijo Amy.

Juntas volvimos arriba. Alguien estaba llenando una bañera.

Abrí la puerta de mi habitación.

—¡Dios, qué frío hace! —dijo Amy—. Le diré a Ross que compruebe el radiador. Hemos cambiado la caldera.

Miramos la cama. Estaba vacía.

Saltaba a la vista que alguien había dormido en mi lado, las mantas seguían apartadas como las dejé al levantarme. Las cortinas, medio recorridas. Mis cosas estaban en la habitación. El otro lado de la cama estaba intacto. La almohada, ahuecada.

Amy rodeó los tres lados de la cama que no estaban apoyados contra la pared.

—Siento decírtelo, cariño, pero creo que ha debido de ser un sueño. ¿Ha sido con Tom?

—¡No! —exclamé—. ¡Qué vergüenza!

Nos echamos a reír. Me dio un abrazo.

—Vamos, sonámbula. ¿Quieres un sándwich de beicon?

—Deja que me duche, bajo en quince minutos.

Entré en el cuarto de baño. Todo estaba como lo había dejado. No había más signo de presencia humana que la mía.

En el desayuno, Amy contó a los demás mi aventura nocturna. Se rieron mucho a mi costa, pero no me importó. Fue un alivio estar a la luz del día con mis amigos. Íbamos a salir a dar un paseo tonificante y a cortar ramas para decorar la casa.

La noche anterior solo había visto el paisaje a la luz de los faros del coche.

Ahora, bajo la luz cegadora del sol invernal, entiendo por qué a la gente le gusta esto. Está limpio, el aire huele a pino y humo de leña. El bosque está un tanto alejado de la casa. Amy tiene cestas y cuerdas, y quiere que cortemos acebo y lo que encontremos.

Los chicos van con Amy: quieren trepar un poco y coger algo de muérdago. Amy empieza a arrancar hiedra de un árbol viejo.

—Coge unas piñas, ¿quieres, Sally? Hay muchas en la linde del bosque.

Voy hacia el bosque y comienzo a buscar en el suelo.

Es una labor agradable que me absorbe. Oigo a los demás no muy lejos, pero no los veo.

Enseguida me interno en el bosque.

Es precioso, las ramas de los árboles están cubiertas por la escarcha de la noche anterior. Es un país de las maravillas invernal y me siento como si estuviese en una postal navideña.

Debo de haberme alejado, porque enfrente, entre los árboles, veo un edificio pequeño, como una cabaña de piedra. Por curiosidad, me dirijo hacia allí, mis botas dejan huellas bien marcadas en la nieve. Será fácil encontrar el camino de vuelta.

La cabaña es casi una choza, abandonada hace mucho tiempo; la chimenea no es más que un montón de ladrillos al lado de la ventana podrida. Las tejas seguían intactas, y la humedad y el paso del tiempo plateaban la puerta de madera. Me asomé por la ventana sucia. Una cocina de hierro forjado descansaba contra la pared, aún con dos utensilios antiguos colgando de unos ganchos.

Rodeé la casa. Otra ventana. Esta daba a un dormitorio. En mitad de la habitación estaba la cama de hierro y en la pared un cuadro mohoso de una

figura arrodillada delante de la cruz. Las letras decían: PERDONA NUESTROS PECADOS.

Me estremecí. A los victorianos les encantaban las sombras, y esta casita la habían construido a la sombra de dos enormes abetos. Debía de tener poca luz, incluso en verano.

Ya era suficiente. Hora de recoger mi cesta y volver con los demás.

Desanduve mis pasos. Eran fáciles de seguir, aunque me pareció más lejos de lo que recordaba. Ya he dicho que me oriento muy mal. No obstante, tuve la sensación de estar alejándome de la casa.

El día luminoso se había oscurecido. El aire seco y tonificante se había vuelto más húmedo y opresivo. Sobre mi cabeza las ramas goteaban gotas de hielo. Me notaba helada hasta la médula de los huesos.

Delante de mí vi un par de puertas de hierro oxidado, una se había vencido sobre las bisagras igual que una horca rota.

Seguí adelante. Pasé por la puerta. El terreno estaba cubierto de zarzas espinosas y helechos marrones caídos. A ambos lados del desdibujado sendero de piedra había una hilera de tejos, rodeados desde hacía tiempo por hayas y sicomoros que no había plantado nadie.

Era un cementerio.

Salí corriendo... ¿Cómo había llegado allí? Mientras corría, vi que había solo unas pisadas en el suelo y que conducían al camposanto. Me detuve para recobrar el aliento e intentar comprender. Había seguido mis propias huellas y había dejado un segundo rastro. ¿Dónde estaba?

¿De quién eran las huellas que había seguido?

Iba deprisa, saltando sobre los árboles caídos, con la esperanza de oír algún ruido que pudiera serme de ayuda. Por fin oí un coche que pasaba. El ruido me llevó a una cerca que rodeaba la carretera. Salté la cerca sintiéndome ridícula y aliviada. ¿De qué me había asustado? Los demás no habrían tardado en encontrarme. No era más que un cementerio abandonado.

Luego pensé en las huellas.

Al llegar a una curva en la carretera, vi un puente de piedra y dije «Gracias a Dios», en voz alta. Había recorrido esa carretera. El desvío a la

casa estaba a menos de dos kilómetros.

En la comida, mientras dábamos cuenta de una lasaña, intenté explicarles a los demás lo que me había ocurrido. A los chicos les pareció muy gracioso: ¿es algo masculino eso de hacer bromas con lo inexplicable?

Ross fue más comprensivo. Había explorado el bosque. Conocía la cabaña abandonada.

—Esta era una finca de verdad —dijo— con tierras y empleados. La cabaña era del jardinero. Pero desde los años treinta no ha vivido nadie en ella. Fue entonces cuando se deshizo la finca. Por los impuestos de sucesión, creo. No hay electricidad y el agua se sacaba de un pozo.

—No es nuestro —observó Amy—. El bosque pertenece al Departamento de Bosques.

—Hay un cementerio abandonado —dije.

Sean soltó un silbido.

—Me encantaría verlo. Me gustan los sitios viejos y espeluznantes.

—A mí no me gustó —respondí.

—¿Miraste las lápidas? «Amada esposa de Albert», y cosas así.

—Me fui corriendo..., ¡ya os he dicho que me fui corriendo!

—Te asustaste de verdad, ¿eh? —dijo Amy. Me pasó los brazos por los hombros—. Esta tarde iremos al pueblo, a comprar comida para la Navidad.

E iremos todos juntos.

—¿Hay alguna taberna? —preguntó Tom.

—Pues claro que hay una taberna —respondió Ross—. ¿Por qué crees que nos hemos venido a vivir aquí?

Es tan agradable estar con ellos; su hospitalidad, lo contentos que se les ve con su nueva casa y de estar juntos. Y quiero pasar aquí la Navidad. No quiero comportarme como una histérica victoriana con un ataque de nervios.

Pero, mientras Tom recoge la mesa, yo meto los platos en el lavavajillas, Sean y Ross van a buscar más leña para la noche y Amy va a sacar el coche del garaje, no puedo quitarme una cosa de la cabeza: no me asusté. Algo, o alguien, me asustó.

—Te enseñaré el pueblo —dijo Amy al aparcar al lado de la taberna—. Es una calle que parece sacada del pasado. Hay una carnicería, una panadería...

—Un fabricante de velas... —dijo Tom.

—No, pero mira esta farmacia antigua. ¿Alguna vez habías visto algo igual? ¿Sally? ¿Qué te pasa?

Yo había soltado un gritito.

Me quedé mirando el escaparate de la fachada con letras en los cristales. A través del cristal vi los frascos apilados.

—Hay una balanza grande, ¿verdad?

—Sí... —dijo Amy.

—Pero ¿es que no lo veis? Este fue mi sueño. Os lo dije. La botica.

—Buscaste el pueblo en internet —dijo Ross— y tuviste ese sueño porque vivimos en una extraña casona en mitad de ninguna parte. La imaginación a veces gasta estas jugadas.

—No busqué el pueblo, Ross.

Entré. La campanilla sonó cuando abrí la puerta, y pensé que vería al rijoso boticario con sus patillas. En vez de eso vi a una mujer rolliza con una bata blanca. Estaba pesando caramelos para la tos que había sacado de un frasco.

Amy llegó detrás de mí.

—Los he enviado a la taberna —dijo—. Ya compraremos nosotras la comida. ¿Qué pasa, Sally?

—No pasa nada —le dijo Ross a Amy cuando fue a buscarlo una hora después, y los dos se quedaron en la barra mientras Sean y Tom jugaban al fútbol—. A ver si se calma un poco. No quiero una Navidad con fantasmas y vampiros.

—No te apetecía que viniese, ¿verdad? —dijo Amy.

—Es tu amiga. Puedes invitar a quien quieras.

—Sí, es mi amiga, y me gustaría que lo aceptases.

—Hago lo que puedo. Pero siempre quiere ser el centro de atención.

Salí del lavabo. Los vi discutiendo. Supe que era por mí. A Ross nunca le ha gustado lo bien que nos llevábamos Amy y yo. Pasábamos horas y horas

charlando en la cama, o nos quedábamos el fin de semana en bata viendo películas. Estaba deseando que Amy se fuese a vivir con él... para estar juntos, claro. Y para que no estuviese conmigo, eso también.

No estoy siendo justa.

Cuando volvimos a la casa, Ross nos llevó a la parte de atrás para enseñarnos su antena de satélite. Habían excavado un enorme agujero para clavarla al suelo. Medía seis metros de altura con una parabólica de dos metros.

—¿Qué es esto? —dijo Tom—. ¿Tu símbolo fálico?

—No hay nada de cobertura —dijo Ross—. La consigo de un sputnik del cielo.

—Tendrás más de la cuenta —dijo Tom—. Con esto podrías tener tu propia cadena de televisión.

Al lado del enorme montón de tierra había una escalera de piedra que no conducía a ninguna parte.

—La hemos desenterrado —dijo Ross—. Debía de haber alguna bodega.

Tal vez guardaran ahí el hielo.

—Ayuda.

—¿Qué? Has dicho «ayuda».

—No he dicho nada.

Ross me miró.

—Sí, Sally. Sea lo que sea, ya está bien, ¿de acuerdo?

Se marchó. Tom se quedó incómodo a un lado.

—No le hagas caso. Siempre ha sido un cascarrabias. —Me rodeó con el brazo—. ¿Quieres un poco de chocolate caliente?

El resto del día y la noche transcurrió sin mayores incidentes. La alegría de Tom y Sean compensó el malhumor de Ross, y Amy decidió no hacerle caso.

A la hora de dormir se ofreció a subir conmigo para comprobar la habitación.

Abrimos la puerta. Tumbada en la cama, claramente distinguible, había una

figura debajo de las sábanas.

Amy retrocedió. Yo me quedé rígida. ¿La figura inmóvil de quién? ¿O de qué?

Amy me dio la mano y fuimos directas a la cocina en el piso de abajo, donde Tom y Sean no pudieron contener más la risa.

Tom levantó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo, hemos puesto una almohada debajo de la sábana. Lo sentimos.

Amy le lanzó un cojín. Ross alzó la mirada.

—¿Ya has sido suficientemente el centro de atención por hoy, Sally?

—¿Anoche hicisteis lo mismo? —le pregunté a Tom.

Movió la cabeza.

—Pues claro que no.

Me metí en la cama. Amy me dio un beso de buenas noches y cerró la puerta al salir. La habitación parecía estar normal. Muy normal. Y me quedé dormida.

Soñé que estaba en mi cuarto. Amy me daba las buenas noches, de pie al lado de la ventana. Había una figura tendida en la cama y la joven a la que había visto en la farmacia se inclinaba sobre la cama con un vaso en la mano.

—Siéntate, Joshua; tienes que tomarte esto.

La figura intentó levantarse. Vi su brazo delgado. Su rostro céreo.

—Tienes que recobrar las fuerzas. Debemos irnos de aquí.

La figura no dijo nada. Se bebió la tintura con dificultad.

Desperté. Me di la vuelta aterrorizada. No había ninguna figura en la cama.

Me quedé tumbada de espaldas con el corazón acelerado. ¿Qué estaba ocurriendo?

Al día siguiente Sean me pidió que le enseñara el cementerio. Yo no quería, pero me sentía como una histérica y una tonta y pensé que me haría bien; como coger una araña cuando te dan miedo.

Nos pusimos en camino y, después de deambular sin rumbo una hora,

encontramos la puerta. La fingida normalidad de Sean era tranquilizadora.

Entró sin más y fue más lejos que yo, limpiando con la mano el musgo y la escarcha de las lápidas agujereadas para leer las inscripciones.

—Siempre visito cementerios —dijo—. Es mi manera de enfrentarme a la muerte.

Yo tenía un nudo en la garganta y mis pulmones se resistían a inhalar el aire helado. Tenía la cabeza aturdida. Respira profundamente. Respira profundamente.

Sean se había adelantado. Hacía una mañana despejada. Ahí no había más que mi imaginación desquiciada. Y luego, en el suelo, vi unas pisadas que no eran nuestras.

Las pisadas conducían a un mausoleo. Una especie de cripta familiar. En su momento debía de haber sido muy bella. Ahora estaba medio hundida, estropeada por las inclemencias del tiempo y colonizada por los helechos. En el dintel resistía una inscripción: WILLIAMSON. DESCANSEN EN PAZ.

Debajo, la acostumbrada lista de nombres: Augustus, amado esposo de... Evangeline, devota esposa. Arthur, caído en acto de servicio. Y luego otro que me llamó la atención: Joshua, veintidós años, fallecido en 1851 como su hermana Ruth, veinticinco años, fallecida en 1852.

Sean se aproximó. Estaba intrigado. Su presencia me infundió ánimos, y avancé un poco más, hasta una hilera de lápidas pequeñas, tumbas de niños, sin duda. Al agacharme vi una losa de piedra caída en un lado. Alguien había inscrito en ella —a mano, con cincel de forma tosca—: ÉL NO ESTÁ AQUÍ.

Di un respingo.

—¿Sean?

Se acercó a echar un vistazo.

—Significa que está con Jesús o en el cielo. ¿Qué pasa?

—Hay otras huellas en la nieve.

Sean desanduvo nuestros pasos.

—No, Sally, solo están las tuyas y las mías.

Tenía razón.

Alucinaciones y enfermedades mentales.

¿Qué me estaba pasando?

—¿Sabes qué le ocurre a Sally? —le dijo enfadado Ross a la cara a Amy—. Que te quería solo para ella.

—Nunca estuvimos liadas —respondió Amy—. Y si lo hubiésemos estado, ¿qué? ¿No soportas la intimidad entre mujeres?

—Es un caso clásico —dijo Ross—. Está reprimida, resentida. Siempre me ha odiado.

—Le caes bien —dijo sencillamente Amy—. Ella no tiene la culpa de ser más alta que tú.

Ross golpeó la mesa con la copa.

—Quiere arruinarnos la Navidad porque le hemos arruinado la vida.

—¡Qué vamos a haberle arruinado la vida!

No me vieron llegar a la puerta de la cocina. No me oyeron mientras les escuchaba.

Las mejillas me ardían de rabia y de vergüenza. Debería volver a casa.

Pasar la Navidad en mi piso y tomar una sopa de lata sería mejor que esto.

Para no tener que cruzar la cocina rodeé la casa por la puerta trasera. Vi la antena de Ross y las escaleras de piedra sacadas como de una pesadilla de Piranesi y que no conducían a ninguna parte.

Me quedé en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo, aturdida todavía por lo que había oído. ¿Estaba en lo cierto Ross? ¿Tenía celos de ellos? Me alegra que ella sea feliz. Lo creo. Pero, en el fondo, ¿quería a Amy para mí?

¿Es que no me conozco lo más mínimo?

«Ayuda.»

Me di la vuelta. No había nadie. ¿Quién había dicho eso? Una voz de mujer.

Ya la había oído. En la imaginación vi una imagen de las pisadas, primero desde la cabaña en ruinas hasta el cementerio, luego, ya en el cementerio, me habían conducido hasta la cripta de los Williamson.

«Ayuda.»

Eran las pisadas de una mujer. Por eso las había confundido con las mías.

Bajé por las escaleras de piedra que no llevaban a ninguna parte. Pero sí llevaban a alguna parte. Tuve la terrible sensación de que, detrás de la puerta cegada con ladrillos que Ross pensaba que daba a una especie de bodega en desuso o a un cuarto para guardar el hielo, se escondía algún secreto horrible.

Un secreto escondido mucho tiempo, que no querían que se descubriera nunca, hasta que Ross quiso instalar su antena.

Imaginé qué dirían si les pedía que lo abrieran.

No. Déjalo. Haz las maletas. Márchate. No vuelvas.

Fui a la casa. Al pie de las escaleras me encontré con Amy. Parecía contenta de verme.

—He preparado tartaletas de picadillo. Ven a tomar una taza de té.

—¿Está Ross?

Frunció el ceño.

—No empieces tú también. Es Navidad, por el amor de Dios.

—Iba a hacer el equipaje —dije—. Es mejor que me vaya. Os he oído... antes..., estaba detrás de la puerta.

Amy soltó un largo suspiro.

—Lo siento. Sé que no es culpa tuya. Pero, la verdad, te has portado de forma un poco rara. Le he dicho que estás cansada y que esta es una casona en mitad de la nada. Es fácil imaginarse cosas. Hasta Sean se asustó en el cementerio.

—Ah, ¿sí?

—No me obligues a pasar la Navidad sola con tres idiotas, aunque les quiera a cada cual a su manera.

—Sigo pensando que es mejor que me marche.

—Quédate una noche más. Si de verdad quieres irte, vete por la mañana.

De noche solo conseguirás perderte. Y esta noche tenemos invitados.

Me pasó el brazo por encima. Asentí con la cabeza.

Ross debía de haber decidido hacer otro esfuerzo, porque la cena fue muy agradable y David y Rachel, los amigos del pueblo, eran simpáticos y alegres.

Cuando íbamos a la chimenea en el salón, les pregunté si conocían la historia de la casa.

—¡Quiere saber si está encantada! —exclamó Sean.

Todos se rieron.

—Te vamos a decepcionar —dijo Rachel—. No hay ningún caballo sin cabeza ni ningún vicario necrófago. Los Williamson construyeron la casa en torno a 1800 y la ocuparon unos cincuenta años hasta que desapareció su linaje.

—Joshua Williamson —apunté.

—Ha estado observando las lápidas —comentó Sean.

—Sí, eso es —prosiguió David—. La finca pasó a otra rama de la familia y en los años sesenta apenas les quedaban tierras, y lo que tenéis vosotros, la casa con este amplio jardín, se han comprado y vendido varias veces.

Conozco la historia local; si hubiese algo más que contar, te lo diría.

—Ya lo ves, Sally —dijo Amy, pasando las piernas por encima de las mías en el sofá—. Esta noche dormirás bien.

Y así fue. Hasta las tres de la madrugada. Desperté tiritando. Tenía el cuerpo entumecido por el frío. Me froté el índice con el pulgar y no noté nada. Debía levantarme de la cama.

Hice un esfuerzo para sentarme y me obligué a poner los pies en el suelo.

No sentí nada. El cuarto estaba amortajado en hielo. Del techo colgaban carámbanos que me apuntaban como lanzas siniestras. El suelo brillaba por el frío. Estremecida y castañeteando los dientes, andando con las piernas rígidas, fui a la ventana. Las cortinas estaban congeladas como cascadas. Me asomé.

Abajo, al lado de la antena, en los escalones de piedra abandonados, estaban empujando a alguien hacia un agujero que había en la sombra. Supe que era la figura alta que había visto en mi cama. Dos hombres forcejeaban con ella. En lo alto de la escalera, de rodillas, implorando, estaba la joven a quien había visto en mi primer sueño.

Alzó la mirada, directa a mi ventana. Me vio.

«Ayuda.»

Pero el mundo está oscureciendo. Es demasiado tarde.

Amy despertó, sin saber por qué. Ross estaba dormido a su lado. La casa se hallaba en silencio. Permaneció tumbada un momento mirando al techo.

Tenía miedo y no sabía por qué. Salió de la cama, encontró su bata y salió al rellano. Fue al cuarto de Sally y abrió la puerta.

El frío fue como una quemadura.

—¡SEAN, SEAN!

Sean y Tom sacaron a Sally de su cuarto y la llevaron al lado de la chimenea.

—Apenas tiene pulso... Está congelada... Tenemos que hacerla entrar en calor... ¡Amy! ¡Frótale los pies! ¡Tom, las manos! Ross, llama a una ambulancia. ¡Sally! ¿Nos oyes, Sally? ¿Sally? ¿Sally?

La ambulancia tardó una hora en llegar y para entonces yo ya estaba consciente. Había recobrado el pulso. Tenía mejor color. Amy me preparó una bebida caliente. Tom me abrazaba contra él, su calor me hizo volver de la muerte..., o eso me pareció.

—¿Qué ha pasado ahí? —dijo Amy—. No lo entiendo.

—Él no está aquí —respondí.

—El cementerio —recordó Sean.

—Tenemos que abrir el cuarto del final de las escaleras —dije.

A la mañana siguiente, Ross, Sean y Tom bajaron al arco tapado con ladrillos armados de mazos y cinceles. El mortero de barro y los blandos ladrillos de arcilla eran viejos y estaban húmedos así que cedieron con facilidad. Un par de horas después había un agujero lo bastante grande para pasar por él. Ross cogió la linterna y entró. Tom y Sean le siguieron. Amy y yo nos quedamos acurrucadas en lo alto de la escalera.

Oí que Sean decía:

—Son dos mujeres.

Era un cuarto para guardar el hielo. Un cuarto para guardar el hielo

convertido en habitación, si se puede llamar habitación a una cámara funeraria.

Había un camastro. Una mesa y una silla. Un candelabro. Dos velas sin usar. Una jarra vacía, un cuaderno. Y dos cadáveres que se desintegraron rápidamente en el aire.

El cuaderno nos contó lo sucedido.

Joshua Williamson era una mujer. La habían criado como un hombre para que heredase las fincas de los Williamson. Era muy alta para ser mujer — sobre todo en la década de 1840— y solo los parientes más cercanos sabían la verdad. Su padre se había casado por tercera vez, decidido a engendrar al heredero que necesitaba para que las fincas no fuesen a parar a su primo. No está claro qué habría pasado si Joshua se hubiese salido con la suya. Pero su destino se adelantó.

Joshua se enamoró de la hija del jardinero y anunció su intención de casarse con ella. «He vivido como un hombre; ¿por qué no voy a poder amar como un hombre?»

Para impedirlo, su padre empezó a envenenarle con mercurio. Al parecer, no con intención de matarle, sino de debilitarle, hacerle enfermar y quebrar su voluntad. Pero las dosis de mercurio resultaron ser fatales y, en las últimas etapas de su atormentada disolución, Joshua decidió decir la verdad sobre su situación. Su hermana, Ruth, fue a buscar al notario.

La sorprendieron y la volvieron a llevar a la casa.

Dijeron que Joshua había muerto de tuberculosis. Su padre, desesperado porque nadie examinase el cadáver, lo emparedó en el cuarto del hielo y lo dejó morir. A su amante, la hija del jardinero, la raptaron y la emparedaron con él. Luego cubrieron el lugar de tierra y lo enrasaron. Había estado así más de ciento cincuenta años.

Solo dos personas sabían la verdad: el propio Williamson, y Ruth. Ruth murió al año siguiente.

Tom me llevó en coche a la ciudad.

—No entiendo cómo pueden quedarse en esa casa, ¿y tú?

No respondí. Si no respondes, el que está hablando volverá a hablar.

—He pensado grabar un documental, sacar a la luz toda la historia. ¿Qué te parece?

No respondí.

—Nada de esto habría pasado de no ser por Ross y su puñetera antena.

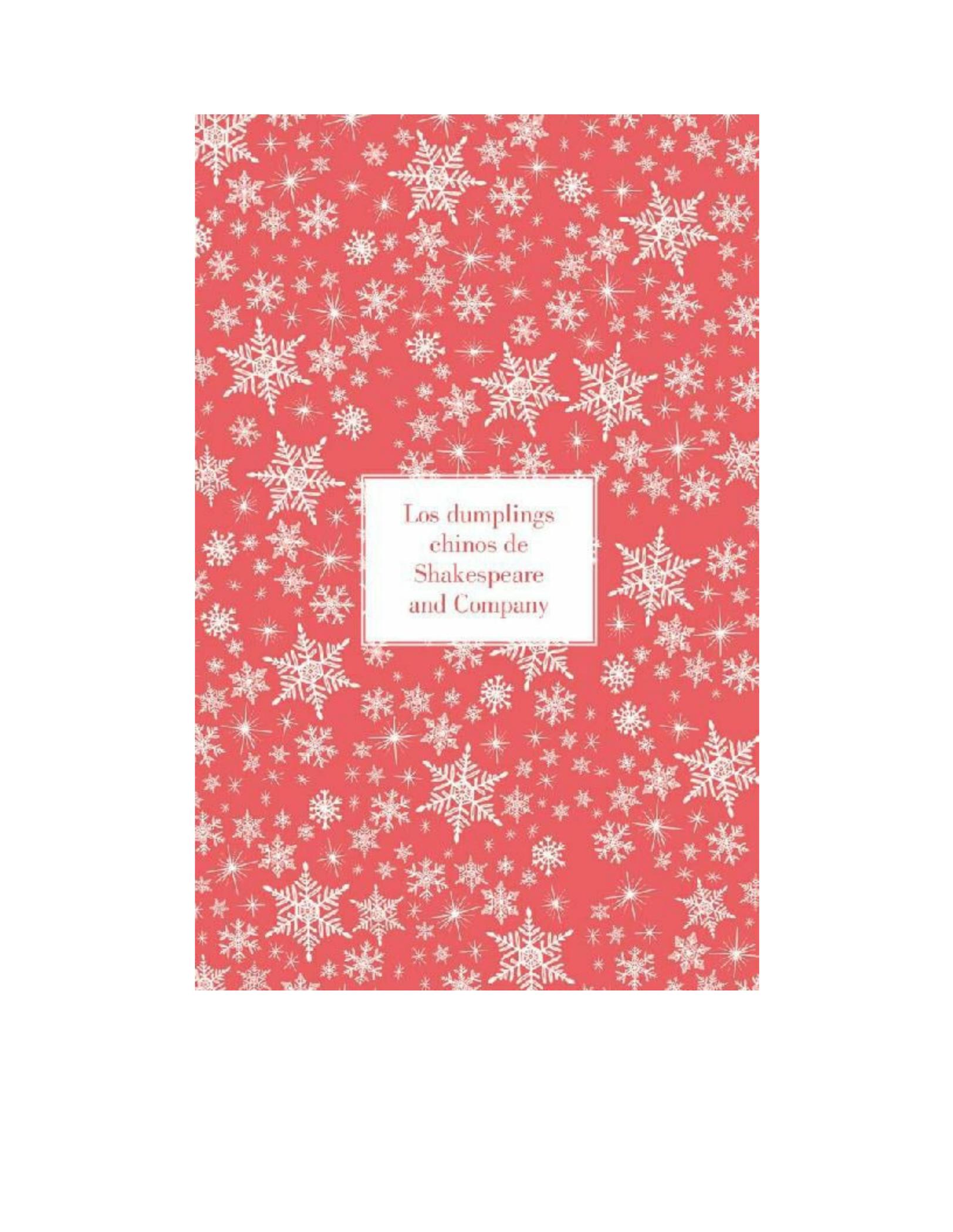
—Ha sido por mí —dije.

—Ese cuarto nos podría haber tocado a cualquiera.

—Ha sido por mí.

—No te culpes, Sally. ¿Quieres ir a un restaurante chino en Navidad?
Tom alargó el brazo y me dio un golpecito en la mano. Yo se la cogí.

—Mi abuela era una Williamson —dije.



Los dumplings
chinos de
Shakespeare
and Company



La Navidad es comunidad, colaboración y celebración.

Si se hace bien, puede ser un antídoto contra la mentalidad de «yo primero» que ha rebautizado el capitalismo como neoliberalismo. El centro comercial no es nuestro verdadero hogar, ni un espacio público, aunque, a medida que desaparecen las librerías, los jardines, los parques, los museos y los polideportivos, la falsa amabilidad de los centros comerciales sea el único espacio que queda para muchos, aparte de las calles.

Creo que todos podemos reclamar el espíritu de la Navidad: menos comprar y más dar, menos gastar, más tiempo con los amigos, entre otras cosas para disfrutar de la alegría de cocinar y comer juntos y compartir lo que tenemos.

A la entrada de Shakespeare and Company hay un cartel: «No seas poco hospitalario con los desconocidos, no vayan a ser ángeles disfrazados».

Shakespeare and Company es el nombre de una librería parisina que lleva en pie desde 1919. Fundada por la legendaria Sylvia Beach, de Pennsylvania, la librería se convirtió en un segundo hogar para todos esos norteamericanos famosos de antes de la guerra: Gertrude Stein, Hemingway, Ezra Pound, F. Scott Fitzgerald. Beach fue la primera editora del *Ulises* de James Joyce.

La librería cerró durante la Segunda Guerra Mundial, y volvió a abrir con su nombre original enfrente de Notre Dame, regentada por George Whitman, un exmilitar estadounidense que amaba los libros y a París en igual medida.

George nunca cerraba la librería el día de Navidad, respetaba el horario de apertura habitual, y cocinaba para quien quisiera ir a comer, entre otros, Anaïs Nin, Henry Miller y un montón de poetas beat. Ginsberg leyó *Aullido* desnudo y Gregory Corso disfrutó sobre todo con el menú que ofreció un año: helado, donuts y whisky escocés.

Y siguieron volviendo: en 1982 la hija de George, Sylvia, pasó su segunda Navidad en la tierra con Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti y Gregory Corso, cenando bizcochos de levadura y suflé de queso.

George creía que los libros eran un santuario para el espíritu. Su librería

se convirtió en un santuario para el cuerpo y el espíritu. Es una librería para cualquiera que desee sentarse a leer protegido del frío o el sol. Cuando él regentaba la librería, hasta veinticuatro escritores empobrecidos dormían también en ella.

Ahora George ha muerto. Llegó a cumplir los noventa y cuatro y murió en su minúsculo apartamento de encima de la tienda. Su hija Sylvia (nacida cuando George tenía sesenta y ocho años) dirige la cada vez mayor librópolis con su pareja David DeLennet. La librería se ha convertido por fin en un negocio (George se negaba a tener ordenador, teléfono e incluso caja registradora), aunque su espíritu no ha cambiado. Ya no abren el día de Navidad, pero Sylvia y David cocinan para los empleados y los voluntarios, y para cualquier escritor perdido que esté peleándose con su obra maestra.

Sylvia me escribió:

Una Navidad en que lo único que quedaba en la carnicería era un lechón, lo asé para veinticinco personas. Los dientes asomaron de un modo terrorífico. ¡¡Cuando lo saqué a la mesa, se oyeron gritos de asombro por su aspecto y luego muchas risitas porque la mitad de los comensales eran judíos y no comían cerdo!! Desastre.

Después hubo otra Navidad en la que Hong, la cuidadora china que nos ayudó con papá, preparó unos dumplings, en realidad los llamaba «dumpins»; acababa de llegar y no hablaba una palabra de francés ni de inglés. El escritor irlandés Ulick O'Connor era uno de los invitados, y cuando estaba a punto de meterse el dumpling en la boca preguntó si llevaba cebolla. Hong negó con la cabeza. Se metió el dumpling en la boca y dijo: «Menos mal, porque si lleva cebolla, me muero».

Busqué una cebolla en Google, se la enseñé a Hong y de pronto cambió de idea y dijo que sí, sí, llevaban cebolla. Pesadilla.

No obstante, no le pasó nada. Papá dijo que no debía de ser alérgico a la cebolla china.

Poco después de Navidad, en 2007, fui a la librería con una horrible sensación de pérdida: ese verano mi pareja me había dejado de pronto; fue como una muerte. Esa pérdida despertó algo más profundo y aterrador, pero

procuré que nadie lo supiera.

Lo sobrellevaba escribiendo, de hecho el relato de este libro «El león, el unicornio y yo» lo escribí ese diciembre. Lo escribí de un tirón una noche que me sentía demasiado triste para dormir. El protagonista es un burrito escuálido al que se le pone el hocico dorado. Yo soy el burro.

Sylvia y David me ofrecieron la librería para deambular por ella, a su perro Colette para hacerme compañía, un radiador al lado del cual podía sentarme y todas las comidas que pudiera comer. Después, cuando la cosa empeoró, me compraron un pijama y me cuidaron cuando contraí una infección pulmonar.

Yo había estado muchas veces en Shakespeare and Company. Había conocido a George, que tenía ya noventa años.

No pareció alegrarse de verme. De hecho, me lanzó un libro a la cabeza.

George: ¿Qué está haciendo en mi apartamento? ¿Quién es?

Sylvia: Es una escritora, papá. Jeanette Winterson.

George pareció complacido y soltó el siguiente libro que había preparado para lanzarme.

George: ¿Le has enseñado el cuarto de los escritores? ¿No? Maldita sea, ¿es que tengo que hacerlo yo todo? Puede quedarse todo el tiempo que quiera. Deja que te enseñe el cuarto de los escritores. ¿Has leído a Henry Miller? Él...

George amaba a los escritores. A todos los escritores. Su hogar era el nuestro.

Que te acojan. Que te reconozcan. Que te alimenten. Dormir bien. Sentirse segura. Leer. Escribir palabras en una página que otros leerán.

Mi cerebro estaba en caída libre. Volverse loca es un riesgo. Un viaje que conviene no hacer si puede evitarse. A veces es un viaje que hay que hacer.

Pero, como en todos los viajes desesperados, hay quien te ayuda por el camino.

Por eso en Navidad alzo un libro y una copa por la estrella que me llevó a Shakespeare and Company y al refugio que encontré allí, y la bondad creadora de un modo de vida que nunca ha tenido como base el dinero.

Para quien quiera leer la historia completa de Shakespeare and Company, en el pasado, en el presente y en el futuro, acaba de publicarse un libro:

Shakespeare and Company: A History of the Rag & Bone Shop of the Heart (yo escribí el prólogo).

Y he aquí la receta de los dumplings de Hong:

INGREDIENTES

1 lb (450 g) de harina

1 lb (450 g) de carne de cerdo

1 lb (450 g) de col china

Un puñado de cebolleta

Raíz de jengibre fresca (no mucha)

Una cucharadita de vino blanco

Sal y pimienta

Agua

Huevo (si quieres que la masa sea más sabrosa; no es necesario)

ELABORACIÓN

Hong dice: se prepara la masa de la manera habitual, amasando el agua y la harina. Con menos agua si se va a añadir un huevo. La masa no debe estar ni demasiado blanda ni demasiado dura. Si está demasiado blanda, se añade harina. Si está demasiado seca y dura, se añade agua. En preparar la masa se tardan unos quince minutos a mano, según la cantidad que se haga.

Se corta la masa por la mitad o en tercios, según la cantidad que se haga, y se amasa cada porción fina, pero no demasiado, o se romperá al rellenarla. Se usa una taza para cortar círculos como pequeñas lunas llenas. Cada una de estas lunas llenas será un dumpling cuando se rellene.

Para el relleno, se pica todo por separado y pequeño como una uña. Esto es importante. Luego se mezclan todos los ingredientes en un cuenco grande. Se sazona al gusto. Tal vez haya quien lo quiera con más cebolla o más jengibre, depende de cada cual. La forma de averiguarlo es experimentar.

Ahora se llenan los paquetitos de masa con una cucharadita de relleno. Hay que aprender cuánto relleno poner para que los dumplings estén llenos pero no tan hinchados que se rompan al hervirlos.

Hoy se pliegan las lunas llenas en forma de medias lunas. Es fácil. Si te gusta hacer dumplings, experimenta después con formas diferentes y pliegues más imaginativos.

Mi abuela prepara unos dumplings con formas y pliegues preciosos mientras ve la televisión; sus manos saben lo que tienen que hacer y no mira ni una sola vez.

Una vez rellena la masa, se pliega en medias lunas y se sellan los bordes con los dedos mojados en agua. El sellado debe ser perfecto. Sin huecos, o se saldrá el relleno y el agua del cazo será un mejunje de cerdo y trocitos de col.

Mientras se preparan los dumplings, pon a hervir un cazo grande con agua, como si fueses a preparar pasta.

Añade los dumplings y remueve para que no se peguen.

Luego se añade otra taza grande de agua fría, lo bastante grande para que el agua deje de hervir, y rompa a hervir de nuevo.

Repite este paso.

Se hierven los dumplings tres veces.

Al cabo de seis o siete minutos, saca uno y córtalo para ver si el relleno está cocido.

Si estaban congelados, tardan un poco más en cocer. Es importante meter los dumplings directamente en el agua, sin descongelarlos antes.

Se puede usar otro tipo de carne. No tiene por qué ser cerdo. O gambas. Se puede añadir zanahoria a la col. El tiempo de cocción varía un poco según el relleno que se utilice.

En China la gente era pobre cuando yo era niña. Los dumplings se hacían con lo que la gente tenía a mano. Nosotros criábamos cerdos como muchos chinos. Una vez se les coge el truco a los dumplings, se puede usar como relleno cualquier cosa que haya en la cocina, fresco en el mercado, o en el huerto.

Mi amiga J. W. hacía dumplings de conejo, zanahorias y puerros y eran muy buenos. Tiene muchos conejos en el huerto. Supongo que porque cultiva

zanahorias. Aunque es bien sabido que los conejos no comen plantas de la familia de la cebolla, así que planta las zanahorias protegidas por una guardia armada de puerros. Aun así, alguna vez tiene que darle una lección a algún conejo y los dumplings fueron el resultado.

Se pueden comer los dumplings con cualquier salsa: una salsa sencilla de soja de buena calidad con un poco de jengibre o cebolleta es deliciosa.





EL PETARDO DE NAVIDAD



Nochebuena en la fábrica de petardos.

A ambos lados de las largas mesas donde se envolvían los petardos con sorpresa había cajas etiquetadas: «Trompetas», «Tambores», «Estrellas», «Petirrojos» y «Muñecos de nieve». Láminas de cartón dorado se apilaban contra las cizallas. De las paredes caían cascadas de cinta roja.

Los chasqueantes, estrepitosos, ruidosos y estruendosos fulminantes que estallaban al abrir los petardos estaban a salvo en tubos en los estantes.

Debajo de las tolvas había tres grandes contenedores, estilo Alí Babá, también marcados: «Sombreros», «Chistes» y «Globos», que se iban llenando a medida que se rellenaban, empaquetaban y despachaban los petardos.

La fábrica de petardos funcionaba todo el año, pero en Navidad los empleados trabajaban con más ahínco para servir todos los pedidos. Petardos baratos. Petardos económicos. Paquetes familiares. Cajas de lujo. Cajas para niños, cajas para los mayores y unas cuantas etiquetadas como «Adultos», porque contenían unos calzoncillos muy pequeños. La mayoría de los petardos con sorpresa se habían enviado ya a los almacenes, y de los almacenes a las mesas donde todo el mundo se preparaba para celebrar el día de Navidad.

Pero aún faltaba por fabricar uno. El último, el más especial, el petardo benéfico de Navidad, largo como un cocodrilo, grueso como un pudín, un enorme tubo dorado que esperaba de lado a que lo rellenasen como una salchicha.

Sin embargo, ahora la fábrica está vacía porque es temprano por la mañana y el autobús acaba de llegar a la puerta y en él van Bill, Fred, Amy y Belle, turno especial, muy contentos porque es Navidad y cuando acaben han

quedado en ir a tomar una copa.

La fábrica está vacía. ¿O no?

El perro duerme aún en un sueño de cálido papel seda, donde se acurrucó anoche, frío y mojado, porque alguien se dejó abierto un ventanuco y no es más que un perrito.

Se coló por debajo de la luz roja de seguridad que brillaba sobre el cartón dorado bajo los ángeles de papel. Rodó sobre el lomo para secarse y se comió un burro de mazapán —es malo para los dientes, pero ¿qué se le va a hacer?— y se quedó dormido.

Ya están ahí, luces de neón, ruido de la radio y, antes de que el perro tenga tiempo de decir «guau», un túnel dorado se abre ante sus ojos castaños y un par de manos firmes como palas empujan el papel seda y al perro dentro del petardo y lo cierran con una pestaña de plástico.

Todavía puede ver el otro extremo. Entierra aún más el hocico, el pelo de las orejas tiembla cuando una avalancha de chokolatinas cae sobre su cabeza, seguida por un ejército de ositos de peluche, un arsenal de pistolas de juguete, una barricada de globos, canicas como granizo, una ristra de yoyós, un carillón de silbatos, una bola de narices y barbas de pega, una plaga de ratones mecánicos y una turba de marionetas de dedo de aspecto torvo y vestidas de negro.

—¡Poned un buen petardo, este tiene que abrirse con un buen estallido! — dice alguien.

Meten un fulminante por debajo de la nariz del perro (estornudo) y por detrás de la cola (cosquillas) y lo sacan por un agujero de la tapa.

El perro piensa en esos animales de circo que disparan con cañones, o en los que lanzan en paracaídas detrás de las líneas enemigas. Piensa en Laika, el perro soviético enviado al espacio para nunca más volver, y piensa en los perros estelares, Can Mayor y Menor, surcando el negro firmamento, relucientes guardianes de sus primos más toscos de abajo.

Tal vez vaya a reunirse con ellos, lanzado al espacio, una nueva estrella.

Canis Fugit, el perro volador.

Pero ¡no quiere ser un perro volador!

Quiere tener las cuatro patas en el suelo.

¡Demasiado tarde!

Están atando la cinta a ambos extremos del gigantesco petardo benéfico de Navidad. Nota cómo lo levantan por el aire como a una Cleopatra canina en una alfombra enrollada y helo ahí sobre una barca dorada —no, es la caja de un camión viejo— camino de un gran hotel con un portero de chaqueta verde en la puerta y un árbol de Navidad blanco detrás de la puerta de un vestíbulo con una araña de cristal.

El perro y el petardo los transportan duendes escogidos especialmente que cobran el salario mínimo, para sorpresa y aplauso de todo el mundo.

Es la fiesta de beneficencia para los niños: los padres ricos han pagado mucho para que sus hijos puedan ayudar a los niños necesitados sin tener que conocer a ninguno.

El perro oye cómo anuncian cosas: los premios especiales, y el mejor premio es para quien gane el petardo con sorpresa.

El perro se preocupa al pensar en qué ocurrirá cuando lo descubran ahí dentro. Nadie lo querrá como regalo. No es un regalo. Es un perro callejero.

Sabe que nadie lo querrá. Vive en el parque y bebe agua de la fuente. Llegó con la feria cuando era un cachorrito y corrió alrededor de las atracciones con pelaje mestizo, hasta que un día la feria se marchó, las caravanas se fueron una por una, y él se tumbó a dormir un rato porque no sabía qué ocurría y cuando despertó todo el mundo se había ido.

Al principio salió corriendo detrás de ellos, siguió el olor a diésel y a perrito caliente, pero sus patas eran más lentas que las ruedas y, aunque corrió y corrió hasta que se le llagaron las patas, de noche tuvo que rendirse y, asustado y cojeando, entre el ruido y la oscuridad encontró el camino de vuelta al parque.

Se alegró al oír el susurro de los árboles y las suaves hojas.

A veces la gente le da bocadillos y a veces no. A veces intentan atraparlo.

Conoce el ruido de la furgoneta y sale corriendo hacia la calle donde puede colarse por debajo de una puerta hasta que se marchen. A veces algún humano duerme también en el parque, y se enfada con él, pero los humanos siempre acaban marchándose. La gente no es de fiar, eso ya lo sabe.

La noche anterior había sido muy fría. Estuvo buscando comida. El hombre de la tienda de kebabs había vuelto a Turquía por Navidad. Al perro le gustan los kebabs. Oisqueó un poco entre los cubos de basura, pero habían limpiado la calle por Navidad.

Mientras andaba por la calle, pegado a la pared, vio una ventana abierta y la luz roja. Parecía cálido. La lluvia empezaba a convertirse en aguanieve.

Pero ahora...

¿Qué ocurrirá cuando lo encuentren dentro del petardo?

Oye mucho ruido. Se quedará inmóvil.

El salón de baile del hotel está abarrotado de niños que agitan los billetes de la rifa. Ha llegado la hora de repartir los premios: muñecas, juegos, guitarras de juguete, coches dirigidos por control remoto. Hay un hombre con una chaqueta de lentejuelas y un micrófono. Está en el escenario y quiere que los niños canten «Navidad, dulce Navidad».

Luego llega el momento. El premio gordo. El petardo. Los duendes lo suben al escenario.

¿Cuál es el número ganador? ¡Sí! El 999.

Dos niños se adelantan: un niño gordo con un disfraz de Elvis de color rojo y una niña delgada con un abrigo de imitación de piel. ¿Ha habido un error?

Hay dos billetes premiados. Los dos niños se miran desafiantes y toman posiciones de combate a ambos extremos del petardo. La habitación se carga de una energía feroz cuando los demás críos toman partido por uno u otro:

«¡TIRAD, TIRAD, TIRAD!».

El niño gordo sujeta uno de los extremos con las manos rollizas, y la niña delgada planta los pies y resiste, como ha visto hacer a su madre en las rebajas.

Pero entonces un niño pálido y callado se adelanta y entrega su billete al maestro de ceremonias. También tiene el 999.

El maestro de ceremonias se rasca la peluca.

—Haya lo que haya en este petardo rebosante, gigante, gigantesco y emocionante, tendréis que compartirlo.

Los críos de la sala empiezan a abuchear.

—Compartir es de pringados —dice la niña delgada.

—¡Es Navidad! —responde el maestro de ceremonias como si repetir lo evidente pudiese hacer que suceda lo inesperado.

El niño pálido y callado se aparta mientras el niño gordo del disfraz rojo

se pone más rojo que el disfraz al tirar y tirar de su extremo del petardo. La niña se lanza encima del petardo para que su nuevo enemigo, el niño gordo, no se lleve el premio. El niño pálido y callado permanece en medio con el billete en la mano, extrañado de ver asomar una pata por la ranura.

¡PUM! Estalla como si alguien acabara de dividir el átomo y en el aire hay una nube con forma de hongo radiactivo de chocolate, yoyós, narices postizas y marionetas de dedo, y por un segundo pende en el espacio perfecto mientras el contenido del petardo se dispersa por la sala; sálvese quien pueda, todos pelean por las monedas de plata, las arañas de plástico y nadie repara en que detrás del humo acre hay un terrier pequeño en caída libre con un sombrero de papel alrededor del cuello.

—¿Dónde está el premio gordo? —exclama el niño gordo—. Lo he hecho estallar yo. Quiero el premio gordo.

El perro aterriza a sus pies.

—¿Qué hace ese perro dentro del petardo? —grita la niña delgada.

El perro está acostumbrado a que le persigan y le griten, pero esta vez sabe que se ha metido en un lío, así que piensa a cuatro patas lo más deprisa que le permite su cerebro canino y dice:

—¡Hola! Soy un perro mágico, como el genio de la botella.

—¿Qué genio? ¿Qué botella? —pregunta el niño gordo, que sospecha que se ha perdido algo—. ¿Quién me ha robado mi genio?

—Si eres un PERRO MÁGICO, sí, vale, ¿dónde están mis tres deseos? —añade la niña delgada.

El niño pálido y callado no dice nada. Se queda mirando al perro.

—¡Muy bien! Un deseo cada uno —responde el perro, señalando a los niños con el hocico—. ¡Uno, dos y tres! ¡Vuestros deseos son órdenes!

—Yo quiero un Ferrari —grita el niño gordo.

—De acuerdo —dice el perro—. Dame diez minutos.

El perro se mete debajo de un largo mantel y corre hasta el final de la sala.

Solo piensa en escapar. Resbala por el suelo pulimentado, por la alfombra, pasa por delante del guardarropa, ve la señal en zigzag de la salida de emergencia y concluye que debe de ser para él.

¡Es una emergencia! ¡Vamos, perro, vamos!

Baja a la desbandada por las estrechas escaleras de hormigón y aterriza de

cabeza en el aparcamiento subterráneo.

—Aparca el Ferrari en la plaza dieciséis, por favor —grita el encargado del aparcamiento, lanzándole las llaves a su ayudante.

Y hay que decir que, por mucho que preveamos, planifiquemos, deliberemos y decidamos, el momento que lo cambia todo llega cuando llega y no puede invocarse ni engatusarse y tampoco conviene perderselo.

El perro no se lo perdió. Se sentó sobre las patas traseras y saltó. Saltó de su pasado, flacucho, mugriento de garras y dientes y atrapó el futuro cuando pasó delante de sus mandíbulas.

Ahí está, de vuelta por el torbellino de las escaleras de cemento, por la salida de emergencia, por delante del guardarropa, en la sala de baile, esquivando los golpes de un centenar de yoyós, de un salto se planta en el escenario al lado de lo que queda del petardo y ahí están las llaves a los pies del niño gordo con el traje de Elvis.

—Aparcamiento subterráneo, plaza dieciséis —dice el perro.

Los ojos del niño gordo brillan de codiciosa felicidad. No se molesta en dar las gracias al perro, coge las llaves con la mano rolliza y se va andando como un pato y apartando a los niños más pequeños con los que se cruza.

—Ahora yo —le ordena la niña delgada—. ¡Yo, yo y yo! Quiero un abrigo de piel auténtico.

—Eso no es ético —replica el perro, que nunca ha oído esa palabra, pero la encuentra en la punta de su lengua sonrosada.

—¡Quiero uno! —chilla la chica con tanta fuerza que todas las bolas de cristal del árbol de Navidad estallan en pedazos.

—¡Muy bien! —dice el perro—. Tus deseos son órdenes. —Está a punto de darse la vuelta, pero el chico menudo y pálido se ha arrodillado y le ha dado un poco de agua y un bocadillo de jamón, del que ha quitado con cuidado la lechuga.

El perro se siente agradecido, y espera que, ocurra lo que ocurra, pueda concederle al niño su deseo. Pero antes está lo del abrigo de piel.

Tiene suerte porque los padres están llegando a recoger a sus hijos, justo cuando una suave nieve de oropel empieza a caer en el bar al lado del salón de baile, y ¿no te apetece una copita? ¿Y qué son cinco minutos comparados con toda una vida, sobre todo en Navidad? Pero estos son los minutos que un ángel bueno ha reservado para el perro que no cree lo que ven sus dulces ojos

castaños cuando empiezan a pasarles un abrigo tras otro a las chicas del guardarropa y, si se queda quieto y espera..., sí, ¡es un visón!

Las chicas están ocupadas colgando los abrigos del montón y charlando sobre dónde comprar el pavo más barato y no reparan en el visón que se escurre del mostrador y por el suelo, con un perro debajo veinte veces más pequeño, pero es un terrier y ha nacido con la Ley Sagrada de la Mandíbula: «No sueltes jamás».

—Cariño, hay un abrigo que corre por el suelo —le dice un hombre muy borracho a su mujer muy sobria.

Ella no se molesta en mirar.

—No seas idiota, cariño.

Y así el reluciente abrigo de visón, arrastrado por el perro de pelo áspero, se abre paso por la alfombra hasta el salón y hacia las escaleras del escenario.

Se oye un leve «¡Guau!». La niña está entretenida con el móvil y no repara en que se le ha concedido su deseo máspreciado. El niño menudo y callado ha estado esperando, un poco preocupado, la verdad, por el perro mágico, y cuando ve el abrigo como una alfombra arrastrándose por el suelo con cien pies sabe que el perro debe de estar debajo y corre a quitárselo de encima.

—¿Estás bien? —pregunta el niño.

—Un poco acalorado —responde el perro—. Avísale de que aquí tiene su abrigo.

La niña se tapa la cara con las manos y luego empieza a aplaudir, igual que ha visto hacer a los ganadores de los concursos de talentos de la televisión. Se pone el abrigo, sale del escenario y se cae de bruces, justo cuando el maestro de ceremonias reaparece micrófono en mano. Parece serio. Parece apesadumbrado.

Por lo visto el billete ganador 999 no estaba triplicado. No han sido los duendes navideños sino dos bolígrafos. Los que tenían el número 9 y el 99 han añadido unos nueves a su billete. El premio gordo será solo para el verdadero número 999.

El niño pálido y menudo todavía tiene el billete en la mano. El maestro de ceremonias lo examina con una lupa... Sí, este es.

El órgano se pone a tocar «Navidad, dulce Navidad», pero no lo bastante fuerte para tapar un tremendo estrépito en el vestíbulo del hotel.

Todo el mundo corre a la puerta para ver un Ferrari rojo conducido por un niño con la cara colorada y un disfraz rojo, rodeado de cristales rotos, con el árbol blanco de Navidad metido en el techo solar y el portero vestido de verde encima de la capota.

—¡La culpa la tiene el perro! —grita el niño mientras los guardias de seguridad se lo llevan.

La niña del abrigo de piel se ríe tanto que apenas puede sujetar el móvil para hacer una foto y enviársela a todos sus amigos. Levanta las manos por encima de la cabeza y un par de esposas se cierran en torno a sus muñecas.

—¡Esa niña me ha robado el abrigo! ¡Lo lleva puesto! —La modelo rusa está enfadada—. Soy amiga del presidente Putin.

—¡Me lo ha dado el perro! —vocifera la niña—. ¡Detengan al perro!

Pero el perro no aparece por ninguna parte. El perro se ha metido detrás de la fotografía ampliada de un reno que hay en el salón de baile y no piensa salir.

Mientras el bullicio en el vestíbulo del hotel adquiere proporciones de pastel de crema, el maestro de ceremonias se lleva al niño menudo y callado delante de una caja dorada con una cinta roja y le dice que la abra.

Dubitativo, el niño tira de la cinta porque no está acostumbrado a los regalos grandes. Su madre y él no tienen mucho dinero. Dentro de la caja hay una bicicleta de montaña.

—Y es toda tuya —proclama el maestro de ceremonias—. La has ganado limpiamente.

A solas con la bicicleta, el niño pasa la mano por encima del plato reluciente y por las suaves marchas, el ligero bastidor y el manillar adaptable.

Es la mejor bicicleta del mundo.

—Bueno, está visto que no necesitarás un deseo —dice invisible el perro desde detrás de los renos ampliados—. Tal vez sea lo mejor, dadas las circunstancias.

Se oye otro grito en el vestíbulo del hotel cuando el propietario del Ferrari se encuentra con lo que queda de su coche. Grita no sé qué de un campo de golf y de Donald Trump.

El niño se sienta al borde del escenario, balancea las piernas y mira los ojos del perro que lo están mirando a él. Le ofrece otro bocadillo. Los ojos

castaños del perro van de izquierda a derecha, luego sale corriendo, coge el bocadillo y se sienta al lado del chico.

—No soy un perro mágico —dice el perro—. Soy un perro callejero. Me quedé encerrado en el petardo. Anoche hacía mucho frío y por lo general me quedo a dormir debajo de los cubos de basura del parque, pero se los habían llevado, así que fui a dar un paseo para calentarme, vi una luz en una ventana, encontré un banco cubierto de papeles de colores, me dormí y, en fin, aquí estoy.

—Yo he venido en autobús —dijo el niño—. Vivo con mi madre. Es limpiadora de este hotel y han tenido que invitarme a la fiesta.

—¿Qué deseo ibas a pedir? —pregunta el perro—. Quiero decir, si hubiese sido un perro mágico.

El niño pensó un momento porque era de esos niños pensativos y luego dijo:

—Si pudiera pedir un deseo, pediría poder llevarte a casa y que te quedaras conmigo para siempre.

—¿Qué? —ladró el perro, sus orejas dieron vueltas y vueltas como antenas de satélite captando una señal alienígena—. ¿Qué? ¡Guau! ¿Qué? ¡Guau! ¿Qué? ¡G-U-U-A-A-U-U!

—¡Te pediría a ti! —dijo el niño—. Me llamo Tommy. ¿Cómo te llamas tú?

—No tengo nombre.

—Pues te llamaré Mágico —dijo Tommy.

Y Tommy le preguntó a su madre si podía llevarse a casa a Mágico, y ella respondió que sí, que podía quedárselo, siempre que supiera que un perro es para siempre y no solo para Navidad.

No fue ningún problema porque Tommy no era un niño caprichoso.

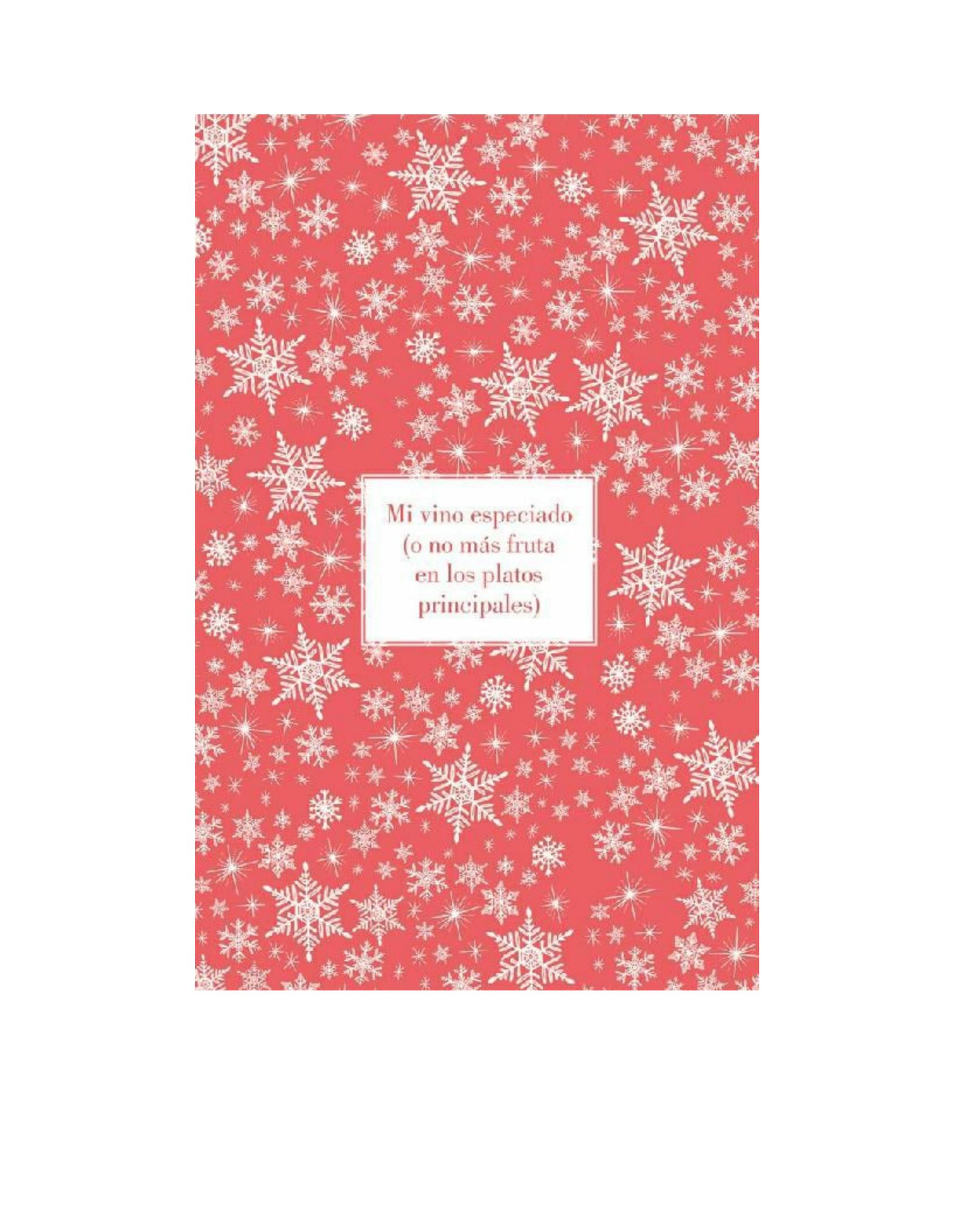
Luego Tommy y Mágico corrieron de aquí para allá y ayudaron a la madre de Tommy a recoger las serpentinas y los globos reventados y todas las cosas que deja tras de sí la Navidad. Y se alegraron mucho de no tener que dejarse atrás el uno al otro.

Por fin la madre de Tommy acabó de trabajar y los tres se fueron por las calles escarchadas hacia la parada del autobús.

El perro corría al lado de chico, y contempló en el cielo despejado los

perros estelares, fríos y bellos, y supo que, pidas lo que pidas, no se puede pedir nada mejor que el amor.





Mi vino especiado
(o no más fruta
en los platos
principales)



En Navidad nadie se libra de comer higos secos, naranjas sanguinas, granadas, canela, clavo, mazapán, pan de jengibre y todo tipo de frutas y especias, a menudo en *Stollen*, *Lebkuchen*, vinos especiados, ponches calientes, pudines y bastoncitos de caramelo con azúcar y esencia de naranja colgados en el árbol de Navidad.

Si se deja un calcetín para que Santa Claus lo llene en Nochebuena, la tradición exige que se coloque una naranja en la punta. Una naranja con clavos en el fondo del cazo es la base de todos los vinos especiados.

En los países fríos la fruta fresca escaseaba. La naranja, con su color brillante, su sabor dulce y su inyección de vitamina C era un placer navideño muy bien recibido.

La Navidad es una festividad que se celebra en pleno invierno.

La mayor parte del tiempo que los humanos llevamos en la tierra, el invierno ha sido la época en que era más difícil encontrar comida, sobre todo comida fresca. El invierno también es la época psicológicamente más difícil.

Los días son cortos. Hace mal tiempo.

Imagina que no hay electricidad, que los caminos son malos, que apenas se viaja, el esfuerzo diario de mantener encendidos el fuego y la estufa. La ropa húmeda, las camas húmedas y un frío que entumece los miembros. Nada de eso cambia hasta el siglo XX.

Imagina la alegría de los doce días de comilonas, calor, relajación, jolgorio, contemplación, cánticos, caridad, amabilidad y cierto sentido de la vida. La fe religiosa puede proteger al espíritu de la depresión y la desesperación sobre todo porque habla de esperanza y nuevos comienzos. Y porque la comunidad resulta esencial para la salud mental. La soledad que tanta gente experimenta hoy en Navidad es consecuencia de que hayamos perdido ese sentido de comunidad, también el que proporciona pertenecer a una Iglesia y una fe.

En una época en que el extremismo religioso no era tan mortífero desde las Cruzadas o la Inquisición, es difícil pensar en la fe como esperanza, o en las creencias como bondad con los demás. Pero la Navidad, en la tradición

cristiana, empieza con regalos: el regalo de la nueva vida del niño Jesús, los regalos de los Reyes al Niño Cristo y el regalo de Dios a nosotros. No hace falta creer en esto para ver su base y su propósito. La Navidad consiste en dar.

Al ser una festividad celebrada en una época en la que escaseaban el calor y la comida, compartir con el prójimo —amar al prójimo como a uno mismo— podía salvar vidas.

Y te alegraba.

Cuando era niña teníamos un cerezo en nuestra parcela. Todos los años mi padre tapaba las frutas con una vieja malla de nailon para que los pájaros no se las comieran. Después se metían en tarros para Navidad.

Parte de nuestras cerezas en tarro se intercambiaban por otras cosas que nos apetecía comer en Navidad. Todos nuestros conocidos hacían lo mismo: se intercambiaban manzanas para elaborar salsa por coles de Bruselas, castañas por avellanas, hombrecitos de jengibre por tartaletas de picadillo.

Se cuenta que, en Inglaterra, Isabel I regalaba hombrecitos de jengibre hechos a su imagen y semejanza. Supongo que serían reinas de jengibre, y que ahora la comunidad gay ha recuperado la costumbre.

Una amiga alemana me dice que las casas de pan de jengibre tan populares en Alemania y en Estados Unidos empezaron a hacerse en el siglo XIX, imitando el cuento de hadas de los hermanos Grimm, *Hansel y Gretel*. La casa de la bruja en el cuento está hecha de chocolate y pan de jengibre, y ya sabemos que las tradiciones navideñas son una extraña mezcla de influencias.

En eso consiste parte de su encanto.

Un día en que charlaba del pan de jengibre con Nigella, me dio su receta para el relleno del pan de jengibre (está en *Nigella Christmas*). Es muy navideño, especiado y afrutado, con el sabor de las naranjas sanguinas. Y como ella dice, si no se lo das al pájaro, se pueden comer rebanadas frías como una especie de pastel muy sabroso.

La fruta seca y las especias llegaban de Oriente a los países más fríos a través de España, con sus relaciones moriscas, y después de la India. Uno de los muchos inconvenientes del Imperio británico fue la obsesión británica por la comida extranjera cocinada al estilo británico. Piénsese en el pollo de la coronación.

Añadir fruta seca o jengibre a las recetas se consideraba atrevido y

moderno a la vez que imperialista y colonial, así que era la combinación perfecta para un poder declinante que se sentía más cómodo con los libros de recetas de la señora Beeton que con los Beatles.

La señora Winterson preparaba un pavo con curri al día siguiente de Navidad, que no puedo reproducir aquí pero que era una versión del pollo de la coronación, frito con curri, jengibre cristalizado y uvas pasas.

No es de extrañar que en los años setenta hubiese en Inglaterra un partido político llamado No Más Fruta En Los Platos Principales.

Era una época en que cualquiera podía presentarse al Parlamento; la inversión no resultaba muy grande y la excentricidad todavía era una virtud inglesa.

A muchos nos obligaron a comer puré de patatas con ciruelas, pato a la naranja hecho con gajos de mandarina de bote, o atún en lata con melocotones en conserva. Las salsas de curri con lima o gelatina de mango eran habituales.

En Navidad la cosa empeoraba, pues la vaga idea de que Belén estaba en Oriente se adueñaba de las cocinas de la nación.

En este libro hay otras dos recetas —una paquistaní y otra judía— que usan la fruta y las especias con la generosidad que sería de esperar, pero por ahora dejaré al lector con un vino especiado: lleva fruta, lleva especias y no hace falta comérselas.

Imagínate hace cien años llegando a una taberna un frío día de nieve y deseando tomar algo que te haga entrar en calor y te deje un poco amodorrado. Estás ahí, delante del fuego de leña con las manos heladas en torno a una taza de vino caliente, aromático y dulce.

A mí se me hace raro beber vino especiado en un salón con un vestido de noche y la calefacción al máximo.

El vino especiado es estupendo para echarlo en un termo y llevarlo en un paseo invernal con un trozo de pastel de Navidad y un pedazo de queso en el bolsillo.

Nota de la autora: el vino especiado tiene más de hechizo que de receta.

Una cazuela humeante llena de un líquido oscuro parece y huele como el brebaje de una bruja. Utilice el lector su nariz. Pruébelo mientras lo prepara.

Experimente.

INGREDIENTES

Una botella o dos de un vino tinto decente

Un par de vasos de oporto

Una naranja con clavos frescos; sé que se tarda mucho, pero a los niños y a los ancianos les encanta prepararla; es un buen momento para oír otro capítulo de ese audiolibro...

Un trocito de raíz de jengibre pelada

Una rama de canela

Una hoja de laurel fresco

Azúcar de caña sin refinar

A propósito del vino: no hay que creer a quienes dicen que cualquier vino tinto vale. Un dolor de cabeza es un dolor de cabeza. Es mejor comprar un burdeos joven. Vale más un buen vino de mesa comprado en la bodega que una visita a los estantes del supermercado. Si uno no se bebería el vino embotellado, ¿por qué iba a beberse del cazo?

A propósito del oporto: no hace falta que sea muy caro, pero mi máxima es: un hígado, una vida. Hay quien añade un chorrito de brandy y, si no tengo oporto, uso solo el burdeos.

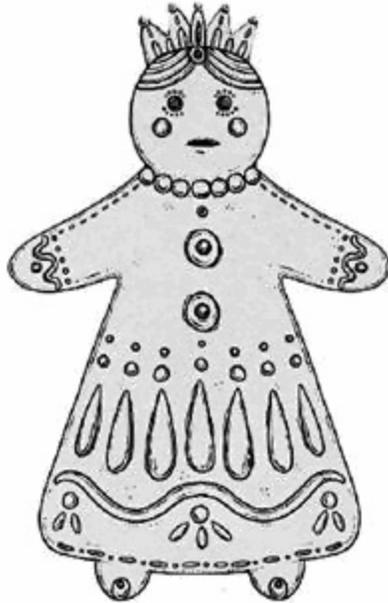
ELABORACIÓN

Se pone la naranja con el clavo en una cazuela profunda y se vierten el vino y el oporto. Se añaden los demás ingredientes, a excepción del azúcar, y se calienta despacio y con cuidado. Una vez la mezcla está tibia, se añade azúcar al gusto. El nivel de dulzura depende totalmente de las preferencias de cada cual.

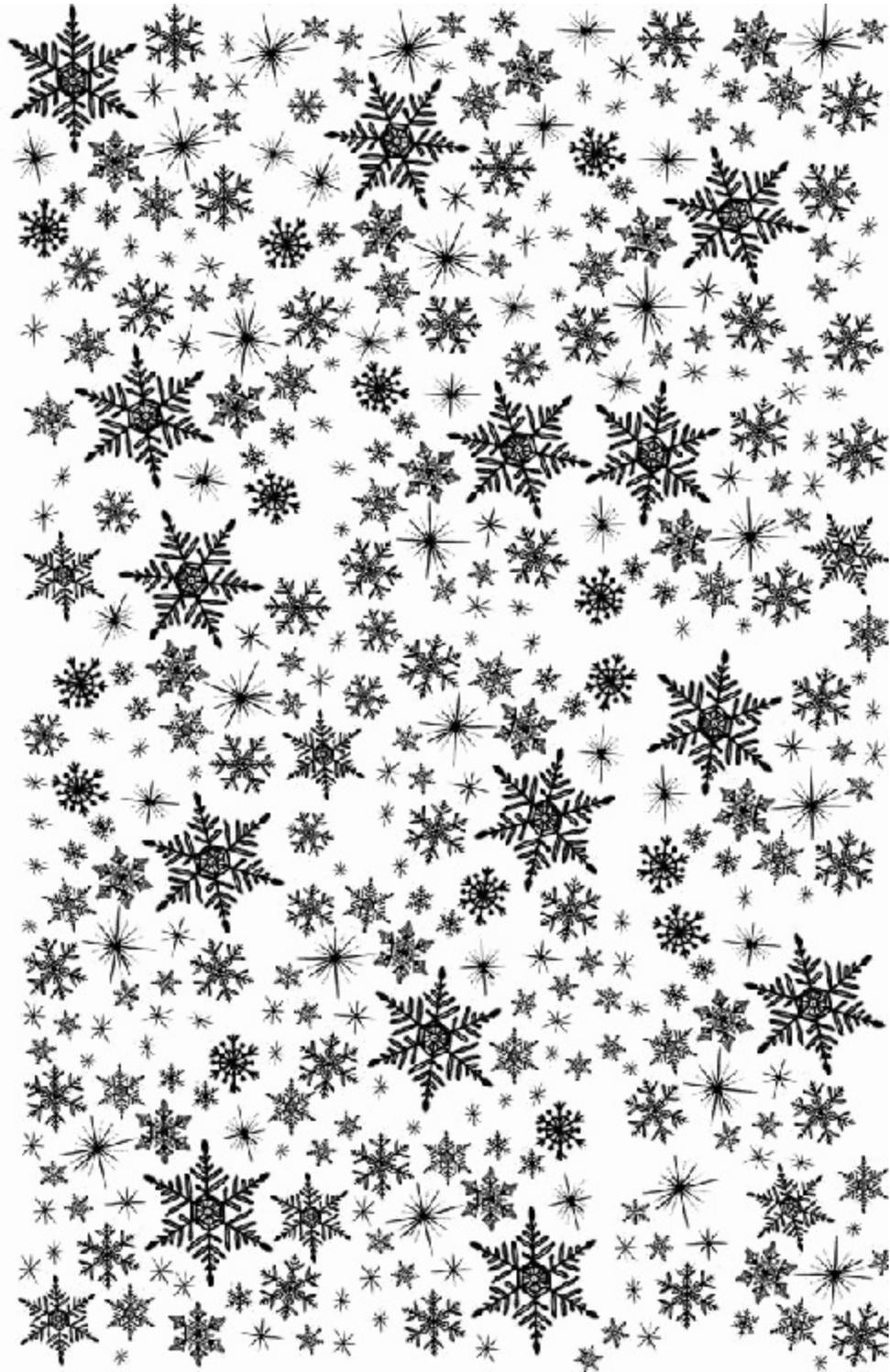
No hay que dejar que la mezcla hierva o se irá el alcohol.

Después se puede recalentar con cuidado el vino.

Me gusta el vino especiado a las once de la mañana, cuando termino mis ocupaciones invernales en el jardín, o a las cuatro o cinco de la tarde, cuando termina el día y aún no es hora de cenar o beber. Se puede disfrutar con pan de jengibre y queso.







UN CUENTO DE FANTASMAS

En el Oberland bernés, en Suiza, se encuentra la famosa estación de esquí de Mürren.

A Mürren no se puede llegar por carretera.

Hay que ir en tren a Lauterbrunnen y allí coger el de cremallera hasta el pueblo.

Tres picos te contemplan: el Eiger, el Mönch y el Jungfrau.

Los británicos empezaron a ir a Mürren en 1912.

Fue el año en que el capitán Scott murió en el Polo Sur. Ese año se habló mucho de él, de su heroísmo y de su sacrificio, de cómo los británicos tenían que soportar la carga del imperio, medio mundo coloreado de rosa como una lata de salmón.

Luego llegó la guerra.

Hasta 1924 los británicos no empezaron a volver a Mürren en un número significativo. Arnold Lunn se presentó con su padre, sir Henry, un pastor que después de fracasar a la hora de convertir a los indios de Calcuta al metodismo, decidió predicar a los británicos la gloria de los Alpes.

Fue el joven Arnold quien se enamoró del esquí y quien estableció el descenso con esquís como deporte de competición y no solo como el modo más rápido de llegar al pie de la montaña.

Aunque, sin duda, era el modo más rápido de llegar al pie de la montaña.

En 1928, Arnold y unos amigos escalaron la cumbre del Schilthorn, situado cerca de Mürren, y esquiaron los catorce espeluznantes, sorprendentes, mareantes, peligrosos, arriesgados, vertiginosos y exultantes kilómetros que los separaban de Lauterbrunnen. Disfrutaron tanto que volvieron a repetirlo.

Y luego otra vez. Llamaron al descenso el Infierno.

Y todos los años el mundo entero viene a repetir ese descenso.

Mis amigos y yo no estamos hechos para el Infierno. Lo nuestro es juntarnos cada Año Nuevo, dejar nuestra vida de lado y vernos para recordar los viejos tiempos. Hemos trabajado juntos, o hemos ido juntos a la universidad, o hemos sido vecinos, hasta que uno u otro se mudó. Las mujeres y los maridos no pueden venir. Es un club de amigos. Resulta agradablemente anticuado en la época de Facebook. No subimos nada a internet. En realidad, no tenemos mucho contacto el resto del año.

Pero, mientras estemos vivos, aquí estaremos, en Mürren, cada Año Nuevo.

Nos alojamos en el hotel Palace y organizamos nuestra primera cena el 3 de enero.

Después de una buena cena a base de trucha con patatas, sentados delante de un fuego de leña, bebiendo café, brandy o ambas cosas, alguien propuso que contásemos historias de fantasmas verdaderas: sucesos sobrenaturales que nos hubiesen ocurrido a nosotros.

Así era Mike, un tipo exuberante con un enorme apetito por cualquier novedad. Hacía un año, dijo, que investigaba lo paranormal.

Cuando le preguntamos por qué, respondió que había empezado aquí, en Mürren. ¿Y por qué no nos lo había contado antes?

—No estaba seguro. Y pensé que os reiríais de mí.

Nos estábamos riendo de él. ¿Quién, aparte de los niños y las viejas, cree en los fantasmas?

Mike se inclinó hacia delante y levantó la mano para detener el aluvión de bromas y comentarios sobre los cazafantasmas y si no habría tomado tantas copas que le habían hecho ver doble.

—No estaba borracho —dijo Mike—. Era de día. Estabais todos en el telesilla para el eslalon. Yo opté por el esquí de fondo para despejarme las ideas, ya sabéis que el año pasado tuve problemas matrimoniales.

Se había puesto serio de pronto. Así que escuchamos.

—Estaba solo —dijo Mike—, esquíaba bastante deprisa por el paso entre las montañas. Vi a alguien más arriba, espeluznantemente más arriba, como si

esquiara sobre una cuerda floja. Le hice gestos con la mano y le grité, pero la figura siguió avanzando. Era como si estuviese aerotransportada. Volví a ponerme en marcha, diciéndome que luego intentaría encontrar en el bar a ese tipo que esquiaba en el aire, y una hora más tarde volví a verle. Parecía estar buscando algo.

»Esquié hacia él para ayudarle.

»“¿Se le ha perdido algo, amigo?”, dije.

»Me miró... Nunca olvidaré esa mirada; ojos de color azul lechoso, como el azul del sol sobre la nieve por la mañana. Me preguntó la hora. Se la di.

Dijo que se le había perdido el piolet. Pensé que debía de ser geólogo. Tenía una mochila que parecía de especialista.

»Llevaba una ropa muy rara. Como si hubiese salido a esquiar con ropa de calle. Un suéter grueso de marinero, nada de microfibra de alta visibilidad.

Llevaba botas, pero eran esas viejas de cuero y cordones que se usaban antes.

Y sus esquís... no bromeo, eran de madera; ¿os imagináis?

»Pero no era solo eso. Tuve la sensación de que podía mirar a través de él.

De que estaba hecho de cristal o de hielo. En realidad no podía ver a través de él, pero la sensación era real. No parecía querer compañía, así que me adelanté un poco y luego me volví. Y no había nadie.

Habíamos escuchado en silencio. Luego embestimos todos al mismo tiempo. Todos teníamos nuestra propia explicación: a veces hacían demostraciones de esquí histórico, con esquís antiguos, ropa gruesa y demás.

Y Mike acababa de admitir que estaba cansado y un poco tenso. El aire puede tener efectos así.

Nada demostraba que fuese un fantasma. Mike negó con la cabeza.

—Os digo que vi algo. Llevo todo el año intentando entenderlo. No hay explicación. Un hombre sale de la nada y vuelve a la nada.

Mientras discutíamos, uno de los directores del hotel, Fabrice, se acercó, nos invitó a una copa y preguntó si podía sentarse con nosotros.

—Es la noche de los fantasmas, Fabrice —dijo Mike—. ¿Había oído algo así por aquí?

Mike empezó a contarlo todo otra vez. Me levanté y me excusé.

Necesitaba un poco de aire. Cuando llegas aquí siempre tardas un tiempo

en acostumbrarte. El fuego y el brandy me habían amodorrado, pero no quería irme a la cama. Así que salí, con intención de dar un paseo alrededor del hotel.

Me gusta asomarme a las habitaciones llenas de gente. Esa sensación de película muda. De niña lo hacía: observaba a mis padres y mis hermanas cuando sabía que no me veían.

Ahora, en el aire tonificante y estrellado, me asomé y vi a mi grupo, a mis amigos, riendo animados. Sonreí para mis adentros. Luego, mientras observaba, otro huésped pasó por la biblioteca. No era nadie a quien conociera. Llegas a familiarizarte con las caras habituales. Este era joven y fuerte. Tenía buen porte.

A juzgar por su ropa, era británico. Llevaba unos pantalones de lana, una camisa caqui, una corbata corta y una chaqueta ajustada de tweed. Tenía, pues, ese aspecto intemporal que se les da tan bien a los británicos. Ni siquiera miró a los de nuestro grupo; cogió un libro de uno de los estantes y desapareció por una puerta que había en uno de los paneles de la pared. La biblioteca está inspirada en un club de caballeros de hace unos cien años: cuero, madera, calidez, libros, cuadros de animales, fotos antiguas enmarcadas, periódicos.

Volví adentro, los demás lo estaban pasando bien, pero yo seguía sin estar de humor. Estoy cansada, me dije. Por impulso seguí al hombre por donde había salido. El hotel había acometido varias reformas en los últimos tiempos. Pensé en echar un vistazo a lo que habían hecho.

Pero cuando pasé por la puerta reparé en que me encontraba en la parte más antigua del hotel. Probablemente, la destinada al servicio.

Vi las piernas del hombre que desaparecían por una escalera estrecha. ¿Por qué fui detrás de él? No intenté darle alcance. Pero tengo una sensación de libertad, en realidad de temeridad. Es el aire. Aquí el aire es radiante; es como respirar luz.

Le seguí.

En lo alto de las escaleras distinguí un leve resplandor que salía de una habitación con una puerta pequeña debajo del alero. Daba la impresión de que era un añadido de última hora. Dudé. A través de la puerta entreabierta vi al hombre de espaldas, pasando las páginas de un libro. Llamé a la puerta. Se volvió. Abrí la puerta.

—¿Viene a traer el agua caliente? —preguntó.

Luego reparó en su error.

—No se disculpe —dije—. Soy yo la que le está molestando. Estoy con ese grupo tan ruidoso de abajo.

El joven pareció confundido. Era ancho de hombros, alto, con la constitución de un remero o un escalador. Se había quitado la chaqueta de tweed. Llevaba tirantes. Estaba ahí con la corbata y en mangas de camisa, conmovedoramente formal y vulnerable al estilo formal y vulnerable de los ingleses.

—Me disponía a leer este libro sobre el Everest —dijo—. Voy a ir a finales del año. Pase. Por favor. ¿Quiere pasar?

Entré. La habitación no parecía una habitación de hotel. Había un fuego encendido en la chimenea y un diván apoyado en la pared. Había una jarra y un lavabo en una mesita. En mitad de la habitación había una sólida maleta de cuero a medio deshacer, y un par de pijamas de rayas arrugados encima.

Dos velas goteaban en la repisa de la chimenea. Había un quinqué de petróleo en un escritorio al lado de la ventana y una silla a juego, había acercado un sillón de terciopelo rosa al fuego. No parecía haber electricidad.

Siguió mi mirada.

—No soy rico. Las otras habitaciones son mejores. Bueno, seguro que ya lo sabe. Pero esta es acogedora. ¿Quiere sentarse? El sillón es muy cómodo.

Por favor... ¿señorita?

—Hola, soy Molly —dije, tendiéndole la mano.

—Sandy —dijo él—. Debe de ser usted norteamericana.

—¿Por qué?

—No tiene acento, pero parece muy segura de sí misma.

Me reí.

—Sabía que estaba molestando... Ya me voy.

—¡No! Por favor..., tengo unos modales espantosos. Siéntese junto al fuego. Continúe. Por favor.

Hurgó en una mochila que parecía hecha de tela y bolsillos, y sacó una petaca.

—¿Le apetece un brandy?

Sirvió dos generosas raciones en dos vasos.

—Nunca había visto esta parte del hotel. Es muy pintoresca. Supongo que

no la han restaurado nunca. ¿Es histórica?

Otra vez Sandy pareció confundido.

—¿Histórica?

—Ya sabe, de las demostraciones que hacen..., lo de esquiar al estilo de Arnold Lunn y demás.

—¿Conoce a Arnold Lunn?

—He oído hablar de él... Alojándose aquí, ¿quién no?

—Sí, es todo un personaje, ¿verdad? ¿Sabe lo de su relación con Sherlock Holmes?

No la sabía, y noté que quería contármela. Parecía muy entusiasta. Se inclinó hacia delante y se arremangó. Su piel era blanca como el hueso.

—El viejo, sir Henry, el padre de Arnold, adoraba esas aventuras, las leía en voz alta alrededor del fuego por la noche; según él, estaban hechas para leerlas en voz alta, y estoy de acuerdo. En cualquier caso, Conan Doyle estuvo en el Oberland bernés con sir Henry, en una de sus excursiones a los Alpes, y Conan Doyle se pasó el tiempo arrastrando los pies desanimado porque quería matar a Sherlock Holmes para consagrar su vida al estudio de lo paranormal. ¿Puede creerlo? ¡El estudio de lo paranormal! Y dejar de escribir condenadas historias de detectives.

Sandy asintió con la cabeza y se rio. Dio un buen trago de brandy y volvió a rellenar los vasos. Tenía las manos grandes, fuertes, y además eran las manos más blancas que he visto jamás.

—Es agradable tener compañía —dijo. Le sonreí. Era muy apuesto.

—No sabía que Arthur Conan Doyle creyera en lo sobrenatural.

—¡Oh, sí! Se convirtió al espiritualismo. Estaba convencido. Así que sir Henry, aunque no quería quedarse sin Sherlock Holmes, quiso ayudar a su amigo y le dijo: «Empuje a Holmes por las cataratas de Reichenbach». Conan Doyle no conocía las cataratas de Reichenbach, no tenía ni idea de dónde estaban. Sir Henry, un gran experto en los Alpes, llevó a Conan Doyle a las cataratas y Conan Doyle supo que había dado con la respuesta. Y así es como murieron Holmes y Moriarty. Me gustó mucho esa historia. *El problema final*.

—Si hay que desaparecer, mejor hacerlo a lo grande —dije—. Y siempre se puede planear el regreso.

Su rostro cambió. Miedo y dolor.

—¡No sueltes la cuerda!

—¿Qué? No entiendo.

Sandy se pasó la mano por la cabeza.

—Lo siento. Estoy divagando. Quiero decir que los ingleses prefieren vivir bien que vivir mucho.

—¿De verdad?

—Hubo tantos chicos, demasiado jóvenes para ir a la guerra, que nunca se perdonaron a sí mismos por no haber hecho el sacrificio supremo. Esos chicos estarían dispuestos a enfrentarse a lo que fuese, irían a cualquier parte, harían cualquier cosa.

—¿Por qué iba a arriesgar nadie la vida inútilmente?

—¿Por algo glorioso? Vaya, ¿usted no lo haría?

—¿Y usted?

—Claro. Con las mujeres es distinto.

—¿Porque tenemos hijos?

—Supongo. Aunque ahora que pueden votar...

—Ejercer los derechos democráticos no tiene nada que ver con dar a luz.

—Supongo que no.

Se quedó mirando el fuego.

—¿Le gustaría venir a esquiar mañana conmigo? Conozco algunas rutas interesantes. Parece usted fuerte.

—Me lo tomaré como un cumplido. Sí, ¿por qué no? Será un placer.

Cuando habla usted de la guerra, Sandy, se refiere a...

—La Gran Guerra.

Supuse que debía de estar siguiendo los actos del centenario.

—Yo no arriesgaría mi vida por nada. La muerte es demasiado definitiva.

Asintió despacio con la cabeza, mirándome con esos ojos como dos láseres azules.

—¿No cree en el más allá?

—No. ¿Y usted?

Guardó silencio. Me gustaba su seriedad. No había mirado el móvil ni una sola vez. Y leía libros. Antiguos. Vi el que había cogido prestado, abierto en el escritorio donde lo había dejado.

—No es cuestión de creer o no —dijo por fin—. Es lo que es.

No quise entrar en otra discusión sobre lo que ocurre cuando morimos, así que cambié de conversación.

—¿Ha dicho que va a escalar el Everest?

—Sí. Es una expedición oficial británica. Estoy a cargo de los cilindros de oxígeno, nada sofisticado. No espero llegar a la cima, pero es un honor que me hayan escogido. Todos los demás son mucho más experimentados que yo.

Siempre me han fascinado las montañas y la naturaleza. Las montañas y la naturaleza frías. De niño devoraba todo lo que caía en mis manos sobre el capitán Scott y la Antártida... y sobre ese tramposo de Amundsen.

—Amundsen utilizó perros en lugar de ponis. Eso no es hacer trampa.

—Para empezar nunca debería haber competido con Scott. La nuestra era una expedición científica. Él solo buscaba la gloria.

—Bienvenido al mundo moderno.

—Vulgar. No quiero ser vulgar.

—¿Por qué quiere escalar el Everest?

—Mallory lo ha dicho mejor que yo: «Porque está ahí».

Era blanco y monumental como el mármol. Tal vez fuese el fuego casi apagado, o que mi rostro estaba encendido por el brandy, o tal vez fuese el claro de luna que se colaba por la ventana luminosa. Aquel chico podría perfectamente haber estado esculpido en una roca lunar.

—¿Qué edad tiene, Sandy?

—Veintidós. No puedo hacerle la misma pregunta porque no es de buena educación.

—Tengo cuarenta.

Sandy negó con la cabeza.

—Es demasiado hermosa para tener cuarenta años. Espero que no le importe que la llame hermosa. Mejor que guapa.

No me importó lo más mínimo.

—Partiré para el Himalaya en abril. Vía Darjeeling. Luego iremos al monasterio que hay al pie de la montaña. Rongbuk. Nos quedaremos allí. Los monjes creen que la montaña, el Everest, canta. Que la música es demasiado aguda para que la oigamos, pero que ciertos maestros budistas pueden oírla.

—Eso es demasiado místico para mí.

—¿De verdad? Cuando está aquí en Mürren, ¿no nota la cabeza más ligera?

—Pues sí, claro, pero eso es porque hay menos oxígeno en el aire. Es fisiológico. Es...

Sandy me interrumpió.

—La gente siente la cabeza más ligera en la montaña porque el mundo sólido se desmaterializa. No somos los objetos dimensionales que creemos ser.

—¿Es usted budista?

Sandy negó impaciente con la cabeza. Noté que estaba decepcionado.

Volvió a intentarlo mirándome directamente a la cara. Esos ojos...

—Mientras estoy escalando comprendo que la gravedad existe para protegernos de la ligereza de nuestro ser, igual que el tiempo nos protege de la eternidad.

Cuando habló tuve un escalofrío. Me entró frío igual que cuando estás en una habitación donde está bajando la temperatura. Luego vi que había hielo por dentro del cristal de la ventana.

Sandy estaba mirando detrás de mí. Como si hubiese olvidado que me encontraba allí. Y reparé en algo raro de sus ojos. Nunca parpadea, pensé.

Al volver a hablar, lo hizo con una gran desesperación en la voz.

—Nunca he intentado evitar el abrumador fuego de la existencia. No es la muerte lo que resulta temible, sino la eternidad, ¿entiende?

—Creo que no, Sandy.

—La muerte... es una salida, ¿no? Por mucho que la temamos, ¿no le parece un alivio que haya una salida?

—Nunca pienso en la muerte.

Se levantó y fue a la ventana.

—¿Y si le dijera que la muerte no es una salida?

—No soy religiosa.

—Ya lo descubrirá. Cuando llegue el momento, lo descubrirá por sí misma.

Me puse en pie. No había reloj en la habitación. Miré el mío. El cristal de la esfera se había roto.

—Se ha roto, ¿eh? —dijo Sandy. Su voz sonó muy lejana, como si hablase

con otra persona—. Debería llevarlo en el bolsillo.

—Debo de haberle dado un golpe.

—Esta maldita pizarra. La montaña entera está podrida.

—¿Qué montaña? ¿El Eiger?

—El Eiger no... el Everest. Siempre he pensado que el nombre es una broma: esa roca implacable y despiadada, sin pausa, sin sueño, con vientos de doscientos cuarenta kilómetros por hora si no hay suerte, y nunca la hay, y los británicos la llaman Ever Rest. ¿Cree que estaba pensando en los muertos?

—¿Quién, Sandy, quién estaba pensando en los muertos?

—Sir George Everest. No creerá que los tibetanos o los nepalíes escogieron el nombre de una montaña en el Himalaya, ¿verdad? La Royal Geographical Society la bautizó así en 1865 en honor al topógrafo general de la India, sir George Everest. En su descargo hay que decir que puso objeciones: dijo que no podía pronunciarse ni escribirse en hindi. Para ellos el Everest será siempre la Santa Madre.

—Una madre muy rara que mata a tantos de sus hijos —dije.

—Hay sitios sagrados —contestó Sandy—. Sitios adonde no deberíamos ir. No lo sabía hasta que estuvimos en el monasterio de Rongbuk.

—¿Ya ha estado allí? Pensaba que iban a ir.

—Sí. Sí. ¿Qué hora es? Ya se ha puesto el sol. —Pareció confuso. Decidí seguir con lo de los británicos como si no hubiese pasado nada.

—Los chinos destruyeron el monasterio de Rongbuk original durante la Revolución Cultural en el 74, ¿no?

Sandy no me prestaba atención. Estaba de rodillas buscando en su mochila, con el corpachón encorvado como el de un niño.

—He perdido mi piolet.

Supe que tenía que irme. Me levanté para ponerme el abrigo. Tenía los pies entumecidos. No me había dado cuenta de que hiciese tanto frío. La habitación se estaba petrificando poco a poco. Cada vez estaba más blanca.

Los tonos cálidos de la madera pulimentada se habían blanqueado como un hueso al sol, como un cadáver abandonado en la ladera de la montaña. El fuego se había apagado, la ceniza era también una montaña, gris e inútil. Las cortinas parecían láminas de hielo que enmarcaran las ventanas escarchadas.

Empecé a tiritar. Tenía la nuca húmeda. El sillón de terciopelo rosa tenía

manchas oscuras. Mientras Sandy estaba ahí de rodillas, vi que tenía copos de nieve en la camisa caqui. Escalofriante. Bello. ¿Es posible ser las dos cosas a la vez? Había empezado a nevar dentro de la habitación.

—¡Sandy! Póngase la chaqueta. Venga conmigo.

Sus ojos eran de un azul tan pálido.

Empezó a soplar el viento. Igual que la nieve, el viento estaba dentro de la habitación. Levantaba la tapa de la maleta del suelo. La habitación temblaba.

Las velas de la repisa de la chimenea se apagaron. El quinqué seguía encendido pero la llama empezó a vacilar y el interior de la pantalla de vidrio se nubló con el dióxido de carbono. El aire de la habitación era casi irrespirable. Sopla el viento, pero no hay aire. Sandy se quedó de pie inmóvil al lado de la ventana.

—¡Sandy! ¡Vamos!

—¿Puedo besarla?

Es absurdo. Estamos a punto de morir y quiere besarme. No sé por qué, pero fui hacia él. Le toqué el pecho con la mano, me puse de puntillas mientras él agachaba la cabeza. Jamás olvidaré el roce de sus labios, el frío ardiente de sus labios. Al abrir la boca, solo un poco, respiró en ella, como si fuese un cilindro de oxígeno, eso me pareció.

Respiró y noté cómo se me contraían los pulmones con la fuerza del aire al salir de mi cuerpo. Puso la mano en mi cintura, con suavidad, tan fría, tan fría. Y ahora mis labios también ardían.

Me aparté e intenté respirar, hinché con esfuerzo los pulmones. Ahora estaba bastante menos pálido, sus mejillas habían recobrado el color.

—No sueltes la cuerda —dijo.

Yo estaba en la puerta. Tuve que usar las dos manos para abrirla por la nieve que se había amontonado en el suelo. Corrí o caí por las escaleras, dando trompicones en la oscuridad. Como pude, busqué el camino a la parte principal del hotel. Tenía que conseguir ayuda.

El bar estaba cerrado. No había nadie en la biblioteca donde habíamos estado después de cenar. Hacía tiempo que se había apagado el fuego. Corrí al vestíbulo. El recepcionista de noche estaba en el mostrador. Pareció sorprendido al verme.

—¿Dónde está todo el mundo? —dije.

Enarcó las cejas e hizo un gesto con las manos.

—Son las cuatro cuarenta de la madrugada, señora. Todo el mundo está en la cama.

Apenas me había ido una hora. Pero no era el momento de discutir.

—El joven que se aloja en la parte antigua del hotel... va a morir congelado.

—No hay nadie en la parte antigua del hotel, señora.

—¡Sí! Por la puerta al fondo de la biblioteca. ¡Se lo enseñaré!

El recepcionista cogió las llaves y la linterna y me acompañó. Fuimos a la biblioteca, a la puerta en los paneles. Empujé el pomo. La puerta no se abrió.

Empujé el pomo arriba y abajo.

—¡Ábrala, ábrala!

El recepcionista me puso una mano en el brazo.

—Eso no es una puerta, señora; es solo decorativa.

—Pero hay una escalera al otro lado. Una habitación... ¡Le digo que acabo de estar allí!

El recepcionista negó con la cabeza, sonriente.

—Tal vez podamos comprobarlo por la mañana. ¿Me permite acompañarla a su habitación?

Cree que estoy borracha. Cree que estoy loca.

Fui a mi dormitorio. Cinco de la madrugada. Me tumbé totalmente despierta y desperté con un sobresalto, al notar en la cara el sol que se colaba a través de los postigos abiertos. Fuera se oían el ruido y el ajetreo cotidianos.

Me sentía angustiada.

Me miré en el espejo. Tenía los labios cortados por la escarcha.

Me duché, me cambié, me puse vaselina en los labios y fui al piso de abajo.

Unos cuantos del grupo estaban en el vestíbulo con los esquís.

—¿Qué te pasó anoche? ¡Desapareciste sin más!

Mike era uno de ellos.

—¿Viste un fantasma?

Risas generalizadas.

Le pedí a Mike que me acompañara. Primero fuimos a la puerta en el panel.

—Es falsa —dijo Mike—. Para darle un aire antiguo.

Le pedí que saliera conmigo a la parte de atrás, donde debería haber estado la ventana.

Pero no había ninguna ventana. Intenté explicarle. Balbucí como una idiota. El beso. La cuerda. El Everest. El chico iba a escalar el Everest. El rostro de Mike cambió.

—Vayamos a ver a Fabrice —dijo.

Fabrice se encontraba en su despacho rodeado de papeles y tazas de café.

No pareció sorprenderse de nada de lo que le conté. Cuando terminé, asintió con la cabeza y miró primero a Mike y luego a mí.

—No es la primera vez que alguien ve a ese joven en la montaña, pero sí la primera que lo ven en el hotel. La habitación que ha descrito existió una vez, hace casi cien años, le enseñaré las fotografías.

Ahí estaba el hotel Palace en los primeros días de los viajes a los Alpes.

Fuera había un grupo de hombres con esquís de madera, sonriendo. Fabrice los fue señalando con el bolígrafo.

—Sir Henry Lunn. Su hijo, Arnold Lunn...

Le interrumpí mientras hablaba.

—¡Ese es! ¡Ese es Sandy!

—*Voilà* —dijo Fabrice—. Ese es Andrew Irvine. Tal vez les suene el nombre.

La voz de Mike sonó grave y vacilante.

—¿El tipo que escaló el Everest con George Mallory?

—Ese mismo. Irvine y Mallory no regresaron de su intento de alcanzar la cima el 8 de junio de 1924. A diferencia del de Mallory, el cadáver de Irvine nunca apareció.

—Y se alojó aquí —dije.

—Ya lo ve. En una de las habitaciones de tercera categoría del hotel. Era un joven notable. Nació en 1902. Era un mecánico y maquinista de talento.

Se cuenta que Mallory lo escogió a él como compañero para la ascensión fatídica porque Irvine era el único capaz de arreglar los cilindros de oxígeno.

—¿Cómo murió?

—Nadie lo sabe. El cadáver de Mallory no apareció hasta 1999, con la cuerda todavía a la cintura.

De pronto me parece ver a Sandy en la nieve.

—¡No sueltes la cuerda!

—¿Cómo?

—Nada. Nada.

Los tres guardamos silencio. ¿Qué íbamos a decir?

Por fin Fabrice habló.

—El piolet de Irvine apareció en 1933. Desde entonces no ha habido más pistas. Pero si alguna vez encuentran su cadáver, llevará una cámara al cuello, y los expertos de Kodak dicen que es probable que la película pueda revelarse. Así tal vez sabremos si Mallory e Irvine coronaron la cima del Everest.

Saqué mi reloj roto del bolsillo y lo dejé sobre el escritorio.

—Es raro —dijo Fabrice—. El reloj de Mallory apareció en su bolsillo, roto. Tal vez en el momento en que el tiempo se detuvo para él.

—Mira —dijo Mike. Me dio su iPad.

La alegría es, después de todo, la finalidad de la vida. No vivimos para comer y ganar dinero.

Comemos y ganamos dinero para poder disfrutar de la vida. Para eso es y eso es lo que significa la vida.

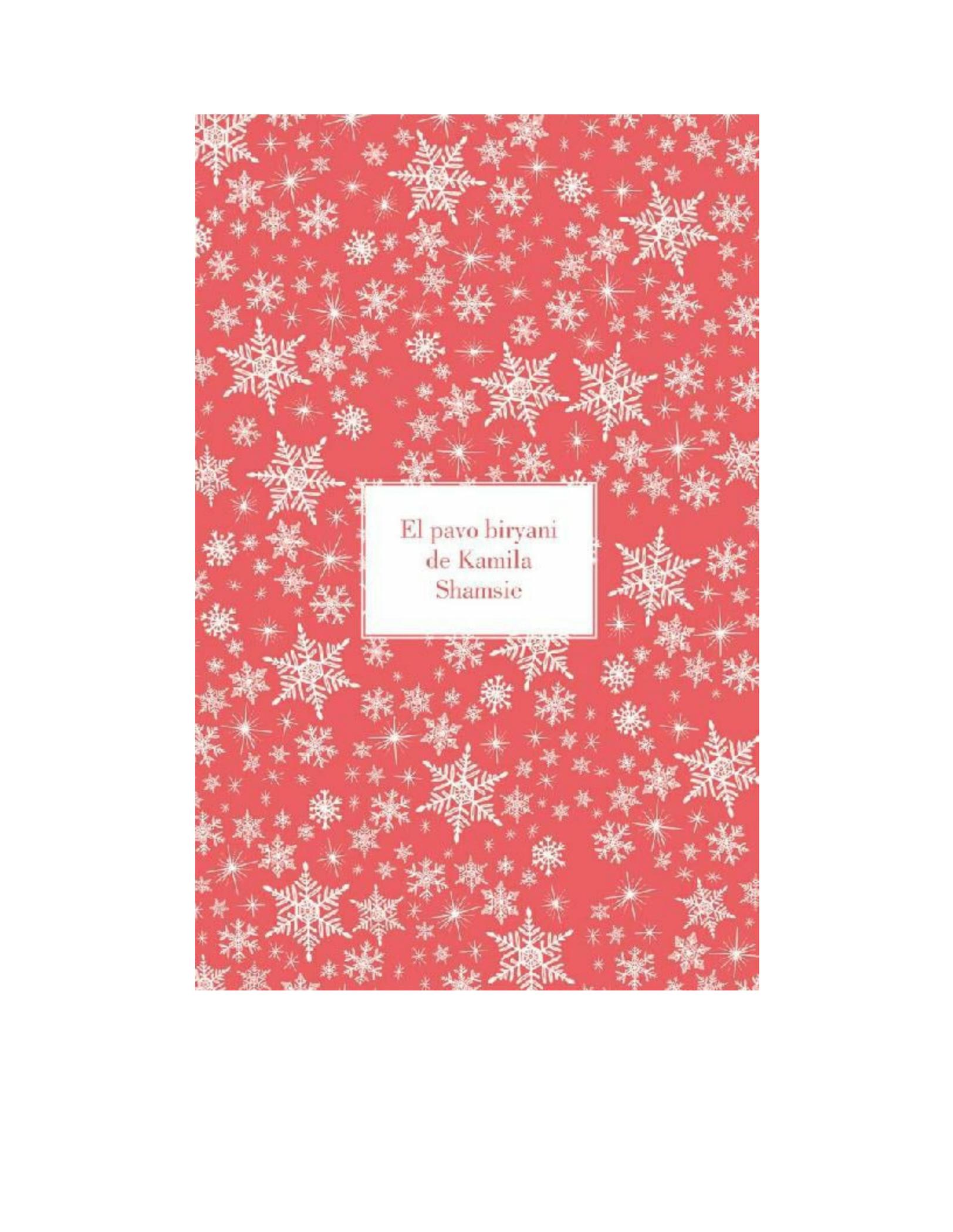
GEORGE MALLORY, Nueva York, 1923

Igual que todo el mundo, empapo mi espíritu en materialidad, lastro mis tobillos como un buceador de aguas profundas. Rechazo la llamada, porque responderla sería vivir en el aire, saltar de la montaña, partir y no regresar.

Las abrumadoras llamas de la existencia.

Y la nieve cae a su alrededor. Y el cielo se cierne sobre sus cabezas. Y en sus ojos brillan las estrellas antiguas, frías y débiles, en cielos diferentes.



The background of the entire page is a vibrant red color, densely decorated with white snowflakes and starburst patterns. The snowflakes vary in size and complexity, some with six distinct arms, while the starbursts are smaller, multi-pointed shapes. In the center of the page, there is a white rectangular box with a thin black border. Inside this box, the title is written in a black, serif font, centered and arranged in three lines.

El pavo biryani
de Kamila
Shamsic

El año pasado en vacaciones mi mujer, Susie Orbach, se dispuso a preparar el banquete de siempre.

—¿Por qué no cocino yo este año? —le dije.

Me miró horrorizada. Susie es una excelente cocinera. Cuando nos conocimos yo era una cocinera entusiasta, pero pronto reparé en que ella no quería probar mi comida: asados, estofados, empanadas, guisos, salchichas con puré de patatas y demás. Compré un diccionario yidis para averiguar qué significaba *goyishe chazerai*.

Nuestra amiga, la escritora pakistaní Kamila Shamsie, fue a visitarnos ese diciembre, y le pregunté por las navidades en Karachi, su ciudad de veinticinco millones de habitantes. Me contó una historia increíble que había oído en los informativos norteamericanos a propósito del enorme apoyo con el que contaban los talibanes en Karachi, tal como demostraba la venta de barbas postizas de talibán en los semáforos.

Kamila había llamado a un amigo en Karachi para comprobar este interesante detalle: resultó que las barbas en cuestión eran las típicas barbas de Santa Claus propias de esa época del año.

Además de una extraordinaria escritora, Kamila Shamsie es muchas otras cosas, y resolvió con diplomacia el enfrentamiento navideño entre Susie y yo ofreciéndose a preparar su propia versión de una comida de Navidad pakistaní.

Para no quedarme fuera, preparé un guiso de faisán del libro de cocina para Aga de Mary Berry. Me alegra decir que a muchos invitados les gustó, aunque no hay duda de que el pavo de Kamila —que nadie lo llame curri— fue lo mejor.

Esta receta vino a santo de nuestra discusión sobre la fruta en los platos principales (véase «Mi vino especiado»). Como dijo Kamila:

—Los británicos colonizaron medio mundo y siguieron comiendo col hervida.

Así que aquellos a quienes les gusten los frutos secos y las especias y

tengan a mano sobras de pavo pueden probar esto, reproducido con el amable permiso de la cocinera.

Kamila dice: el pavo no es un ave fácil de ver en Pakistán, así que no sé explicar por qué había dos en una granja del Punyab, propiedad de unos amigos de mi familia, esa Navidad en 1980 cuando yo tenía siete años.

El primero fue a parar a nuestro plato el día que llegamos mis padres, mi hermana y yo, y, como no lo había visto con vida, no tuve escrúpulos en comérmelo, asado «al estilo inglés». Pero, al día siguiente, los tres niños de la familia con quien estábamos, mi hermana y yo oímos un ruido extraordinario que seguimos hasta ver algo aún más extraordinario: un animal hinchado, todo plumas, barbas y pico. Lo bautizamos ¡Ajá! (En la granja había también dos patos a quienes llamábamos Déjà Vu y Voulez-Vous. No sabíamos francés, pero en Karachi acababan de abrir una cafetería llamada Déjà Vu y todos conocíamos la canción de ABBA «Voulez-Vous». Como el estribillo de la canción decía: «*Voulez-vous...?* ¡Ajá!», se nos ocurrió ese nombre para el pavo.)

Pronto descubrimos que ¡Ajá! tenía una peculiaridad que nos proporcionó interminables diversiones: si alzabas la voz y le hablabas o le cantabas con cierto tono, respondía en «pavo» exactamente el mismo tiempo que le hubieses hablado tú. Le cantábamos: «*Voulez-vous...?* ¡Ajá!». Y respondía «Glu gluglú yip». «¡Vaya un descarado! ¡Debería darle vergüenza!», le decíamos (era nuestra frase preferida del musical *Oklahoma*). «Glu gluglú yip glu yip - gluglú glu», respondía el pavo.

Por supuesto, la historia no acaba bien.

Un día, ¡Ajá! desapareció.

—Se ha escapado con un pavo silvestre —nos dijeron y, para darle más credibilidad, niños y adultos salimos en su búsqueda.

«A la caza del pavo silvestre», gritamos al partir a pie y en todoterreno, más allá de los algodinales y las plantaciones de caña de azúcar y los bosques de naranjos, hasta las dunas de arena que rodeaban misteriosamente la granja.

¡Ajá! no apareció, y hasta muchos años después, ya de adulta, no supe la verdad por dos niños que habían estado en la granja: ¡Ajá! no se había fugado al desierto por amor; había acabado en la tabla de cortar la carne.

Pero ¿qué pasó después?

—Esa noche nos comimos el pavo —insistieron y siguen insistiendo los hermanos hoy.

—No —respondí—. Habíamos comido pavo la primera noche, antes de conocer a ¡Ajá! y no me habría creído lo de la fuga todos estos años si hubiese aparecido en nuestro plato en la cena.

Al pensarlo ahora, tengo que admitir que debimos de comérselo disfrazado. Al final del día de búsqueda, apareció algo en el plato que dijeron era pollo y debí de comérmelo pensando que ese sabor tan fuerte era el sabor de mi pesar.

No me gustan las historias con cabos sueltos, así que necesito imaginar cómo nos disfrazaron a ¡Ajá! en la cena.

Me gusta pensar que fue con un pavo biryani.

Parece la mejor despedida para un pavo tan garboso y que tanto nos divirtió hasta el último bocado.

Más abajo está mi receta con sobras de pavo biryani (gluglú gluglú gluglúgluglú).

INGREDIENTES

Sobras de pavo cortadas en dados (si se quiere empezar desde el principio, se asan un par de patas de pavo y luego se corta la carne en cubos. La piel se puede tirar o comer, ningún plato paquistaní lleva piel de ave). Yo sugeriría unos 500 g, pero en realidad depende de cuánta carne de pavo haya sobrado. Se pueden ajustar las demás cantidades de esta receta según sea necesario

500 g de arroz; solo sirve el basmati; por favor, tú hazme caso (yo uso Tilda)

2 cebollas grandes picadas muy finas

1 cucharadita de jengibre rallado

3 dientes de ajo machacados

Guindilla roja picada o una cucharadita de guindilla en polvo (o más, según las papilas gustativas de cada cual)

1 cucharadita de cúrcuma molida

1 cucharadita de sal (puede ajustarse, igual que todos los demás ingredientes, según los gustos y las necesidades)

8 granos de cardamomo verdes

6 clavos

1 cucharadita de pimienta negra en grano

1 ramita de canela

1 cucharadita de semillas de cilantro

3 tomates medianos cortados en cubos

100 ml de leche (si uno se siente extravagante —¿y por qué no?—, se puede hacer una infusión con una pizca de azafrán en la leche al empezar a preparar el biryani)

Un puñado de pasas (opcional)

Un puñado de anacardos (opcional)

ELABORACIÓN

Si nos facilita la vida, se puede hacer esto antes:

Se lava el arroz hasta que el agua salga limpia. Se echa en una cazuela y se añaden 500 ml de agua. Se hierva a fuego fuerte hasta que absorba el agua (aproximadamente unos ocho o diez minutos). El arroz debería estar a medio cocer. Si el arroz se cuece demasiado deprisa y el agua no se ha absorbido de todo, se puede escurrir el exceso de agua. Yo acierto con la cantidad de agua y arroz dos de cada tres veces, probablemente porque no mido el agua antes de echarla en el cazo. Lo más importante es que el arroz esté a medio cocer: si se aplasta un grano, debería estar blando, pero con el centro duro. Se remueve todo con un tenedor para que los granos no se peguen al enfriarse.

En otra cazuela, se fríen las cebollas a fuego fuerte hasta que estén de color dorado. Es un paso importante. El fuego tiene que estar fuerte y, si la cebolla no está dorada, no sirve. Por supuesto, hará falta una generosa cantidad de aceite para que no se peguen al fondo. Se reserva una cucharada de cebolla frita para la guarnición.

Se añaden todas las especias a las cebollas que han quedado en la cazuela.

Se remueven un minuto o dos: deberían empezar a soltar una fragancia maravillosa. (No a todo el mundo le gusta el olor de la cebolla frita con

especias; una manera de contrarrestarlo es poner al fuego una ramita de canela en agua hirviendo. Así se absorbe el olor.) Se añaden los tomates cortados en cubos a la mezcla de especias y se baja el fuego. Se dejan hasta que los tomates y las especias formen una pasta espesa (puede que haga falta añadir un poco de agua si la mezcla se pega a la cazuela). Debería tardar unos quince o veinte minutos (mejor fiarse de la vista que del tiempo).

Se añade el pavo y se tiene unos diez minutos a fuego lento, para que pueda absorber los sabores.

Si hace falta, al final se sube el fuego unos minutos para que se absorba el exceso de líquido.

Cuarenta minutos antes de servir, se hace lo siguiente:

Se engrasa una fuente de estofado. Se echa un tercio del arroz en el fondo.

Se rocía de leche. Se cubre el arroz con la mitad del pavo especiado. Se pone otra capa de arroz. Se rocía con leche. Se añade el resto del pavo especiado y se cubre con el arroz que queda. Se rocía con leche, se ponen las cebollas fritas que habíamos reservado y una generosa cantidad de hojas de cilantro picado. Se cubre con papel de aluminio o con una tapa. Se mete en el horno a 180 °C una media hora, tal vez un poco más.

Último paso opcional: según lo marcado que uno esté por la fruta y los frutos secos MAL UTILIZADOS en la comida navideña.

Se fríen las uvas pasas en un poco de aceite hasta que se hinchen. Se reservan. Se fríen los anacardos más o menos un minuto.

Antes de servir el pavo biryani, se esparcen las uvas y los anacardos por encima.





LA RANA DE PLATA



El Establecimiento para Huérfanos de la señora Reckitt se preparaba para celebrar la Navidad.

En el espacioso vestíbulo se alzaba un enorme abeto que pronto decorarían con impresionantes adornos.

Una guirnalda de acebo del tamaño de un salvavidas colgaba en la puerta principal. Tal vez fuese mala suerte que la puerta fuera negra, pues la combinación de un color tan sombrío con la guirnalda invernal recordaba un poco a una funeraria.

Sin embargo, la aldaba de bronce estaba recién pulida y la cadena de la campanilla relucía ya para recibir a los visitantes. Y vaya si los habría: lo mejorcito de Soot Town asistiría a la cena de Navidad.

Soot Town había pagado la cena, para celebrar la ocasión y por caridad con los pobres niños sin padres que se habían refugiado bajo las amplias alas de la señora Reckitt.

De haber sido un pájaro es improbable que la señora Reckitt hubiese volado muy lejos —o siquiera que hubiese volado—, pues en conjunto la señora Reckitt parecía un pavo gigante. No un pavo silvestre. No. Un pavo de granja con mucha pechuga, pliegues en el cuello y cabeza y patas pequeñas, aunque nadie había visto jamás las piernas de la señora Reckitt, pues lo que se llevaba en la época era taparlas. Baste con señalar que sus piernas, si es que las tenía, eran como las de un pavo. Es decir, no pensadas para viajar.

Si en muchos aspectos la señora recordaba a la famosa ave del banquete navideño, había uno con el que guardaba un parecido distinto.

La señora Reckitt tenía cara de cocodrilo. Tenía la mandíbula larga y la

boca grande. Unos dientes enormes acechaban en su interior. Sus ojos eran pequeños y arrugados y asomaban de la cara con una expresión homicida y vigilante. La piel del cuello y el escote tenían más de bolso que de humano.

Pero no era verde. No, la señora Reckitt no era verde. Era rosa.

Y todo el mundo en Soot Town coincidía: era una encantadora, compasiva y sonrosada viuda.

La causa del final del difunto señor Reckitt se desconoce. Baste con decir que está muerto y que la pareja no tenía hijos.

La señora Reckitt lo decía a menudo con lágrimas de cocodrilo en los ojos de cocodrilo. Su orfanato era por tanto la feliz coincidencia entre la caridad y la casualidad que le había proporcionado la familia que le había negado el destino.

Los huérfanos procedían de cerca y de lejos y se alojaban con mucha hospitalidad en la enorme casona que pagaba Soot Town por suscripción popular.

Esa Navidad la casa estaba llena de niños. Los huérfanos eran la ocupación principal, aunque algunos padres que tenían cosas que hacer dejaban a veces a sus hijos con la señora Reckitt. El precio era considerable, pero, por citar sus propias palabras, había que ver lo que ofrecía a cambio.

Los visitantes de la Villa de la Gloria, como le gustaba a la señora Reckitt llamar a su establecimiento, siempre se quedaban impresionados por el alegre y luminoso salón donde las chicas cosían delante del fuego.

En el jardín había un taller donde los chicos hacían y reparaban objetos útiles. Había un aula, un huerto, un estanque con lirios y dos dormitorios. En cada cama de metal había una gruesa colcha y un osito con botones en los ojos sobre la mesilla de noche.

Y la Navidad... Ah, bueno, la Navidad. Es la época de estar alegres.

Esa mañana los niños estaban decorando el árbol. Se alzaba en mitad del vestíbulo, obsequio del almacén de madera que se hallaba a las afueras de la ciudad. Unos forzudos lo habían talado y vuelto a poner en pie. Las ramas de abajo eran espesas como las de un bosque. Las de la copa estaban tan lejos como un pájaro verde.

Los niños, con sus batas marrones, se quedaron mirando el árbol. La señora Reckitt los miró a ellos.

—Si alguno de vosotros rompe un adorno de cristal, lo encerraré en la carbonera sin cenar —dijo la señora Reckitt—. ¿Y por qué la escalera es tan corta que no llega a la copa? ¿Acaso os tengo aquí para que vayáis a clases de carpintería y hagáis el vago y aprendáis a hacer escaleras demasiado cortas?

Reginald levantó la mano.

—Por favor, señora Reckitt, no es seguro hacer una escalera más alta. Una escalera tiene forma de A, señora Reckitt, sí, y...

El rostro de la señora Reckitt fue pasando del rosa al rojo. Se acercó a Reginald y lo miró con sus ojos como perlas. Reginald reparó en que la señora Reckitt no parpadeaba.

—Muy bien —dijo—, pues si esta es la escalera más larga que sabéis hacer, tendrás que subir una silla a lo más alto de la escalera y subirte tú mismo a lo más alto de la silla para COLOCAR el HADA en lo más alto del árbol. ¿Me has oído?

Era imposible no oírla. Los niños guardaron silencio. Llevaron la silla.

Reginald apenas podía levantarla. Maud se adelantó.

—Por favor, señora Reckitt, Reginald no puede subir la escalera con la silla. Tiene un pie mal.

La señora Reckitt miró la gruesa bota negra de Reginald.

—Si hay algo que me guste menos que un huérfano es un huérfano tullido— dijo mirando a Reginald como si estuviese pensando en comérselo—. Ronald, ¿eres un huérfano tullido o un tullido huérfano? JA, JA, JA, JA, JA.

Luego se volvió hacia Maud.

—Muy bien, Mavis. Veo que eres la más pequeña, la falta de desarrollo siempre es frustrante, pero en este caso nos será útil. Sube al árbol.

Maud miró el árbol, que se alzaba hasta los adornos de escayola del techo.

La parte más alta del árbol quedaba justo debajo de la barbilla de un querubín.

—Sube por el tronco y pon esta hada en la punta. —La señora Reckitt sacó el hada. Estaba hecha de tela y rafia—. Póntela entre los dientes. Así. —Se oyeron un «¡OOOH!» y un «¡AAAH!» de espanto e incredulidad por parte de los huérfanos cuando la señora Reckitt se metió la desgarbada hada en la boca. La mordió y siguió hablando sin dificultad—. En mis tiempos los huérfanos trepaban a chimeneas veinte veces más altas que este estúpido árbol y nunca

les pasó nada. —Se quitó el hada de la boca, su presencia le recordó que tenía hambre—. Es hora de mi bocadillo de salchichas de media mañana. Cuando vuelva, más vale que el hada esté en lo alto del árbol. Y recordad lo que he dicho: ¡si rompéis un único y solo adorno de cristal, iréis directos a la carbonera!

La señora Reckitt se marchó para ir a por su bocadillo de salchichas.

Reginald le puso el hada de tela entre los dientes a Maud.

Maud comprendió que tenía que llegar hasta el centro y trepar por el tronco. El árbol olía a resina y a invierno. Las ramas de abajo eran tan espesas que era como estar en el interior de su propio bosque. El mundo era verde. Maud ya no podía ver a los demás niños. Se había perdido en el bosque como Gretel.

El árbol era áspero y las agujas de pino merecían su nombre. Muy pronto empezaron a sangrarle las manos y los pies y comenzó a tener marcas rojas en la cara. No se atrevió a abrir los ojos ni a mirar hacia arriba. Le estaba entrando frío y notaba el rostro húmedo. La invadió la extraña sensación de que dentro del árbol estaba nevando.

Subió. Iba pensando en su madre, que había muerto cuando Maud era un bebé. Su padre la había dejado con una tía, la tía la había dejado con una prima, la prima la había dejado con una vecina y la vecina la había dejado con un pordiosero. El pordiosero, que recogía ropa vieja y sartenes rotas en Soot Town, la había vendido por una copa en la taberna Baby in Half. El dueño de la taberna nunca había visto una niña tan pequeña. Pensó que podría vivir dentro de una botella encima de la barra, cerca del búho disecado. Sería bueno para el negocio.

Pero Maud tenía otros planes y escapó. La atraparon robando huevos para comer, la metieron en la cárcel y la rescató uno de esos caballeros ancianos bienintencionados que creen que lo único que necesita un niño es pan con mantequilla y mucha disciplina.

En la Academia Reckitt para Huérfanos, Expósitos y Menores Necesitados de Tutela Temporal había disciplina. Y, de cuando en cuando, pan con mantequilla. Pero no había juegos. Y no había esperanza. Y no había calidez.

Y no había amor.

Maud tenía nueve años cuando llegó.

—Una enana —dijo la señora Reckitt al observarla por primera vez—.

Servirá para las tuberías y para sacar objetos pequeños de los desagües.

A Maud le daban muy poca comida, pero era una ladrona muy hábil y a menudo se las arreglaba para conseguir raciones extra para ella y para los demás niños.

Los MNTT (los Menores Necesitados de Tutela Temporal) tenían buena comida: bizcochos, empanadillas, natillas y demás. Tenían asimismo camas cómodas y ositos de peluche, y su alojamiento y su menú se vendían como si fuesen los habituales. En realidad, no era así. Los padres de los MNTT pagaban generosamente para dejar a sus hijos cuando no tenían más remedio que viajar a Montecarlo o hacer una visita urgente a un pariente rico y agonizante.

La señora Reckitt dependía de que volvieran y de sus buenos informes. Y así los huérfanos y los expósitos que no tenían padres ni ricos ni pobres encendían las chimeneas, daban betún a las botas, peinaban a los demás, barrían, quitaban el polvo y sacaban brillo, mientras los MNTT, que eran tan egoístas como los adultos que los habían criado, pensaban que eso era lo que les correspondía.

Hoy, el día de Navidad, los MNTT tenían su propio comedor y a Santa Claus. Un montón de regalos de unos malos padres estaban esperando a que los apilaran debajo del árbol.

Los huérfanos y los expósitos hacían cola después para llevarse el papel y la cinta de envolver sobrantes para dibujar o jugar a la cunita.

Maud había llegado a lo alto del árbol. Su cabeza asomó de pronto al pie del rollizo querubín de escayola. Allá lejos los niños la vitorearon. Maud miró hacia abajo; fue un error. Miró justo a tiempo de ver a la señora Reckitt, que volvía de su cita con el bocadillo de salchichas.

Con las manos en las caderas, la señora Reckitt chilló:

—¡MARGARET! ¡EL HADA, POR FAVOR!

Maud se sacó de la boca el brazo del hada, luego la enganchó a la rama más alta. Maud estaba tan roja y tan verde como la Navidad, tenía las manos ensangrentadas y las agujas de pino asomaban de su cuerpo como si fuese un erizo.

Estaba pensando en cómo bajar, cuando la rama que tenía debajo del pie izquierdo se partió. ¡CRACK!

Ahí va Maud, dando tumbos, bandazos, agarrándose, cayendo, desplomándose, arañándose, resbalando, golpeándose, agarrándose, soltándose, abajo y abajo, por el oscuro túnel verde del árbol hasta aterrizar de culo sana y salva en las pilas de paja amontonadas en la base para el belén.

No se hizo nada.

Los niños aplaudieron y vitorearon.

—¡SILENCIO! —bramó la señora Reckitt. Se acercó y cogió a Maud del brazo, levantándola de la paja—. ¡Ay, ay, ay! —gritó la señora Reckitt—. Dichosa niña, estás cubierta de agujas de pino... ¡Mira lo que me has hecho!

Pero antes de que la señora Reckitt tuviese ocasión de catalogar sus males, vio lo que vio, y lo que vio fue un adorno de cristal roto en el suelo. Sus ojos redondos brillaron.

—¿Qué había dicho? ¿QUÉ había DICHO? —Intentó agacharse para recoger el adorno roto, pero el corsé no se lo permitió—. ¡Dame ese adorno! —gritó.

Temblorosa, Maud recogió el cristal roto, y se cortó las manos aún más, pero al hacerlo reparó en que dentro había una minúscula rana de plata. Se las arregló para ocultarla.

La señora Reckitt envió a Maud a la carbonera el resto del día. En ese momento, arrastrando los pies debajo de las alas de su acostumbrada bata blanca y guantes de goma, llegó el doctor Scowl, su lugarteniente y responsable del bienestar de los niños. Lamentó decir que no era posible meter a Maud en la carbonera; ya había cuatro niños apretujados allí.

La señora Reckitt pareció contrariada.

—¿Puedo sugerir que la envíe fuera, señora? —dijo el doctor Scowl—. Para un niño es vigorizante y saludable estar al aire libre. Así nos aseguramos de que esta jovencita descuidada reflexione sobre su delito sin distraerse con el carbón. El otro día los niños encerrados en la carbonera para su mejora moral estaban utilizando los trozos de carbón para construir castillos.

¡Imagínese!

La señora Reckitt se lo imaginó. Después de imaginárselo, se volvió hacia Maud.

—¡Tú! ¡Fuera! Sin abrigo, guantes ni bufanda. Adiós.

Reginald se adelantó cojeando.

—Por favor, señora Reckitt, deje que salga yo. Maud trepó al árbol por mí.

Pocas cosas le gustaban menos a la señora Reckitt que la bondad humana.

Consideró a Reginald con su cerebro reptiliano poco evolucionado. ¿Por qué devorar a un niño cuando hay dos disponibles?

—En ese caso, Rodney, puedes acompañar a Marigold al jardín. ¡Aire fresco! Soy demasiado buena, pero estamos en Navidad.

Los demás huérfanos contuvieron el aliento. La señora Reckitt se revolvió las faldas para colocarse frente a ellos.

—Y si a algún otro huérfano insignificante se le escapa una sola, una única palabra más, TODOS pasaréis la Navidad fuera. ¿Me habéis oído?

Los huérfanos no tenían padres, pero sí oídos. La oyeron. El salón siguió en silencio.

Entonces...

¡DING DONG! CAMPANA SOBRE CAMPANA
Y SOBRE CAMPANA UNA.

¡DING DONG! BELÉN, CAMPANAS DE BELÉN,
QUE LOS ÁNGELES TOCAN, QUÉ NUEVAS ME TRAÉIS.

—¡La murga de Soot Town que viene a cantar villancicos! —exclamó la señora Reckitt, que, como toda la gente sin sentimientos, era muy sentimental—. Tengo que ir a darles la bienvenida con ponche caliente y gelatina fundida.

Corrió a la puerta principal, con el rostro más colorado que cualquier baya del bosque y el corazón más frío que la nieve que se colaba por la puerta. Los farolillos estaban encendidos y el son de los villancicos inundó el salón. El aire era cera de abejas y abeto verde y brandy y clavo y azúcar y vino, y el árbol brillaba.

Fuera, en el jardín, el estanque estaba helado. Reginald y Maud corrieron alrededor para entrar en calor, pero el doctor Scowl los vio desde la ventana del salón donde estaba calentando su enorme culo al lado de un enorme fuego. Correr se parecía demasiado a un juego y muy poco a un castigo, así que les gritó que se estuvieran quietos.

El babero gris de Maud era fino y su vestido aún más fino. Reginald llevaba unos pantalones cortos grises y la chaqueta reglamentaria de color amarillo mostaza hecha de fieltro. Muy pronto los niños empezaron a ponerse azules.

Justo entonces oyeron unos golpecitos debajo del hielo del estanque. Sí, se oía con mucha claridad. TAP TAP TAP.

La curiosidad por saber qué podría ser aquello les hizo olvidar el frío por un instante.

—¡Allí! —dijo Reginald—. ¡Mira!

Una rana saltaba y dejaba un rastro de huellas del tamaño de un platillo cada vez que se sentaba.

Plateada. No brillante. Sin bruñir. Sus ojos, no obstante, eran estrellas de plata brillantes y firmes que miraban sin parpadear.

—Hola, niños —dijo la Rana de Plata—. Mis hijos están atrapados bajo el hielo.

TAP TAP TAP.

—¿Quién los ha encerrado ahí? —quiso saber Reginald.

—Antes el jardinero siempre dejaba en invierno un tronco de árbol en el estanque —respondió la Rana de Plata—. Inclinado. Asomando del agua y apoyado en la orilla. Era como un puente y las ranas podíamos ir y venir, ocultarnos debajo del hielo para estar calientes, salir a la orilla para comer.

Pero ahora nadie piensa en nosotras.

—En nosotros tampoco piensa nadie —dijo Maud—. Todos los huérfanos estamos atrapados debajo del hielo del corazón de la señora Reckitt, pero, aunque nosotros nunca podremos escapar, te ayudaremos si podemos.

La Rana de Plata escuchó, y sus ojos, que siempre estaban húmedos, porque, después de todo, era una rana, se humedecieron. Los anfibios no lloran. Pero era Navidad.

—¡Podemos romper el hielo en pedazos! —gritó Reginald—. ¡Puedo

pisotearlo con mi pie tullido! Mira, la bota tiene la suela de hierro.

La Rana de Plata negó con el cuerpo. (Las ranas no pueden negar con la cabeza.)

—Demasiado peligroso. Caerás al agua y te ahogarás. No, hay otra manera. Ella lleva la respuesta en el bolsillo.

Maud se hurgó en los bolsillos del babero. Había una corteza de beicon que había guardado del desayuno, y algo duro, como un guijarro. Maud lo sacó. Era la ranita de plata que había encontrado dentro del adorno roto.

—Sí —dijo la Rana de Plata—, esa es La que Croa.

—¿La que Croa?

—La que Croa es la Reina de las Ranas. Nadie la ha visto en carne y hueso, o en baba y membrana, pero nadie duda de que cuida de todos nosotros. Esa rana de plata maciza es su imagen sagrada. Ahora haz lo que te digo y déjala sobre la superficie del estanque.

Maud no tenía mucha confianza en que una ranita a escala de unos centímetros pudiera hacer gran cosa en este mundo helado, pero hizo lo que le pedían y depositó la rana sobre el hielo.

No ocurrió nada. Maud se estremeció.

—No funcionará —dijo Reginald—. ¿Por qué no rompo el hielo y ya está?

—Contemplad —respondió la Rana de Plata y, como era Navidad, «contemplad», aunque rebuscado, sonó aceptable.

Una mancha oscura se fue extendiendo bajo el pequeño y minúsculo peso de su raneza. La mancha oscura burbujeó. Se oyó un suspiro y un crujido. La superficie del estanque estaba húmeda y agrietada.

—¡Se está fundiendo! —exclamó Reginald, que se había olvidado de temblar.

Y era cierto. Y mientras el fundido se fundía, la ranita se deslizó por el hielo resquebrajado, y, allí donde se deslizaba la rana, el hielo se rompía y el agua se extendía sobre la dura superficie.

Y, por si esto no fuese lo bastante notable, luego sucedió algo aún más notable. La superficie del estanque cobró vida con ranas plateadas idénticas.

—¡Son muy pequeñas! —exclamó Reginald.

—Son nuevas —dijo la Rana de Plata—. Como la luna.

Los niños alzaron la mirada. La luna los miró desde el cielo, lanceolada,

bella y plateada.

—Ya no tengo frío —dijo Reginald.

Y Maud tampoco.

—Amigos —dijo la Rana de Plata—, habéis ayudado a mis hijos; ahora mis hijos os ayudarán a vosotros. Venid, pero ¡cuidado dónde pisáis!

Maud y Reginald siguieron a la Rana de Plata, y todas las ranitas pulularon en torno a sus pies como un río. La luna las iluminaba y fue como si una corriente de plata arrastrara a los niños hacia la casa.

A través de las altas ventanas del comedor, los niños vieron que estaban dando los últimos retoques a la mesa donde iban a servir el banquete de Navidad. Qué bonita estaba quedando: velas rojas, petardos navideños rojos, servilletas y manteles adamascados. Maud conocía muy bien el mantel y las servilletas: los había planchado con una plancha calentada en los fogones.

Había tardado cuatro horas.

—¡Adentro! —les ordenó la Rana de Plata, y por arte de magia las minúsculas ranas pasaron a través del cristal y de pronto los niños también estuvieron dentro—. El cristal lo gobierna la luna —dijo la Rana de Plata, como si eso lo explicara todo.

Una vez dentro, dos ranitas subieron a cada petardo navideño. Veinticuatro pequeñísimas ranas cayeron al fondo de los vasos de cristal. Había un precioso bizcocho borracho en un cuenco en el centro de la mesa. El bizcocho estaba decorado con bolitas plateadas que enseguida fueron sustituidas por ranitas de plata.

—Bueno, mis queridas ranitas y ranitos, desperdigaos como bolas de mercurio donde queráis y aseguraos de organizar un buen escándalo en cuanto oigáis el primer chillido.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Maud.

—Tengo una tarea concreta, pero aún no. De momento tú y una docena de ranitísimos, los más rápidos que tengo, os esconderéis detrás del árbol de Navidad en el vestíbulo. Ellos saben lo que hay que hacer... con el doctor Scowl.

»¡Reginald! Tú métete debajo de la mesa, agazapado como una rana, y asegúrate de atar unos con otros los cordones de los zapatos de los caballeros, y, cuando las señoras se quiten los zapatos, como hacen siempre que no se les ven los pies, cámbialos de sitio para que estén todos desparejados,

¿entendido?

Los niños asintieron con la cabeza.

—¡Estupendo! —dijo la Rana de Plata—. Y ahora servíos un poco de ese jamón. Tenemos algo de tiempo.

Los grandes y los notables de Soot Town empezaban a acceder ya al vestíbulo mientras los carruajes con los caballos sudorosos hacían cola para detenerse delante de las escaleras, iluminadas con bengalas.

El doctor Scowl se había quitado la bata blanca y los guantes de goma y esperaba deslumbrante con corbata blanca y embutido en los faldones de un frac.

La señora Reckitt llevaba un vestido de noche inspirado en una crema sonrosada. Alrededor de los hombros llevaba una piel de zorro rosa que se enganchaba con los dientes del zorro a la cola.

—¡Qué cierre tan interesante! —dijo lady Fleas, tocándolo con el dedo—. ¡Ay!, pero ¡si estoy sangrando!

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —se rio la señora Reckitt—. Es mi bromita navideña. No está muerto del todo.

Fueron entrando, uno por uno, grandes y notables, vanidosos y pagados de sí mismos, y disfrutaron de su acostumbrado recorrido por las instalaciones: les enseñaron los cuartos donde dormían los MNTT, que tenían edredones de plumas y ositos de peluche, pero no les enseñaron los dormitorios de los huérfanos, donde la ropa de cama era de arpillera y las almohadas estaban rellenas de paja, y nunca encendían el fuego en la chimenea cegada con tablas.

Y les enseñaron el comedor de los niños, donde había comida deliciosa: gelatina, pasteles y aves humeantes, pero no les contaron que enseguida se la llevarían y que la cena de Navidad de los huérfanos era una sopa insulsa de mondas y huesos y un poco de extracto de ternera untado en pan duro.

—Hace frío para unos niños tan pequeños —observó un amable caballero con un reloj de oro. Acababa de llegar a Soot Town.

La señora Reckitt reparó en que había olvidado pedir que encendieran el fuego.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Menudo fallo! ¡Hemos estado tan entretenidos con los juegos navideños y decorando el árbol que se me ha olvidado! Ahora mismo

encenderán la chimenea.

Y, diciendo esas palabras, cerró la puerta.

—¿Dónde están los huérfanos? —quiso saber el amable caballero—. Me gustaría darles una moneda de seis peniques de plata a cada uno para celebrar la ocasión.

—Se están poniendo la ropa de los domingos —dijo la señora Reckitt—, después de tanto jugar... Pero no se preocupe. Si me da a mí las monedas, yo se las daré disfrazada de Mamá Claus.

—Son unos niños afortunados —dijo el amable caballero.

Los niños afortunados estaban en ese momento paleando carbón de la carbonera en unas carretillas de hierro para acarrearlo hasta el horno que calentaba la casa y el agua corriente.

Los niños estaban tan negros que no se les veía contra el cielo negro y el carbón negro.

—¡Ah, oiga cómo cantan! —exclamó la señora Reckitt mientras el doctor Scowl ponía un disco en el fonógrafo del piso de arriba con una grabación de un coro de niños fallecidos mucho tiempo atrás y que cantaban «El acebo y la hiedra».

Y, conmovidos y reconfortados por la felicidad y el engaño, los grandes y los notables de Soot Town fueron a cenar.

Apenas habían servido las anguilas con gelatina del primer plato cuando una de las señoras dio un trago del vaso de agua y chilló y le echó encima el contenido a la señora que tenía al lado. La señora que tenía al lado se levantó con furia de seda empapada y descubrió que le habían robado los zapatos. El caballero que había a su izquierda se levantó muy amable para ayudarla y cayó de bruces encima del bizcocho borracho, del que salieron, como en las plagas de Egipto, docenas de ranas diminutas.

Una señora se agarró a las cortinas y descubrió que tenía la mano brillante de huevas de rana. Se desmayó. Un caballero se agachó para ponerle la cabeza en un cojín y vio que la peluca de la señora saltaba sobre su cabeza.

La señora Reckitt, al ir a tirar de la campanilla para pedir refuerzos, vio, o creyó ver, una rana aferrada con decisión al badajo. Por mucho que llamó no tañó ningún tañido. Arrojó rabiosa la campanilla al fuego y no vio a la ágil rana saltar a su estola de zorro, donde se quedó muy quieta como un broche.

Las señoras estaban todas histéricas, sobre todo sin zapatos, y, gracias a

Reginald, no había un solo caballero cuyos zapatos no estuviesen atados entre sí, con la única excepción del doctor Scowl.

—¡Esos malditos huérfanos! —gritó la señora Reckitt—. ¡Se creerán que esto es una broma! ¡Ya les daré yo bromas! Los voy a hundir hasta ese escuálido cuello suyo en la alcantarilla más apestosa que encuentre.

El anciano y amable caballero recién llegado a Soot Town se quedó muy desconcertado, y se preguntó para sus adentros si la Villa de la Gloria sería de verdad como anunciaban. Nadie más pareció preocuparse por las amenazas de la señora Reckitt a sus pupilos; los invitados estaban demasiado ocupados quitándose las ranas de encima y buscando sus zapatos.

Por fin, y, después de que les sirviesen copiosas cantidades de champán, todos volvieron a sentarse y engulleron las excelentes carnes asadas sin más incidentes.

Todos menos el doctor Scowl, que había ido a dar una vuelta por el orfanato.

En el silencio del vestíbulo oyó un ruidoso croar. ¿Un croar? ¿Sería posible? Luego volvió a oírlo, llegaba del árbol de Navidad. ¿Habría tal vez ranas viviendo en el árbol? ¿Ranas arborícolas? ¿Vivían las ranas arborícolas en los árboles de Navidad? A lo mejor los huérfanos no eran los culpables, después de todo. De todos modos los castigarían, claro. Pero a lo mejor la señora Reckitt podía demandar al almacén de madera. La mala suerte equivalía a dinero.

El doctor Scowl se adentró en el árbol.

—¡Ahora! —exclamó la Rana de Plata, que estaba sentada en el regazo de Maud rodeada de cien mil ranitísimos.

SALTARON todos a una y el médico, con sus faldones negros, se encontró con que tenía faldones de rana, y cuerpo de rana y brazos y piernas de rana en cuanto los veloces ranitísimos lo cubrieron como chinchetas un tablón de anuncios.

El doctor Scowl cayó a cuatro patas, sin ver nada, pues dos ranas muy decididas le bajaron los párpados. Abrió la boca para gritar y cinco ranas cálidas y escurridizas saltaron dentro y se plantaron en su lengua como si fuera un nenúfar.

—¡Llevalo al estanque y echadlo al agua! —dijo la Rana de Plata.

Y, por un milagro de ranamoción, el médico empezó a resbalar por el suelo

pulido de madera sobre lo que parecían unas ruedecitas plateadas.

—¡Jo, jo, jo! —dijo la Rana de Plata—. Y ahora, Maud, ve a buscar a todos los huérfanos y sácalos del agujero gélido, oscuro y húmedo donde están y diles que se sienten en torno al árbol de Navidad.

En el comedor, los invitados dijeron estar tan exhaustos por lo inesperado de los acontecimientos que prefirieron llevarse los petardos navideños y el pudin al cómodo y caldeado salón que daba al comedor.

Apenas habían salido y un millar de ranitas se apoderaron del pavo, el jamón y las patatas asadas y se los llevaron a los huérfanos que se habían congregado en el vestíbulo.

Las ranas se agruparon en lo que parecían brillantes bandejas de plata — con patas y todo— y de ese modo lo dispusieron hasta el último detalle.

Reginald salió a rastras de debajo de la mesa, varios chelines de plata más rico porque a muchos invitados se les habían volteado los bolsillos.

En el vestíbulo los niños devoraron esa comida que no habían probado jamás y notaron el calor saludable y reconfortante en los estómagos vacíos.

Empezaron a sonreír, y algunos se rieron y hablaron unos con otros, pero sin susurrar, y todos compartieron lo que tenían y nadie cogió más de la cuenta y los niños más pequeños pensaron que cuando fuesen mayores se casarían con una patata asada untada en salsa de carne.

En el salón los invitados se tranquilizaron con el pudin y la señora Reckitt se consoló pensando en el castigo y la venganza. Dejaría a los niños un mes sin comer y les haría dormir en el jardín hasta que muriese al menos la mitad, para dar ejemplo a los supervivientes.

Pensó que había sido demasiado buena con los niños. Muertos serían más baratos de alimentar. A partir de ese momento solo aceptaría huérfanos muertos.

Mientras se servía por sexta vez pudin de Navidad, el anciano y amable caballero recién llegado a Soot Town propuso que brindasen y abriesen los petardos con sorpresa al estilo tradicional: en círculo con las manos entrelazadas con quien tuviesen al lado.

—Por nuestra anfitriona..., ¡la señora Reckitt!

—¡Por la señora Reckitt! —respondieron los invitados alzando las copas

rebosantes de oporto.

Es de suponer que la señora Reckitt se ruborizó —su rostro era demasiado colorado para que pudiera ruborizarse—, pero murmuró muy seria su agradecimiento, mientras insinuaba que con más fondos podría expandirse y que no se refería a su cintura; las damas con corsés de hierro soltaron una risita.

—Pero ¿dónde está el doctor Scowl? —preguntó la señora Reckitt.

El médico que había estudiado para enterrador —había hecho un cursillo de ladrón de cadáveres, había ganado dinero y había vuelto a la sociedad civilizada con un título que no tenía— flotaba en una especie de levitación al borde del estanque.

Las ranas de todos los jardines, bosques, pantanos, piedras, zanjas, montones, sótanos y cuentos de hadas se habían congregado en torno a él con una concentración acurrucada y silenciosa. Estaban allí en nombre de La que Croa.

El estanque había vuelto a congelarse, pero eso no sería problema para un mortal tan sólido como el doctor Scowl.

—Lanzadlo —ordenó la Rana de Plata.

Justo en el momento en que estallaron los petardos navideños, la señora Reckitt creyó oír un ruido que le recordó a un enorme objeto al caer al agua.

Pero mantenía bien sujetos su petardo y el del vecino, y estaba decidida a ganar lo que hubiese dentro; cerró los ojillos y tiró con toda la fuerza de las manos rollizas.

¡UI - KE - PUM - POP - CRAC - OU!

Todo el mundo rio con el resplandor de la pólvora y luego...

¡CHILLÓ!

Las ranas bomba saltaron de los petardos directas a los ojos, narices, bocas, escotes, bajos de los pantalones, cinturillas y se retorcieron y enroscaron y saltaron y esperaron y esperaron y saltaron.

Los grandes y notables de Soot Town salieron corriendo al vestíbulo, y allí cesaron sus gritos, y no es de extrañar, porque, sentados alrededor del árbol, harapientos y con las piernas cruzadas, estaban los huérfanos, los de verdad, no los de postal y para enseñar.

Perdidos. Descuidados. Desdichados. Sucios. Flacos. Cansados. Con la

ropa raída y los zapatos desparejados, o no les habían cortado el pelo o se lo habían rapado. Eran niños.

Sus ojos eran grandes de tanto mirar en la oscuridad sin esperanzas de que pasara nada. Pero hoy había ocurrido algo.

Y el caballero anciano y amable dijo:

—¿Cómo se atreve, señora?

Y algunas de las invitadas se echaron a llorar.

Y Maud se levantó y dijo (como le había indicado la Rana de Plata):

—Por favor, vengan por aquí.

Y los invitados a la cena de Navidad vieron los dormitorios con las paredes desconchadas y las camas sin mantas. Y las habitaciones heladas y la caja de juguetes vacía. Antes había un oso, pero el niño más pequeño lo había compartido con los demás, y ahora uno tenía una pata, otro un brazo, y le daban la cabeza al que hubiesen castigado ese día para que pudiera apretársela contra el corazón dolorido.

Y encontraron a los niños apaleando carbón en el horno. Y a los niños dormidos en la paja del gallinero. Y a los niños que había fuera bajo la luna.

La señora Reckitt llenaba una maleta de objetos valiosos. No reparó en que el broche de su estola de zorro se movía, ni en cómo se estiraron las patas de la rana. Ignoraba que esta ranarina, una princesa entre las ranas, era una alarma para una cohorte de soldados plateados.

Y llegaron. Y esperaron. Y, en cuanto se dispuso a salir discretamente con su abrigo y sus patas de pavo, las ranas se convirtieron en rodamientos de bolas, por todas partes, al mismo tiempo, al azar, debajo de sus pies, y la señora Reckitt resbaló, cayó, se agarró y rodó, y la Rana de Plata abrió la puerta principal y ella rodó, pum, pum, pum, por las escaleras.

Y jamás volvió a vérsela por Soot Town.

¿Así acaba el cuento?

¡No! Es Navidad.

El anciano y amable caballero se hizo cargo del orfanato y cuidaron de los niños, y les dieron de comer, y clases y tiempo para jugar, y ropa caliente y

camas y ositos de peluche.

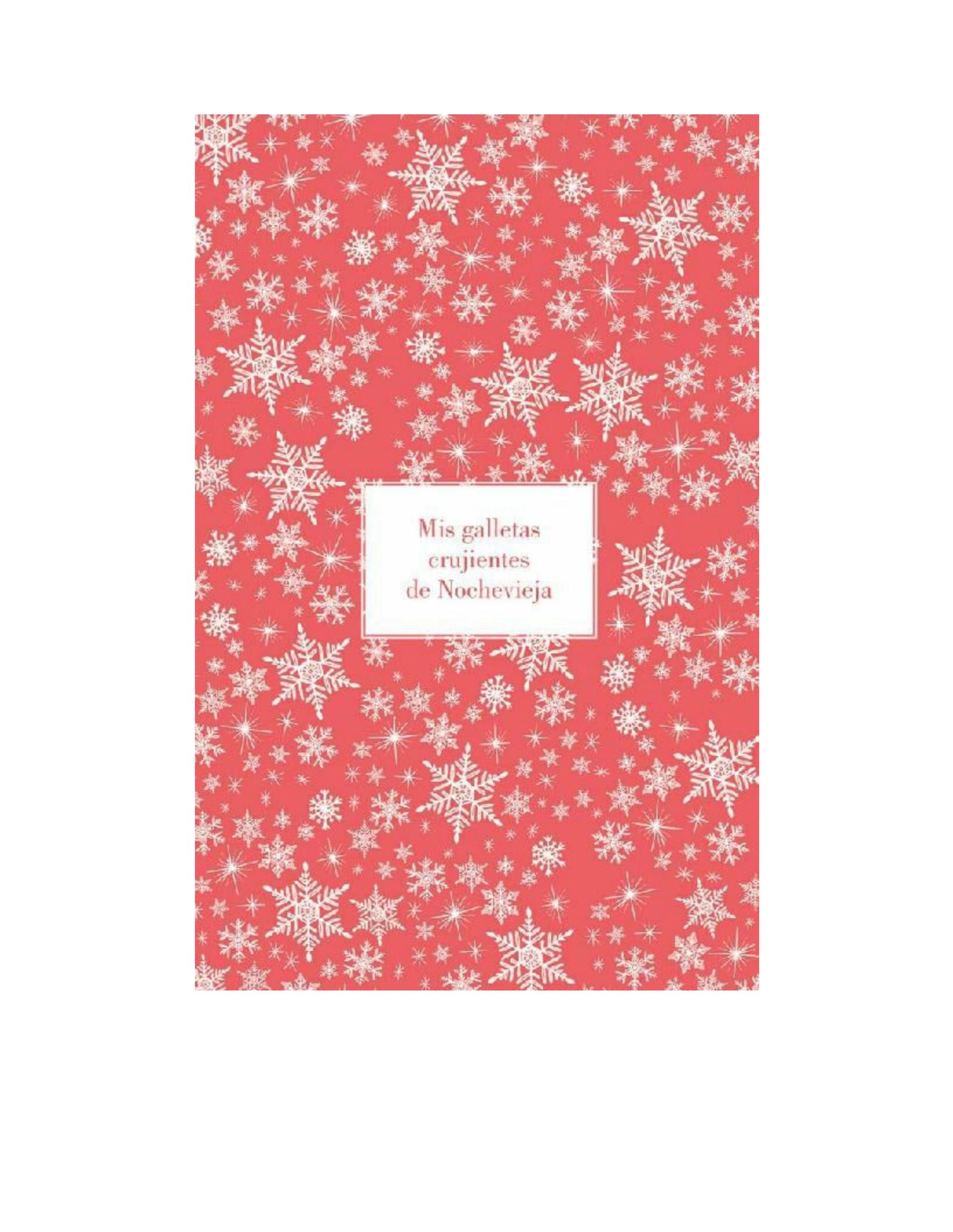
Y todos los años el árbol de Navidad decoró el vestíbulo, y en vez de una estrella o un ángel pusieron una rana de plata en la copa, aunque esta tenía alas.

Maud creció y se convirtió en supervisora del orfanato y todos los niños a los que enviaban allí, por tristes que fuesen sus circunstancias, encontraron un hogar, y cariño y no volvieron a dejarlos fuera.

Reginald daba clases de carpintería, y enseñaba a los niños a cuidar de su casa desde casa, e incluso construyó una escalera especial que llegaba a lo alto de la copa del árbol de Navidad.

Y un tiempo después Reginald y Maud se casaron, y La que Croa en persona asistió a su boda, y les regaló, eso dice la historia, una bolsa de monedas de plata que nunca se vaciaba.

Y, a cambio, Reginald y Maud cavaron varios estanques para las ranas, que no volvieron a quedar atrapadas bajo el hielo en invierno, y que cantaron con nosotros el día de Navidad.



Mis galletas
crujientes
de Nochevieja



Para casi todos nosotros Año Nuevo equivale al nuevo año que empieza el 1 de enero.

Los romanos bautizaron a enero con el nombre de Jano, el dios de las puertas, la deidad del tiempo y las transiciones. Tiene dos caras porque mira a la vez atrás y adelante.

Nunca hago resoluciones de Año Nuevo, en lugar de eso opto por una limpieza psicológica. ¿Qué preferiría no repetir?

No solo se repite la Historia con mayúscula, también nuestra historia personal. Es difícil cambiar los patrones negativos de conducta y los pensamientos negativos. Es difícil hacer las cosas de forma diferente, poner fin a los comportamientos destructivos y autodestructivos, dejar de chocar con nuestro peor enemigo: nosotros mismos.

Prefiero celebrar una fiesta de Año Nuevo que ir a una fiesta de Nochevieja donde todo el mundo se emborracha y desafina cuando canta.

Para mí la Nochevieja, igual que la Nochebuena, es una oportunidad para reflexionar.

Y es una época para recordar.

La memoria no ocurre de forma cronológica. A nuestro cerebro le interesa menos cuándo ocurrió una cosa que «qué» ocurrió, y «quién» ocurrió.

Equivocarse de año o de mes parece menos importante conforme transcurre el tiempo. No siempre podemos decir cuándo, pero siempre podemos decir:

«Esto fue lo que pasó».

Recuerdos separados en el tiempo con mucha frecuencia se recuerdan juntos: hay una conexión emocional que no tiene nada que ver con las fechas del calendario y que tiene todo que ver con los sentimientos.

Recordar no es como visitar un museo: «¡Mira, ahí está ese objeto desaparecido hace tanto en una vitrina de cristal!». La memoria no es un archivo. Hasta el recuerdo más simple es un agregado. Algo que parecía insignificante en su momento se convierte de pronto en clave cuando lo recordamos un tiempo después. No es que mintamos ni que nos engañemos a

nosotros mismos, bueno, sí, pero es un hecho que nuestros recuerdos cambian con nosotros.

No obstante, algunos recuerdos no parecen cambiar lo más mínimo. Están pegajosos por el dolor. E incluso cuando no los recordamos de manera consciente, ellos parecen recordarnos a nosotros. No podemos librarnos de su efecto.

Hay una gran expresión para eso: el presente antiguo. Son cosas que ocurrieron en el pasado, pero nos acompañan a diario.

Una pizca de reflexión el día de Año Nuevo no sustituye a la desintoxicación completa que permite la terapia, pero una pizca de reflexión el día de Año Nuevo puede ayudarnos a contemplar nuestro mapa mental y emocional y a ver dónde está el terreno minado.

Y ciertos recuerdos malos son en verdad el equipaje de otros, pero lo acarreamos como si estuviésemos al servicio de una diva que siempre viaja con varios baúles pero solo consiente que se la vea con un bolso de mano.

¿Por qué sigo con esta gilipollez? Es una buena pregunta de Año Nuevo.

En la tradición judía, el Yom Kippur, el día de la Expiación, es diez días después de Rosh Hashanah, el Año Nuevo judío. Estoy casada con una mujer judía, que me cuenta que el tiempo que media entre el Año Nuevo y el día de la Expiación es un período de reflexión: un momento para volver a empezar, y una admisión de lo que hace falta expiar. El judaísmo es una religión muy práctica. No solo te retuerces las manos y gimes «oy vey», también actúas.

Me gusta la idea de la expiación: es una respuesta práctica a lo que sabemos que hemos hecho mal. Tal vez otros no expíen el mal que nos han causado, pero puede que podamos expiar el que nos causamos a nosotros mismos; el que nos hemos infligido.

Y, como entendió muy bien Freud, es posible retroceder al pasado y es posible sanarlo. Puede que esté fijado como hecho —lo que ocurrió, ocurrió— pero no está fijo en el curso de nuestra vida.

Los recuerdos pueden ser herramientas para el cambio; no tienen por qué ser armas contra nosotros mismos, ni un lastre con el que tengamos que cargar.

Y los recuerdos, a veces, son sitios a los que acudimos a honrar a los muertos. Siempre hay ese primer y espantoso Año Nuevo en el que la persona a quien queríamos ya no está.

Es bueno sentarse en silencio en ese lugar de pérdida y tristeza, y dejar

que los sentimientos sean sentimientos. Esos recuerdos son líquidos; lloramos.

Y los buenos recuerdos, los recuerdos felices también necesitan que los honremos. Recordamos muchas cosas malas y descuidamos las buenas.

Recordemos el año por lo que trajo. Aunque fuese muy poco, es un poco muy valioso.

Pero, te estarás preguntando, ¿qué tiene esto que ver con las galletas crujientes de queso?

Tanto si son para una fiesta de Año Nuevo o para una pequeña fiesta personal con el perro y el gato en Nochevieja, estas galletas son insuperables.

Me encantan con un jerez frío y seco de la nevera o un vodka con soda con trocitos de lima. A quien le guste el tinto, que pruebe con algo que se pueda enfriar, como un Chiroubles, un Gamay o un Zinfandel o, si se añade más parmesano de la cuenta, un Dolcetto d'Alba. Delicioso.

Empecé a hacer mis galletas crujientes de queso cuando reparé en que mi marca favorita holandesa usaba aceite de palma. El aceite de palma no es bueno ni para los humanos ni para el planeta.

Mi regla de oro es: no compres comida que contenga ingredientes que nunca utilizarías si tuvieses que prepararlos tú.

Las galletas de queso no necesitan durar mucho tiempo en la despensa: se comen a lo sumo en diez minutos.

Así que prueba esta receta. Rápida. Sencilla. Divertida. Y un poco de reflexión merece una galletita crujiente.

INGREDIENTES

½ lb (225 g) de mantequilla salada de buena calidad

½ lb (225 g) de harina orgánica

½ lb (225 g) de una mezcla de quesos

Sal al gusto

A propósito de la mezcla de quesos: el queso cheddar sin pasteurizar es clave, pero también añado gruyere y parmesano. Sí, todos sin pasteurizar.

Podría escribir un largo artículo sobre las bacterias, pero estamos en Navidad, y las bacterias no son muy alegres. No las culpo. No es su naturaleza. Pero después de Reyes comprueba las ventajas e inconvenientes de la pasteurización y dime si tengo razón.

En cuanto a la elección de los quesos, bueno, no se puede utilizar queso azul ni queso cremoso, pero si tienes un queso de pasta dura de tu gusto, uno de la región, o uno viejo de la nevera al que necesites dar salida, puedes experimentar. Pronto darás con tu sabor preferido, y apuesto a que las galletas de queso se inventaron de la manera habitual: para utilizar algún sobrante de algo, o porque algo había caducado. En este caso un queso apestoso.

Nota de la autora: los perros también son una buena manera de quitarse de en medio el queso maloliente.

ELABORACIÓN

Se mezclan la mantequilla y la harina en un cuenco hasta que parecen migas de pan: se puede utilizar el robot de cocina, si se quiere.

Se añade el queso hasta formar una masa fina. Si queda demasiado seca, se puede añadir un poco de leche o un huevo.

Se amasa hasta que esté firme y suave.

Se enrolla la masa en barras de unas 8 pulgadas (20 cm) de largo: más cortas son blanduchas, más largas son demasiado duras.

Se meten las barras en la nevera para que se pongan rígidas (ya sé que habremos fabricado un consolador, pero no entraremos ahora en eso).

Cuando se quieran comer las galletas crujientes, se calienta el horno a unos 180 °C. CALIENTE. Tengo un Aga y no entiendo los demás hornos —el ruido me pone nerviosa—, pero es posible experimentar.

Si tú también tienes un Aga, usa la bandeja de arriba, claro.

Se engrasa un poco una bandeja para evitar que se PEGUEN o se emplea papel de horno (muy útil después para encender el fuego).

Se cortan las barras en rodajas finas —imaginando las galletas que se quieren comer— y se meten quince minutos en el horno.

Las barras se pueden congelar.

¡Y ya está! Aunque se hayan preparado las galletas para unos invitados

desagradecidos, se pueden guardar unas pocas para uno mismo, para el gato y el perro y para ese momento de reflexión.



EL LEÓN, EL UNICORNIO Y YO



Antes de que ocurriera, un ángel puso en fila a todos los animales: a todos, de todos los tipos, porque este ángel tenía la lista completa que se usó para llenar el Arca.

A la mayoría los eliminaron enseguida: a las arañas, los monos, los osos, las ballenas, las morsas, las serpientes. Pronto quedó claro que para llegar a la ronda clasificatoria habría que tener las cuatro patas en el suelo al mismo tiempo. Aun así quedaron muchos competidores: los caballos, los tigres, un ciervo cuyas astas se ramificaban en un bosque desconocido, una cebrá pintada de blanco y negro como una discusión.

El elefante podría llevar el mundo a cuestas. Los perros y los gatos eran demasiado pequeños, los hipopótamos demasiado rebeldes. Había una jirafa con grafitis como un puzle. El camello hacía falta en otra parte, igual que las vacas. Al cabo de mucho tiempo, quedamos solo nosotros tres: el león, el unicornio y yo.

El león habló primero. Empleo actual: rey de la selva. Empleos anteriores: trabajó con Hércules y Sansón, y también con Daniel en la cueva de los leones. Su fuerte era ser fuerte. Sin puntos flacos conocidos. El ángel lo anotó.

Luego habló el unicornio. Empleo actual: animal mítico. Empleos anteriores: en hebreo soy Re'em, el animal que no puede domesticarse. Su fuerte era que se le daban bien las vírgenes. Su punto flaco, cierta tendencia a desaparecer. El ángel lo anotó.

Y llegó mi turno.

—Va a quedar como un burro —susurró el león.

Eso hice. Eso soy. Un auténtico pollino.

Empleo actual: burro de carga. Mi fuerte es que puedo cargar con cualquier cosa. Mis puntos flacos: no soy muy guapo, estoy mal alimentado, carezco de importancia, no soy muy listo, nadie se fija en mí, no he ganado ningún premio...

El ángel anotó y anotó y anotó. Luego el ángel nos dio ocasión de desempatar: ¿podríamos resumir, en una frase, por qué éramos indicados para el empleo?

El león habló primero.

—Si Él va a ser el rey del mundo, debería llevarlo el rey de los animales.

El unicornio dijo:

—Si Él va a ser el misterio del mundo, debería llevarlo el más misterioso de todos.

Yo dije:

—Bueno, si Él va a soportar la carga del mundo, será mejor que yo le lleve.

Y así es como me encontré trotando en silencio, con el rojo desierto bajo mis cascos, el cielo como una tela negra sobre mi cabeza, y una mujer cansada dormida a mi espalda, hacia el pueblecito de Belén.

¡Oh!, era un pueblo rancio, mohoso y viciado, sus habitantes eran tercicos y jactanciosos, venga a vender y a comprar, deseosos de ganar dinero ahora que la cosa iba bien. Impuestos, todo el mundo había ido a pagarlos y esa noche no quedaba un sitio vacío, hasta los ratones habían alquilado sus ratoneras, y había viajeros colgando de los nidos de los pájaros, con la barba llena de ramas y gusanos, y los hormigueros estaban hasta los topes, en cada colmena se alojaban al menos tres familias y había un hombre golpeando en el lago helado y pidiendo a los peces que le dejaran pasar.

En todas las camas y debajo de las camas, y en las sillas y en los cojines, las cortinas y las alfombras, y en las cornisas, los rincones, los estantes, las grietas, los huecos, las alacenas y los carros asomaban brazos y piernas.

Cuando llegamos a la posada, había dos grandes macetas vacías a ambos lados de la puerta.

Como soy un burro, metí la cabeza en una de las macetas para ver si había algo que comer. Enseguida asomó una cara sin afeitarse y nos advirtió de que la

posada estaba tan llena que su hermano y él habían tenido que arrancar los dos olivos de la puerta. Y desde luego había un hermano, con la cabeza como un melón, frunciendo el ceño en la otra maceta.

Mi amo José era un hombre optimista.

Llamó a la puerta. El posadero abrió y el chico que estaba durmiendo en el buzón se cayó.

—No quedan habitaciones —dijo el posadero.

—¿Y para mi mujer? —preguntó José—. Esta noche alumbrará a un Hijo.

—Pues tendrá que ser a la luz de las estrellas —dijo el posadero, cerrando la puerta, José se lo impidió con el pie—. Oiga —dijo el posadero—, ¿cree que hablo en broma? —Señaló hacia arriba, a las vigas, donde cinco arañas miraban sombrías a seis niños cuyo padre había trenzado sus telas para hacer hamacas.

José asintió y estaba a punto de volverse cuando el posadero dijo:

—Vaya detrás, al establo, a ver qué encuentra.

El caso es que los animales sabían que esa noche iba a pasar algo raro, porque los animales siempre saben esas cosas.

Estaban murmurando entre ellos: el buey había visto una estrella que cada vez brillaba más, y el camello se había enterado por su hermano, que trabajaba para un rey, de que unos reyes iban a viajar a Belén esa noche.

María, José y yo nos abrimos paso hasta el establo abarrotado. Olía a estiércol dulce y caliente y a paja seca. Yo tenía hambre. Enseguida José amontonó un poco de paja y extendió una manta que llevaba en las alforjas.

Salió a llenar un odre de agua del pozo y, como era una buena persona, también llevó agua fresca para los animales. María agradeció el calor que desprendían. Se quedó un rato dormida.

Cuando me quitaron la carga de encima, José me sacó al corral para darme la cena. Hacía un tiempo frío y seco. Las estrellas brillaban como campanillas. La luna nueva se recortaba en el cielo negro y debajo se veían los campos más allá del pueblo, pero igual que se ve algo en sueños, no como cuando estás despierto.

—Esta noche va a pasar algo —dijo el buey—. Lo noto en los hombros.

—Yo lo huelo —respondió el perro.

—Y a mí me tiemblan los bigotes —añadió el gato.

El caballo enderezó las orejas y alzó la mirada. Yo seguí comiendo porque tenía hambre. Mientras comía como solo puede comer un burro, vi una luz que centelleaba sobre mis cascos y hacía que los terrones vueltos, pisoteados y helados que había alrededor del establo dejaran de parecer opacos y se volvieran relucientes. Levanté la vista; la parte de atrás de la posada estaba a oscuras y desvencijada, pero el establo resplandecía. Dos criaturas con ropajes deslumbrantes se habían sentado con los pies desnudos y el pelo fluyendo como un río sobre las tejas de barro, las dos llevaban una larga trompeta colgada a la espalda.

En lo alto había una estrella cuyo borde estaba tan cerca que pensé que iba a cortar el tejado en dos y a colarse entre las vigas podridas de modo que el establo y su estrella estuviesen unidas, paja y estiércol y otro mundo.

Se produjo un gran alboroto, y tres camellos enjaezados y almohazados se plantaron en el corral. Al oír una orden, se inclinaron y arrodillaron y los reyes que los montaban sacaron cada uno un precioso cofre de gran valor.

En mitad de tanta luz y tanto revuelo, troté en silencio por la puerta y me abrí paso entre los demás animales hasta el lugar donde José estaba arrodillado al lado de María. Ella estaba a cuatro patas, igual que nosotros. Se oyó un ruido, como de agua, y un grito, como de vida.

Era la vida, cruda y sanguinolenta, y húmeda y humeante como nuestro aliento con el frío, y el Bebé, con el rostro contraído y los ojos cerrados, y la mano de José más grande que su espalda, y de pronto se oyeron las trompetas y la fachada del establo desapareció y al alzar la mirada vi los pies de los ángeles entre el tejado hundido y sus cuerpos tensos en el borde, anunciando el principio de algo, el final de algo, no sé qué palabras usar, pero los principios y los finales se engarzan unos en otros y se repliegan sobre sí mismos, como los postigos, como las alas de los ángeles.

Eché la cabeza atrás y rebuzné y rebuzné al unísono con las trompetas. Mi hocico estaba tan alto y el techo tan bajo que el pie del ángel me rozó mientras cantaba.

Los reyes entraron, aunque ya no hubiese dentro ni fuera ahora que el pasado y el futuro giraban a nuestro alrededor como el viento y que la eternidad se cernía sobre nosotros como ángeles, como una estrella. Los reyes se arrodillaron y uno de ellos, el más joven, rompió a llorar.

Después cuatro pastorcillos, que llevaban zaleas y olían a oveja, llegaron

con un caldo caliente de cordero y lo sirvieron en cuencos de madera, y José le dio un poco a María, que se apoyó en su marido con el Bebé debajo del manto; su cuerpecillo iluminaba el cuerpo de ella, pues, a pesar del oro de los ángeles y de la plata de las estrellas del cielo, él brillaba más. Lo limpiaron.

Lo vistieron. Lo pusieron en el pesebre.

En algún momento de la noche, el león se coló sin hacer ruido con las zarpas y agachó la cabeza. En algún momento de la noche, a través de una grieta en la pared, más pequeña que el pensamiento, el unicornio tocó al Bebé con el cuerno.

Llegó la mañana, una mañana alargada, bostezante, olisqueante, resoplante, lenta. Troté hasta la puerta de la posada y ahí estaban las cabezas ceñudas de melón, sentadas en sus macetas junto a la entrada, bebiendo café espeso en tazas de peltre.

—Mira el hocico de ese burro —dijo uno.

—¿Qué habrá comido? —apuntó el otro.

Bizqueé para mirar la aterciopelada protuberancia de mi nariz, pero no vi nada raro.

A mi alrededor, el pueblo empezaba a despertar, los comerciantes y los pastores, los camelleros y los banqueros, y los rumores de que estaba ocurriendo algo extraordinario.

El posadero salió de la posada. Fue el primero en dar la noticia: el rey Herodes iba a ir a Belén, qué honor, qué halagador, eso debían significar la estrella y los portentos de los que hablaba el borracho de la cuba de vino vacío: ángeles en el tejado del establo, había dicho. Me miró.

—¿Qué te ha pasado a ti en el hocico?

Los tres reyes habían partido antes del alba, después de recibir en sueños la advertencia de volver por otro camino. Vi los dromedarios moviéndose como música hacia los campos donde los pastores encendían ya el fuego matutino.

No había nada que mostrar de la noche anterior, únicamente tres cofres de objetos preciosos; un agujero en el tejado, donde los ángeles habían metido el pie en el borde del tiempo, y el hecho de que habían arrancado la puerta del establo. José pagó la puerta con una moneda de oro que cogió del cofre, y mostró al posadero al Bebé, y hablaron de la estrella de Oriente, y el posadero

le dio su opinión: habló con jactancia de Herodes, y de no sé qué tonterías de borrachos sobre ángeles, y luego volví trotando con el hocico por delante.

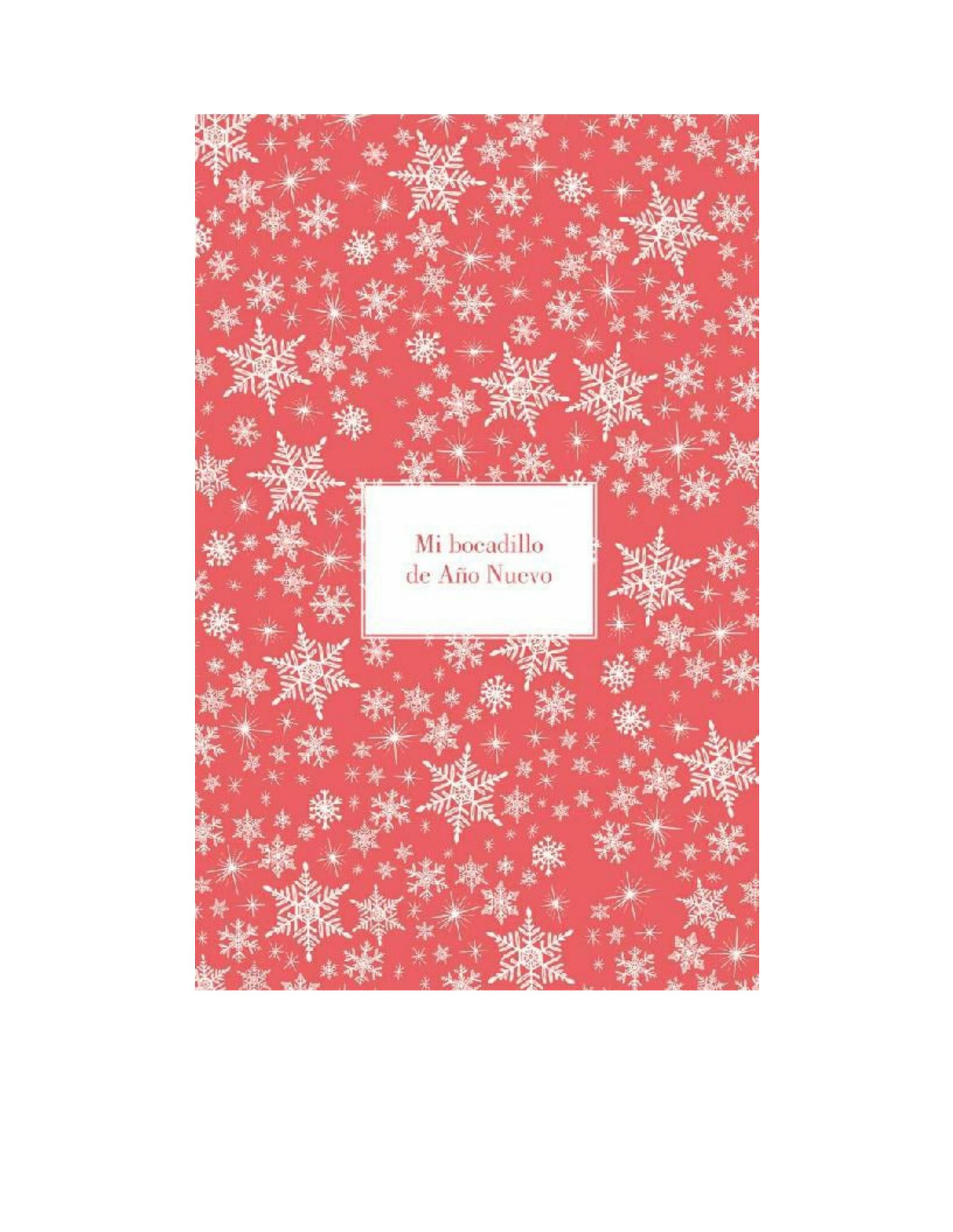
—Que me aspen —dijo José.

Lo cierto es que cuando el pie del ángel me rozó el hocico mientras rebuznaba, el hocico se me volvió tan dorado como la trompeta que proclama un mundo distinto.

No esperamos a Herodes. Nos pusimos en camino hacia Egipto, sin decirle a nadie adónde íbamos, y cargué muchos días y noches con María y su Bebé hasta llevarlos a un lugar seguro.

A veces, cuando el cielo está muy frío y despejado y termina la jornada diaria, y me siento medio adormilado medio despierto en el calor del establo, me parece ver la campana de la trompeta y su largo tubo, y un pie, limpio y blanco, que cuelga al borde de las estrellas, y alzo la voz y rebuzno y rebuzno en recuerdo, en celebración, como advertencia, como oportunidad, por todo lo que hay aquí abajo y todo lo que está oculto en otra parte. Paja y estiércol y otro mundo.



The background of the entire page is a vibrant red color, densely decorated with white snowflakes and starburst patterns. The snowflakes vary in size and complexity, some with six distinct arms, while the starbursts are smaller, multi-pointed shapes. A central white rectangular box with a thin black border is positioned in the middle of the page.

Mi bocadillo
de Año Nuevo



unca se me han dado bien los propósitos de Año Nuevo.

Para mí, la Nochevieja, como la Nochebuena, es un momento de contemplación, ideal para mirar atrás, no con la intención de hacer mejor las cosas, eso solo funciona con las cosas prácticas, como perfeccionar la brazada en natación o mejorar tu francés. No, las cosas importantes no hay que hacerlas mejor, sino de forma diferente.

Podría ser el modo en que te relacionas con tu pareja o con tus hijos.

Podría ser aportar más alegría a tu vida. Podría ser buscarte más tiempo.

Podría ser esforzarse en olvidar algo.

Hacer las cosas de forma diferente es complicado. Somos animales de costumbres. Supongo que por eso la gente se propone cambiar de costumbres en Año Nuevo. Hay quien lo logra con fuerza de voluntad; la mayoría fracasamos. Las acciones y el comportamiento —las costumbres— están en la superficie. La razón por la que actuamos o nos comportamos de determinada manera suele estar enterrada mucho más abajo, por eso es difícil cambiar nuestro comportamiento sin cambiar algo más fundamental de nosotros mismos.

Mi vieja amiga judía Mona dice que vamos por la vida con dos bolsas, y que hay que saber en qué bolsa debemos meter los problemas. Una bolsa es el tiempo y el dinero. La otra, la lucha a vida o muerte.

La lucha a vida o muerte incluye tener algún tipo de vida consciente aparte del esfuerzo por satisfacer tus necesidades materiales. E incluye llegar a aceptar la muerte.

La señora Winterson celebraba el Año Nuevo con una mezcla de tristeza y anticipación. Era una mujer para quien la vida era una experiencia previa a la muerte. En algún lugar había un mundo mejor, pero no estaba en la ruta del autobús y ella no sabía conducir.

Cada año se preguntaba —en voz alta— si ese sería el último. También se preguntaba si sería el año del apocalipsis.

La rutina era la siguiente: en plena madrugada, cuando yo dormía y papá estaba de turno de noche, la señora W. se plantaba al pie de las escaleras para tocar su versión de la última trompeta. No teníamos una corneta, así que por lo

general usaba una armónica o un peine con un papel. A veces se limitaba a golpear una sartén.

Yo tenía que correr escaleras abajo y meterme en el armario de debajo de las escaleras, donde había dos taburetes y un quinqué de aceite. Y mucha comida en lata. Luego leíamos la Biblia y cantábamos. Cuando llegase el Fin, lo esperaríamos debajo de las escaleras hasta que un ángel nos liberase.

Siempre quise saber cómo cabrían las alas del ángel debajo de las escaleras, pero la señora Winterson decía que el ángel no necesitaría entrar.

Yo no sabía dónde encajaba papá en todo esto, pero aún conservaba su casco de la guerra, así que tal vez pensaba ponérselo y esperar fuera.

Estábamos viviendo en el fin de los tiempos. Cuando se vive así, se vive en alerta máxima. Yo lo hacía. Y lo hago. Hay muchas cosas que llevamos con nosotros de nuestro pasado. Y, si no podemos cambiarlo, la otra posibilidad es aceptarlo.

Al menos así puedes reírte o tal vez hacer algo con él.

En casa teníamos el ritual de quemar el calendario en el fuego al dar las doce. Todavía lo hago. Me gusta ir por la casa recogiendo calendarios viejos.

Comprendo que muy poca gente tiene chimenea hoy día y una trituradora de papel no tendría la misma intensidad poética.

Una amiga mía escribe en una hoja de papel las cosas de las que se lamenta y le prende fuego en la cocina con una vela. Otros amigos disparan fuegos artificiales, cada uno con un deseo de lo que podría ocurrir.

El fuego es desafiante y sirve para celebrar. La luz y el fuego siempre han sido símbolos del espíritu contra el paso implacable del tiempo.

Cuando llega la medianoche enciendo la radio. Oír las campanadas del Big Ben en la BBC le da solemnidad y sentido de tradición.

Al oír la primera campanada abro la puerta de atrás para que salga el Año Viejo y espero mientras se marcha. ¡Adiós! Con la última campanada abro la puerta principal para dejar que entre el Año Nuevo y le doy la bienvenida.

Es un poco de ajeteo porque tiene que pasar por delante de la chimenea mientras quemamos los calendarios.

Y a menudo, puesto que todo el mundo se pone a veces algo sentimental, recito a Tennyson para mis adentros:

Tañed campanas en el cielo,

la nube pasajera, la luz gélida:
el año muere en la noche
tañed campanas y dejadlo morir.

El resto de este larguísimo poema titulado «In memoriam» es muy cursi, así que me quedo con los primeros versos. Que uno sea un gran poeta no quiere decir que siempre escriba grandes poesías.

En sí misma, esa es una lección para el Año Nuevo.

Somos personas, no máquinas. Tenemos días malos. Tenemos dificultades mentales. Estamos inspirados y aun así fracasamos. No somos lineales.

Tenemos un corazón que se parte y un alma con la que no sabemos qué hacer. Matamos y destruimos, pero también construimos y hacemos posibles las cosas. Hemos llegado a la Luna e inventado los ordenadores. Lo exteriorizamos casi todo, pero aun así hemos de vivir con nosotros mismos.

Somos pesimistas convencidos de que ya es demasiado tarde, así que ¿qué más da? Somos chicos enamorados de las segundas oportunidades. Y cada Año Nuevo es una nueva oportunidad.

¿Y qué es el Año Nuevo al fin y al cabo?

Hasta 1752 Gran Bretaña y sus colonias (lo siento Norteamérica) tuvieron dos años nuevos al año porque el año nuevo legal empezaba el 25 de marzo, en el día de Nuestra Señora, llamado así porque, para que Jesús nazca el 25 de diciembre, María no puede retrasarse y tiene que concebir el 25 de marzo, una fecha convenientemente próxima al equinoccio de primavera el 21 de marzo, cuando nuestros antepasados precristianos celebraban el Año Nuevo.

La Vida Nueva, la vuelta del sol, todo muy sensato.

Gran Bretaña llevaba celebrando un festival de Año Nuevo el 1 de enero desde el siglo XIII, pero hasta el siglo XVIII el año nuevo legal del 25 de marzo obligó a la datación doble de las fechas durante casi tres meses al año, según uno calculase que estaba en un nuevo año o no.

Para que fuese todavía más divertido, en 1582 la Europa católica romana descartó el calendario juliano, inventado por Julio César en el año 45 a. C., y empezó a medir el tiempo según el calendario gregoriano utilizado todavía hoy.

El problema era que el año solar de César se descuadraba once minutos al

año, lo que añadía un día al calendario cada ciento veintiocho años. Al llegar a 1500, el calendario colgado en la pared (vale, no había ninguno, pero ya me entiendes) no guardaba la menor relación con los equinoccios y los solsticios.

El papa Gregorio decidió que Europa necesitaba un nuevo calendario, que llevase su nombre, claro, y como era el Papa, todos tuvieron que aceptarlo.

Menos Inglaterra.

Inglaterra estaba muy ocupada rompiendo para siempre con la Iglesia de Roma —fue nuestro primer Brexit—. Como es natural, no aceptamos su calendario con una foto distinta del Papa en cada mes.

Así que seguimos con once días de diferencia con respecto a Europa, hasta 1752. Y, no solo nosotros, sino también Norteamérica, desde que los puritanos llegaron a Plymouth Rock.

El antiguo calendario resuena aún en los nombres de los meses: septiembre, el séptimo mes; octubre, el octavo; noviembre, el noveno; diciembre, el décimo.

Ajustarse al nuevo calendario en 1752 supuso «perder» once días. Y así al 2 de septiembre de 1752 siguió el 14 de septiembre de 1752.

El tiempo es un misterio.

He aquí mi bocadillo de carne de Año Nuevo.

INGREDIENTES

El mejor pan de masa madre que pueda uno comprar

Un filete de solomillo; es mejor comprar un trozo y filetearlo más fino de lo normal; es para un bocadillo, no para un chuletón

Brotes de invierno verdes y rojos: achicoria, achicoria roja, lechuga romana

Rábano picante

Mayonesa casera (véase «El salmón marinado de Nochebuena de Susie»)

ELABORACIÓN

Se cortan rebanadas de pan no demasiado finas. Se cubren de mayonesa.

Nada de mantequilla.

Se echa un montón de lechuga verde y roja en las dos rebanadas.

Se fríen o asan a la parrilla los filetes de solomillo al gusto de cada cual —sangrantes o quemados— y se ponen uno o dos encima de una rebanada.

Se untan los filetes con rábano picante.

Se pone la segunda rebanada encima de la primera, sin que se caiga la lechuga.

Se corta por la mitad con un cuchillo mortífero.

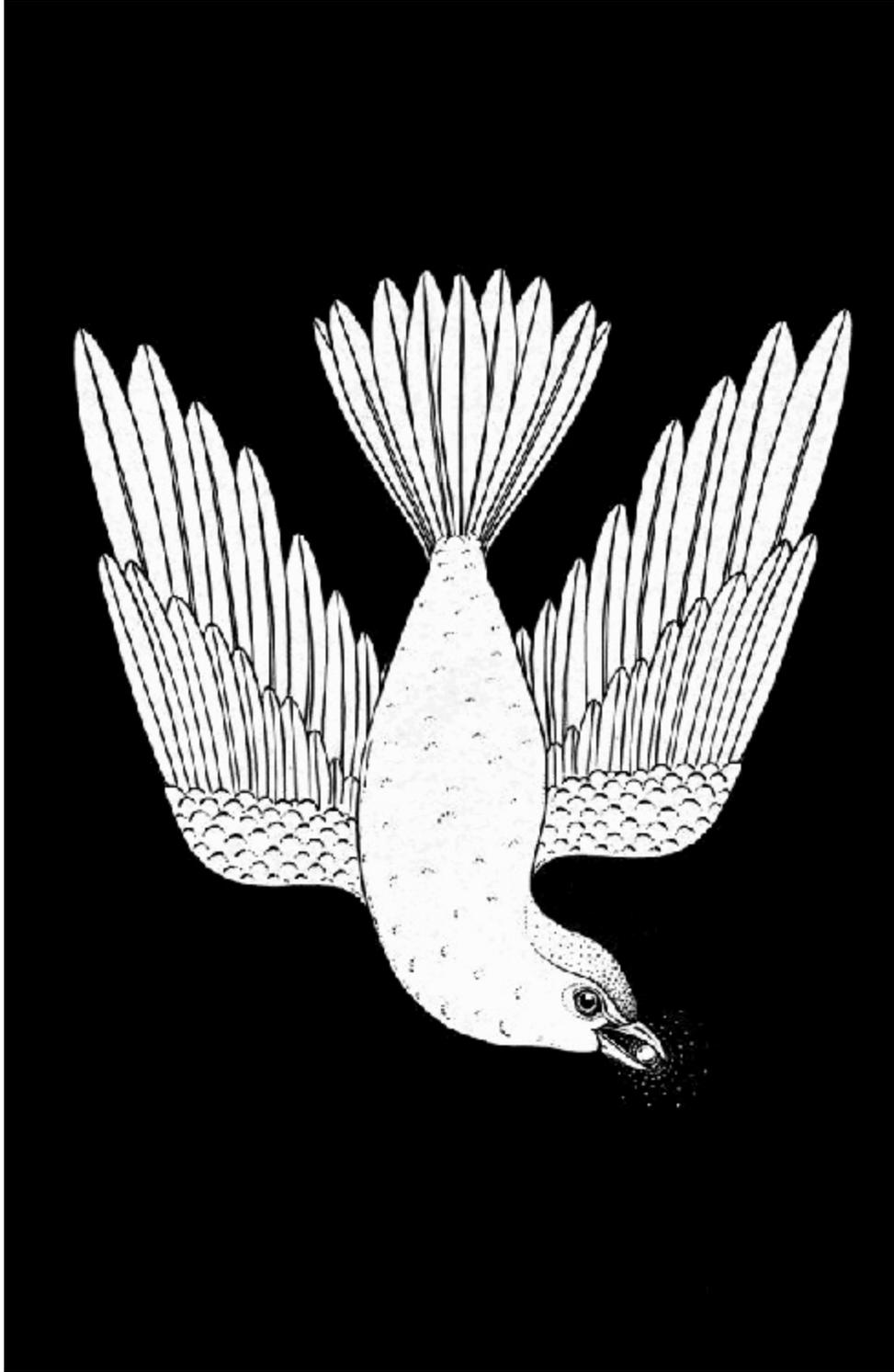
Se come enseguida.

Se acompaña de un Gamay fresco a cualquier hora del día, incluso el desayuno. Es el día de Año Nuevo y millones de personas estarán desintoxicándose, haciendo dieta y proclamando que no van a probar una gota de alcohol en todo el mes. Hay que tomar partido.

Si tengo invitados vegetarianos, les preparo un bocadillo de tortilla, con el mismo pan untado de salsa HP, sin mantequilla, y acompañado de una copa de champán. O de una taza de té cargado. No se me ocurre nada mejor.

Feliz Año Nuevo.





EL CORAZÓN RELUCIENTE



Nochebuena.

Marty iba a marcharse de casa de su amiga Sarah después de cenar. Sarah siempre daba una fiesta en Nochebuena y, como todos los demás judíos que conocían, iba a un restaurante chino el día de Navidad.

Marty fue el último en irse. Se quedó asomado a la ventana del apartamento. La nieve caía feliz. La calle estaba en silencio.

—Navidad, blanca Navidad... Puf —dijo Sarah al tiempo que dejaba la pila de platos que estaba metiendo en el lavavajillas, se acercaba y se inclinaba un poco hacia él—. Jesús era un judío que nació en Belén. ¿Por qué siempre tiene que nevar?

—Bueno es innegable que está nevando —respondió Marty—. Me gustan las navidades blancas. Bing Crosby, Judy Garland. «Have yourself a merry little...», etcétera.

—No seas tan sentimental —dijo Sarah.

—¿Qué tiene de malo el *schmaltz*? —dijo Marty—. Lo inventamos nosotros.

—Inventamos el cristianismo, ¿y de qué nos sirvió? Cientos de años de persecución.

—Lo inventamos, pero no creímos en él..., éramos demasiado prácticos; es una historia ridícula, el Mesías carpintero que se alza de entre los muertos y en el cielo al final del camino. Aunque imagínate si aún tuviésemos los derechos de autor...

—Sí, hicimos muy mal negocio, pero no se puede reescribir la historia.

—¿Y qué crees que hago todo el día en la oficina? «¡Eh!, ¿podemos

romper este contrato?» «¡Eh!, ¿podemos impedir que esta gente rompa el contrato?»

—Eso es en el trabajo. Yo hablo de la vida. De la vida de todos nosotros.

—Espera un minuto..., ¿no eres psiquiatra? ¿Me he perdido algo?

—No, no te has perdido nada. Si quieres hablar de inventos de la imaginación, y para mí eso es la religión: un invento de la imaginación, los judíos inventaron el psicoanálisis, porque a todos los judíos les gustaría cambiar el pasado: «¡Oy vey! Ella se comió la manzana... Sí, la comida es buena, pero tendrías que haber venido antes del diluvio... ¿Me estás diciendo que esta es la Tierra Prometida? ¿No podemos compartir un Uber para volver a Egipto?». Es posible que todo el mundo quiera cambiar el pasado: los arrepentimientos, los fracasos, los errores, pero no se puede.

—Claro que se puede —objetó Marty—, no la historia con mayúsculas, pero sí la pequeña historia. Como masa estamos decepcionados y condenados, de acuerdo. Como individuos las cosas pueden cambiar. Sé que lo crees.

—El hogar está donde está el dolor —respondió Sarah—. Mi trabajo siempre se vuelve más difícil en Navidad. La gente empeora, no mejora. Pero ¿qué me dices de ti? ¿Qué tal te va? Siento que no hayamos tenido mucho tiempo de hablar esta noche... había mucha gente, y todos somos muy ruidosos. ¿Te apetece un whisky?

Marty negó con la cabeza.

—Vale más que me vaya.

—Mañana siéntate a mi lado en el Chine-Ease.

—No voy a ir. Quiero estar con David. Le encantaba la Navidad.

—Marty..., esto no es bueno...

A modo de respuesta Marty besó a Sarah en la mejilla y cogió el abrigo.

Olvidó los guantes.

Qué silencioso estaba todo. ¿Se habría ido ya todo el mundo a dormir y a esperar a Santa Claus? ¡Qué lío tan inspirado es la Navidad! Santa Claus, abetos, duendes, regalos, luces de colores, adornos, magia y un nacimiento milagroso. El día más corto del solsticio de invierno ya ha pasado y hace falta algo parecido a la esperanza.

Marty empezó a cantar una canción de Judy Garland, ¿era de *Cita en San*

Luis? «Someday soon we all will be together, if the fates allow. Until then, we'll have to muddle through somehow...»

David estaba muerto. Esta era la segunda Nochebuena que Marty volvía solo de casa de Sarah.

La primera se había quedado con ella, en el sofá, debajo de una manta lo bastante gruesa para calentarse el cuerpo, pero no el corazón.

El amor es dolor, pensó. El «si hubiese...» definitivo. El seductor giro en el tiempo donde la vida cambia dos veces de dirección. Cuando conoces al otro. Y cuando tienes que despedirte.

David había sido el soñador, el jardinero, el deportista, el que disfrutaba estando al aire libre. Marty prefería una película y una comida con amigos.

David no comía nada caliente si no lo cocinaba otra persona. Cuando estaba solo, se alimentaba de bocadillos de queso y sardinas en lata, con una botella del mejor vino. Comía puñados de lechuga y zanahorias crudas del huerto.

Marty se quejaba e intentaba llevarlas a casa para probar una nueva receta.

David opinaba que había que cocinar de manera intuitiva. «Lo dices porque nunca cocinas», respondía Marty.

David creía en las señales. «Busca las señales», decía siempre que había que tomar una decisión mientras Marty, con un suspiro, intentaba calcular las probabilidades.

—Menos mal que no recurrimos a una página de citas —decía Marty—, o no habríamos llegado a conocernos.

No eran opuestos, más bien era como si viviesen en zonas horarias diferentes. Marty se quedaba trabajando hasta tarde. David estaba a primera hora en el jardín. David dormía de un tirón. Marty permanecía con la mirada fija en el techo como mínimo dos horas después de oscurecer.

A Marty le gustaba la puntualidad. David siempre llegaba tarde. Estaba acelerado, pensaba Marty. Su cuerpo no podía seguir el ritmo de su cerebro.

Su cerebro siempre llevaba la delantera. Su cuerpo iba a destiempo.

La ciudad había terminado la cuenta atrás para Navidad, como si cada cual fuese su propio cohete espacial, y la Navidad, su propia estrella.

Esa tarde habían cerrado las tiendas. Los dependientes se habían ido a

casa. Marty sabía que millones de personas seguían comprando en línea, pero al menos no los tenía delante y podía andar por la calle, si no en paz, en silencio. Le gustaba andar. Le gustaba andar por la ciudad. No quería tener que ir a ese sitio llamado el campo para dar un paseo. Quería hundir las manos en los bolsillos, orientar su brújula interna más o menos hacia el este o el sur y deambular hasta que estuviese lo bastante cansado para coger el autobús de vuelta a casa. Lo había hecho a menudo desde la muerte de David.

Era una forma de estar con él.

Lo que odiaba Marty de la muerte era el hecho de que pensabas en la otra persona casi todo el tiempo..., resultaba abrumador e invasivo. Agotador. Lo que ya no hacías era quedar en verte a las seis para probar un restaurante. Ya no te apresurabas a acabar el trabajo para poder salir pronto y pasar juntos el fin de semana. Había desaparecido esa confusión maravillosa de olvidar a alguien por completo —porque te lo podías permitir— y luego alzar la mirada, ver el reloj, notar una sacudida de anticipación sexual y emocional sabiendo que pronto la satisfarías, salir del trabajo, recorrer la calle con miles de personas más, pero con la certeza de que los dos estabais juntos.

Y siempre esa misma sonrisa, ese hola, ese beso, su mano en tu hombro, menudo día, qué vas a tomar, ¡ay!, qué alegría verte. Y no volver solo a casa.

El silencio de la noche donde se ha dado la vuelta, durmiendo, y le tocas la espalda desnuda sin que te vean, y esta cama es una balsa en el tiempo.

Habían paseado juntos por Londres, y ahora los paseos eran el modo que tenía Marty de pasar tiempo con el hombre al que quería.

Como si estuviese ahí. Y en la puerta, en casa, Marty decía adiós, a veces dejaba a su David muerto en una parada de autobús, lo besaba, seguía andando, sin volverse.

Luego, cuando entraba en casa, se servía una copa o preparaba el té o se sentaba con un libro, se sentía mejor un tiempo. Pero seguía despertándose demasiadas noches, incluso después de todo eso, y daba vueltas en la cama vacía.

—Deberías intentar conocer a alguien —le decía Sarah.

—No estoy preparado.

Sarah vivía en Camden Town. Marty vivía en Shoreditch en una antigua casa georgiana que había sido de sus padres. No la habían vendido, en aquel

entonces no valía nada. En vez de eso se habían mudado a un barrio residencial, habían dejado las duras calles de la ciudad y habían alquilado habitaciones a estudiantes que tenían que compartir un único baño.

Marty heredó la casa, siguió alquilando habitaciones y vivió en el sótano que solo tenía un grifo de agua fría, hasta que pudo permitirse prescindir de los inquilinos.

Reformó la casa año tras año, e hizo él mismo gran parte del trabajo.

Vivía solo porque le gustaba. Tenía hombres pero no relaciones. David fue la primera persona de la que se enamoró.

David no se fue a vivir con él; había sitio de sobra, pero a David le gustaba su estudio pequeño y luminoso de alquiler en King's Cross.

Marty sospechaba que David tenía relaciones sexuales con otros hombres, pero no preguntó. A David le gustaba ir a discotecas. Era más valiente, más ardiente. «¿Qué tiene de ardiente cogerse de la mano?», le había dicho a Marty, a quien de noche, al volver a casa, le ponía nervioso y de día le avergonzaba.

David hacía ejercicio, estaba contento con su cuerpo, tenía un pendiente en la oreja. Marty le compró un diamante poco después de conocerlo.

—Eso es ardiente —dijo David—. Como una llama encendida, ¡mira la luz que emito ahora!

Una tarde, Marty esperó, sin que lo viese, a la puerta del estudio de David.

Vio entrar con él a un hombre mayor. Al cabo de una hora, el hombre salió.

Marty había quedado esa noche con David para ir a ver una película. Le envió un mensaje de texto para cancelar la cita. No le dio explicaciones.

Nunca le contó a David lo que había hecho, pero esa noche comprendió que tendría que empezar a espiar a su amante o dejar de hacerlo.

David era David. ¿Por qué nos enamoramos de alguien por su esplendorosa forma de ser y enseguida intentamos cambiarlo?

Marty no volvió a pasar por delante del edificio hasta después de la muerte de David. Ahora se dejaba caer por allí al menos una vez por semana y se enfadaba y entristecía. No le hacía ningún bien, no le aliviaba, pero seguía yendo.

Ahora mismo acababa de pasar por enfrente. Las persianas de David seguían en las ventanas. Medio echadas, como a él le gustaba. Esta noche

también había luces de Navidad en la ventana. David habría encendido una vela. Una sola.

Cuando se conocieron, David llevó a Marty a su estudio y encendió la vela.

Se habían besado delante de la nevera, lo cual había despertado en Marty sentimientos poéticos por las neveras. A veces les daba una palmadita al pasar, como si todas las neveras del mundo hubiesen desempeñado un papel benévolo en su relación.

Pero Marty era tímido y, después de esa primera noche, tardó una semana en ponerse de nuevo en contacto con David.

David vio el mensaje al volver de correr, lanzó el teléfono por el aire y salió corriendo otra vez. Corrió hasta el mercado de flores de Columbia Road cerca de casa de Marty.

Esa mañana de domingo Marty abrió la puerta en batín y encontró a David con pantalones cortos y zapatillas deportivas, apoyado en el timbre con un ramo de flores iluminando el angosto vestíbulo con peonías rosas.

—No sabía que me gustasen las flores cortadas —dijo Marty.

—Es una señal —respondió David.

Muy pronto David convirtió el estrecho y alargado jardín trasero de Marty en una Tierra Prometida de enredaderas, glicinias, rosas inglesas y lavanda, y dejó las ventanas de la calle abiertas para que la vida se colara como si fuese música y resonara en todas las habitaciones.

—Gracias por hacerme feliz.

Marty le habló en voz alta a la vela. A David le encantaban las lucecitas titilantes. Mientras preparaba el jardín de Marty ese primer verano, lo llevó a cenar a un bar la noche del solsticio de verano e insistió en no volver a casa hasta el anochecer, casi a las once, aunque Marty tenía que trabajar al día siguiente. Pero David estaba emocionado por algo. Cuando llegaron a casa, se adelantó, dejó la puerta de la entrada abierta y gritó:

—¡No enciendas la luz!

Al final del largo y estrecho pasillo que llevaba al jardín se veía una luz vacilante. Marty fue hacia allí. Se quedó en el patio. El jardín estaba iluminado por todas partes con una especie de farolillos chinos, pero alargados, no redondos, en la tapia, entre las rosas y entre las lechugas, que brillaban con un extraño color verde, como verduras marcianas.

—Son luciérnagas —dijo David—. Porque hoy el sol se queda quieto: eso es lo que significa solsticio. Del latín «sol»: el sol, y el verbo «sistere»: estar inmóvil. Quiero que nuestro sol se quede quieto, justo aquí, justo ahora. Que este mundo y este tiempo sean suficientes.

Hicieron el amor en la cama plegable del cobertizo.

Marty miró la vela que ya no estaba en la ventana. Luego se volvió para atajar por Clerkenwell, cargando con el pesado fardo en que se había convertido su corazón.

David le había apretado la mano en el último momento y le había susurrado:

—Te enviaré una señal.

Pero no había habido ninguna señal. Nunca la hay, ¿no?

Marty no creía en la vida después de la muerte. David sí.

—No es una idea interesante —argüía Marty—. ¿Por qué hablar de eso?

—Hay un cincuenta por ciento de posibilidades —respondía David—. Uno de los dos tiene razón y el otro no. Cuando nos muramos, en el momento clave en que todavía estemos conscientes, uno de los dos dirá: «¡Ay, mierda!».

La vida después de la muerte, pensó Marty; luego añadió en voz alta, sin dirigirse a nadie porque las calles estaban vacías:

—Así que le dije: «¿Y también crees en Santa Claus?».

La blancura era luminosidad. Profunda, nítida y uniforme, reflejaba la luz de las farolas. Pero entonces Marty, con la mirada perdida en busca de una respuesta a su pregunta, notó un cambio en la luz y una enorme sombra que oscurecía la nieve. Alzó la vista.

En el cielo blanco y nevoso, justo sobre su cabeza y grande como una aeronave, flotaba un enorme y pacífico Santa que dejaba a su paso una estela de «JO, JO, JO». Marty vio con claridad sus botas negras, el gorro rojo y el saco que llevaba al hombro. ¿Se habría soltado de alguna oficina cara? ¿Era un truco publicitario navideño? ¿Qué hacía flotando sin ruido sobre la ciudad silenciosa?

Marty se quedó mirando mientras Santa flotaba en la corriente de aire helado de la medianoche. Parecía que le estaba saludando con la mano. No

había razón para que Marty le respondiera, pero lo hizo. Y entonces dio la impresión de que Santa variaba el rumbo y dejaba de ir en dirección oeste.

Se dirigió hacia el este, con Marty.

Marty hundió aún más las manos en el bolsillo del abrigo y aceleró el paso.

Le gustaba la Navidad, claro que sí, pero ¿justificaba eso que le siguiera a casa un Santa Claus inflable?

—Oye —le había dicho un día David—, ¿no te encanta que haya camellos y petirrojos en la misma tarjeta de Navidad?

—¿Cuándo se inventaron las tarjetas de Navidad? Son victorianas, ¿no? Deben de serlo.

—Servicio postal e impresiones baratas —respondió David—. Sí, tienes razón. Henry Cole, en 1843, en Inglaterra: el tipo trabajaba en el recién fundado servicio de Correos, era responsable de los sellos de un penique. En Estados Unidos la primera felicitación navideña comercial se imprimió en 1874, por una vez fuimos los primeros.

—Me gusta que me cuentes cosas —dijo Marty.

David dibujaba y escribía sus propias tarjetas navideñas. Su última Navidad estaba demasiado fatigado, pero envió a Marty a comprar cincuenta de esas finas con pilas de reloj y se pasó el día en la cama recortándolas. Un amigo fue a verle y David le pidió a Marty que comprase champán para todos.

Cuando Marty volvió con las botellas, fue arriba a buscar a David. La cama estaba vacía. Le entró el pánico y corrió por la casa gritando.

«¡DAVID, DAVID!» El amigo se había ido y había dejado abierta la puerta de atrás. Marty oyó a Judy Garland: «Next year all our troubles will be miles away...».

Marty salió al jardín de atrás. Colgados de la espaldera y en los ganchos, sujetos a través de la puerta como una cadena y fijos en los testigos de las macetas había corazones de papel iluminados, blancos, rojos y de color verde pálido.

David estaba sentado acurrucado en la silla de ruedas en la oscuridad.

Estaba sonriendo, muy contento consigo mismo y con su sorpresa.

—Te gustaron las luciérnagas que te hice el verano que nos conocimos.

Así que te he hecho estos. Los llamo corazones relucientes. Y son míos y

tuyos y te quiero.

Marty se arrodilló al lado de la silla de David y apoyó la cabeza en la manta que David tenía en las rodillas y vertió todas las lágrimas que había contenido. Y David lloró también y le humedeció el pelo a Marty y David dijo:

—Érase una vez una princesa en un invierno que nunca era verano y que lloraba tanto por lo que había perdido que sus lágrimas se convirtieron en perlas y los pájaros se las llevaban para decorar el nido. Un príncipe pasó a caballo, como pasan los príncipes en los cuentos de hadas, vio los nidos forrados de perlas y les preguntó a los pájaros de dónde habían sacado tantas riquezas, y los pájaros volaron con él hasta donde estaba la princesa, que había llorado mucho y estaba rodeada de perlas. La historia acaba cuando la besa, claro, y ese mismo día deja de ser invierno.

—Es la historia más sentimental que he oído en mi vida —dijo Marty entre lágrimas.

—¡Qué maravilloso! —exclamó David, y los dos se echaron a reír, y Marty descorchó el champán y se sentaron entre los corazones relucientes que relucieron toda la Navidad. Excepto uno. Marty se lo llevó en secreto y le quitó la pila para que le recordase siempre a David.

David sabía lo que estaba pensando Marty. Lo abrazó con fuerza.

—Esto es para ahora —dijo David—. Esta noche. Este ahora. La Tierra Prometida no está en el futuro ni en el pasado..., solo en el ahora.

—No me dejes —dijo Marty.

—Busca las señales —respondió David.

Marty llegó a casa. Dos borrachos que había en un portal señalaron al cielo.

Marty les dio dinero y no alzó la vista. Sabía que el Santa Claus lleno de helio estaba ahí arriba. Ahora se cernía sobre su casa como la estrella del cuento.

Entró y se fue directo a la cama. Eran las dos menos cuarto de la mañana.

Se quedó profundamente dormido, pero poco después despertó al oír decir a David:

—Te dije que buscaras las señales.

Marty se sobresaltó. Vio las manecillas luminosas del reloj: aún eran las dos menos cuarto; debía de haberse parado. La farola de la calle iluminaba un poco la habitación. Y David estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas. Llevaba unos pantalones de pijama y una chaqueta de tweed. Tenía los pies y el pecho desnudos.

—No me llevé nada de ropa —dijo—. Cuando te mueres no te llevas nada. Esto es tuyo.

—Estoy soñando —dijo Marty—, pero no me despiertes.

—¿Te ha gustado el Santa Claus que te envié?

—¿Lo enviaste tú?

—Empezaba a desesperarme..., era mi última oportunidad.

—En Nochebuena... ¿no es un poco cursi?

—¡No eres nada fácil! ¡No consigo contactar contigo!

—¡Me paso el día pensando en ti!

—Por eso... Estás tan ocupado pensando en mí, en mi yo muerto, que no consigo contactar contigo. Te he enviado muchas señales.

—¿Como cuáles?

—Dos estrellas fugaces en la playa, el verano pasado... ¿Te acuerdas?

Marty se acordaba, pero no quiso entrar en el juego.

—Los cometas son fenómenos espaciales, no señales.

—Nuestro primer verano, después del solsticio, vimos dos estrellas fugaces en Francia y te dije: «Son por nosotros».

Lo recordaba. Le había encantado el modo en que David hacía que el universo entero participase en su amor. Aun así se quejó: «¡Romántico, pero equivocado!».

—Así que volví a mandártelos... para recordártelo. Y qué me dices de ese otro día en la Biblioteca Británica... La mujer que se te acercó y te soltó:

«Hola, David».

—No la había visto en mi vida. Era una loca.

—Era mi tía —le aclaró David—. Es vidente. Me vio andando a tu lado.

—¿Y cómo iba a saber yo que era tu tía vidente? ¿Por qué no me lo dijo?

—Enseguida te perdiste entre la multitud... ¡No le diste ocasión! La envié en tren desde Milton Keynes.

—Bueno, ¿y por qué no me lo dijiste TÚ?

—¿Te lo dije! Ese día no ibas a ir a Biblioteca Británica..., tuve que obligarte. Me planté detrás de ti gritando: «¡VE A LA PUTA

BIBLIOTECA!»). Claro que no puedo gritar porque no tengo laringe, pero ya me entiendes.

Marty sintió remordimientos. Había descuidado a su amante y había sido un grosero con su tía vidente recién llegada de Milton Keynes.

—¿Quieres que le envíe una tarjeta navideña a tu tía?

—Sería muy amable por tu parte; su dirección está en mi iPhone como TV, de Tía Vidente. ¿Todavía conservas mi iPhone?

Marty asintió con la cabeza. Una vez había revisado las direcciones y se había detenido..., había demasiados hombres a quienes no conocía.

—No te disculpes —dijo David, como si pudiera leerle el pensamiento.

A Marty se le ocurrió una cosa.

—¿Cómo hablas conmigo si no tienes laringe?

—Tengo toda tu atención. Nos comunicamos mentalmente.

—Es imposible.

—Solo lo imposible merece la pena el esfuerzo.

Marty alargó el brazo para tocar a David. Sin embargo, entre los dos había una especie de barrera de luz. Su mano era luminosa. Apartó la mano y se secó los ojos. De pronto se sintió cansado y asustado.

—No puedo vivir sin ti, David. Es como vivir siendo una sombra. Tú eras el sol.

—Por eso estoy aquí. Oye, ni siquiera reparaste en la señal de la sopa de la semana pasada. Estabas con Dan en Chez Henri y Dan pidió mi sopa favorita, y cuando llegó el camarero te la sirvió a ti por equivocación. Fui yo quien cambió los platos.

—¿Siempre estás ahí?

—No, pero vengo a verte.

—Abrazame.

—No puedo, es por eso de Einstein, $E=mc^2$. Toda la masa es energía, pero no toda la energía es masa. Tú estás en forma de masa. Yo, en forma de energía. No estoy perdido, no me he deteriorado, aunque no puedo abrazarte.

Pero sí puedo confortarte. Toca, aquí, alarga otra vez el brazo.

Marty alargó la mano hacia el pecho de David. No había nada sólido.

Había sido tan musculoso hasta que empezó a consumirse, pero tal vez no se estuviese consumiendo, tal vez se estuviese convirtiendo en lo que era necesario. En energía, no en masa.

Marty notó un cosquilleo en los dedos y la mano se le calentó. Extendió la otra mano, como si David fuese un fuego encendido en la cama. Rompió a llorar.

—No llores, princesa —dijo David—. Por eso he venido. Tienes que dejar de hacer esto por el bien de los dos. Yo tengo que irme y tú tienes que quedarte. Siempre estaré cerca, pero quiero que empieces a vivir otra vez. La vida es breve y hermosa. No la desperdicies.

—No puedo olvidarte —dijo Marty—. No quiero.

—No me olvidarás... Honrarás lo que tuvimos, lo que hicimos. El amor no es una cárcel. No puedes seguir encerrado en tu amor por mí. Lleva nuestro amor contigo... Está contigo, no estarás superándolo, ni pasando página, ni ninguna de esas bobadas, me llevarás contigo.

—Llévame tú contigo —dijo Marty—. No quiero estar aquí solo.

David lo miró con un amor infinito.

—Tienes que confiar en mí. Como hiciste siempre..., ¿de acuerdo?

Se hizo un largo silencio. Luego Marty dijo:

—¿Qué hago?

—Levántate por la mañana..., tómate un café en el jardín y estaré allí.

Sabrás que estoy allí. Espera y verás. Luego iremos dando un paseo para comer en Chine-Ease y nos despediremos en la puerta; ahora ya no como, no tengo estómago.

Marty se rio, aunque no quería reírse.

—Y luego —continuó David— quiero que vuelvas a empezar.

Marty se quedó dormido. Cuando volvió a levantarse pasaban ya de las ocho de la mañana y había dejado de nevar. Se asomó a la ventana. No había ni rastro del Santa Claus inflable. Se rascó la cabeza.

¿Y David? Un sueño.

Suspiró, se metió en la ducha, se afeitó y se puso el batín. Café. En el jardín. Era lo que David le había dicho que hiciera en el sueño. ¿En el jardín?

Hacía un frío que pelaba.

Marty preparó el café, caliente y solo, se puso las botas sin atarse los

cordones, abrió la puerta y salió al jardín. En el aire había partículas de hielo y un rastro de patas de gato en la nieve. Reparó en el perfil de la casa de muñecas del cobertizo.

Y entonces lo vio.

El corazón reluciente.

Colgado del manzano estaba el corazón reluciente que Marty se había guardado las últimas navidades que pasaron juntos.

¿David?

El corazón reluciente se movió un poco con el viento, aunque no había viento.

Marty desenganchó el corazón del árbol y se lo puso en el cuello. Notó un leve latido de calor contra el pecho.

Y después más liviano que hasta entonces, o eso le pareció, llegó al restaurante. Sarah estaba a punto de entrar. Le ofreció su brazo.

—Antes tengo que despedirme de alguien —dijo Marty—. Enseguida voy.

Guárdame un sitio a tu lado.

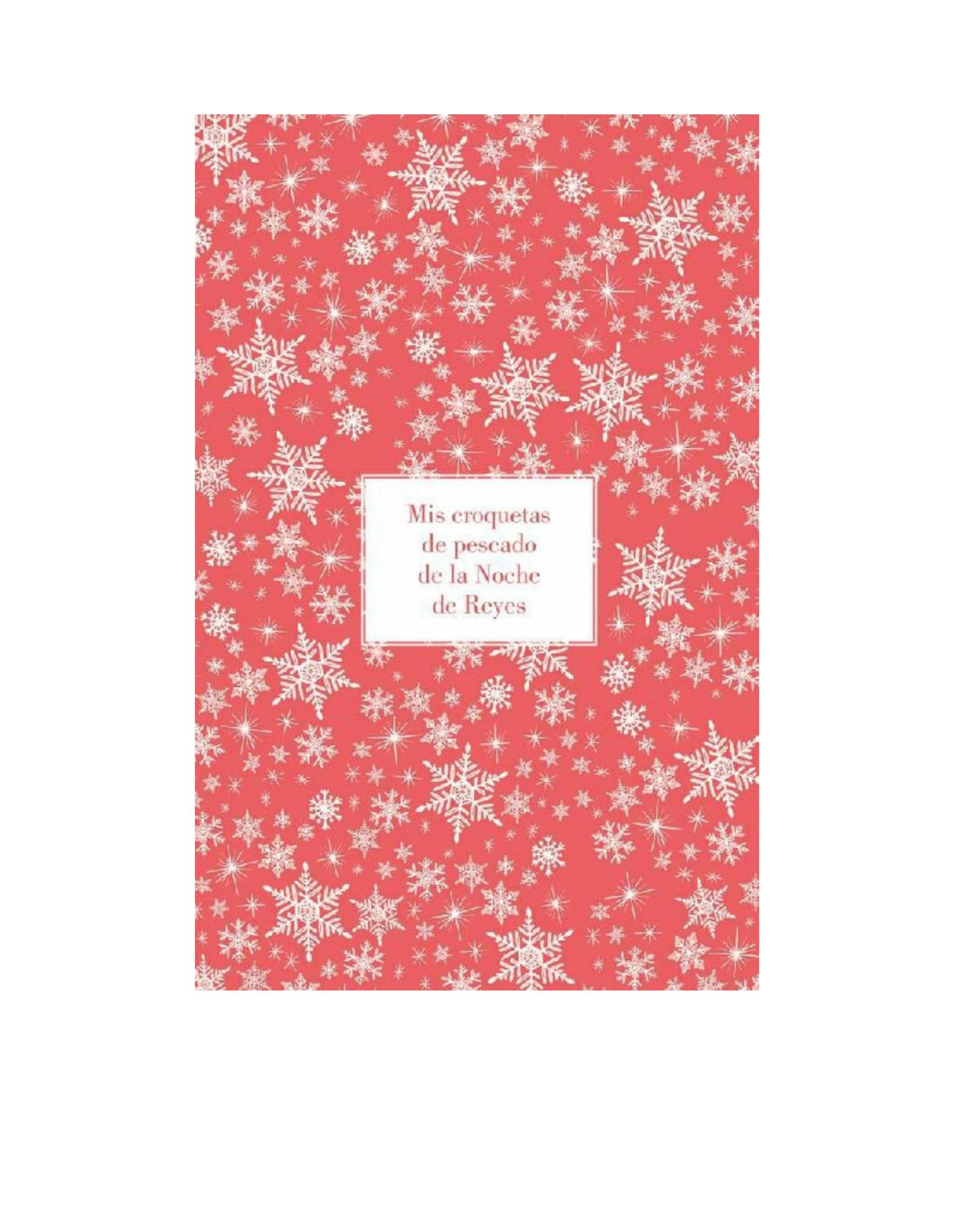
Sarah pareció sorprendida, pero entró.

—Adiós, David —dijo Marty en voz alta—. Gracias por venir conmigo.

Marty abrió la puerta.

—Parece que están tocando vuestra canción —dijo Sarah.

«Have yourself a merry little Christmas now...»

The background of the entire page is a vibrant red color, densely decorated with white snowflakes and starburst patterns. The snowflakes vary in size and complexity, some with six distinct arms, while the starbursts are smaller, multi-pointed shapes. In the center of the page, there is a white rectangular box with a thin black border. Inside this box, the text is centered and reads "Mis croquetas de pescado de la Noche de Reyes" in a black, serif font. The text is arranged in four lines: "Mis croquetas", "de pescado", "de la Noche", and "de Reyes".

Mis croquetas
de pescado
de la Noche
de Reyes



La Noche de Reyes es rara. El 5 o el 6 de enero.

Hora de descolgar los adornos y poner fin a los festejos.

La Noche de Reyes señala el día en que los Reyes Magos fueron a visitar al niño Jesús. En Irlanda, y en algunas zonas de Italia, se añaden miniaturas de los Reyes Magos a los belenes la Noche de Reyes.

Los Reyes arrodillados delante del niño en el establo siguen el patrón de inversiones que los festivales del solsticio de invierno celebraban en época precristiana.

Las saturnales romanas y el festival celta de Samhain honran el desgobierno. Mientras duran las celebraciones se invierten las estrictas jerarquías normales de clase, económicas y de género. Los italianos en Carnaval lo llaman *il mondo reverso*, «el mundo al revés». Lo alto se humilla, lo humilde se enaltece, las mujeres dan órdenes a los hombres, y también hay mucho travestismo.

A la Iglesia católica se le daba muy bien injertar sus propias ocasiones religiosas en celebraciones preexistentes no cristianas y la Noche de Reyes fue una de ellas.

En época de Shakespeare, la Noche de Reyes era una celebración importante. La obra de Shakespeare *Noche de Reyes* aprovecha la tradición de las inversiones: una niña vestida de niño, un criado que corteja a una dama de alta cuna, un naufragio que borra el pasado. La caótica pantomima del Cuarto Oscuro.

En las propias pantomimas —una clásica celebración navideña— siempre hay una dama disfrazada, y un muchacho o una muchacha corrientes que llegan a ser príncipes o princesas y unos cuantos malvados que muerden el polvo.

Hay un bello poema de T. S. Eliot titulado «El viaje de los Reyes Magos».

Los Reyes Magos van a ver al Niño Dios y no tienen claro lo que ha sucedido, ¿qué han presenciado? ¿Ha sido un nacimiento? ¿O una muerte?

El nacimiento del Niño Dios anuncia la muerte de un orden existente.

Esa es la clave de las inversiones: y el mismo principio subyace en todos

los cuentos de hadas, algún cambio de fortuna o de circunstancias, de los harapos a la riqueza, de la riqueza a los harapos, y un final que en realidad es un principio, un mundo nuevo que es solo una necrópolis animada, la pérdida de algo precioso que nos permite encontrar el tesoro que de verdad está ahí.

La inversión de cualquier situación fija hace posible que se presente una nueva posibilidad.

La Noche de Reyes también se conoce como Epifanía. «Epifanía» significa «manifestación». Se revela alguna cosa. Y lo que se revela desafía al orden antiguo.

Oímos hablar mucho de inicios disruptivos, como los de Uber o Airbnb, que desafían el orden existente. Se dice que es creativo y necesario. Tal vez lo sea.

Mi sensación es que no nos vendría mal más estabilidad en nuestra vida exterior para que pudiésemos arriesgarnos a cierta disrupción en nuestra vida interior, nuestra vida pensante, sentiente e imaginativa.

Si solo somos como animales, obsesionados con la comida, el territorio, la supervivencia, el apareamiento y con ser el jefe de la manada, ¿en qué consiste ser humano?

La triste verdad es que ningún sistema político (y el capitalismo lo es) ha conseguido proporcionarnos a la mayoría las necesidades básicas para que tengamos libertad para explorar lo que podría suceder en el noventa y ocho por ciento del cerebro que no utilizamos.

Eso me parece un fracaso.

La Epifanía es una inspirada inversión de las estructuras y jerarquías de poder, de los sistemas de clase y del *statu quo*, un recordatorio de que nuestra forma de vivir es proposicional: la hemos hecho así, podríamos rehacerla de forma distinta.

Los Reyes se arrodillan ante algo mayor que la autoridad: se arrodillan ante un futuro posible, basado en el amor, no en el temor, donde hay abundancia y no carencias.

Sabemos que lo que sigue en la historia bíblica es la matanza de todos los niños varones de menos de dos años decretada por Herodes; su esfuerzo empapado en sangre por aferrarse al poder, por imponer con rigidez lo que hay, y borrar lo que será.

Pero el niño al que busca ya se ha ido, envuelto en los brazos de su madre, trota por el desierto hacia su destino.

Siempre hay otra oportunidad.

¿Y nosotros?

Tenemos el sucedáneo de Sigue Tu Propia Estrella, pero ¿qué pasa cuando la estrella nos guía a un establo agusanado y cubierto de estiércol en un pueblo de mala muerte y llevamos nuestra ropa más elegante y esperamos que nos aplaudan y en vez de eso tenemos que arrodillarnos en la paja y ofrecer nuestros regalos (los mejores) a algo que no entendemos?

Las historias y los juegos de búsqueda hacen que parezca muy sencillo: desafíos, monstruos, reveses y por fin el éxito. Lo malo es que la búsqueda verdadera no tiene final, nada de vivieron felices para siempre, ni una serie de movimientos que seguir. El compromiso de ser consciente, de ser creativo, signifique lo que signifique para cada cual: el compromiso con el amor, con el deseo de cambiar, esa es la labor de una vida.

Las estrellas nos llevan donde quieren. Lo que hagamos cuando lleguemos a ese destino inesperado depende de nosotros.

Para viajar hace falta comida. Me encanta el pescado, y estas fáciles croquetas de pescado pueden dejarse enfriar y llevarse en una bolsa para cenar en el campo. O comerse en casa calientes con mayonesa casera o nuestra propia salsa de tomate.

No les pongo patata a las croquetas de pescado porque me gusta comerlas con patatas fritas. Si quieres una comida ligera y nutritiva, las puedes comer con un chorro de lima o limón y un gran cuenco de ensalada. O con un plato de col hervida con mantequilla.

INGREDIENTES

Cierta cantidad de pescados diversos: esto depende de cuántas croquetas quieras; yo uso una mezcla de bacalao y salmón con más o menos un veinte por cien de abadejo ahumado; si no te gusta el abadejo ahumado, no lo pongas; las he probado con bacalao y gambitas; quedan muy buenas

Cebolla picada, no mucha, lo suficiente para dar sabor
Huevos; los huevos sirven para ligar la masa si no se usa patata
Pan rallado, de pan duro
Harina
Perejil, sal y pimienta

ELABORACIÓN

La clave es que las croquetas tienen que ser pequeñas: si son demasiado grandes, el pescado no se cocinará del todo. Si se quiere que sean más grandes, hay que cocer antes la patata y el pescado, pero nosotros no lo haremos. Así que recuerda que tienen que ser pequeñas.

Se pica pequeño el pescado, y la cebolla aún más pequeña.

Se mezcla en un cuenco grande y se añaden el huevo o los huevos hasta obtener una mezcla viscosa. Se añaden el perejil y los condimentos.

Pon algo de harina en una tabla. Con las dos manos se da forma a las croquetas, luego se pasan por harina y por el pan rallado.

A medida que se van haciendo se dejan en una fuente grande. Conviene asegurarse de que están firmes.

Se enfrían una hora en la nevera si se puede. Si no...

Se calienta aceite de girasol en una sartén y cuando esté bien caliente se echan las croquetas de una en una y se les da la vuelta al cabo de cuatro minutos.

Si quieres preparar una salsa de tomate, tendrás que hacerlo con antelación.

La siguiente receta es muy sencilla y sirve tanto para la pasta o el arroz como para las croquetas de pescado.

Se escogen unos tomates grandes y sabrosos y se pelan escaldándolos media hora en una cazuela con agua.

Se calienta un poco de aceite de oliva en una sartén grande y se añade una pizca de ajo. Yo le pongo cebolla, pero no es necesario. A veces también añado una guindilla si estoy de humor y si tengo alguna a mano.

Cuando el ajo, la cebolla y la guindilla se ablandan, se añaden los tomates

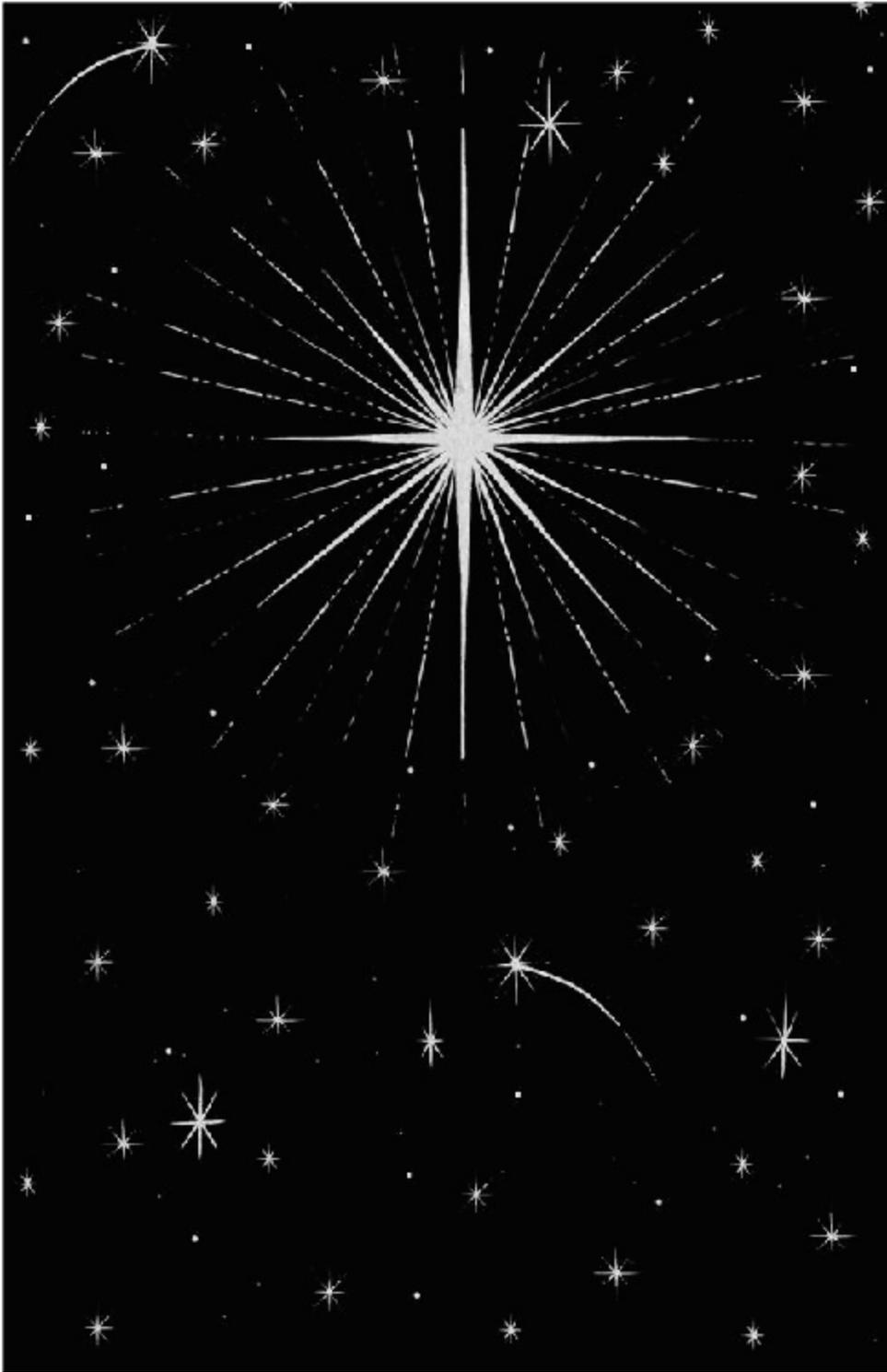
pelados y troceados y se remueve todo. En ese momento a veces añado una ramita de romero del huerto.

Se pone la tapa y se deja cocer a fuego medio unos treinta minutos. Con cuidado de que no se queme.

Una vez todo ha ligado bien y tiene buen sabor, se retira la ramita de romero (si se puso), se añaden condimentos y se reduce la salsa hasta que adquiera la consistencia deseada.

Si quieres, puedes añadir albahaca fresca al final. Es muy sencillo, versátil y bastante rápido. ¡Que aproveche!





FELICITACIÓN NAVIDEÑA DE LA AUTORA

El tiempo es un bumerán, no una flecha.

Me adoptaron miembros de la Iglesia pentecostal que querían que fuese misionera.

La Navidad era importante en el calendario misionero. Desde principios de noviembre, o bien nos dedicábamos a preparar paquetes para enviar al extranjero, o bien nos dedicábamos a preparar paquetes para dárselos a quienes volvían de sitios peligrosos al frente doméstico.

Puede que fuese porque mis padres habían vivido la Segunda Guerra Mundial. Puede que fuese porque vivíamos en el fin de los tiempos, esperando el día del Juicio. Fuera cual fuese el motivo, la Navidad era como hacer la instrucción, desde preparar el picadillo de las tartaletas hasta cantar villancicos para —o más bien contra— los que no se salvarían en Accrington.

Aun así a la señora Winterson le encantaba la Navidad. Era el único momento del año en que iba por el mundo como si fuese algo más que un valle de lágrimas.

Era una mujer desdichada, por eso estos días felices en nuestra casa resultaban tan valiosos. Estoy convencida de que me encanta la Navidad porque a ella le gustaba.

Todos los años el 21 de diciembre mi madre salía con su sombrero y su abrigo mientras mi padre y yo colgábamos las cadenas de papel, hechas por mí, desde las cuatro esquinas del salón hasta la lámpara del centro.

Luego mi madre volvía, daba la impresión de que en plena granizada, aunque es posible que fuese su tiempo particular. Llevaba una oca asomando

de la bolsa de la compra, con la cabeza colgando de lado como un sueño que nadie recuerda. Me los daba —la oca y el sueño— y yo la desplumaba y echaba las plumas en un cubo. Guardábamos las plumas para rellenar cualquier cosa que necesitase relleno, y conservábamos la espesa grasa de oca para asar patatas en invierno. Aparte de la señora W., que tenía un problema de tiroides, todos nuestros conocidos eran más delgados que un hilo.

Necesitábamos la grasa de oca.

Cuando me marché de casa, y luego fui a la universidad en Oxford, volví a mi antigua casa la primera Navidad. Hacía mucho que mi madre me había dado el ultimátum para que me fuese, después de que me enamorara de una chica, que en una casa tan religiosa como la nuestra era como si me hubiese casado con una cabra. Llevábamos sin hablar desde entonces. Yo había vivido una temporada en un Mini, me había alojado en casa de un profesor y por fin me había ido del pueblo.

En mi primer trimestre en Oxford recibí una postal: una de esas postales que dicen: TARJETA POSTAL con letras azules en lo alto. Debajo, con inmaculada caligrafía, había un mensaje: ¿VAS A VOLVER A CASA ESTA NAVIDAD? BESOS DE TU MADRE.

Al llegar a nuestro adosado al final de la calle oí el son de algo que solo acierto a describir como una versión bossa nova de «In the Bleak Midwinter». Mi madre se había deshecho del viejo piano vertical y se había comprado un órgano electrónico, con doble teclado, trastes orquestales, batería y contrabajo.

Llevaba dos años sin verme. No dijimos nada. Pasamos la hora siguiente admirando los efectos del tambor y el solo de trompeta en «Hark! The Herald Angels Sing».

Mi amiga de Oxford de Santa Lucía iba a ir a visitarme a casa, lo cual fue una prueba de valor por su parte, aunque cuando intenté explicarle lo de mi familia pensó que exageraba.

Al principio la visita fue un gran éxito. La señora W. consideró que una amiga negra era una misión personal. Se pasó a ver a los misioneros retirados de la iglesia y les preguntó:

—¿Qué comen?

—Piña —le respondieron.

Cuando llegó Vicky, mi madre le dio una manta de lana que había tejido para que no tuviese frío.

—Son muy sensibles al frío —me dijo.

La señora Winterson era obsesiva y se había pasado el año haciendo punto por Jesús. El árbol de Navidad tenía adornos de punto, y el perro estaba encerrado en un abrigo navideño de lana roja con copos de nieve blancos.

Había una escena navideña de punto, y los pastores llevaban una bufandita porque era Belén en la ruta del autobús a Accrington.

Cuando mi padre abrió la puerta llevaba un chaleco de punto con una corbata de punto a juego. La casa entera había sido re-tejida.

La señora W. estaba muy alegre.

—¿Quieres un poco de fiambre con piña, Vicky? ¿Queso con tostadas y piña? ¿Natillas con piña? ¿Pastel de piña? ¿Buñuelos de piña?

Por fin, después de varios días así. Vicky dijo:

—No me gusta la piña.

El humor de la señora W. cambió de pronto. No volvió a dirigirnos la palabra ese día y aplastó un petirrojo de cartón piedra. A la mañana siguiente, en el desayuno, en la mesa había una pirámide de latas de piña y una postal victoriana con dos gatos sentados sobre las patas traseras vestidos como un hombre y una mujer. La leyenda decía: NADIE NOS QUIERE.

Esa noche, cuando Vicky fue a acostarse, encontró que habían sacado el relleno del almohadón y lo habían llenado de folletos con advertencias sobre el apocalipsis. Dudó si volverse a casa, pero yo había visto situaciones peores y pensé que las cosas podían arreglarse.

En Nochebuena llegaron unos cuantos de la iglesia y se pusieron a cantar villancicos. La señora W. pareció más contenta. Nos había obligado a Vicky y a mí a envolver varios repollos cortados por la mitad en papel de aluminio y a atravesarlos con palillos de queso cheddar y los trozos de piña rechazados.

Los llamaba «sputniks». No sé qué tenía que ver con la guerra fría. ¿Papel de aluminio? ¿Antenas? ¿Rumores de que el KGB había escondido micrófonos en el queso?

Da igual. Había encontrado un propósito para la piña y todos nos pusimos a cantar villancicos muy contentos hasta que llamaron a la puerta. Resultó ser el Ejército de Salvación, que llegaba también a cantar villancicos.

No era descabellado. Estábamos en Navidad. Pero la señora Winterson no quiso saber nada. Abrió la puerta principal y gritó:

—Jesús está aquí. Váyanse.

Portazo.

Después de aquella Navidad, ya no volví más. No volví a ver a la señora W., que estaba demasiado furiosa por mi primera novela, *Fruta prohibida* (1985). Cito: «Es la primera vez que hemos tenido que encargar un libro con nombre falso».

Murió en 1990.

A medida que te vas haciendo mayor recuerdas a los muertos en Navidad.

Los celtas, en el festival del solsticio de invierno de Samhain, pensaban que los muertos se reunían con los vivos. Muchas culturas lo entenderían, pero la nuestra no.

Es una lástima. Y una pérdida. Si el tiempo es un bumerán y no una flecha, entonces el pasado siempre vuelve y se repite. La memoria, como un acto creativo, nos permite despertar a los muertos, o a veces dejarlos descansar, cuando por fin comprendemos nuestro pasado.

La Navidad pasada yo estaba sola en la cocina, con la chimenea encendida; me encanta tener chimenea en la cocina. Acababa de servirme una copa cuando en la radio sonó Judy Garland cantando «Have Yourself a Merry Little Christmas». Recordé que la señora W. y yo habíamos tocado la canción al piano. Fue uno de esos momentos que todos conocemos, en los que se mezclan la tristeza y la dulzura. ¿Arrepentimiento? Sí, creo que sí, por todo lo que hemos hecho mal. Pero también reconocimiento, porque era una mujer notable. Merecía que un milagro la sacase de esa vida atrapada sin esperanza, dinero, ni posibilidad de cambiar.

Por suerte, tuvo su milagro. Por desgracia, el milagro fui yo. Yo fui el Billeto Dorado. Podría haberla llevado a cualquier parte. Podría haber sido libre...

La historia navideña del Niño Dios es compleja. He aquí lo que nos dice de los milagros:

Los milagros nunca son oportunos (el bebé va a nacer tanto si hay

habitación de hotel como si no..., y no la hay).

Los milagros no son lo que esperamos (un hombre y una mujer desconocidos acaban siendo los padres del Salvador del Mundo).

Los milagros dinamitan la situación existente, y la explosión y la onda expansiva hacen que haya gente perjudicada.

¿Qué es un milagro? Un milagro es una intervención, interrumpe la continuidad espacio tiempo. Un milagro es una intervención que no puede explicarse solo con la razón. El azar y el destino forman parte de la mezcla.

Un milagro es una intervención propicia, sí, pero los milagros son como el genio en la botella: en cuanto los dejas salir empiezan los líos. Consigues los tres deseos, pero también muchas cosas más.

La señora W. quería un bebé. No pudo tener uno. Llegué yo..., pero, como ella misma decía a menudo: «El diablo nos llevó a la cuna equivocada».

Satanás como estrella defectuosa.

Ese es el elemento de cuento de hadas de la historia.

A veces lo que anhelamos, lo que necesitamos, el milagro que queremos, está delante de nuestros ojos y no podemos verlo, o corremos en dirección contraria o, lo más triste de todo, no sabemos qué hacer con él. Piénsese en cuánta gente consigue el éxito que quería, la pareja que quería, el dinero que quería, etcétera, y lo convierte en polvo y cenizas... como el oro mágico que nadie puede gastar.

Por eso en Navidad pienso en la historia de la Navidad, y en todas las historias de Navidad posteriores. Como escritora, sé que, si no dejamos un hueco para la imaginación y la reflexión, no nos va bien en la vida. Los festivales religiosos se concibieron para que fuesen tiempo fuera del tiempo.

Un tiempo en el que el tiempo normal estaba sometido al tiempo significativo. Lo que recordamos. Lo que inventamos.

Así que pon una vela a los muertos.

Y pon una vela a los milagros, por improbables que sean, y ruega para poder reconocer el tuyo.

Y pon una vela a los vivos; al mundo de la amistad y de la familia que tanto significa.

Y pon una vela al futuro, que puede ocurrir y no ser engullido por la

oscuridad.

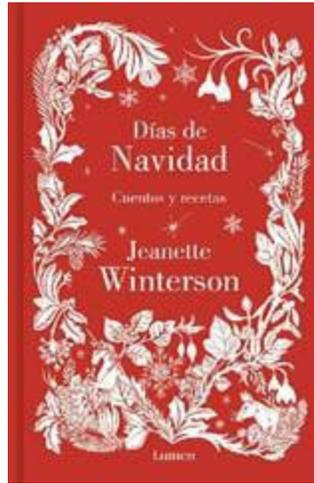
Y pon una vela al amor.

Al amor afortunado.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que aunaron esfuerzos conmigo para hacer este libro. A mis editoras en Londres y en Nueva York, Rachel Cugnoni y Elisabeth Schmitz. A Áine Mulkeen, Ana Fletcher, Matt Broughton y Neil Bradford de Vintage. A Laura Evans en la corrección y edición de pruebas. A Kamila Shamsie, Sylvia Whitman de Shakespeare and Company. Y a mi maravillosa agente Caroline Michel, a quien le gusta tanto la Navidad como a mí.

Y a las amigas ausentes: Kathy Acker y Ruth Rendell. Y, por supuesto, a la señora Winterson y a papá.



Libro del año según *The Sunday Telegraph* y uno de los mejores libros del año según *The New York Times*.

«Un festín de historias. Winterson nos ha traído un regalo de Navidad en forma de libro.»

NPR

Durante años Jeanette Winterson ha escrito un relato cada Navidad: cuentos llenos de fantasmas y de carámbanos, de trineos y de muérdago, pero con esa dosis de ironía y reflexión que solo ella es capaz de transmitir.

En *Días de Navidad* se reúnen doce de ellos: historias para leerse en voz alta, en familia, frente al fuego de la chimenea, y que acompañan hermosas ilustraciones y festivas recetas muy personales.

La crítica ha dicho...

«En ninguno de sus libros encontraremos la fe de Winterson en el poder de la narración con tanta intensidad como en su nuevo libro, *Días de Navidad*. Oscuro, lleno de imaginación y (marca Winterson) perversamente divertido. Un regalo navideño para ser leído en voz alta junto a la chimenea en una noche de diciembre.»

New York Times Book Review

«Winterson nos ha dado una inesperada alegría navideña. Unos cuentos mágicos y exuberantes.»

Washington Post

«Si anhelas el misterio, los rituales familiares y los manjares de Navidad, disfrutarás con *Días de Navidad* de la audaz y reveladora escritora feminista Jeanette Winterson.»

Elle

«Los cuentos de invierno de Winterson logran indefectiblemente deslumbrarnos.»

ALFRED HICKLING, *The Guardian*

«La mezcla de golosinas narrativas de Winterson tiene el encanto del siglo XIX tan necesario en el sombrío siglo XXI.»

Kirkus

«Lleno de encanto y con hermosas ilustraciones. Es un libro para escapar de los aspectos menos sanos de la Navidad al país de las maravillas literarias.»

Stylist

«Una guirnalda navideña maravillosa y sorprendente, ingeniosa y entretenida.»

KATE SAUNDERS, *Saga Magazine*

«Una mezcla poco convencional de cuentos, recetas, memorias, historia y filosofía personal. Una mezcla que funciona brillantemente.»

The Sunday Times' Culture

«Los cuentos sobrenaturales, espeluznantes, inteligentes, divertidos y conmovedores de Winterson refrescan nuestra apreciación de lo que realmente significa dar, amar y compartir alegría.»

Booklist

«Sorprendente y entretenido. Una lectura deliciosa para largas noches de invierno.»

BBC

«*Días de Navidad* modela esta abundancia de esperanza en todo. Incluso aquellos que disfrutaron de la temporada con ambivalencia encontrarán algunas golosinas para saborear en sus páginas.»

Lambda Literary Review

Sobre la autora

«Winterson [...] a través de la heterodoxia de sus textos, dinamita categorías, vocabularios y convenciones tristes. Una escritora maravillosa.»

MARTA SANZ, *Babelia*

«Jeanette Winterson es una fuerza desatada de la naturaleza. Ella sola es el cambio climático entero.»

CARMEN MORÁN BREÑA, *El País*

«Mientras la mayoría de autores y autoras se limitan a regurgitar la imaginación de sus antecesores, [...] esta inglesa rebelde se pone la literatura por montera y la reinventa.»

MARÍA ÁNGELES CABRÉ, *Babelia*

Nacida en Manchester e hija adoptiva de una pareja de escasos recursos económicos, **Jeanette Winterson** creció en un entorno donde escaseaban los libros y abundaba el fervor religioso. A los dieciséis años la autora abandonó el hogar para estudiar en Oxford y vivir su primera aventura de amor con una chica. A los veinticuatro años publicó *Fruta prohibida*, que en su día ganó el Whitbread Award a la mejor primera novela y fue llevada al cine. En 1986 apareció *La pasión*, a la que siguieron *Espejismos* (1989), *Escrito en el cuerpo* (1992), *Art & Lies* (1994), el libro de ensayos *Art Objects* (1995), *Powerbook* (2000) y en 2004 *La niña del faro*, la novela con que Lumen inauguró una biblioteca dedicada a las obras más destacadas de la autora. En 2012 se publicó *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?*, un libro de memorias extraordinario. Y en 2013, *La mujer de púrpura*. En 2015 llega *El mundo y otros lugares*, un libro que recoge diecisiete piezas de la narrativa breve de la autora.

Días de Navidad Pascua de Navidad El espíritu de la Navidad «Las tartaletas de picadillo de la señora Winterson» La Mami de Nieve «La col lombarda de Ruth Rendell» Navidad siniestra «Las natillas neoyorquinas de Kathy Acker» Navidades en Nueva York «Mi salmón ahumado de Nochebuena con champán» La novia de muérdago «El salmón marinado de Nochebuena de Susie» La primera Navidad de O'Brien «El bizcocho borracho al jerez de mi padre» La Segunda Mejor Cama «Los dumplings chinos de Shakespeare and Company» El petardo de Navidad «Mi vino especiado (o no más fruta en los platos principales)» Un cuento de fantasmas «El pavo biryani de Kamila Shamsie» La Rana de Plata «Mis galletas crujientes de Nochevieja» El león, el unicornio y yo «Mi bocadillo de Año Nuevo» El corazón reluciente «Mis croquetas de pescado de la Noche de Reyes».

NOTAS

[1] De niña, la autora confundía las palabras *knead*, «amasar», y *knee*, «rodilla», que tienen cierto parecido fonético. (*N. del T.*)